



65

ANT
XIX
63





LA BUENA VENTURA.

LA BIBLIOTECA

13045

R. 43522

LA BUENA

VENTURA



NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

Eugenio Sue,



Y TRADUCIDA AL CASTELLANO.

por

F. A.

TOMO III

SEVILLA.—1854.

Imprenta de Gomez y Oro, editor, calle de la Muela núm. 7.

W. A. BROWN

WENTON

NOTICE RESCUE BY PLANKS

108

Wenton

FRANKLIN A. CASTELL AND

109

W. A. BROWN

1887-1888

Imprenta de Gomez y Cia, editores, calle de la Merced 17

Capítulo XXVI.

La jóven parecía agitada por una violenta lucha interior, hasta que, por último, cediendo á una idea vivamente combatida en un principio, exclamó, en el momento en que Anatalio desaparecía por el recodo del paseo.

—¡Caballero Ducormier!

Anatalio se volvió; la espresion de su fisonomía era grave y aflijida. Adelantóse hacia madama de Beaupertuis, y le dijo tristemente:

—¿Qué deseais, señora?

—Sentiria en extremo que me creyese vd. bastante egoista para arrancar á vd. su porvenir por un simple capricho.

—No os acuso, señora; os obedezco.

—¿Maldiciéndome?

—Hace mucho tiempo, señora, que no maldigo á los que me lastiman.

—¿Los desprecia vd.?

—Los compadezco, señora, porque pierden en mí un servidor celoso y fiel.

—¿Y si adquieren un peligroso enemigo?

—Soy, señora, de aquellos á quienes se puede aplastar sin temor y sin riesgo. El hábito de sufrir me ha hecho clemente.

—Caballero Ducormier, repuso madama de Beaupertuis despues de un momento de silencio: ¿se puede fiar en su palabra de vd.?

—Es dudar de ella hacerme solo esa pregunta.

—Tiene vd. razon: he sido injusta; pues bien, prométame vd. responder con sinceridad á una pregunta.

—Os lo prometo, señora.

—¿Por su honor de vd.?

—Por mi honor.

—¿A qué atribuye vd. mi deseo de ale-

jarle de aquí?

Y la jóven, esforzándose por leer en lo mas intimo del pensamiento de Anatalio, añadió:

—Respóndame vd. con entera franqueza, con toda seguridad. Perdonó la audacia, pero nunca la mentira.

—Os lo he dicho, señora.

—Bien.

—¿Franqueza por franqueza?

—Tambien.

—¿Es cierto, señora, que lo que pasó anoche entre el doctor Bonaquet y varias personas de vuestra familia, ha entrado por mucho en vuestra resolucion de hacerme salir de esta casa?

La jóven se ruborizó, y respondió confundida por la penetracion de Ducormier:

—Es verdad, caballero.

—¿Es cierto, señora, que al ver á monsieur Bonaquet y á su esposa dar pruebas de tanta oportunidad, valor y nobleza, habeis comprendido, quizá por la vez primera, que una muger de elevada cuna podia, no solo no rebajarse, sino honrarse amando á un hombre del pueblo, con tal que ese hombre sea digno de su amor?

—Tambien es verdad, caballero.

—Ahora me seria mas fácil, señora, responder á vuestra última pregunta, si....

—Si.... ¿qué?

—Si fuérais capaz de oír sin cólera, sin desden, la contestacion que habeis provocado.

—Ya he dicho á vd., caballero, que perdono la audacia; pero nunca la mentira ó la hipocresia. He pedido á vd. la verdad, y nunca le pesará haber sido sincero.

—Puede, señora, que mi franqueza cause fatalmente mi salida de esta casa y destruya mi porvenir; pero no importa; nunca retrocederé ante una escitacion á mi sinceridad.

—Escucho á vd., caballero.

—Pues bien, señora; hace un momento, con la esperanza de ser comprendido, os decia, á manera de contra-verdad, que deseabais alejarme por temor de que llegase á enamorarme de vos.... Lo que debí haber dicho es que temeis que el fastidio, el aislamiento, la facilidad, la casualidad, el capricho, y sobre todo, la profunda impresion que os causó la escena de anoche, os conduzcan quizá algun dia á poner los ojos en

mi, por indigno que me reconozca de semejante favor, porque, os lo repito, señora, mi corazón está muerto para el amor. En una palabra, quereis alejarme, no en la prevision de un peligro prócsimo, sino por el vago temor de un peligro posible y lejano..... Pero conozco, señora, que, despues de mi temeraria franqueza, lo puedo permanecer mas tiempo en esta casa. ¡Ojalá que este sacrificio pueda hacerme perdonar la sinceridad que habeis exigido de mí!

— ¡Diana! ¡Querida! ¿Dónde estás? dijo á la sazón una voz débil y chillona, acercándose al laberinto.

— Es monsieur de Beupertuis, dijo la jóven.

Y como Anatalio pareciera querer alejarse, añadió Diana.

— Quédese vd., y sigame.

Saliendo entonces madama de Beupertuis al encuentro de su marido, dijo á Anatalio en voz baja y con celeridad:

— Esta noche, á la una, en el baile de la Opera, en el corredor de los palcos segundos. Póngase vd. un dominó con una cinta encarnada y blanca en la manga, que yo llevaré otra igual.

Apenas acababa Diana estas palabras, cuando se halló en presencia de su marido.

El duque de Beaupertuis era un hombrecillo delgado, esmirriado, endeble, con enormes ojos azules á flor de cabeza. Por debajo de un gorro de terciopelo negro grisiento, salia su desordenada cabellera y su barba amarilla y larga de dos ó tres dias, brotaba tiesa sobre su piel de color de tierra: llevaba además un leviton de mañana de franela gris muy desascado.

—Ya sabia que te encontraria en el jardin, querida, dijo monsieur de Beaupertuis, dirigiéndose á su muger, y venia.....

Pero divisando á Anatolio, que por discrecion se mantenia á alguna distancia de la jóven, se interrumpió mirando á Diana con aire asombrado é interrogador.

Esta la dijo entonces, presentándole á Anatolio.

—El caballero Ducormier, el nuevo secretario de mi padre. Y volviéndose á Anatolio añadió:

—Mr. de Beaupertuis.

Anatolio saludó respetuosamente al duque, que dijo á su muger:

— ¡Cállala! ¿Tu padre tiene nuevo secretario? Pues no lo sabía.

— Su ignorancia de vd. nada tiene de extraño, caballero, repuso Diana sonriéndose, porque me parece que hace tres días que no ha salido de su cuarto, ni aun anoche, sin embargo de ser el día en que recibía mi padre.

— ¡Ah, querida! ¡Es que si supieses!... exclamó el duque levantando los ojos al cielo con una especie de éstasis. ¡Verdaderamente esos *pamphylocromoresinum* son inauditos, increíbles!

— No sé, caballero, de quién ni de qué quiere hablar.

— Hablo de esos escarabajos, macho y hembra, que he recibido de Argel: son unos *pamphilocromoresinum* de la especie mas rara que darse puede.

Y dirigiéndose á Anatalio:

— ¿Tiene vd. algunas nociones de historia natural?

— Muy imperfectas, señor duque.

— ¿Pero será lo bastante para tomarse interés en los fenómenos naturales?

— Seguramente que sí, señor duque: no hay cosa mas interesante que esos estudios

hasta para los profanos como yo.

—Así me gusta, repuso satisfecho el hombrecillo: no me canso de repetírselo á madama de Beaupertuis. Puede uno sin ser sabio tomar interés en los fenómenos naturales, sí, querida, y ahora venia á darte parte de la observacion mas curiosa del mundo, añadió monsieur de Beaupertuis con aire de suficiencia y de triunfo. ¿Sabes las costumbres de los *pamphilocromoresinum*? He pasado tres dias en estudiarlas; pero para hacértelas comprender bien, necesito un árbol grueso á que poder azarrarme, añadió monsieur de Beaupertuis, mirando con afan en torno suyo, á fin de hallar el medio de completar su mimica. Pero madama de Beaupertuis que no tenia la menor curiosidad por ver aquella pautomima, dijo á su marido:

—Perdone vd. caballero: ya sabe vd. que no tengo aficion ninguna á la historia natural. Quizá monsieur Ducormier tendrá gusto en oír á vd.

—Pero, querida, permíteme tan solo que te represente....

—Ruego á vd., que me deje en paz y me ahorre su representacion, dijo madama de

Beaupertuis alejándose y dejando á Anatalio en manos del incesorable aficionado á escarabajos, el cual se puso á referir á Ducormier observaciones tan estrañas y estrañabóticas sobre las costumbres privadas de los escarabajos, que Anatalio comprendió perfectamente la repugnancia de Diana á aquellas increíbles revelaciones fisiológicas.

Afortunadamente, al cabo de cinco minutos llegó monsieur de Morsenne acompañado de un amigo suyo, y arrancó á Anatalio de su paciente martirio.

—Caballero Ducormier, le dijo el príncipe, voy á la cámara de los pares: prepare vd. mi correspondencia que la veré á la vuelta. Y añadió con aire significativo.

—¿Supongo que no olvidará vd. la *comission que sabe?*

—No, príncipe: voy á salir al momento á desempeñarla.

—¿De modo que podrá vd. darme cuenta de ella cuando vuelva de la cámara?

—Si, príncipe, respondió Anatalio inclinándose; y se alejó prontamente, gozoso de poder librarse de las observaciones científicas de Mr. de Beaupertuis.

Este, que columbró al príncipe y á su

amigo dijo:

—Querido suegro, tengo que participar á vd. una observacion muy curiosa que he...

—Querido duque, respondió el principe asustado de la amenaza, no tengo por desgracia un momento mio, pues de lo contrario haria á vd. una cruda guerra por su carácter huraño. Tres dias hace que no se le ve á vd. Por favor, hágase vd. mas sociable y abandone un poco los insectos por los humanos.

Y Mr. de Morsenne dejó al duque de Beaupertuis, el cual, encogiéndose de hombros de lástima, volvió á encerrarse con sus queridos escarabajos, mientras que Anatolio Ducormier se dirigia á la tienda de Maria Faveau, á quien no habia pedido ver el dia antes.

Cuando entró Ducormier en la tienda del *Ganapoco*, estaba solo tras del mostrador José Faveau, el cual pareció tan confuso y descontento al ver á su amigo, que este no pudo menos de estrañar la frialdad de aquel recibimiento. Aparentó, no obstante, no advertir nada, tendió cordialmente la mano á José, y le dijo:

— Buenos dias, amigo mio; ¿cómo está tu querida esposa?

—Mi muger está en casa de su madre, respondió con sequedad José, sin tomar la mano que le ofrecia Anatalio.

Este miró á José con sorpresa, y esclamó:
—¿Qué tienes! ¿Me recibes de un modo tan extraño!

—Es que yo no se disimular.

—¿Disimular?... ¿Y el qué?

—Escucha, Anatalio, yo no tengo tu talento: no poseo mas que mi mediano buen juicio, y este me dice que te conduces mal para ti y para tus amigos: ahora bien, te quiero todavia lo bastante para sentir que en lo sucesivo no podré verte en mi casa con placer.

—Me sorprenden tus palabras, ¿De qué procede ese cambio? Vamos, sé franco, José: ¿te habré ofendido sin saberlo?

—¡Oh! tu ofendes á tus amigos sabiendo muy bien que los ofendes.

—¿Cómo?... ¿Cuándo?

—Antes de ayer estuve á comer con Bonaquet y su esposa. Te estuvimos aguardando hasta bien entrada la noche, felicitándonos de tu enmienda, porque Gerónimo nos habia informado de tu resolucion y de tu promesa... de tu promesa formal de ir á vivir á su lado. Has faltado á tu palabra, obstinándote

en seguir un género de vida que concluirá mal para ti. Eres libre; pero tambien tus verdaderos amigos son libres en alejarse de ti, despues de haber hecho, como Gerónimo, todo lo posible para procurar tu enmienda.

—Mi buen José, tu severidad, lejos de agraviarme, me prueba tu cariño, y no soy indigno de él. ¿Sabes por qué he faltado á la palabra que habia dado á Gerónimo?

—Poco importa la causa, has faltado á tu palabra y has hecho mal. Gerónimo lo ha sentido hasta el punto de derramar lágrimas.

—La causa de mi falta de palabra no es indiferente, sobre todo para ti: porque si, como dices, he faltado á mi promesa, ha sido por interés tuyo.

—¿Por interés mio?

—Si, porque se trata de lo que hay mas querido para ti en el mundo ¿entiendes, José?... de lo mas querido en el mundo.

—Anatalio: no sé lo que me quieres decir, replicó Faveau sorprendido.

Luego añadió reflexionando y repitiendo las palabras de su amigo:

—Lo que hay mas querido para mi en el mundo!... ¿Será Maria?

—Razon tiene en pensar asi, mi buen José.

Tu muger es un tesoro, pero los tesoros....

—¡Acaba! ¿Qué?

—Los tesoros hacen envidiosos.

—¡Envidiosos! exclamó Faveau, mirando a su amigo con una sorpresa cada vez mayor. ¿Qué quieres decir con eso!

—¡Ay! Si, mi buen José.

—Mira, Anatalio, no entiendo lo que dices. Si eso es una chanza, te advierto que ni de ti la sufriré, porque profeso á Maria tanta adoracion como respeto... y si tuvieses la desgracia de...

—José, no me comprendes... ¿Tengo acaso aire de chancearme?

—No: es verdad; pero entonces, ¡explicate por amor de Dios! No sé por qué siento mi corazon oprimido.

—José, vengo á prestarte un gran servicio; pero ese servicio no puedo hacértelo sino con una condicion.

—¿Una condicion para un servicio?... ¿Y te decia mi amigo?

—Me es imposible serte útil sin una condicion.

—Pero, en fin, ¿cuál es?

—Dame tu palabra de honor de no confiar á Bonaquet ni una sola palabra de lo que te

voy á decir.

Faveau miró á su amigo con aire de desconfianza y repuso:

—De algo malo se trata cuando quieres ocultárselo á Gerónimo.

—Se trata quizá de evitar grandes males, respondió Anatalio con voz grave y solemne.

—¿Grandes males? ¿Y eso se refiere á Maria?

—Sí; pero para conjurar lo que temo, te repito que es preciso que Gerónimo ignore lo que voy á confiarte, que ignore hasta que nos hemos vuelto á ver.

—Nunca mentaré á mi mejor amigo, ni disimularé nunca con él.

—Entonces, adios, José.

—Anatalio, ¡no saldrás de aquí hasta que te hayas explicado! exclamó Faveau en tono casi amenazador: no es cosa de que vengas á sembrar la inquietud en el corazón para marcharte después así; te he dicho que lo que hay más querido para mí en el mundo es Maria, y me respondistes que tenía razón, porque ella es un tesoro, pero que los tesoros hacen envidiosos: estas son tus propias palabras, y algo se encierra en ellas: no soy tan torpe que no lo conozca.

--Se encierra en ellas un gran servicio que puedo prestarte; pero es preciso que guardes secreto con Gerónimo á quien continuo amando como al mejor y mas noble de los hombres: mi falta de palabra ha debido lastimarte, pero te repito que fué causa de ella el cariño que te profeso.

—Por piedad, Anatalio, exclamó el pobre Faveau, cuya inquietud y cuya curiosidad, llena de angustia, se aumentaban á cada instante; ya lo ves, mi frente se baña en sudor á la sola idea de que pueda amenazar á Maria algun peligro. Vamos, sé bueno y no abuses de tu superioridad. Ya sabes que en cuanto á talento y recursos soy un topo en comparación á ti. ¿Serias capaz, Anatalio, de atormentarme por placer, y de arrojarme á dar un mal paso con Gerónimo? ¡Dios mio! ¡dios mio! Tú sabes lo que exiges de mi, y yo no lo sé: toda la ventaja está de tu parte. ¿Qué quieres que te diga? Me hieres en lo mas vivo del corazon alarmándome por Maria, y por ese medio me obligarás á hacer y decir todo cuanto quieras: no me obligues de antemano á una promesa que podrá ser luego mi desesperacion, porque ya me conoces; si te doy mi palabra, la cumpliré, y moriré antes

que faltar á ella.

—Querido José, repuso Anatalio, estrechando las manos de su amigo entre las suyas; si no se tratara mas que de tí, no te pediria un silencio absoluto con Gerónimo; pero...

—Mira, Anatalio, interrumpió Faveau, llevándose sus dos manos á su frente ardorosa; no puedo resistir lo que estoy sufriendo: te prometo todo lo que quieras, pero tranquilízame. te juro por mi honor no decir nada á Gerónimo, y ocultarle que nos hemos vuelto á ver. ¡Pero en nombre del cielo, habla!

—Pues bien, mi buen José, escúchame. Habia quedado, en efecto, con Gerónimo en dejar á mi embajador, y renunciar á una sociedad en que no habia hallado mas que humillaciones y desdenes.

—Pero, ¿y Maria?... ¿y Maria?

—Un poco de paciencia: anteayer por la mañana me separé de Gerónimo, en la firme resolución de establecerme á su lado y seguir sus consejos, y solo quise antes cumplir un encargo que mi embajador me habia confiado. Dirigime, pues, á casa de un gran señor, de un príncipe, á quien debia entregar unas cartas de Londres.

—Pero, ¡por Dios! ¿Y Maria?

—A eso voy... Ya recordarás que en el baile de la Opera os fué siguiendo por largo tiempo á tu muger y á ti un máscara con dominó.

—Si; ¿y qué?

—Tampoco habrás olvidado que mientras fuistes á buscar tu capa, y me quedé al lado de tu muger, ese mismo dominó, que bajó al propio tiempo que nosotros, nos estuvo mirando largo rato á tu muger y á mí.

—¿Y qué mas?

—Ese dominó era el principe á quien fui á ver anteayer mañana para llevarle las cartas de mi embajador.

—Pero ¿y Maria? replicó ingénuamente Faveau, que era tarde en comprender; me habias dicho que ibas á llegar á lo que tenia relacion con ella.

—Pues ya he llegado, mi buen José; porque, te lo repito, el dominó que os siguió con tanta tenacidad en el baile de la Opera era el principe de que te he hablado: y si siguió con tanta obstinacion á tu muger, era...

—¿Por qué!

—Porque está enamorado de ella.

—¡Enamorado! por haberla visto aquella noche en el baile de máscara.

—Por haberla visto aqui en tu tienda, delante de la cual pasa el principe y se detiene hace mucho tiempo, casi todos los dias.

—¡Ah! ¡Pasa y se detiene delante de la tienda casi todos los dias! dijo José con voz alterada. ¿Y cómo sabes eso?

—Porque me lo ha dicho él.

—¿El principe?

—Sí.

—¿Y porqué te ha dicho eso á ti.

—Porque cuando fui á su casa me reconoció por el que habia visto al lado de tu muger, mientras que aguardabas su capa.

—¿Y sin mas ni mas, ni venir á cuento, te dijo que estaba enamorado de Maria.

—¿A cuento de algo me lo dijo.

—¿A cuento de que?

Despues de un momento de silencio, continuó Anatalio:

—¿No te ha hablado tu muger de ciertas proposiciones?

—¿De qué proposiciones?

—De las que le hicieron el dia en que estuviste de guardia y comi yo contigo.

—¿Antes de ayer?

—Sí.

—¡Proposiciones! repitió Faveau atónito

en un principio y añadió en seguida poniéndose amarillo de cólera y de dolor: ¡Anatalio! ¡Mira bien lo que vas á decir!

Poro se dejó caer abatido en su sillón, y ocultó su rostro entre sus manos, murmurando:

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! No tengo una sola gota de sangre en mis venas. ¿Qué significa todo eso?

— Eso significa, José, respondió Anatalio con voz conmovida, que tu esposa es la mujer mas buena y virtuosa del mundo. Eso significa que debes aumentar, si es posible, tu ternura y respeto hácia ella, porque ha resistido á tentaciones que hubieran seducido á corazones menos elevados que el suyo. ¡Ay! ¡José! Tu esposa es una noble y digna criatura, que te ama con pasion, y de la cual debes estar orgulloso.

A estas palabras, pronunciadas por Ducormier con un acento de ardiente conviccion, levantó Faveau la cabeza, miró á su amigo, y replicó:

— ¡Es para volverme loco!... No te comprendo. ¿Con que no es una mala noticia la que tienes que darme? ¡Dios mio! ¡Dios mio! Explicate, si no quieres que diga que no tie-

nes corazón.

—Por favor, un poco de paciencia; mi buen José; escucha sin interrumpirme, y todo lo comprenderás; en una palabra, hace mucho tiempo que el príncipe está enamorado de tu mujer: supo que antes de ayer estabas de guardia, y envió aquí á un hombre de su confianza, con encargo de hacer á tu mujer los mas brillantes ofrecimientos.

--¡Trueno de Dios! exclamó José fuera de sí, precipitándose hácia la puerta: ahora veremos eso.

—¡A dónde vas! dijo Anatalio, conteniendo á su amigo por fuerza. ¿Qué quieres hacer?

--Romperle la crisma.

--¿A quién?

--A ese príncipe.

--Si no le conoces.

--¡Su nombre! exclamó Faveau furioso de cólera. ¡Las señas de su casa!

--¿Y crees que te las voy á decir en el estado en que te veo?

--¡Su nombre! gritó Faveau exasperado, apretando en su vigorosa mano el brazo de Anatalio: y añadió con aire amenazador: Las señas ó de lo contrario....

Ducormier miró con frialdad á José y le dijo:

-- ¡Me amenazas á mi, amigo mio!

-- ¡El nombre de ese hombre! ¡El nombre de ese hombre!

-- Mas tarde.

— ¡Mas tarde! ¿crées acaso que tengo sangre de horchata en mis venas?

-- Comprendo esa indignacion, y participo de ella... si... hasta tal punto quiero vengarte, José.

-- No necesito de nadie, replicó Faveau con aire sombrío y feroz; esos asuntos los ventila uno por si mismo.

-- No; porque los maneja mal y de mala manera.

-- ¡Atreverse á hacer proposiciones á Maria, á mi muger! exclamó José, Y pegando una fuerte puñada en el mostrador, añadió: ¡Trueno de Dios!... ¡Oh! Por buen principe que sea, pronto sabrá de mi.

-- José. ¡quieres continuar escuchándome, si ó nó!

-- ¡Vamos, habla! Y luego añadió Faveau como reflexionando y con desgarrada amargura: ¡Y Maria nada me ha dicho! Y precisamente ese dia la encuentre mas cariñosa y alegre conmigo que de costumbre! ¡Oh! Po

la primera vez que ha dejado de tener confianza en mi, y se ha mostrado disimulada!

-- Calla, José, le dijo Anatalio con acento severo: eres injusto y no comprendes el corazón de las mugeres; la tuya ha procedido cuerdamente en no instruirte de proposiciones rechazadas por ella con el mayor desprecio; ¡Va acaso nunca una muger honrada á alarmar ó irritar á su marido contándole semejantes ignominias! Dices que tu Maria se mostró contigo en ese dia mas cariñosa que de costumbre: nada hay mas natural; se sentia, no orgullosa, sino feliz, en haber cumplido con su deber.

=Quizá tengas razon, replicó Faveau con abatimiento: habrá querido evitarme la rabia y el dolor de pensar que se haya atrevido alguien á suponer á mi esposa capaz de escuchar esas infamias... ¡Ella, que es la delicadeza misma!... ¡Oh, nunca hubiera creído que hubiera podido ocurrírsele á nadie tan innoble pensamiento!

—Y yo tambien te hubiera evitado eso pesar, mi buen José, si no hubiese sabido que el príncipe no limitará á eso sus persecuciones, y esas persecuciones son siempre peligrosas.

—¿Cómo! exclamó Faveau, deseompuesto el rostro por la cólera, ¿ese hombre se empeña en que le harte de palos!

—¿Quiéres escacharme, si ó nó? ¿Quiéres oirme con serenidad?

—Continúa.

—Me dirigi, pues, ayer mañana á casa del principe para cumplir mi encargo, y evacuado este, hice recaer hábilmente la conversacion sobre el baile de la Opera del dia anterior, donde recordó, segun dije, haberme visto hablar con una muger muy linda, por la cual me preguntó. Contestéle que era esposa de un amigo mio de la infancia; y en una palabra: seria inútil y demasiado largo referirte cómo el principe llegó á proponerme... ¿sabes qué?

—Acaba.

—Que hablara de él á tu muger, á fin de... y a me entiendes.

Faveau miró á Ducormier con una espression de desconfianza y disgusto involuntario, guardó silencio por un momento, y replicó:

—¿Pues qué reputacion tienes tú, para que á la primera vez que te ven se atrevan á proponerte semejantes infamias? ¿En qué concepto te tienen esas gentes?

—¿En qué concepto, mi buen José? replicó Anatalio con una carcajada sardónica: ¡oh! en el de ser un pobre diablo de secretario sin mas que la noche y el dia, hijo de un pobre lonjista. Ahora bien, á los ojos de esa gente, un pobre diablo como yo debe tenerse por muy dichoso en ser el agente secreto de un gran señor, por cuyo servicio le asegura este su proteccion: la cosa se cae de su peso. Si, el principe me ha dado su palabra de caballero de que si le permito la seduccion de tu muger, quedará asegurada mi suerte y satisfecha mi ambicion, merced á su poderoso valimiento, porque se ha visto á personas de mas baja esfera aun que la mia deber una rápida elevacion á esos infames servicios.

—Anatalio, te haria un agravio en estrañar que bayas rehusado esa ignominia.

—Te engañas, mi buen José: no he rehusado.

—¿Que estás diciendo?

--Escucha... Decirte que he necesitado todo el imperio que tengo sobre mi mismo para no escupir á ese hombre á la cara...

—¡Trueno de Dios! Le hubiera deshecho alli mismo entre mis manos.

—No: es un anciano.

—!Y que me importa! ¡Oh; no se me escapará!

—Pierde cuidado, José, que quedarás vengado y de una manera terrible, si me ayudas.

—Ya te he dicho que me vengaré yo mismo.

--No puede ser.

—¿Crées que no podré romperle la crisma!

—No tienes prueba alguna contra el príncipe, y todo lo negará; además ocupa un puesto elevado, y es muy poderoso. Te digo que es un anciano, y maltratarle sería exponerte á ser encarcelado y encausado.

—¡Porquè quiso seducir á mi muger!

—Es cosa que irrita; pero así está el mundo, reflexiona un poco, y verás que tengo razón.

--Pero, ¿què he de hacer entonces?

--Escucharme, ponernos de acuerdo. y te repito que quedaremos cruelmente vengados, tú de los indignos proyectos de ese hombre respecto de tu Maria, y yo del insultante desprecio que me ha mostrado suponiéndome capaz de aceptar su infame ofrecimiento.

En aquel momento se abrió la puerta de la tienda, entró Mad. Faveau, y se quedó turbada y trémula á la vista de Anatalio.

XXVIII.

Mad. de Faveau conocia muy bien la fisonomia de su marido para no advertir lo sombrio y agitado que estaba: pero atribuyó su emocion á la conversacion que acababa sin duda de tener con Ducormier.

Y sintió una viva satisfaccion al presumir que sin duda José, siguiendo los consejos reiterados del doctor Bonaguet, habia hecho entender á Anatolio que en lo sucesivo debian cesar sus relaciones de intimidad. Cuál no seria la rorpresa de Mad. Faveau al oir á José decirle con voz ligeramente alterada:

—Maria, la criada se quedará en la tienda, mientras que nosotros estemos arriba: tengo que hablarte y aqui nos incomodarian los compradores: vente.

Al decir esto, Faveau, llegó la joven sirvienta, la cual bajó del entresuelo, recibió las órdenes de su amo, este, acompañado de Ducormier y de Maria, que los seguia casi maquivalmente, subió al en-

tresuelo situado encima de la tienda.

José cerró la puerta del dormitorio, donde tuvo lugar la siguiente escena.

Maria, sin atreverse a mirar á Anatalio, se quitó el chal y el sombrero: su lindo semblante, ordinariamente sonrosado, franco y despierto estaba un tanto descolorido, y tenía á la sazón una espresion melancólica que le prestaba un nuevo encanto: á veces sus grandes ojos, asombrados y tristes, se fijaban con inquietud en su marido, aguardando á que se esplicase. Al fin dijo este con aire apesadumbrado y contenido:

— Maria, no quiero hacerte reconvenciones, porque has procedido del mejor modo posible, en tu servicio, pero al fin me has ocultado que un miserable se habia atrevido á enviarte aqui un hombre para.....

Y como la cólera de José se irritase al pensamiento de aquel ultrage, dió una patada en el suelo con rabia, y exclamó:

— ¡Viejo tunante! ¡Viejo infame!

Maria adivinó de qué se trataba, y repuso con la espresion de una profunda sorpresa:

— ¿Pues qué, José, sabes?...

— Si, Maria sí: todo lo sé.

— Pues bien, con ese motivo he salido esta

mañana.

—¿Qué quieres decir?

—Mi primer pensamiento fué no hablarte de esa necia y torpe aventura, porque ya supondrás que recibí á ese hombre con el desprecio que se merecía.

—Anatalio me lo ha dicho.

—¡Mr. Anatalio! exclamó asombrada Maria: ¿pues cómo sabe?..

—Ya te lo explicaré: continúa.

—Decía, pues, mi buen José que resolví al pronto no decirte nada, porque si hasta aquí te he contado siempre, para reírnos ambos, las necias declaraciones que me hacían algunos parroquianos, esta vez se trataba de dinero, y era cosa tan indigna, que temí afligirte; sin embargo, como una puede engañarse, conté ayer á mi madre todo lo que pasaba, á fin de que me diese su consejo, y me dijo que hacia bien en callar sobre el particular, y en vez de apesadumbrarte inútilmente, he seguido ese consejo. Apesar de eso, mi buen José, sentía oprimido mi corazón desde que te ocultaba alguna cosa: sentía como un remordimiento; y así es que esta mañana volví á casa de mi madre para consultarla de nuevo. «Si así es, hija mia, me dijo, si tanto

te cuesta tener un secreto con tu marido, refiérele el suceso tal como ha pasado.» Y precisamente es lo que iba á hacer en cuanto te viese.

—Te doy gracias por tu confianza, respondió José con aire contenido; pero te repito, que ya sabia por Anatalio lo que ha pasado.

—Pero, amigo mio, repuso Maria dolorosamente afectada del aire sombrío de José, que no disipaba la vista de su muger; ¿cómo te ha informado Mr. de Anatalio de una cosa que no he confiado mas que á mi madre?

José repitió á su muger en pocas palabras lo que Anatalio le habia dicho poco antes.

Maria escuchó aquel relate con tanta sorpresa como disgusto; luego hizo la misma reflexion que José, y mirando á Anatalio con una mezela de repugnancia, exclamó involuntariamente:

—¿Tan mala opinion tenia de usted ese príncipe, que se atrevió á creerle capaz de semejante infamia?

—¡Ay! ¡señora! ¿Se ha librado Vd. de esa sospecha, sin embargo de ser el honor, la delicadeza y la dignidad misma? ¿Su gran ternura de Vd. hácia José, su piadoso cariño

hacia su madre, su angelical abnegacion con su hija, todas esas virtudes que hacen la felicidad de José, han sido acaso respetadas? ¿Han impedido por ventura que un miserable trate de seducir con sus ofertas, y de creer á Vd., como me han creído á mi, capaz de aceptar una proposicion infame?

—Tiene Vd. razon, Mr. Anatalio, respondió madama Faveau, convencida por las palabras de este. No es culpa de los buenos que los malos los juzguen mal.

—Y tan cierto es lo que ha dicho Anatalio, repuso amargamente Faveau, que mi primer pensamiento fué el creer que cuando se habian atrevido á hacer semejante proposicion á Maria, preciso era que hubiese algo y que hubieran circulado por el barrio rumores desfavorables acerca de ella.

—¡Ay José! exclamó dolorosamente la jóven, sin poder contener sus lágrimas; es la primera vez de tu vida que dices una palabra que me lastime el corazon.

Y se acercó el pañuelo á los ojos.

—Vamos, no llores, Maria, repuso José con un acento que procuraba hacer benévolo, pero que revelaba una desconfianza disimulada con trabajo. No te digo que pien-

se ahora eso.... pero lo pensaba hacia poco. ¡Que quieres! No es uno dueño de sus pensamientos.

— ¡Ay, señora! replicó Anatalio con una espresion cruel de amargura. ¡ahí tiene vd. los resultados de esas tentativas infames! Por mas que se las rechace con toda la altivez de la virtud ó del honor ultrajados, todavia los espiritus mas rectos, los corazones mas nobles, vd. y José, en fin, no pueden menos de decir:

«Preciso es que haya habido algo.»

¡Ah! ya lo ven vds! El contacto de la corrupción tiene tanto de horrible que hasta á los ojos menos prevenidos parece que su fango mancha lo que siempre se ha conservado puro. De consiguiente, odio, venganza implacable contra esos miserables que hacen juguete suyo lo que hay mas sagrado en el mundo: el reposo y el honor de una mujer.

— ¡Si, odio y venganza! repitió Faveau, cuya leal fisonomia se contraía de una manera dolorosa, y que por varias veces evitó las miradas de Maria cada vez mas alarmada y sorprendida. Si la venganza no vuelve el reposo, al menos consuela. Sufro, pero no

sufro solo.

—¿Y por qué has de sufrir, José? dijo Maria conteniendo con dificultad sus lágrimas. Porque se me ha hecho una proposicion infame.... ¿Y es eso culpa mia?

—No, no; no es culpa tuya, respondió Faveau con una especie de impaciencia febril.

Y en seguida, dirigiéndose á Anatalio:

—¡Hablemos de venganza! añadió; ¡hablemos de venganza!

—Cuando volvió tu esposa, repuso Ducormier, te decia, amigo mio, que habia tenido que hacer un grande esfuerzo sobre mí mismo para no exaltarme al oír la proposicion del principe. Hice mas, pues acepté la infamia que me proponia.

—¿Vd., señor Anatalio? ¿Ha aceptado vd?

—Sí, señora; é hice otra cosa que me costó mas todavia, añadió Ducormier con una expresion de amargo pesar: á riesgo de perder la amistad de Gerónimo, falté á la promesa que le habia dado... y asi es que á estas horas me cree hombre sin corazon y sin palabra... Indudablemente reconocerá mas ta de su error, pero entretanto su corazon se ha enfriado conmigo, y, aunque momen-

tánea, la pérdida de la estimacion de un hombre á quien amo y venero tanto, me es en extremo dolorosa.

—Pero, caballero Anatalio, repuso Maria: ¿qué obliga á vd. á dejar á monsieur Bonaquet en un error que tan penoso es para vd. como para él?

—El interés de José, el de vd., señora, respondió Ducormier con una dulce resignacion; y, debo confesarlo tambien, la necesidad de vengarme yo, vengándolos á vds. Acepté, por tanto, el infame ofrecimiento del principe. «Pero para poder hablar, le añadí, en favor vuestro á madama Faveau, sin asustarla de buenas á primeras, seria indispensable que tuviese yo cerca de vos un cargo interino... que fuese, por ejemplo, vuestro secretario, pues esto me daria facilidad para poder, siempre que fuese á ver á mis amigos, ponderar á madama Faveau, sin escitar sus sospechas, vuestra generosidad, vuestro talento, vuestra inmensa influencia, y quiza asi llegue á predisponerla favorablemente para que os escuche algun dia. Mas para esto se necesita tiempo, principe, mucho tiempo, y todavia no respondo de nada, porque madama Faveau es

la muger mas honrada del mundo, y adora á su marido, que merece bien ese amor.»

— ¡Al caso, Anatalio, al caso! dijo bruscamente Faveau: ¿á dónde quieres ir á parar?

— Ahora vas á saberlo, amigo mio, respondió Dacormier. Encantado el príncipe de mi idea, me tomó al momento por secretario suyo. Ya ves, José, que me veia precisado á dejar de cumplir mi palabra á Gerólamo.

— Bien, dijo José; pero bajo el punto de vista de tu venganza, ¿de qué te servia aceptar las ofertas de ese viejo infame y hacerte su secretario?

— En primer lugar, mi buen José, aceptando el torpe encargo que me hacia, impedía que el príncipe lo confiara á otra persona. Ya ves, á pesar de la adorable pureza de tu muger, el pesar que ya os ha causado una tentativa de corrupcion, por mas que haya sido despreciada. No es eso todo; el príncipe está enamorado como un gran señor rico y gastado, es decir, con frenesi.

Y desgraciadamente, amigos míos, un gran señor no se limita á estar enamorado y sufrir; cree que todo le está permitido con

gentes vulgares como nosotros; no retrocede ante una mala accion; todo lo arriesga, y el menor peligro de esas obstinadas tentativas es el de comprometer mas tarde ó mas temprano á la muger mas honrada del mundo. Si, los miserables que aceptan el papel que yo debo hacer, emplean toda clase de medios por odiosos que sean. Asi es que, por medio de horribles calumnias, se esforzarán en perder la reputacion de una muger en el barrio con la esperanza de sacar mejor partido de ella, ó de vengarse de su repulsa, deshonorándola de antemano.

—Basta, Anatalio, basta, repuso Faveau llevándose las dos manos al rostro. Pierdo el juicio... siento como vértigos.

Y luego esclamó con voz sofocada:

—¡Era yo tan feliz!

—José, repuso María con lágrimas en los ojos: tu me asustas, ¡Dios mío! ¿Pues en qué se halla amenazada nuestra felicidad? ¿No te amo siempre con igual ternura?

—Si, sí, María, me amas siempre; lo dices y te creo.

—¿Necesito acaso decirte lo para que lo creas? dijo María sin poder contener ya sus lágrimas. Nunca me habias hablado de esa

manera.

—¡Bien, llora, llora! exclamó José fuera de sí: no me faltaba mas que eso para acabar de....

—No, no, ya no lloro, José, respondió Maria, enjugándose los ojos; no lloraré mas, una vez que eso te disgusta.

Y mientras que Maria permaneció absorta en un doloroso silencio, dijo Faveau, á Ducormier con acento resuelto:

—Amigo mio.... nunca olvidaré lo que haces por nosotros. Ahora comprendo el servicio que nos has prestado aceptando las proposiciones de esa infame gente, á fin de que no las haga á otro. ¡Pero pido venganza! Venganza! porque si no, suceda lo que quiera, y sin respeto á su edad, voy á pisotearle hasta que me harte.

—Tranquilízate, José, repuso Ducormier, que voy á manifestarte mi plan. Al pedir al príncipe una plaza de secretario que me permitiera vivir en su casa, llevaba un doble objeto. ¿Te acuerdas de un dominó negro con quien estaba hablando en la Opera en un palco, cuando me encontrásteis tu muger y tú?

—Sí que me acuerdo.

—Pues bien, continuó Ducormier, la ca-

sualidad ó la Providencia quiso que ese dominó, que por divertirse me habia embromado, fuese la hija del principe, una duquesa jóven, encantadora, bellissima, pero insolente y altanera como todas las hembras de su clase.

Y despues de un momento de silencio, añadió Ducormier.

—Sí, es una dama tan distinguida como arrogante. Y por eso quiero un dia... quizá muy pronto, decir al principe. “He apantado serviros, pero fué para proteger á mis amigos contra vuestros infames proyectos: os he pedido habitacion bajo vuestro techo; pero fué para seducir á vuestra hija. Sí, principe, habeis querido sembrar la vergüenza y la desgracia en una casa de *gente vulgar*, como soleis llamarla; pues bien, yo, hombre del vulgo, he sembrado la vergüenza y la infamia en vuestra casa de gran señor.,, ¿Y sabes, José, ante quién he de hacer al principe esa revelacion terrible?..... Delante de tí; delante de tu muger, porque vendrá aquí á devorar ese ultrage. Tengo para ello mis proyectos.

—¡Oh! exclamó Faveau con una espresion de alegria salvaje, confieso que eso vale mas

todavía que romperle la crisma. ¿No es verdad, María?

—Amigo, mio, respondió tímidamente la jóven sin levantar los ojos: me parece.....

—Vamos, ¿qué te parece?

—Esa jóven á quien Mr. Anatalio quiere seducir y deshorrar, está inocente de las infamias de su padre.

—¡Ah! ¿De veras?.. replicó José con sarcónica sonrisa. Veo que tienes un corazón excelente, que eres muy compasiva con personas que quieren tu deshonra y la mia.

—José, permíteme explicar mi pensamiento.

—Basta, replicó con dureza Faveau, no necesito de tu permiso para vengarme como mejor me parezca. Eso es cuenta solo de Anatalio y mia. Te creía mas celosa de nuestro honor.

—¡Dios mio, Dios mio! murmuró la pobre jóven cubriéndose el rostro con su pañuelo: es la primera vez de mi vida que me trata con esa dureza.

José, dirigiéndose á Ducormier, continuó:

—Acepto esa venganza.

—Ahora comprenderás, mi buen José, repuso Anatalio, por qué te he exigido palabra

de no decir nada de esto á Gerónimo: él tiene sus ideas, que yo respeto, pero yo tengo las mías. Cuando le hablaba yo de los ultrajes que sufría en la alta sociedad, me decía.. y tú lo aprobabas por cierto: «¿A qué es sufrir esos ultrajes? Abandona esa sociedad, olvida esos desprecios.»

—Aquí para entre los dos tenía alguna razón, dijo Faveau.

—Sí, la tenía, bajo el punto de vista suyo y bajo del tuyo, José. La cosa es muy sencilla: vosotros no conocéis los horribles tormentos que he sufrido. Pero ahora que siento por ti misma la amargura de esas ofensas ¿crees, José, que sea posible olvidarlas?

—¿Oldarlas?... ¡Nunca! exclamó Faveau. Si, antes de haber tenido parte en esos ultrajes, pensaba como Bonaquet; pero ahora que me han lastimado cruelmente en mi felicidad, concibo que se sacrifique todo á su odio. A Gerónimo que nunca ha sufrido semejante ofensa, le es fácil decir á los demás que olviden los ultrajes.

—Y luego Gerónimo se ha casado con una señora de alta clase que es hasta parienta del príncipe, y por consiguiente de su hija la duquesa. Ahora ya comprendes, José, que si

Bonaquet conociese nuestros proyectos, no los callaría á su muger, y esta, naturalmente por amor propio de familia....

—Iria á decirselo corriendo al principe, que el infierno confunda, interrumpió Faveau, y serias despedido.

—Y el príncipe encargaría á otro que solicitase á tu muger; y ya sabes las desgracias que eso podría traer.

—Mira, Anatalio, primero consentia que me hiciesen tajadas que renunciar á nuestros proyectos. No, no, Gerónimo, nada sabrá... Tienes ya mi palabra.

Y dirigiéndose á Maria en tono imperioso:

—Ya lo oyes: ni una palabra de esto á Gerónimo ni á su muger cuando los veamos.

—Escucha, José...

—¡Ahl ¿Conque defiendes al príncipe? exclamó el desgraciado, cuyo corazón empezaba á agriarse, y cuya inteligencia principiaba á oscurecerse por el aguijón de los celos: ¿conque te pones de parte de esa canalla que quería deshonrarme? ¡Bueno es saberlo!

—Sr. Anatalio, replicó Maria sollozando, ¿oye usted á José? ¡Dios mio! ¿Oye Vd. á José? ¡Atreverse á decirme que abrazo el partido del príncipe contra él!

—Perdonele Vd., señora, que el dolor le saca de juicio; pero pienso, como José, que sería indispensable para nuestros proyectos que ni Bonaquet ni su muger tuviesen noticia de ellos.

—=Maria, exclamó Faveau, ¿me prometes guardar silencio con Bonaquet y su muger?

—Amigo mio...

—=Responde. ¿Me lo prometes?... ¡Trueno de Dios! ¿O quieres que me vuelva loco?... ¿No es bastante con el tormento que ya sufro y de que tu eres causa?

—¿Yo? ¡Dios mio! ¿yo?

—Escucha, Maria, replicó Faveau con aire siniestro y amenazador: si no me das palabra ahora mismo (y sé que si la das la cumplirás) de no decir cosa alguna de nuestros proyectos á Bonaquet y á su muger, voy á casa del príncipe, que el infierno confunda, y le ahogo. Elige entre esa verganza y la que propone Anatalio.

—Asustada Maria de la terrible resolucion que revelaba la espresion de la fisionomia de su marido y con la esperanza de conjurar alguna desgracia, respondió con voz sofocada:

—Te doy mi palabra de no decir nada de

tus proyectos á Mr. Bonaquet ni á su señora.

En aquel momento entró la sirvienta, que habia quedado cuidando de la tienda, y dijo á Faveau:

—Señor, abajo hay una señora que pregunta por mi ama. Es la esposa de Mr. Bonaquet.

—Diga Vd. que mi muger ha salido, respondió Faveau con impaciencia.

—Es que he dicho que la señora estaba aqui con usted.

—Pues bien, diga Vd. que se ha equivocado, que no estamos ninguno de los dos.

—¡José! exclamó Maria en tono suplicante; Madama Bonaquet conocerá que eso es mentira, y lo llevará á mal. Acuérdate de la bondad con que nos recibió.

—Que lo lleve ó no á mal, lo mismo me dá, respondió Faveau:

Y dirigiéndose en seguida á la criada, añadió señalándole la puerta.

—Vd. obedezca.

La criada desapareció.

—A pesar de su aspereza, tiene razón José, señora, dijo Anatalio á Maria que se deshacia en lagrimas. Estais llorosa y sobre-

saltada. Mad. Bonaquet habria preguntado la causa de su pesar de Vd., y sus preguntas la pondrian en grande apuro. Vamos, hasta luego. José, valor.... esperanza, que ya nos vengaremos.

Ducormier, despues de separarse de José Faveau y de su muger: se dirigió á toda prisa al Marais á casa de Mad. Duval.

XXIX.

Mientras que Anatalio se encaminaba á casa de Mad. Duval, pasaba en casa de esta la escena siguiente:

La pobre enferma, pálida y débil, estaba sentada en su cama, y escuchaba serena y casi risueña la lectura de una carta que su hija, situada á la cabecera, le leia en alta voz. Esta carta habia sido llevada tres dias antes á casa de Mad. Duval, igualmente que diferentes libros bellisimos, por Anatalio Ducormier, comision de que le habia encargado la señorita Emma Levasseur, institutriz en casa de lord Wilmot, y amiga de infancia de Clementa Duval.

Suspendiendo esta por un momento su lec-

tura, dijo à su madre con solícito cariño:

Querida mamá, temo fatigar demasiado tu atencion con esta lectura, y que te vuelvan los dolores de cabeza.

— No, hija mia, nada temas, que no me siento fatigada lo mas minimo: esa carta de Emma es curiosisima, y me agrada mucho: creo que sea imposible trazar un cuadro mas fiel de la sociedad inglesa, y está salpicada de alusiones graciosas é inocentes, que hacen muy agradable su lectura.

-- Asi es, que el otro dia, al leerla yo sola antes de tu desgraciado ataque, conocí que te interesaria. A Dios gracias, te encuentras hoy bastante bien para que pueda leértela. Pero, de veras, no te fatiga?

— De veras, hija mia.

— ¿No necesitas nada? ¿Te sientes bien?

— Perfectamente. Conque asi, hija mia, continua leyendo: los retratos trazados por Emma deben ser muy parecidos.

— Tiene un talento tan claro y penetrante, repuso Clementa, que rara vez se equivoca en sus juicios; además, su corazón es demasiado bueno para dejarse llevar de malas prevenciones.

— Por eso he creído siempre que, hablando

moralmente, habia una gran semejanza entre Emma y tú.

--En verdad, querida mamá, replicó Clementa, que no te habria dicho lo bien que pensaba de Emma si hubiera previsto esa lisonja, y como pudiera suceder que no parases ahí, continuó la lectura de la carta de esa tierna amiga

Y Clementa leyó lo que sigue:

«Despues de haberte bosquejado, querida Clementa, los personajes mas notables de la sociedad en que vivo, y el carácter algo escéntrico de esa misma sociedad voy á decirte dos palabras de recomendacion en favor de Mr. Ducormier, que te entregará esta carta en la breve estancia que debe hacer en Paris, antes de regresar á Lóndres: de ese modo me traerá ocularmente noticias tuyas y de tu excelente mamá.»

«Afortunadamente soy tan fea y de tan mal aire, que puedo en compensacion dar, sin comprometerme, carta de recomendacion á jóvenes gallardos.»

«Escuso decirte que no es á ti, sino á tu querida madre, á quien dirijo á Mr. Ducormier, y estoy segura que me lo agradecerá. Vco que al llegar aqui te reirás como una lo-

ca, y sin embargo lo que digo es la pura verdad, ¿No es acaso una suerte, y poco común hallar la modestia y la sencillez unidas al mérito mas eminente, medio oculto en una humilde condicion? Mi protegido es secretario particular del embajador de Francia, cuya esposa es amiga íntima de lady VVilmot, madre de mis educandas »

«Durante una temporada bastante larga que el embajador de Francia y su esposa pasaron este otoño en el campo en casa de lady VVilmot. en *VVilmot-Castle*; tuve ocasion de tratar á Mr. Ducormier, que habia acompañado á su principal. Gracias á mi fealdad y á mi facha del otro mundo, pude vivir por espacio de dos meses en una especie de intimidad amistosa con monsieur Ducormier, placer inocente que me hubiera sido vedado si hubiese tenido la desgracia de ser como tú, querida Clementa, de una belleza tan...»

La jóven se interrumpió ruborizándose, y dijo á su madre.

—Suprimo el resto de la frase por compasion á la ceguera de la pobre Emma.

—Suprime cuanto quieras, replicó Mad. Duval riendo á su vez: afortunadamente tu belleza está en otra parte mas que en la car-

ta de tu amiga. Pero prosigue, hija mia: lo que Emma dice de su protegido me interesa mucho, y en cuanto esté mejor recibiré á monsieur Ducormier, aun que no sea mas que para darle gracias por la atencion que tuvo la otra noche en ofrecerte sus servicios cuando fuiste á la Opera á buscar al doctor Bonaquet.

En efecto Mr. Ducormier se portó en aquella triste ocasion con suma finura.

Y la jóven continuó asi la carta de su amiga:

«Lo que contribuia á aficionarme á Mr. Ducormier, era una especie de conformidad en nuestras posiciones subalternas; porque ¿qué otra cosa son una institutriz y un secretario? Aprovechábamos, pues, la especie de aislamiento en que nos dejaban las costumbres esclusivas del mundo aristocrático en que viviamos, para felicitarnos de hallarnos así libres de una enojosa violencia, y con ese motivo he podido apreciar lo que había de bueno, generoso y elevado en el corazon de Mr. Ducormier. ¡Cuántos otros, en su lugar, se hubieran rebelado, tomando ocasion de ese aislamiento, contra el necio orgullo de esos grandes señores, de esos necios titulos,

cuyo único mérito consiste en su nacimiento, etc etc., y otras trivialidades por el estilo! Pues nada de eso, Mr Ducormier aceptaba como yo, la honrosa interioridad de su condicion con una sinceridad admirable: es de esos hombres á quienes su delicadeza y su dignidad personal eleva siempre sobre las contrariedades del amor propio: asi es, que me decia un dia, con esa noble y dulce resignacion que le caracteriza, estas palabras, que nunca he olvidado:

«Miré vd., señorita Emma, yo soy un hijo del pueblo: mi pobre padre era un tendero; ganó mi vida con mi trabajo. Pero estoy tan seguro de haber pensado y obrado siempre como hombre de corazon, que no puedo estimarme en menos que los mas altos personajes de que nos vemos rodeados. Cuando uno se mantiene á ese nivel de honradez, contempla al mundo desde un punto de vista tan elevado, que las posiciones mas humildes y elevadas parecen iguales. ¿No sucede lo mismo en el órden físico? Téngase valor para subir á la cima de una montaña escarpada, y dirigiendo luego la vista en torno nuestro, ¿se hallará acaso á lo lejos la menor diferencia entre ese átomo que se llama palacio y ese

otro que se llama cabaña? No, no: no hay desigualdad sensible para el hombre que se eleva y se honra á sus propios ojos....

—Esa imagen es noble y tierna, dijo Mad. Duval interrumpiendo á su hija: pensar y obrar de esa manera, es dar prueba de nobleza de carácter... ¿No te parec asi, hija mia?

—Seguramente, madre mia, se necesita tener corazon y valor para resistir en una posicion semejante á los de la envidia ó al desaliento, y como dice Emma luego al fin de su carta, puede juzgarse á un hombre por semejante rasgo de carácter.

En el momento en que Mad. Duval y su hija llegaban á este punto de su conversacion, llegaba Ducormier á su casa.

Llamó y salió á abrir una criada.

—¿Está Mad. Duval? preguntó Anatalio.

—La señora está enferma y no puede recibir, respondió la criada. Pero, mirando en seguida á Anatalio con mayor atencion, añadió:

—Perdone vd. ¿no es usted el caballero que vino el otro dia á traer varios libros y una carta á la señorita?

—El mismo soy. Segun eso, ¿no está Mad.

Duval mas aliviada?

— Si, señor: hoy está algo mejor.

— ¿Ha venido esta mañana su médico el doctor Bonaquet?

— Si, señor.

— ¿Y sabe vd. si volverá hoy?

— No volverá, porque se despidió de la señorita que le acompañó hasta la puerta, hasta mañana.

— ¿Ha asistido vd. por casualidad á la visita que el doctor Bonaquet ha hecho esta mañana á Mad. Duval? preguntó Ducormier con intencion.

Y en seguida añadió:

— Perdone vd. esta pregunta, dictada solo por el interes que me inspira la salud de Mad. Duval.

— Lo comprendo, caballero: presencié como de costumbre la visita del doctor Bonaquet, y dijo este á la señora que nose alarmase por la debilidad que sentia, y que respondia ya de todo, con tal que la señora se tranquilizase.

— Gerónimo no ha hablado, aun á Mad. Duval del caballero de Saint-Geran, dijo entre sí Ducormier, que acababa de saber lo que deseaba. Y luego añadió en voz alta,

entregando una tarjeta á la criada: Tenga vd. la bondad de pasar esta tarjeta á Mad. Duval, y preguntarle si podria concederme unos breves momentos de conversacion, para un asunto de mucha importancia que desearia comunicarla, si estuviese en estado de recibirme.

—Muy bien, caballero, respondió la criada haciendo entrar á Ducormier en una pequeña antesala: voy á visitar á la señorita.

—Y ruego á Vd. la diga que es cosa grave y urgente, añadió Ducormier.

—Bien, caballero, replicó la criada, y dejó solo á Ducormier.

—Es muy extraño, dijo este entre si; necesito valerme de esta mentira para ver en este momento á Mad. Duval y á su hija, y siento como una especie de remordimiento. Nunca he creído en presentimientos, y sin embargo, se me figura que una mano de hielo comprime mi corazon. ¡Bah! ¡Eso es una flaqueza! ¿A qué titubear? ¡Por qué voy á despertar por un momento en esas dos mugeres una esperanza insensata! .. ¡Vamos! ¡Es una estupidez!

Y despues de reflexionar un momento, añadió:

— ¡Oh! ¡Y qué bien hice en disimular, por hábito solo, y sin prever cosa alguna, mis verdaderos resentimientos á los ojos de la amiga de Clementa Duvall! ¡De cuánto me servirá! Porque la pobre institutriz la hablará de mí como de un santo... ¡Malditosea el fatal impulso que me hizo ayer abrir mi corazón á Gerónimo! Es una locura ceder á esos febriles arranques de franqueza: mostrar uno su corazón desnudo, es quitarse la coraza; pero pude defenderme contra la penetrante influencia de mi austero amigo. Afortunadamente la reflexion me ha devuelto el juicio...

—Caballero, pase vd. á la sala. Allí está la señorita.

Anatalio fué introducido al punto donde estaba Clementa.

Ducormier que apenas la habia visto cuando la encontró bajo el peristilo de la Opera, permaneció deslumbrado por un momento, al ver aquella belleza suave y virginal.

La jóven, con una delicadeza exquisita, habia dejado entreabierta la puerta de la alcoba donde estaba su madre, no pareciéndole bien tener á solas una conversacion con un desconocido, aunque habia hallado en la

carta que su amiga le escribía de Lóndres el elogio mas lisonjero del carácter y del talento de Mr. Ducormier.

Este, inclinándose para saludar á la jóven, le dijo:

—Perdone Vd., señorita la insistencia que he mostrado en ver á vd.; pero se trataba de una cosa tan grave, que me he tomado la libertad de pedir á Vd. un momento de audiencia. Acabo de saber por otra parte que su señora madre de Vd. está algo mejor, y esto me hace sentir menos mi importunidad.

—En efecto, caballero, la salud de mi madre ha mejorado, merced á los escelentes cuidados del doctor Bonaquet, su amigo de Vd., pues no he olvidado su delicado proceder de Vd. de la otra noche, y quiero aprovechar esta ocasion para dar á vd. tambien las gracias por los libros que ha tenido Vd. la bondad de traerme de parte de mi mejor amiga. Me dice esta que le ha dejado vd. en Lóndres buena y contenta con su suerte. Mas perdone vd., caballero: decia vd. que tenia que comunicarnos algo importante.

—Si, señorita: solo debo advertir á vd. de antemano, que no se entregue á una esperanza que seria vana quizás.

—¿Qué quiere vd. decir, caballero?

—La ternura filial es tan propensa á alarmarse como á tener esperanza.

—¡Dios míos! Caballero, dijo Clementa con inquietud: ¿se trata acaso de mi madre?

—No, señorita, no.

—Pues entonces, caballero no entiendo á vd.

Pero herida de una repentina idea, y poniéndose tan trémula que apenas podía hablar, añadió juntando las manos mientras que su rostro encantador reflejaba una ansiedad á la vez dolorosa é inefable:

—Caballero... apenas me atrevo á dar crédito... Quizá he comprendido mal... se trataría acaso de...

—De su padre de vd., señorita.

—¡Padre mío! exclamó Clementa.

Esta exclamación fué tan viva é involuntaria, que llegó la voz á los oídos de Mad. Duval á través de la puerta de su alcoba, que solo estaba entreabierta. Entonces la enferma, llamando á su hija con voz inquieta, le dijo:

—¡Clementa! ¡Dios mío! ¿Qué sucede? ¡Clementa! Ven á mi lado.

Sucedió entonces un gran silencio, duran-

te el cual Anatalio dijo por lo bajo á Clementa:

—¡En nombre del cielo, señorita! cuidado con lo que haceis! A pesar de lo vaga é incierta que es la esperanza que traigo, es preciso no anunciarla á su madre de Vd , sino con las mayores precauciones.

—¡Clementa! repitió de nuevo Mad. Duval en voz mas alta; ¿No me respondes? ¿Qué sucede, Dios mio! ¿Me oyes, hija mia?

La jóven corrió á la alcoba de su madre: cambiaron ambas algunas palabras, y un momento despues Clementa, pálida y conmovida, volvió á la sala, y dijo á media voz á Anatalio juntando sus manos con aire suplicante:

—Caballero, en nombre de lo mas sagrado que hay para mí en este mundo, que es la vida de mi madre, dígala vd. con todas las precauciones posibles lo que sepa tal vez acerca de la suerte de mi padre. . Solo he dicho á mi madre que tenia vd. que hacernos una comunicacion de mucha importancia.

—Nada tema vd , señorita, conozco toda la gravedad, por no decir todo el peligro, de una conmocion violenta en el estado en que se encuentra vuestra madre.

Anatalio Ducormier siguió á Clementa á la alcoba de la enferma.

XXX.

Asi que entró Ducormier en la alcoba de Mad. Duval, le indicó esta con un ademán un sillón que habia en frente de su cama, y le dijo con voz conmovida, mientras que Clementa permanecía á la cabecera:

—Caballero tenga vd. la bondad de tomar asiento y de manifestarnos ese grave asunto de que ha hablado vd. á mi hija.

—Lo que tengo, señora, que decir á vds., es en efecto muy grave, y sin embargo, solo se trata de un rumor, respondió Ducormier, de un simple rumor, destituido quiza de todo fundamento, téngalo vd. bien presente... Estamañana he recibido una carta de Londres... á donde me la dirigió primero un amigo mio, creyendome todavia en aquella capital... Ese amigo hace mucho tiempo que abandonó la Francia, y... Pero, señora, añadió Ducormier interrumpiéndose, permítame vd. que insista en que nada hay menos seguro que la noticia que me dá mi amigo,

recogida al paso en su viage, y sobre la que ni aun me dá pormenor alguno... ignorando hasta que punto podia interesarme lo que me decia. De consiguiente, señora, no acoja vd. las palabras siguientes sino con toda reserva, pues por desgracia es probable que mi amigo no sea sino el eco de una noticia falsa. Sentiria por eso en extremo despertar en vd. vanas esperanzas.

Conforme hablaba Ducormier, iba siendo mayor la atencion de Mad. Duval: muy luego, merced á las precauciones con que Ducormier revestia su exordio, entrevió primero confusamente que se trataba de una revelacion que podia infundirle una esperanza, contra la cual se la queria prevenir: por último, despues de algunos momentos de reflexion, llegó á suponer naturalmente que esa noticia dudosa, adquirida en un viage lejano, debia tener relacion con la muerte del coronel Duval. Asi fué que esa idea solo se presentó á su imaginacion gradualmente y sin violencia, gracias á las delicadas precauciones que habia tomado Anatolio para dárselas á entender, y la enferma respondió con voz casi tranquila.

—Una palabra no mas, caballero: ¿Por qué

¿pais viajaba su amigo de Vd?

Clementa temia que la revelacion fuese todavía demasiado brusca, y dijo á Anatolio con acento y ademan de inquietud.

—¡Caballero, cuidado!

Y como Ducormier, cambiando una mirada de inteligencia con la jóven, titubease en responder, dijo madama Duval con voz segura:

—Caballero, su amigo de Vd. viajaba por Argelia ¿no es cierto? Respóndame Vd. sin temer.

Y dirigiéndose á su hija:

—Tranquilízate, querida mia, añadió: este caballero ha abordado este delicado asunto con tanta finera y un tacto tan esquisito, que, como ves estoy serena. Pierde cuidado, que no cederé á locas esperanzas, pues conozco que la ruina de ellas me daría un golpe mortal. Ahora, Caballero, puede Vd. continuar con toda seguridad.

—Así lo creo, señora, repuso Anatolio, y su firmeza de Vd. me quita de encima un peso cruel. Pues bien, si señora, mi amigo viajaba por la Argelia y oyó decir en una tribu lejana que recorría junto á los confines del desierto, que un coronel francés, á quien se

suponia muerto, se hallaba retenido prisionero hacia mucho tiempo por unos árabes nómadas, en cuyo seguimiento iba.

Madama Dubal, á pesar de su resolucion, no pudo contener las lágrimas de júbilo que le escitaba una esperanza aunque vivamente combatida por una duda llena de cordura.

Clementina advirtió la emocion de su madre, y le dijo sin poder contener tampoco su efusion de ternura:

— Querida madre, te ruego que no te entregues á funestas ilusiones. Yo necesito tanto valor como tú para resistirme á una esperanza semejante, porque veo que no es nueva para nosotras.

— Eso mismo debe tranquilizarte, hija mia: y á Vd. tambien, caballero, porque no pocas veces mi hija y yo, sin pruebas positivas de la muerte de mi marido, hemos pensado que podia hallarse prisionero; pero le confieso á Vd. que nuestras suposiciones no tenian siquiera por base el indicio que nos dá Vd. y cuya incertidumbre reconozco lo mismo que Vd.

— No hay, en efecto, cosa mas dudosa, señora; porque como he tenido ya el honor de decir á usted, mi amigo no entra en por-

menores algunos acerca del hecho, y me lo anuncia simplemente como un rumor. No le hubiera dado yo quizá tampoco la menor importancia, si la señorita Emma Levasseur, en varias ocasiones, y antes de ayer mismo, mi excelente amigo el doctor Bonaquet, no me hubiera hablado de las dudas, por desgracia poco verosímiles, que quedaban acerca de la suerte del coronel Duval. Pero ya con eso, señora, al recibir esta mañana la carta de que he hablado á Vd., mi pensamiento fué informarla, con todas las precauciones posibles, de lo que acaba de saber, y escribir al momento á mi amigo. Este me dice que debe permanecer algun tiempo en Argel, y le he suplicado que evoque escrupulosamente sus recuerdos, y sobre todo que me instruya del nombre y de la posicion geográfica de la tribu donde adquirió esa noticia, lo cual facilitaria quizá las investigaciones.

—¡Ah! ¡Caballero! dijo Mad. Duval con el acento del mas profundo reconocimiento: suceda lo que quiera, y aunque conservo muy pocas esperanzas, no olvidaré en mi vida lo delicadamente que se ha portado Vd. con nosotras en esta circunstancia...

—Por dios, señora, interrumpió Anatalio

con aire modesto y conmovido, ¿quién no hubiera hecho lo que yo? Mi único sentimiento es no poder hacer mas y hallarme tan sujeto por mi posicion que no puedo disponer de mí. A no ser por eso...

—¿Qué, caballero?.. dijo Mad. Duval con aire de sorpresa y ansiedad.

—A no ser por la dependencia en que vivo, señora; continuó Anatalio con emociion reprimida, hubiera suplicado á Vd. que me dejase gozar de una de las mayores felicidades que al hombre le es dado conocer; pero ese hermoso ensueño es imposible. ¡Ay! por la primera vez de mi vida echo de menos la riqueza y la libertad que ella proporciona.

—En verdad, caballero, dijo Mad. Duval cada vez mas sorprendida, no entiendo á Vd.

—¿No es cierto, señora, que muchas personas, y el amigo de que hablo á Vd., es una de ellas, van á visitar la Argelia por curiosidad ó como artista?

—Asi es, caballero.

—Pues bien, señora, figúrese Vd. un hombre bastante independiente para emprender un viage semejante, no con el objeto de satisfacer sus gustos de artista ó su curiosidad de viagero, sino con la esperanza de volver

quizá á su muger y á su hija uno de los capitanes mas valientes que dan bonor á la Francia. ¡Ay señora! continuó Ducormier, cuyas hermosas facciones parecian radiantes de entusiasmo; ¡qué felicidad seria arrostrar fatigas, privaciones, peligros, por consagrarse á tan santa empresa! ¿Qué mas noble empleo de su independenciam podria hacer un hombre rico y libre? Pero, ¡qué se ha de hacer! La suerte no nos mide siempre con igualdad el poder y la voluntad ¡Felices aquellos que pueden hacer todo el bien que quieren!

No es posible pintar el acento melancólico y desgarrador con que Anatalio pronunció estas últimas palabras; así fué que madama Duval no menos conmovida que su hija, por la generosa idea de Ducormier, exclamó:

—Caballero, en otro cualquiera me sorprenderia la nobleza de esos sentimientos; pero he leído esta mañana una carta que la señorita Emma Levasseur ha escrito á mi hija, y sé cuanto se puede esperar de vd.

—Tambien á mis frecuentes conversaciones con la señorita Emma acerca de vd. y de su hija, he debido el gran interés que tomo en lo que toca á vd. tan de cerca. M.

único pesar, señora, es verme limitado á formar votos por desgracia tan estériles como sinceros.

—Votos apoyados en sentimientos tan generosos, valen tanto como los hechos, caballero, repuso madama Duval, cada vez mas subyugada por las persuasivas palabras de Anatalio. Y luego, huyendo de abrigar quiméricas esperanzas, ¿no nos autoriza acaso la fria razon á sacar partido, al menos, de las noticias que le han trasmitido á vd.? ¿No le parece á vd., caballero, que seria urgente comunicarlas á uno de los antiguos amigos de mi marido, gefe de seccion en el ministerio de la Guerra, encargado del negociado de la Argelia? Varias veces me ha dado ya aviso de algunas diligencias hasta ahora infructuosas que se han practicado para averiguar el paradero del coronel Duval.

—Me parece eso una cosa indispensable. Esta tarde enviaré á Vd. copia del pasaje de la carta de mi amigo, en que habla del prisionero francés.....

—Mejor que eso, caballero, dijo cordialmente á Anatalio madama Duval; háganos vd. el obsequio de traer vd. mismo esa copia mañana. Emma nos dice que debe vd. per-

manecer poco tiempo en Paris, y bien puede vd. concedernos algunos momentos, si es que no le asusta demasiado la sociedad de una pobre enferma y de su hija. Al menos tendremos así ocasion de manifestar á vd. nuestro agradecimiento.

—Es posible, señora, que tenga que prolongarse mi permanencia en Paris, y no lo sentiré, puesto que me permite vd. venir á ponerme alguna vez á sus pies, y á tener á vd. al corriente de lo que sepa por la próxima carta de mi amigo.

—Vuestra cortesía es tal, caballero, que casi me alienta á pedir á vd. un nuevo favor, aun cuando sea quizá abusar.

—Hable vd., señora.

—Hasta dentro de algun tiempo no podré salir de casa, y merepugnaria en extremo ver á mi pobre Clementa constituida en pretendiente en las oficinas de la guerra, aunque el que la ha de dar audiencia sea uno de los antiguos amigos de mi marido. Por otra parte, las cartas se extravian con frecuencia ó sufren retrasos considerables en las oficinas. Si sucediera así con la carta que pienso escribir mañana, juzgue vd. cual sería mi inquietud.

—Mucho mejor sería en efecto, que viese yo á la persona de que habla vd., pues eso evitaria incomodarse á esta señorita y llevaria la carta de mi amigo á la persona en cuestion, suplicándole que espidiese las órdenes con toda premura, á fin de activar nuevas investigaciones. Tenga vd. la bondad de instruirme en breves palabras, que ya me encargaré de todo y vendré á dar á vd. cuenta del resultado de sus esfuerzos.

A este nuevo ofrecimiento, madama Duval y su hija se miraron cada vez mas encantadas de la cordial cortesania de Anatalio. En seguida, despues de algunos momentos de silencio, la madre de Clementa dijo á Anatalio con voz conmovida:

—No puedo, caballero, manifestar á vd. mejor mi agradecimiento, que, aparte del momento de inevitable ansiedad que he sentido cuando se ha tratado de mi marido, y su presencia de vd., sus generosas palabras, su interés por todo lo que nos concierne, me causan un bien inmenso. Esta mañana me sentia bastante bien, y ahora me siento mejor todavia. Indudablemente, por incierta que sea la esperanza que me ha hecho vd. concebir, entra por mucho en este feliz cam-

bio, y á vd. se lo debo. Cuento vd., pues, con mi agradecimiento y el de mi hija.

Una mirada espresiva que dirigió Clementa á Anatalio con timidez, reveló á este que la hija participaba de los sentimientos de la madre.

— ¡Oh, señora, exclamó Ducormier: haga el cielo que no queden frustradas sus esperanzas de vd. Nada faltaria entonces á la felicidad de su familia de usted, porque creo poder dar á vd. el parabien por el prócsimo enlace de su hija.

— ¡El prócsimo enlace de mi hija! exclamó madama Duval volviéndose á Clementa.

Esta se quedó no menos atónita que su madre, la cual repitió:

— ¡El prócsimo enlace de mi hija, dice vd., caballero?

— Si, señora: con el conde de Saint-Geran.

— ¡El conde de Saint-Geran! repuso madama Duval, cambiando con su hija una nueva mirada de sorpresa: es la vez primera que oimos pronunciar ese nombre.

— Puedo, no obstante, asegurar á vd. que anoche en casa del príncipe de Morsenne, de quien por el momento soy secretario, se daba como cosa hecha el matrimonio del con-

de de Saint-Geran y de la señorita Duval.

—Aunque así sea, madre mia, dijo Clementa sonriéndose, nada tiene eso de particular, bien mirado. Nuestro apellido es bastante común, y de ahí provendrá quizá el error de monsieur Ducormier.

—Perdone vd., señorita; pero he oído al mismo caballero de Saint Geran anunciar que iba á casarse con la señorita Duval, hija del coronel de artilleria de ese apellido.

A la verdad, caballero, repuso absorta madama Duval: me confunde lo que está vd. diciendo.

—No me confunde á mí menos su sorpresa de vd., señora, pues un amigo de vds. y mio me habia hablado ya, aunque vagamente, de ese matrimonio.

—¿Un amigo nuestro?

—Si, señora, el doctor Bonaquet.

—¿Conque segun eso Mr. Bonaquet tenia noticia de esos rumores?

—Indudablemente, pues el caballero de Saint-Geran es sobrino de madama de Blainville, con cuya señora acaba de casarse.

—En efecto, monsieur Bonaquet nos participò ayer su matrimonio con una señora de ese nombre, replicó madama Duval; pero

ni pronunció siquiera el nombre de Saint-Géran.

—Lo que dice vd., señora, me sorprende mas y mas, porque todo el mundo asegura que madama de Blainville, por una delicadeza poco comun, renunció, al contraer su matrimonio con nuestro amigo, sus pingües bienes en favor del caballero de Saint-Géran, con la condicion, y Anatalio acentuó marcadamente estas palabras, de que se casaria con la señorita Duval. Ahora bien, sabiendo el vivo interés que profesa á usted nuestro comun amigo, igualmente que á esta señorita, he creído que ese enlace era cosa convenida entre Vd. y él.

Clementa se puso encarnada como la grana y dijo á madama Duval con una espression de vergüenza y de dolor:

—:Madre mia!.... ¡No me esperaba semejante humillacion! ¡Suponerme capaz de aceptar un enlace en que mi persona seria, por decirlo asi, impuesta!.... ¿Y por qué no? añadió la jóven con una amarga sonrisa. ¡El deseo de un titulo y de una gran fortuna hace cometer tantas bajezas!

Y de los ojos de la jóven se desprendieron dos lágrimas de indignacion.

—Señorita, pido á Vd. mil perdones, replicó Abatalio en tono conmovido, siento el alma haber afligido á vd. involuntariamente refiriendo un rumor que circula en los salones de Paris.

—Pero ese rumor es absurdo, réame vd., caballero, no tiene el menor fundamento, repuso con viveza madama Duval. Estaremos siempre muy reconocidas á monsieur Bonquet por los cuidados que se toma con nosotras; pero á la verdad tiene un modo muy particular de interesarse por las personas. Me parece que su primer deber, antes que entregar el nombre de mi hija á las habilllas de la sociedad, era informarme de sus proyectos.

—Indudablemente, señora, el delicado estado de su salud de Vd. le habrá impedido comunicarla sus proyectos.

—En ese caso, caballero, debia aguardar, y no comprometer, sin consultarme antes, la persona de mi hija. Lo contrario es obrar con imperdonable ligereza.

—¿Y por qué, madre mia? exclamó Clementa con amarga ironía, ese magnífico matrimonio debia parecer á vd. tan ventajoso, tan deslumbrador, tan inesperado, que Mr.

Bonaquet, seguro de nuestra aceptación, no habrá creído siquiera que debía consultarnos.

Y la jóven añadió con abatimiento.

— ¡Yo, que le creía nuestro mejor amigo!.. ¡Ser tan mal conocida, tan mal juzgada! ¡Qué desengaño tan cruel!

— Por favor, señorita, replicó Anatalio, no se apresure vd. á acusar á nuestro amigo: cualquiera que haya sido el motivo de su conducta, juraría que ha cedido á un noble sentimiento.

— Defiende vd. á su amigo, caballero, repuso madama Duval, y eso prueba la nobleza de su corazón; pero yo, que sé lo mucho que mi hija debe sufrir con semejante humillación, no puedo participar de su indulgencia de Vd.

— Crea vd., señora, que la única falta de nuestro pobre amigo habrá sido dejarse estraviar por el interés que profesa á vd.; pero conozco mejor que nadie la susceptibilidad de su hija de Vd.... Un matrimonio hecho bajo tales auspicios, rara vez es feliz. Cuando un hombre se somete á una condicion ó cree hacer un sacrificio casándose con una muger, aunque esta posea las bellas cualidades que adornan á esta seño-

rita, tarde ó temprano, y hasta á pesar suyo, la hará desgraciada.

—¿Y por qué se la ha de tener compasion replicó Clementa con viveza: ¿no merece acaso aversion y desprecio la muger que se rebaja á contraer semejante enlace, por satisfacer su orgullo ó su codicia?

Clementa fué interrumpida por la criada, que le entregó una carta, diciéndola:

—Señorita, esta carta acaba de traer un coracero á caballo: he tenido que bajar á la porteria para dar recibo en nombre de la señora. El pliego viene del ministro de la Guerra.

Y la criada, despues de poner la carta en manos de Clementa, salió:

—¿Una carta del ministro de la Guerra? exclamó Mad. Duval mirando con sorpresa á su hija. No puede ser sino de parte de Mr. Dufresnoy, el antiguo amigo de tu padre, de quien hablaba hace poco á Mr. Ducormier. De todos modos, mira lo que dice, hija mia.

Clementa abrió la carta, y muy luego se puso tan descolorida y tan trémula que su madre exclamó:

—¿Qué es eso, Clementa? ¿Me haces tem-

blar!

Pero la jóven, arrojándose al cuello de su madre, la cubrió de lágrimas y de besos murmurando con acento interrumpido:

— ¡Valor, querida madre!

¿Que estás diciendo?

— Valor, sí, pues tambien se necesita para soportar la alegría, cuando es muy viva.

— ¡Una viva alegría! exclamó Mad. Duval estrechando á su hija contra su pecho. ¡En nombre del cielo espícate!

Desprendiéndose entonces Clementa de los brazos de su madre, con el rostro radiante de júbilo y humedecidos sus ojos, dijo á Ducormier con una espresion inefable de felicidad.

— ¡Bendito sea vd., caballero: Dios ha sido el que ha enviado á vd. á nuestra casa.

— ¿Pero que sucede, Clementa? exclamó madama Duval.

— ¡Podemos tener esperanzas, madre mia!

¡Esperanzas! ¡Dios mio! ¿Será acaso esa carta?

— Podemos concebir algo mas que esperanzas, madre mia, continuó la jóven con loca alegría.

— ¡Acaba, pues, hija mia!

—El amigo de Mr. Ducormier habia sido informado con exactitud.

—Segun eso, tu padre...

—Vive; se ha salvado, y lo veremos muy pronto. Toma y lee...

Y arrojándose de nuevo Clementa al cuello de su madre, redobló con esta sus caricias. En seguida, apoyando su cabeza en el hombro de la enferma, le puso delante de los ojos el billete siguiente, que volvió á leer en voz alta:

«Señora: mi despacho con el ministro me retiene aquí todo el dia. Escribo á vd estos renglones apresuradamente para anunciarla una nueva inesperada que acabo de recibir en este momento. El coronel Duval ha sobrevivido, y se halla prisionero de la tribu de los Ban-Souli. A la salida del correo de Africa se estaba en tratos para el cange del coronel, y es seguro que antes de un mes estará en libertad.»

«Esta noche ó mañana tendré el honor de ver á Vd. para comunicarla todos los pormenores de este suceso, que me causa una alegría que no necesito explicar á usted.

«Su afectísimo servidor. DUFRESNOY.»

Un rayo que hubiera caído á los pies de

Ducormier no le habria dejado mas atónito y asustado que el contenido de aquella carta.

Sus pretendidos informes acerca del coronel Duvalera una fábula indigna, por cuyo medio habia querido introducirse en el mismo dia en casa de madama Duval, con el objeto de procurarse asi un motivo para relacionarse, y sobre todo con la esperanza de desbaratar de antemano los designios del doctor Boñaquet, relativamente al matrimonio de Clementa con el caballero de Sain-Geran.

Aquella odiosa mentira se veia cambiada en realidad por una casualidad increíble, providencial, y recordando entonces Anatalio el siniestro presentimiento que habia sentido al despertar en aquellas dos infelices mugeres esperanzas insensatas, dijo para sí:

—Mi presentimiento no me engañaba: hay algo de fatal en esta circunstancia. Ese hombre que parece salir de su tumba, va á ser funesto para mí..

Madama Duval y su hija habian quedado en silencio abrazada una con otra despues de la lectura de la carta.

Ducormier tuvo tiempo para reponerse de su asombro pasajero, pues aquella alma indomable no se dejaba abatir por mucho tiempo.

Así fué, que sus facciones, que sabia componer con grande estudio, espresaron una mezcla de alegría y de sorpresa muy adecuada á las circunstancias, cuándo Mad. Duval le dijo enjugándose las lágrimas y alargándole la mano con efusion:

—Caballero, mi hija tiene razon... Es Vd. el angel bueno que Dios nos ha enviado. La esperanza que me habia Vd. hecho concebir, me tenia preparada á saber sin peligro esa noticia que me devuelve la felicidad, la vida: sí, porque no puedo espresar á Vd. lo que siento en este instante: me parece que la certidumbre de ver pronto á mi marido entre mi hija y yo, renueva mi existencia, y que circula nueva sangre por mis venas. Ahora conozco que reviviré, al paso que antes, querida hija mía, añadió Mad. Duval, estrechando á Clementina contra su pecho, te lo confieso, cada dia me sentia morir.

—Vamos, nada temas, replicó la jóven con un acento de indecible confianza, te desafío á que me alarmes por tí.

—Señora, dijo Anatalio con voz conmovida, llevándose una mano á los ojos como para contener sus lágrimas; mi emocion dirá á Vd. mejor que mis palabras lo que siento

en este instante.

Lo creo, caballero, replicó Mad. Duval enternecida; un corazón como el de Vd. sabe comprender y compartir las más nobles expansiones del alma. Suplica nos á Vd., por lo mismo, que venga Vd. á vernos con toda la frecuencia posible, para que goce Vd. al menos en presenciar una felicidad á que tan generosamente ha contribuido Vd. Así, además, podrá Vd. aconsejarnos y dirigirnos en una porción de cosas, porque en estos primeros momentos de alegría se siente una aturrida, deslumbrada y no se piensa en nada.

—Tengo señora, á grande honor la confianza que me manifiesta Vd., para que no trate de corresponder á ella lo mejor que pueda, replicó Anatalio levantándose para despedirse do madama Duval y de su hija, á quienes quería dejar entregadas á su felicidad, y añadió con una sonrisa de encantadora bondad:

—Señora, las grandes felicidades predisponen á la indulgencia y al perdón, ¿no es cierto?

¡Oh! ¡Yo lo creo!

—Pues bien, en nombre de esa alegría que el cielo ha enviado á usted, perdone Vd. á nuestro amigo el interés. quizá mal enten-

dido, pero de seguro sincero, que le movió a proyectar el matrimonio de que he hablado á Vd.

—¡Oh! Con todo mi corazón, dijo Clementa, y con tal que Mr. Bonaquet no nos hable jamás de esa desgraciada idea, olvidaremos que la haya concebido. ¡No es verdad, querida madre!

—Si, por cierto, hija mia.

—Creo, señora, replicó Anatalio, que á pesar de todo, hará á usted nuestro amigo esa proposicion. ¿Supongo que la rehusarán Vds?

—¡Oh! Si, la rehusaremos, y con energia.

—El único favor que pido á Vd. entonces, señora, es que calle Vd. á nuestro amigo que he sido yo el que le ha informado de los rumores que habian llegado á mis oidos. Temo que me atribuya en parte la frialdad que acaso no podrá Vd. menos de manifestarle á pesar vuestro, y lo sentiria infinito, porque Bonaquet y yo somos amigos desde niños, y aseguro á usted que tiene el mejor corazón del mundo.

—¡Siempre bueno y generoso! exclamó madama Duval, conmovida del tierno cariño que Ducormier mostraba á Bonaquet. Bien

está: no hablaremos de vd. y respetaremos la delicada susceptibilidad de su corazón. Si Mr. Bonaquet nos dirige su inconcebible proposición, la rehusaremos como debemos: pero aparentaremos que no sabemos que pensara hacérsola. Además no se si la felicidad que experimento cambia mi modo de ver las cosas; pero creo ahora como vd., que á ese pobre Bonaquet le habrá deslumbrado la idea sola de semejante casamiento. Su falta ha sido figurarse que mi hija y yo participáramos de su entusiasmo, y somos, como vd. dice, tan dichosas, que perdonaremos de todo corazón. ¿No es cierto, hija mia?

—¡Oh! si, querida madre... fuera de que si mostrásemos rigor á Mr. Bonaquet, daríamos un pesar á Mr. Ducormier.

—Gracias, señorita, gracias, dijo Anatalio con efusión. ¡Ay! los amigos como Bonaquet son muy contados... Y gracias á vd., nuestro tierno cariño se conservará como siempre.

—Pues hasta otro día... hasta mañana, ¿no es verdad, caballero Ducormier? dijo Mad. Duval. Nos encontrará vd. mas razonables y mas repuestas de nuestra emoción.

—Hasta mañana, señora, dijo Anatalio

inclinándose con respeto, y salió del cuarto de la enferma.

Apenas se ausentó, dijo Mad. Duval á su hija:

— ¡Qué corazon tan noble y escelente! ¡Qué alma tan sensible y delicada! ¡Qué bien se leen en su fisonomia todas sus generosas cualidades!

— Veo que no se engañaba mucho Emma, dijo Clementa sonriéndose, al decirme que te proporcionaba una buena adquisicion con recomendarte á Mr. Ducormier.

— ¿Pero concibes hombre mas loco que ese doctor Bonaquet? añadió con aturdimiento Mad. Duval. Ya que tanto afan se tomaba por casarte, ¿por qué no se ha acordado al menos de buscarte un marido como Mr. Ducormier?... ¿No es verdad, hija mia?

Clementa miró á su madre ruborizándose, bajó los ojos, y respondió medio risueña:

— Eso consiste, madre mia, en que los hombres de corazon como Mr. Ducormier son muy escasos.

.....
Dejamos al lector que se represente en su imaginacion las deliciosas efusiones de la madre y de la hija, luego que pudieron ha-

blar á solas sobre la proxima venida del coronel Duval.

XXXI.

Cerca de tres meses despues de los acontecimientos que acabamos de referir se paseaba el doctor Bonaquet por su despacho, con aire de inquietud consultando de tiempo en tiempo, con mirada impaciente, el reloj de sobremesa, que señalaba á la sazón las cinco de la tarde. Unas veces se sentaba con aire pensativo; otras, asomándose al balcon, miraba á lo lejos en direccion al malecon, como si aguardara con ansiedad la llegada de alguno. A los pocos momentos de haberse sentado en una de esas ocasiones, oyó el ruido de un carruaje, que se paró á la puerta: asomose al balcón, y vió un coche de alquiler, en cuyo pescante iba al lado del cocheró el anciano criado de su esposa. Gerónimo salió de su cuarto, bajó precipitadamente la escalera, y encontró junto á la puerta cochera á Eloisa Bonaquet, acompañada de su doncella, la cual, lo mismo que el anciano, llevaba algunos efectos de equipaje.

Eloisa alargó con viveza su mano á Bonquet y le dijo:

—Estabas con cuidado, ¿no es verdad, amigo mio?

—Si que lo estaba, contestó el médico, examinando con tierno cariño las facciones de su esposa: como creia que llegases á las doce, fui á esperarte á las mensagerias, donde he estado hasta las tres. He temido que te hubiese ocurrido algun incidente ..; pero el verte me tranquiliza.

—Se ha roto la diligencia á quince leguas de Paris, y esa ha sido la única causa de nuestro retraso.

—¿Y habeis hecho bien el viaje? dijo el doctor á su muger, conforme subian ambos la escalera. ¿No te ha molestado mucho ése carruaje, cuando estabas acostumbrada á viajar con tanta comodidad en el tuyo?

—He venido perfectamente: tomé el cupé para mi y para mi doucella. Luis ha ido en el imperial, y te aseguro que se viaja así muy cómodamente.

Despues de cambiar esas dulces frases de ternura, que tan naturales son tras de una ausencia bastante larga, dijo Gerónimo á Eloisa:

He sabido por tus cartas que estabas muy satisfecha del recibimiento que te habia hecho tu anciana parienta.

—Si, querido Gerónimo, ha agradecido tanto mi visita, que ya sabes cuánto me la habia pedido, y hemos hablado tanto de mi madre, que era la mejor amiga de Mad. de Felmot, que se ha pasado el tiempo con mucha rapidez. Solo ha sentido no verte; pero conocia que tus ocupaciones, en la actualidad especialmente, te retenian en Paris. Mas me hizo prometerla que, así que puedas disponer de algunas sumas, te llevaria á Felmot. Porque antes de abandonar este mundo, me dijo, quiero conocer y dar las gracias al hombre á quien debes la felicidad de tu vida. A mas de eso, añadió hay tambien un poco de egoismo en mi deseo de ver á tu marido; su fama de excelente médico ha llegado hace mucho tiempo hasta mí, y aunque mi mayor enfermedad sea mi edad avanzada, queria consultar á Mr. Bonaquet. Prometile, pues, formalmente, amigo mio, llevarte á verla tan pronto como puedas hacer ese viaje; porque á la verdad, he encontrado á esa buena señora muy débil, y en el tiempo que he estado á su lado la he visto acometida de una

especie de crisis nerviosa, que al pronto me alarmó sobremanera. Pero afortunadamente este ataque no tuvo malas resultas.

—¡Ay, querida amiga! Todo es grave en esa edad. Por consiguiente, prometo ir contigo á casa de madama de Felmont tan pronto como pueda, y luego que la haya visto, espero que me será fácil señalar un régimen y prescribir ciertas medidas de precaucion que pnedan sostener por el mayor tiempo posible esa vida debilitada por la edad.

—Gracias, amigo mio, porque despues de mi madre, Mad. de Felmot ha sido y es la persona á quien amo y venero mas en el mundo.

—¿Y qué tal se acomoda á la completa soledad en que vive?

—Perfectamente. Como ya te lo escribí, replicó Eloisa sonriéndose, mi anciana parienta es muy filósofa y aunque la renta de su corto patrimonio sea modesta, vive allí bastante bien, con algunos buenos y antiguos criados, que han envejecido con ella y la adoran. La lectura, la labor, sus flores, sus pájaros, sus visitas de beneficencia, y sus largos paseos á través de una de las comarcas mas pintorescas de Francia, bastan para

hacer ocupar el tiempo á Mad. de Felmot de tal modo que le parecen los dias muy cortos.

—A los setenta años, esa facultad de vivir en la soledad es rara, y anuncia siempre una inteligencia superior.

—Ya pudiste formar una idea de la nobleza y firmeza de carácter de madama de Felmont por la carta tan afectuosa y digna que nos escribió al enviarnos la célebre circular de monsieur de Morsenne, que recibió como todas las demás personas de mi familia. Lo que la escribí en aquella ocasion, y sobre todo, lo que la he dicho últimamente acerca de ti, añadió Eloisa sonriéndose, ha acabado de trastornarle el juicio, hasta el punto de que puedes dar por hecha su conquista.... Pero, amigo mio, dijo súbitamente Eloisa con cierta inquietud, te encuentro triste, melancólico....

—Así es: por eso tenia mayor necesidad de verte.

—¿Pues qué tienes?..... Me has puesto en cuidado.

—Por temor de turbar la tranquilidad de tu permanencia en casa de madama de Felmot, no he querido participarte..... y al

propio tiempo considerando que es mas un presentimiento que certeza de los males que recelo; pero eso basta para alarmarme. Bendigo por lo tanto tu llegada, mi querida Eloisa, pues vuelvo á hallar la mejor parte de mí mismo, y me siento ya menos desanimado y abatido.

—A la verdad, Gerónimo, me asustas. ¿Pues de qué se trata?

—De Faveau, de su mager y de la desgraciada huérfana.

—¿La señorita Clementa Duval?

—¡Ay! sí.

—¿Pues qué le ha pasado?

—No tengo mas que sospechas; pero que me hacen temblar.

—¿Las has visto en estos últimos tiempos, amigo mio?

Despues de un momento de silencio, contestó Gerónimo;

—Ya recordarás, mi querida Eloisa, que hace cerca de tres meses que la pobre Mad. Duval, que no habia sufrido en un principio conmocion alguna violenta al saber la salvacion casi milagrosa de su marido, no tardó en sucumbir por la especie de fiebre abrasadora que una esperanza por tanto tiempo

frustrada y realizada al fin promovió en ella, tan acabada como estaba por los muchos padecimientos que habia sufrido.

—Si, amigo mio, y tambien recuerdo la incomprendible frialdad con que la señorita Duval rehusó la oferta que la habiamos hecho de que viniese á vivir con nosotros hasta la época de su matrimonio con el caballero de Saint-Gerant, enlace que, á pesar de nuestras instancias, rechazó como una proposicion casi injuriosa para su delicadeza. Pero ya lo sabes, amigo mio; aunque la susceptibilidad de la señorita Duval la creo exagerada, mas bien me enterneció que lastimó, pues al fin nace de un escrúpulo honroso. Por otra parte el caballero de Saint-Gerant ha sufrido y sufre en extremo todavia de resultas de haber visto desechadas sus proposiciones: me ha escrito durante mi estancia en Felmot una carta capaz de enternecer á las piedras. Lo que sabia por nosotros acerca del caracter y de las buenas prendas de la señorita Duval, su hermosura poco comun, han hecho en él una impresion tan profunda, que me ha dicho que, con haberse frustrado ese casamiento, se ha hundido para siempre todas las esperanzas de su vida. Pero ahora que re-

cuerdo, amigo mio, ¿qué noticias hay del coronel Duval?

— Ninguna posterior á la época en que se estaba en tratos para su cange, pues el haberse insurreccionado de nuevo los Kabylas, rompió las negociaciones. Sabe Dios lo que á estas horas habrá sido del coronel. Terrible incertidumbre, porque nunca mas que ahora necesita esa desgraciada niña de la proteccion paterna. Cuando Clementa Duval nos anunció su intencion de continuar viviendo sola en la morada que por tanto tiempo habia compartido con su madre, esa resolucion, á pesar de lo estraña que es en una jóven de 17 años, ni me sorprendió ni alarmó demasiado, ya lo sabes.

— No... y lo que sabia por ti acerca de la firmeza de caracter de la señorita Duval, de la solidez de sus principios y de su aficion al retiro, me tranquilizó tambien á mi. Además reconozco el sentimiento de piedad filial que hay en ese deseo de no abandonar un sitio en que todo recordaba á esa pobre niña la memoria de su madre. ¿Pero qué ha ocurrido? Qué te hace sentir hoy que Clementina no se halle protegida por la tierna solicitud de su padre?

—Antes de que te marchases sentia una profunda pena por la frialdad, y casi podia decir desconfianza, que poco à poco nos habia ido manifestando Clementa Duval. Durante tu ausencia, despues de intentar por diferentes veces hallarla en su casa, lo logré al fin; pero lejos de mostrarse conmigo afectuosa y cordial como en otro tiempo me hizo una acogida reservada y glacial. Demasiado franca para ocultarle la sorpresa y el pesar que me causaba semejante recibimiento, le supliqué que me dijera sin rodeos la causa del cambio que desde la muerte de su madre advertia en ella; pero sus respuestas fueron reservadas y evasivas, y me ha sido imposible obtener de ella una contestacion satisfactoria.

—Estraño es eso, amigo mio.

—Separéme de ella profundamente afectado, no quedándome ya duda de que la habian prevenido en contra mia, cosa tanto mas fácil, cuanto que su caracter es confiado é ingenuo.

—Pero ¿quién ha podido tener interés en pejudicarte con la señorita Duval.

—Tambien me he hecho yo esa pregunta, querida Eloisa, y no pude responderme á ella

en un principio; pero hace algunos dias, queriendo hacer una íntima tentativa con Clementa, fui á verla y no me recibió. Alejábase ya, cuando al dar la vuelta al malecon de la isla de San Luis, divisè á Anatalio, á quien no habia vuelto á ver desde nuestra visita á casa de Morsenne. Principiaba á oscurecer y él no me vió, ó fingió no verme, pero su presencia en aquella calle retirada en que vivia Clementa, me hizo pensar que iba á su casa.

—Sin embargo, en nuestras conversaciones con la señorita Duval, jamás pronunció esta el nombre de Mr. Ducormier.

—Pues ese mismo disimulo aumentó mi inquietud seguí á Anatalio á lo lejos, y le vi entrar en casa de Clementa. Entonces pude saber por el portero, guardando la mayor reserva, que Anatalio acababa de subir al cuarto de la señorita Duval, y que esta le recibia todos los dias.

—¿A Mr. Ducormier? Dijo la jóven con ansiedad: ¿esa pobre niña admite todos los dias en su casa á un hombre tan peligroso! ¡Oh! Ahora comprendo tu inquietud.

—Tuve la paciencia de ponerme en observacion y esperar, merced á la oscuridad de la noche, á que saliese Anatalio, sin que es-

te me observara: habia permanecido en casa de Clemeuia cerca de tres horas...

—¡Pobre niña, tan leal, tan candorosa, y entregada á si misma sin apoyo, sin consejo, sin guia! Hay peligro, amigo mio, y muy grande.

—Aquella misma noche, al volver á casa, escribí á Clementa una carta apremiante, haciendo ver la amistad que me habia profesado su madre y los solícitos cuidados que yo la habia prodigado, y en la que le pedia una entrevista pára el dia siguiente.

—¿Y esa carta?

—Quedó sin respuesta. Alarmado mas y mas, y queriendo á toda costa ver á esa pobre niña, fui á su casa hace tres dias, abrióme la criada, y á pesar de sus reiteradas protestas de que su ama habia salido, entré dentro y hallé á la señorita Duval en la sala. Sorprendida de mi obstinada insistencia, se levantó con aire de indignacion. «Pobre niña, se pierde Vd. sin remedio con recibir todos los dias á Anatalio Ducormier uno de los hombres mas peligrosos que conozco. Caballero, me respondió resueltamente la joven, soy libre en mis acciones, y solo debo dar cuenta de mi conducta á Dios: tengo ade-

más graves motivos para no creer en la sinceridad del interés que muestra Vd. profesarme, y esa es la razón que me mueve á evitar su presencia de Vd. Pero mire Vd., pobre niña, que la engañan, que la pierden: escuche Vd.» Clementa no me dejó continuar, y añadió: «Se ha introducido Vd. en mi casa á pesar mio, caballero, y de consiguiente dejo á Vd. el sitio.» Y sin querer escuchar mas cogió su chal y su sombrero y se marchó dejándome en la mayor desesperacion.

Después de reflexionar un momento, replicó Eloisa:

—El último reseltado, amigo mio, acaso sean ecsagerados nuestros temores.

—¿En qué lo fundas?

—Los malos antecedentes de monsieur Ducormier, su falta de palabra contigo, y sobre todo lo infame de su conducta cuando nuestra visita á casa de Morsenne, deben hacer formar una idea muy triste de su corazón; pero ¿no se ha visto muchas veces que los malos caracteres cedan á la influencia de una muger angelical, y esperimenten un saludable arrepentimiento? ¿Por qué no ha de poder amar monsieur Ducormier sincera y honradamente á la señorita Duval?

Bonaquet meneó tristemente la cabeza, y dijo:

—Si las miras de Anatalio fuesen honradas, no habria tratado de alejar de nosotros á Clementa Duval, ni nos hubiera calumniado, porque ya no dudo que él ha sido quien por temor á mi perspicacia me ha perdido en el concepto de esa jóven.

—Tienes razon, amigo mio.

—Pensar seriamente eu casarse con Clementa Duval, ¿no seria para Anatalio querer regenerarse y abjurar su vida pasada? Entonces, ¿por qué no vuelve a nosotros? ¿No sabia qué, á pesar de su ingratitud, le recibiria siempre con los brazos abiertos? ¿No fui yo acaso el primero que pensé en ese enlace para él, cuando creia en su enmienda? No, no; todo me hace creer que sus intenciones son criminales.

—Y yo, amigo mio, no puedo creer en tamaña perversidad. ¡Ese hombre seria un monstruo! Abusar del candor de esa niña, seducirla, deshonorarla! Vamos, amigo mio, por corrompido que sea monsieur Ducormier, no lo creo capaz de cometer á sangre fria un crimen tan infame y odioso.

La conversacion de Gerónimo Bonaquet y

de su muger fué interrumpida por el anciano criado, el cual dijo al doctor:

—Señor, ahí está uno que desea hablar á vd. al momento.

—¿Quién es?

—Mr. José Faveau.

—¡José! exclamó Bonaquet con una sorpresa mezclada de ansiedad. Que entre al punto.

El criado salió. Eloisa iba á retirarse; pero su marido la dijo:

—No, no, querida Eloisa, quédate aquí, pues ya te he dicho que no estoy inquieto solo por la suerte de Clementa Duval: todavía temo otra desgracia. Pero silencio, aquí está José, añadió el doctor en el momento en que entraba Faveau, precedido del criado.

XXXII.

Al ver el doctor Bonaquet y su esposa á Faveau, no pudieron ocultar su dolorosa sorpresa.

José estaba desconocido: su rostro, que algun tiempo antes respiraba franqueza y

buen humor, estaba descolorido, macilento, sombrío y medio oculto por su espesa barba castaña, que habia dejado crecer en toda su longitud. Su vestido, sucio y en desorden, acababa de darle un aspecto miserable y siniestro. Su cuerpo, robusto y de elevada estatura, se hallaba encorvado como si estuviese hundido sobre sí mismo: su fisonomía espresaba una mezcla singular de amargura y embotamiento; su andar, sin ser vacilante, era parado, indeciso; y, preciso es decirlo, á las primeras palabras que José dirigió al doctor, echó este de ver que la boca de su amigo despedía un olor fuerte á aguardiente.

El asombro angustiado de Gerónimo se pintó tan visiblemente en sus facciones, que Faveau le dijo con voz hueca y cavernosa:

—Me encuentras muy cambiado, ¿no es verdad, Gerónimo?

—¿Con que has tenido algun pesar grave? exclamó Bonaquet en tono de afectuosa reconvenccion: y ¿nada le sabido!.... ¡Y no has acudido á nosotros!

—No: huyo de tí hace cerca de tres meses, Gerónimo. Maria y yo te hemos mostrado frialdad, igualmente que á tu muger, que

habia sido tan buena con nosotros. En vista de eso habreis dicho: “olvidemos á esos ingratos,” y habeis tenido razon.

—No tal, señor Faveau, repuso Eloisa; no hemos juzgado á vd. así: confieso que nos ha afligido en extremo la frialdad que poco á poco ha sucedido á nuestras primeras relaciones tan cariñosas y cordiales; pero al paso que deplorábamos ese cambio, cuya causa ignorábamos, hablábamos siempre de madama Faveau y de vd. como de dos amigos que debian volver á nosotros tarde ó temprano.

—Ya ve vd., señora, replicó Jose con abatimiento, que uno de ellos vuelve, pero demasiado tarde.

—¡Demasiado tarde, José! dijo Bonaquet; y ¿por qué?

—Porque mi vida se halla emponzoñada, perdida, murmuró Faveau con abatimiento.

—¡Perdida tu vida! exclamó el doctor Bonaquet con mayor angustia cada vez. José esplicáte, por favor: no te desesperes de ese modo, y confíanos tus penas con toda ingenuidad: quizá podamos darte algun buen consejo.

—No merezco ya tu amistad, Gerónimo,

respondió confuso Faveau. ¡Te he mentido!
¡Te he engañado!

— ¡Tú? ¿Tú?

— Y al venir aquí salto á una palabra que he dado. Tambien es esta una mala accion; pero al que ya ha entrado en esa senda, ¿qué importa una falta mas ó menos?

— Se calumnia vd., señor Faveau, repuso dulcemente Eloisa; nunca seria vd. capaz de obrar como un desalmado. Un corazon leal como el de vd. no cambia de ese modo.

— Tanto admira á vd. que no puede creerlo, ¿no es cierto señora? replicó Faveau. Ni yo tampoco hubiera podido creerlo, y sin embargo, así es. Le sucede á vd. lo que á mí. Si me hubiesen dicho, cuando no bebia mas que agua con un poco de vino, que llegaría algun dia á querer embrutecerme á fuerza de aguardiente, me hubiera encogido de hombros.

— ¡José, tu me asustas! exclamó el doctor Bonaquet: ¡Habla en nombre del cielo! ¿Qué te ha sucedido?

— Me ha sucedido, tartamudeó Faveau con voz sofocada, que hago á Maria desgraciada como las piedras.

— Tú, mi buen José, tu...

—Sí, yo.

El doctor y su muger cambiaron una nueva mirada de dolorosa sorpresa, mientras que Faveau continuaba:

—Voy á esplicarme, Gerónimo. Es deber mio, puesto que acudo á tí, á pesar de mis faltas. ¡Qué quíeres! Un infeliz que se ahoga trata de agarrarse á donde puede. ¿no es verdad? Pero ya será demasiado tarde, me veo perdido, y así es que mas bien vengo á despedirme de ti que á pedirte consejo. ¡Cuándo me hayas oído verás que no me queda nada en la vida!

—¿Quién sabe, señor Faveau? replicó Eioisa; ¡hay tantos consuelos, tantos recursos en la amistad!

Faveau no pareció oír las palabras de la jóven, y pasando por dos veces sus anchas manos por la frente, dijo, á Gerónimo con una sonrisa desgarradora:

—Tú, que eres médico, debes comprender esto. Desde que bebo tanto aguardiente, me cuesta trabajo el recordar... afortunadamente (añadió en forma de triste paréntesis), si, mis ideas se oscurecen, se confunden, se pierden, cuándo, como ahora, me encuentro casi en ayunas; así es que no sé ahora por

dónde empezar...

— Mi buen José, escúchame, yo...

— ¡Ah! Ya recuerdo, repuso Faveau interrumpiendo á su amigo ¿Sin duda tendrás presente que el día en que Maria y yo comimos aquí, convinimos en que no debíamos recibir mas á Anatalio?

— Si,

— Pues bien; á pesar de tus consejos, hemos continuado viendo á Anatalio sin decirte nada.

— Siendo esa falta de tu parte, mi pobre José, respondió el doctor cambiando una mirada con su mujer; pero, ¿por qué motivo has vuelto á ver á Anatalio?

— Porque queria ayudarte á vengarme.

— ¿De quién?

— De un principe.

— ¿Y á qué venia esa venganza?

— Porque queria seducir á Maria.

— ¿Qué dices?

— Si, habia hecho ofrecer á mi muger dinero, mucho dinero.

— ¡A tu muger! exclamó Gerónimo juntando sus manos con indignacion. ¡A tu muger!

— Ella despreció esas ofertas. Luego hizo

la casualidad que Anatalio fuese recibido en clase de secretario por ese mismo príncipe. Este supo que Anatalio nos conocia y le dijo: «Ayudá-me á seducir á Maria Faveau, y podeis contar con mi proteccion.»

—¡Eso es horrible! exclamó Gerónimo cambiando con su muger una mirada de disgusto.

—Anatalio aparentó aceptar, continuó José Faveau, porque ese príncipe tenia una hija, una gran señora, una duquesa, y Anatalio nos dijo: «Yo aparentaré que favorezco el amor del príncipe para con Maria á fin de introducirme en su casa y seducir á su hija: entonces le haremos venir un dia, y le diré delante de tu muger y de tí: Príncipe mio, queriais llevar la deshonra al hogar de mi amigo, pues yo he sido el que la he llevado al vuestro: vuestra hija ha sido mi querida, y yo la desprecio.» Esa será tu venganza José.

—¡Esa venganza seria odiosa! exclamó Eloisa; porque sin duda la hija del príncipe no es cómplice de los vergonzosos proyectos de su padre.

—¡Tanto peor para ella! exclamó José con aire sombrío. El gran tuno de su padre

nos ha hecho bastante daño, y es la causa de todas mis desgracias. Si, porque al saber que habia creído á María capaz de venderse por dinero, mi primera idea, idea que no he abandonado un solo instante, fué decir: «Para que se hayan atrevido á hacer semejante proposicion á mi muger, preciso es que haya dado algun motivo para ello, preciso es que haya dado algo que decir.

—¡Esa consecuencia es muy adsurda, señor Faveau! exclamó con viveza Eloisa. La muger mas honrada del mundo, ¿se halla acaso á cubierto de proposiciones infames?

—A primera vista parece eso cierto, señora, y Anatalio me dijo lo mismo. Asi fué que por un momento lo creí. Pero muy luego, á pesar mio, me ha perseguido aquella idea, y no he cesado de sospechar de María. Yo que hasta entonces habia sido el primero á reir con ella de las declaraciones que algunas veces le hacian en la tienda, yo que en mi vida habia conocido los celos, me volví celo como un tigre. Por mas que Anatalio me ponderaba la cordura de María, decia yo entre mí. «Me oculta sus sospechas para no alarmarme, pero indudablemente mi falta ha sido no vigilar bastante á mi muger, haber te-

nido sobrada confianza en ella.»

Desde ese momento, los celos trastornaron mi carácter. en vez de ser, como en otro tiempo, dulce y bueno con Maria, me volvi poco á poco, duro, uraño, desconfiado: yo no tenia valor para confesar mis celos, ni para dejar de estar celoso de Maria. Y sin embargo, ella sufría con una dulzura angelical mis injusticias, mi aspereza, sin comprender el motivo de mi conducta. Yo la veia cada vez mas triste, y á veces la sorprendia con los ojos bañados en lágrimas abrazando á su hija. Entonces Maria me decia con una sonrisa que me partia el corazon, porque se asemejaba á la sonrisa de una loca: “Tal vez no se equivocó la hechicera al predicirme desgracias horribles ignoro como han de suceder, pero ya han dado principio.”

—¡Pobre muchacha! ¿Y cómo es que tú, José, con tu buen corazon y tu buen juicio no has podido vencer esos celos insensatos?

—Gerónimo, los celos no raciocinan. Llegó por fin un dia en que Maria me dijo: “José, nunca te he mentado; te he amado siempre cuanto es posible amar. Todos los dias me dices palabras ofensivas, y tan lejos he estado de merecerlas, que no las compren-

do. Es preciso que nos expliquemos con franqueza, porque si continuáras mostrándote tan cruel é injusto, tú, que eras la bondad misma, concluiría quizá, á pesar mio, por dejar de amarte. ¡Si no me amas, esclamé lastimado en lo íntimo de mi corazón, es porque tienes un amante, desgraciada! Ya lo había yo sospechado cuando supe las proposiciones que te hizo el príncipe; pero hoy no lo dudo ya... y estoy seguro de tu indignidad... Entonces se apoderó de mí una especie de vértigo de desesperación, de rabia, y levanté á Maria la mano.

—¡Oh! exclamaron á la vez el doctor y su muger con disgusto.

—Es una infamia querer pegar á una pobre muger, ¿no es cierto? replicó amargamente Faveau; lo sé, pero los celos nos vuelven locos furiosos, Gerónimo. Así fué que sacudiendo del brazo á Maria, le dije: ¡Confiesa que tienes un amante, desgraciada! Si tuviese algun amante, me respondió, te lo confesaría, aunque debieras dejarme en el sitio, porque en mi vida he mentado. No te he dicho que yo no te amara, pues sabe dios cuanto he llorado y lloro todos los dias, al recordar nuestros hermosos dias de otro tiempo, aquellos dias

que en tu mano está hacer volver para ambos. Solo he dicho que si continuaras mostrándote tan cruel é injusto, quizá á pesar mio, concluiría por dejar de amarte, lo cual sería mas terrible para mí que el que me cortaran la cabeza, como me predijo la hechicera. Acabas de injuriarme, de maltratarme... Sin duda no estas en tu juicio, y te perdono.

— ¡Me perdonas! ¡Tú eres la que debías pedirme perdón de rodillas, desgraciada!

— Pues bien, cuando así me maltratas, debes sufrir terriblemente; y si yo soy involuntariamente causa de ello, te pido perdón: mirame á tus pies. ¿Estás contento? Pero al menos sé bueno y justo conmigo: ¡cree en mi franqueza, en mi ternura, que han sobrevivido á tantos desaires!

— ¡Esa muger es un ángel! dijo Eloisa con los ojos empapados en lágrimas: ¡pobre niña!

— ¿Y no te desarmó esa sumisión? exclamó el doctor no menos conmovido que su muger: ¿no te convencieron esas palabras tan sinceras?

— Para que María, que es tan orgullosa, se haya arrodillado delante de mí, replicó Faveau con aire sombrío, preciso es que tuviese algo que echarse en cara: y luego, vuel-

vo á mi tema, nadie ofrece dinero á una muger que nada ha dado que decir. La oferta de ese maldito príncipe es la que me ha abierto los ojos.

—Pero esa resignacion que echas en cara á tu muger se la imponias con tus violencias: no tema otro medio de aplacarte.

—¡Aplacarme! exclamó José con aire siniestro. Esa hipocresia redobló mi furor, y la traté tan indignamente, que me dijo: “Jose, á no ser por nuestra hija, y por el pesar que temeria causar á mis padres, te dejaria para siempre, despues de la escena de hoy., Estas palabras me ecesperaron; pero afortunadamente entró Anatalio enaquel momento, sin lo cual creo que la hubiera matado, y la arrancó de mis manos, reprendiéndome mi brutalidad.

Entonces salí de la tienda como un loco, sin saber á donde dirigir mis pasos, y al cabo de no sé cuanto tiempo volví en mi acuerdo. Habia andado tanto, que me senti rendido de cansancio y entré en un café para descansar. El mozo me preguntó si queria una copa de aguardiente y acepté maquinalmente. La agitacion sin duda en que me hallaba, y la poca costumbre de beber

aguardiente aumentaron la actividad de este, pues á la primera copa se me turbó la razon, y no me acordaba apenas de lo que habia pasado aquel dia. Juzgué una dicha el poder olvidar, y con el fin de olvidarlo todo, bebí no sé si tres ó mas copas, porque acabé por embriagarme hasta tal punto, que el dueño del café tuvo lástima de mí, y me mandó poner una cama detrás del mostrador, donde pasé la noche. Cuando me desperté al amanecer, creia estar soñando; pero muy luego me acordé de todo.

Entonces dije para mí: ¡excelente invención es la del aguardiente! al menos hace olvidar.... Y desde entonces principié á beber para aturdirme. Todo ha venido á serme igual: dejé de ocuparme de mis negocios y de mí; me dejé crecer la barba y he querido embrutecer mi cabeza la primera: así es que en el barrio me señalan con el dedo, y cuando no estoy borracho como una euba, martirizo á Maria. Ella ha sufrido esto tambien con una paciencia angelical; pero ayer, despues de una disputa en que la maltraté delante de su hija, me declaró que no podia aguantar ya mas, que nuestro comercio iba de mal en peor, y que estaba decidida á re-

tirarse á casa de su madre con nuestra hija. En el momento de dejarte para siempre, añadió bañada en lágrimas, á pesar de tu mal proceder, no te reconvendré y te perdono, José.... El autor de todos nuestros disgustos es ese principe maldito, pues sus infames ofertas son las que han despertado tus celos indiscretos. A no ser por eso, serias bueno y bondadoso como antes..... Pero paciencia, la última vez que estuvo el señor Anatalio, me dijo que se acercaba el dia de la venganza. La desgracia ha pervertido mi corazón, y me gozo ya en todo el mal que pueda sobrevenir á ese indigno principe.... Eso no impide que nuestra felicidad esté perdida para siempre, mi pobre José; pero consuélate como yo me consuelo al pensar que la hechicera solo se habrá equivocado en el género de muerte al predecirme que moriria joven... en el cadalso. ¡Oh! como no haya cometido otro error, le daria las gracias de todo corazón, porque ahora me tendria por feliz con morir.

—¿Y no edviateas, esclamó Gerónimo, que con tantos infortunios y pesares puede fijarse la imaginacion de tu pobre muger en esa ridicula y siniestra prediccion, y per-

der ella el juicio?

—Si, porque tuve miedo cuando ayer me dijo esas palabras; senti como un rayo de luz, y por un momento crei que tal vez hacia mal en estar celoso. Además, al punto en que habia llegado con mi muger, hubiera debido serme igual el separarme de ella; pero no fué asi, aquel último golpe acabó de abrumarme. Aun cuando veia poco á Maria, al fin la veia.... Y cuando estaba en mi juicio, miraba á mi muger, acordándome, como de un sueño muy lejano, de nuestra feliz vida de otro tiempo, de nuestro amor, de nuestros hermosos proyectos de retirarnos jóvenes todavía á una casita de campo. Conozco que esas eran otras tantas puñaladas que me daba á mi mismo pensando en ello; pero al fin me decia: ¡al menos he sido dichoso por un momento!

Gerónimo y su esposa no pudieron contener las lágrimas. Faveau no lo advirtió y continuó de esta manera:

—Por último, cuando Maria me manifestó que debiamos separarnos, ya te lo he dicho, Gerónimo, fué ese mi golpe de gracia. En vez de enfurecerme y de suplicarla no me abandonase, me quedé hecho un idiota,

lloré y subí al cuartito que habia tomado en el cuarto piso: allí me arrojé sobre mi cama, y bebí aguardiente hasta perder la memoria.

Hace poco, iba á beber de nuevo con la esperanza de morir quizá, cuando, sin saber como, me acordé de tí. Gerónimo: hallábame como un náufrago que se agarra á la última tabla de salvacion. Dije entre mí: «iré á ver á Gerónimo, y en todo caso á despedirme de él, y pedirle perdón por haberle engeñado.» Porque ya lo has visto, desde que nos vimos precisados á engeñarte respecto de Anatalio, ha principiado por parte mia y de Maria lo que tu has tomado por frialdad. Y sin embargo, no era mas que confusion, vergüenza; porque Maria y yo sentiamos remordimiento de nuestra falta de confianza en tí. Por tu parte, tú y tu esposa, creyéndonos tibios en nuestra amistad, os hicisteis mas y mas reservados con nosotros, y así es que, á no ser por todas mis desgracias, no me verias aquí. Conque ahí tienes lo que ha pasado. Dime ahora si no tenia yo razou en decir que todos los consejos del mundo no cambiarían en nada mi posicion. Maria me odia, me desprecia, la he perdido para siempre, ¡para siempre! Y el infeliz, ocultando entre sus manos su

rostro bañado en lágrimas, que no pudo contener por mas tiempo, se dejó caer en un sillón, prorrumpiendo en amargos sollozos.

XXXIII.

Gerónimo Bonaquet y su muger escucharon con doloroso silencio la narracion de José Faveau, cambiando tan solo de vez en cuando algunas miradas de inteligencia y de conmiseracion.

Convencido el doctor Bonaquet de que lo que importaba era obrar sin perder tiempo, dijo á José con sombrío abatimiento.

— ¡Valor, amigo mio!

— ¡Valor! repitió José enjugando sus lágrimas y mirando al doctor con sinistra sonrisa. Hace ya tiempo que el embrutecimiento me ha hecho cobarde: hace ya tiempo que hubiera debido ir á matar á ese príncipe, causa de todas mis desgracias. Me ha faltado el corazon y me ha parecido mas cómodo dejar á Anatalio que me vengue... No he tenido valor mas que para atormentar á mi muger cuanto he podido.

Después de un momento de reflexion, dijo

Bonaquet.

—José, los instantes son preciosos: son ya las siete de la tarde: respóndeme pronto a algunas preguntas indispensables,

—¿Qué esperas acaso...

—¿Si espero?... Sin duda te burlas de mí. Estoy cierto de que mañana estarás a los pies de tu Maria, de ese angel de resignacion, de virtud, de valor; que te dirá: José, yo te perdono; y que mañana a la tarde comeremos todos juntos, como hace tres meses para celebrar vuestra nueva felicidad que, por la regla del corazon humano, os parecerá tanto mas dulce por lo mismo que ha sido turbada por los tres meses de... Pero, paciencia que no perderás nada por aguardar, y yo te ajustaré la cuenta, cuando, alegre y feliz como en otro tiempo, te halles en estado de oír y comprender verdades buenas y severas.

—Pero qué, Gerónimo, crees tú...

—Creo, y sé que los dos mejores corazones de la tierra quedarán mañana reconciliados y reunidos para siempre en una felicidad comun; pero sé tambien, por mi profesion de médico, que no basta salvar la vida de las personas y ponerlas en convalecencia, porque las recaidas son peligrosas. De consiguiente,

hasta la completa curacion nos veremos todos los dias, un dia vendreis á comer aqui tu y Maria, al siguiente iremos á comer á vuestra casa Eloisa y yo. Pasaremos asi todas las noches juntos, y lléveme el diablo si no llega una en que me digas. «Mi buen Gerónimo, querria tener tres ó cuatro noches á la semana para pasarlas solo con Maria, como en otro tiempo.» Y como tu Maria tiene buen oido, no se le habrá escapado tu suplica, y la veo ya venirme á decir con su graciosa é ingénuu fisionomia: «No he sido yo, señor Bonaquet, quien ha rogado á mi buen José que hable á d. asi; él lo ha hecho de su cuenta; pero aqui para nosotros, pienso lo mismo que él.»

—Mira, Gerónimo, no puedo decirte lo que pasa por mí: me parece que tus dulces palabras me hacen tener esperanza, á pesar mio. ¡Ay! ¡Ojalá te hubiese visto antes!

—No se trata de lo pasado: lo pasado está enterrado á Dios gracias. Ahora basta de palabras y pasemos á las obras. ¿Dónde está tu Maria?

—En casa de su madre. Me dijo que iba allá, y allí debo estar.

—Bien. ¿Dónde vive su madre?

—Mad. Clermont vive calle de Faubourg-Saint-Martin, número 17.

—Mi querida Eloisa, tén la bondad de apuntar esas señas. Y ahora, mi buen José, atiende bien á lo que yo, el doctor Bonaquet, voy á prescribirte y con toda formalidad, pues conozco la influencia de lo físico sobre lo moral. Para calmarte, irás á tomar un baño de dos horas al establecimiento del puente nuevo que se vé desde aquí. Al mismo tiempo te harás quitar esa abominable barba que te desfigura enteramente. Al salir del baño pedirás caldo y un vaso de agua con vino, nada mas; y aguardarás un recado mio que te anunciará, si debes volver á tu casa ó venir á pasar aquí la noche.

—Mi buen Gerónimo, te...

—Una de dos: ó tu muger, siguiendo su primera idea, habrá vuelto á casa de su madre, ó se habrá quedado en la tienda. Si está en esa última de lo cual voy á cerciorarme ahora mismo pasarás la noche aquí. Si Maria estuviese en casa de su madre, volverás á tu casa, y antes de acostarte tomarás un calmante que haré te envíe mi boticario: yo te aseguro que dormirás y muy bien. Mañana podrás tu tienda en buen orden, te arregla-

rás como para un día de boda y aguardarás. Eso es cuanto te pido ¿lo harás?

—Gerónimo, respondió Faveau, subyugado por el acento lleno de esperanza de su amigo: te prometo hacer cuanto deseas. Quizá no me creas porque he faltado ya una vez á mi palabra.

—Quieres dejarme en paz con tu pasado... ¿Me prometes hacer punto por punto cuanto te he dicho?

—¡Oh! Si, Gerónimo, respondió Faveau con los ojos bañados en lágrimas, porque ya me siento tranquilo y consolado. ¡Oh! ¡eres el mejor de los hombres!

Y en su ingénuo agradecimiento tomó José las manos de su amigo, y se las besó con efusion.

—Por ahora prohibo esa clase de emociones, dijo el doctor pudiendo apenas contener sus lágrimas: ten calma, que es lo que se necesita. Siéntate ahí: tengo que decir dos palabras á mi muger, y en seguida subiré contigo á un coche y te dejaré en la casa de baños.

José se sentó abrumado por decirlo así, bajo la feliz impresión que sentía. Creía estar soñando, y participaba casi de la confiada

esperanza de su amigo, mientras que este, alejándose algunos pasos con Eloiza la dijo por lo bajo:

— ¡Pobre José! Su curacion va en buen estado: creo no nos sea difícil convencer á Maria.

— Lo creo, amigo mio, porque por insensatas y crueles que sean las violencias causadas por unos celos injustos, casi todas las mugeres las perdonan. Pero tambien tengo yo que librar á alguien de una suerte quizá terrible.

— Te comprendo, querida amiga; á Mad. de Beaupertuis. ¿Hablas sin duda del proyecto de venganza de ese desventurado Anatalio?

— Quiero ilustrar ó prevenir á Diana, si es tiempo todavia.

— ¡Oh, sí! vete al momento á su casa, mientras que voy yo á la de la pobre Maria.

Acercándose entonces Mad. Bonaquet á Faveau, le dijo;

— Vamos, señor José, participo tambien de la opinion de mi marido: mañana será un hermoso dia para todos nosotros; para Vd. por recobrar una dicha que creia Vd. perdida, y para nosotros por ser testigos de su

alegría

Algunos momentos despues Eloisa y el doctor Bonaquet, acompañados de José, subieron en dos carruages de alquiler. Eloisa se hizo conducir á casa de Morsenne y Gerónimo, despues de dejar á José en la casa de baños, mandó que le llevasen á la tienda de perfumeria de la calle de Bac.

Esa tienda, en otro tiempo tan limpia y arreglada, estaba en desórden y parecia abandonada, sus géneros estaban cubiertos de polvo, y el mostrador de encina no despedia su brillo acostumbrado. Por pueriles que parezcan estas observaciones, angustiaron el corazón de Gerónimo Bonaquet, cuando entró en aquella tienda, tan alegre en otro tiempo por el constante buen humor de sus jóvenes y gozosos dueños.

—Mad. Faveau estará arriba en su cuarto, ¿no es verdad? preguntó Gerónimo á la criada que estaba sentada tras del mostrador.

—No, señor. la señora ha salido.

—Creo que me conoce Vd. bien, replicó Gerónimo; soy un antiguo amigo de la casa.

—¡Oh! si, señor doctor.

—Pues bien, condúzcame Vd. allá arriba.

para cerciorarme de que madama Faveau no está en su cuarto. Quizà haya dado à Vd. órden de decir que no está en casa, y vengo para un asunto de tanta importancia que su ama de Vd sentiria en estremo no haberme recibido.

—¡Ay, señor doctor! Si quiere Vd. subir, verá usted por sus propios ojos que la señora no está... Hace poco que me hizo llevar à su niña à casa de su madre, donde se queda à dormir la señora, y hará poco mas de media hora que me mandó buscar un coche de alquiler, en que ha saído, sin haber querido comer.

—A pesar de lo dicho por la criada, quiso el doctor Bonaquet subir al entresuelo, acompañado de la sirvienta; pero no encontró à Maria.

—Estarà en casa de su madre, dijo entre si el doctor, y se hizo conducir à casa de madama Clermont, calle de Feubourg-Saint-Martin. No queriendo incomodar à la familia de Maria en el caso de que esta no estuviese aun en casa de su madre, preguntó al portero si habia ido aquella tarde madama Faveau. El portero contestó que no, y Bonaquet, prometiéndose una nueva visita

para mas tarde, volvi, al lado de José, á fin de repetirle su prescripcion y anunciarle que, habiendo ido Maria á casa de su madre, podia volver á la tienda.

Por otra parte, Mad. Bonaquet habia ido á casa de Morsenne, en donde no habia vuelto á poner los pies desde la noche cuyos sucesos hemos referido. En vez de dirigirse Eloisa al cuarto del portero, se encaminó directamente al cuarto ocupado por Mad. Beaupertuis; pero habiéndole dicho uno de los criados que la duquesa habia salido, le rogó Eloisa que llamara á la doncella principal de Mad. de Beaupertuis, la jóven Desirée que gozaba hacia mucho tiempo de la entera confianza de su ama.

En el tiempo en que visitaba Eloisa con frecuencia á la familia de Morsenne, habia visto muchas veces en casa de la jóven duquesa á aquella doncella. Llegó esta al punto, y cediendo á un hábito anejo, dijo á Mad. Bonaquet:

—Ignoraba, señora marquesa, que fué-
seis vos la que me ha hecho llamar: estoy á
vuestras órdenes. Mucho sentirá la señora no
haber estado en casa para recibir vuestra vi-
sita.

—Sé que es vd. muy fiel á Mad. de Beaupertuis, y goza Vd. de toda su confianza.

—¡Oh! En cuanto á eso si, señora.

—Pues bien, dígame vd. francamente si está madama de Beaupertuis en casa ó solo ha querido no recibir. Tengo necesidad de hablarle para un asunto muy grave y urgente y así pido á vd. que, por interés de su ama, no me oculte Vd. la verdad.

—Puedo juraros que la señora ha salido á pié hace poco: me ha dicho que no volverá hasta la noche, y que iría, como suele hacerlo con frecuencia, á comer á la Abballe-aux-Bois en casa de la condesa de Surval... Por señas que la señora duquesa me ha permitido disponer de la tarde.

—Mucho siento este contratiempo, dijo Eloisa, convencida, y con justicia, de la veracidad de la doncella: pero, en fin haga vd. el favor de decir á Mad. de Beaupertuis que tenga la bondad de aguardarme mañana por la mañana.

—Bien, señora.

En el momento en que Eloisa se disponía á marchar, le dijo la doncella con cierta cortedad.

— Sé lo bueno que sois con todos, y si me atreviera...

— Hable Vd.

— Quizá os parezca mi súplica indiscreta.

— Veamos; ¿de qué se trata?

— Desearía implorar vuestra protección y benevolencia.

— ¿Porquién?

— Por mi hermana de leche. Hacia ya muchos años que no la veía, á causa de un largo viage que hice con mis amos, y por casualidad me la he encontrado hace pocos dias. Es una muchacha escelente, y como tiene una tienda de guantes y perfumes, si quisiérais surtirlos de ella y recomendarla á vuestros conocidos, os lo agradecería infinito: sería una buena noticia que llevaria hoy á mi hermana de leche, porque pienso aprovechar la tarde para ir a verla.

— ¿Y en dónde está la tienda de su hermana de Vd. de leche?

— En la calle de Bac, con la muestra de *Gana-poco*.

— Seria quizá Mad. Faveau? dijo Eloisa sorprendida en extremo de aquella singular coincidencia.

—¿Os surtis, según eso, ya en su casa?

—Sí, la conozco. Pero dígame Vd. ¿hace mucho que la ha visto Vd.?

—No la he vuelto á ver desde que nos encontramos por la primera vez, hace ya algunos días; necesitaba yo unos guantes, y en vez de ir á la tienda de costumbre, calle de la Paix, vi al paso en la calle de Bac una guantería: entré en ella y me encuentro detrás del mostrador á Maria Favéau, mi hermana de leche. Podeis figuraros cual sería nuestra alegría al volvernos á ver después de tantos años. Mad. Favéau conserva su buen corazón, pues á pesar de que yo no soy más que una criada y ella mujer de un comerciante, no por eso se mostró orgullosa conmigo: y así es que hice propósito de recomendarla á las amigas de la señora duquesa sin decirle á ella nada.

—Es una excelente idea, y la apruebo de todo corazón, respondió Eloisa, pero no se olvide Vd. de decir á Mad. de Beaupertuis que me aguarde en su casa mañana por la mañana.

Y Mad. Bonaquet volvió á su morada cruelmente contrariada por la inutilidad del paso que acababa de dar.

Para completar la inteligencia de la continuación de esta historia tenemos que dar algunas esplicaciones preparatorias.

Sabido es que hace algunos años la mayor parte de las casas situadas en la calle de la Lune, en el barrio de Bonne-Nouvelle, tenían una segunda entrada por el bulevard; algunas de esas casas tenían dos escaleras, una que conducía á la calle, y otra al bulevard: de lo cual resultaba que algunos cuartos gozaban de dos salidas enteramente separadas.

Ahora bien; casi á la misma hora en que Gerónimo Bonaquet y su muger se ocupaban en sus pesquisas, el príncipe de Morseune y su fiel Loiseau, vestidos ambos con largos levitones y encajados los sombreros hasta las cejas, estaban de observacion en una rinconada oscura, formada por la salida de una casa de la calle de la Lune, calle á la sazón brillantemente iluminada por el gas de los candelabros y por las luces de una tienda inmediata.

—Loiseau, dijo el príncipe á su confidente, me ocurre una cosa. . . Si el asunto sale bien, puede convenirme adquirir pruebas, y servirme de ellas en su caso, á fin, si fue-

se preciso, de poder prolongar á mi gusto lo que podria no ser mas que el resultado de una sorpresa, haciéndome un arma con esas pruebas.

—Comprendo, señor; pero esas pruebas... como.....

—Ella vendrá, sin duda, en un coche de alquiler: pues bien; dá un luis al cochero, llévale á una taberna, y preguntale á qué hora y en qué sitio ha subido la muger que ha conducido, y de qué modo iba vestida. Con arreglo á esas indicaciones redactarás una especie de nota, que harás firmar al cochero, si sabe; y de todos modos cuidarás de tomar su número, y el nombre y señas de su amo. ¿Entiendes?

—Perfectamente, señor.... De suerte que en caso necesario podrá decirse á la niña: "Vuestro marido lo sabrá todo, sí....."

E interrumpiéndose aqui el honrado servidor, añadió:

—¡Señor, un coche! Y se para delante de la puerta.

—¡Ay, Loiseau! El corazón me late como si tuviera veinte años..... Ella es..... ¡Ese Ducormier es hombre á quien no se pa-

ga con dinero!.... No olvides mis encargos. Pronto, dame el cofrecillo y la cartera.

—Aquí están, señor.

Mientras que Mr. de Morsenne y Loiseau terminaban su conversacion, se habia parado un coche a lo largo de la acera, á poca distancia de donde el príncipe y su confidente estaban en acecho. Muy luego, á la luz del gas, distinguieron perfectamente las facciones de Maria Faveau, la cual, despues de apearse del carruage, entró en una de esas casas que como hemos dicho, daban á la vez á la calle de la Lune y al Boulevard.

Así que desapareció la jóven en la sombra de la puerta cochera, que se cerró luego que entró, Mr. de Morsenne, saliendo de su escondite, atravesó rápidamente la calle, y volviéndose hácia la casa, en donde acababa de entrar Maria, alzó la vista hácia los pisos superiores, y pareció buscar allí con impaciencia una señal. En efecto, á los pocos minutos vió brillar una luz, desaparecer y brillar de nuevo, detrás de los vidrios de la ventana de un cuarto situado en el tercer piso.

El príncipe entró al punto en la casa don-

de habian hecho aquella señal.

XXXIV.

Mr. de Morsenne, respondiendo á la señal que acababan de hacerle desde la ventana, subió precipitadamente los tres pisos de aquella casa de doble salida. El príncipe, un tanto causado de aquella rápida ascension, se detuvo algunos momentos en la meseta de la escalera, á fin de calmar su respiracion fatigosa.

En seguida llamó.

La puerta fué abierta y cerrada, luego que entró el príncipe, por Anatalio Ducormier.

La escena siguiente pasa en una antesala iluminada por una sola vela.

Tres puertas habia en aquella pieza, una que daba á una sala, otra á un dormitorio, y la tercera al corredor.

Apenas entró Mr. Morsenne, exclamó con voz palpitante y las facciones alteradas:

— ¡Ahí está.... Acabo de verla entrar!

— Silencio, príncipe, le respondió Ducormier en voz baja: sí, ahí está, pero dejadla

tiempo para que se reponga: todavía está toda trémula por el paso que ha dado. Por favor, no os precipiteis, porque sería comprometerlo todo.

—Verdad es, repuso Mr. de Morsenne en voz baja también, pero con un ardor que apenas podía contener; mas ¡ay! que después de tres meses de tormentos y ansiedades...

E interrumpiéndose aquí, añadió:

—¡Oh! lo que ahora experimento me hace olvidar todo lo que he sufrido.

En efecto, las facciones de Mr. de Morsenne se habían ido desfigurando desde que se hallaba subyugado por aquella pasión ardiente, desordenada, como las pasiones de un hombre de su edad: el insomnio, la ansiedad, la fiebre continua habían hecho estragos en aquella organización gastada ya por los años y los excesos.

Cediendo Mr. de Morsenne á la justa observación de Ducormier, logró dominar su impaciencia por algunos momentos, y sacando del bolsillo una carta abierta, la entregó á Anatolio, diciéndole á media voz con acento afectuoso y conmovido:

—Lea Vd., querido, y verá si se cum-

plir mi palabra. Pero asi que haya leído Vd. esa carta, es preciso que caiga yo á los pies de Maria porque mi reserva y mis fuerzas se hallan agotadas. Se me figura que el corazon se me va á salir del pecho.

—Príncipe algunos momentos mas de purgatorio, replicó en voz baja Anatolio sonriéndose: pronto saldreis de él.

Y Ducormier tomó la carta que Mr. de Morsenne le presentaba. En la cubierta se leian estas palabras, impresas en caracteres encarnados: “Despacho del ministro del Interior. Reservado.”

Anatolio leyó lo que sigue, escrito todo del puño del ministro:

“Mi querido cólega (el ministro era tambien par de Francia:) No podeis dudar de mi deseo de servir, y pongo con placer á vuestra disposicion dos suprefecturas de primera clase, entre las que podeis elegir segua convenga mejor á vuestro protegido Mr. Ducormier. Lo que de él me habeis dicho, y los servicios de varias clases que ha prestado ya al gobierno del Rey en circunstancias muy delicadas, son para mi una segura garantia de su conducta futura

En estos tiempos en que se agitan tan-

tas malas pasiones, en que la hidra de la anarquía piensa incesantemente en volver á levantar su cabeza, urge colocar en la administracion política y activa hombres de gran firmeza y de reconocida lealtad, que en caso necesario sean incesorables contra los fautores de esas doctrinas subversivas que tanto nos cuesta reprimir y las cuales, en vuestro sentir, y en el mio tambien, solo pueden ser destruidas por remedios heróicos. Pero tengamos un poco de paciencia; venga nuestra nueva mayoría, y nos pondremos en disposicion de obrar y con vigor.

Estad, seguro, mi querido cólega, de que me tendré por dichoso siempre en ponerme á vuestra disposicion, igualmente que á la de vuestros amigos, hasta los no adictos, y decidles, que si no hacemos, en favor de sus ideas todo cuanto deseamos, es porque nos lo impiden alguuos añejos restos de preocupaciones revolucionarias, encarnadas todavia en esa necia masa del pueblo, con la que por desgracia tenemos que contar aun: en este momento no podemos chocar de frente con ella, pero poco á poco la sujetaremos de una manera ó de otra. Paciencia, el clero reco-

brará su influencia, la aristocracia también y con el auxilio de buenos batallones aprisionaremos á ese pueblo, á fin de reconstituir sobre sus únicas bases sólidas y duraderas á la sociedad, conmovida hasta en sus cimientos por los sacudimientos revolucionarios que se están sucediendo de cincuenta años á esta parte.

Adios, mi querido colega, os reitero la seguridad de mi sincero y respetuoso afecto.

El conde de Auverval.»

—Vamos, ¿está Vd. contento? ¿Me podrá vd. llamar ingrato? exclamó el príncipe alargando la mano hácia Ducormier para recoger aquella carta confidencial.

Pero Anatalio guardó con gravedad la carta en su bolsillo, y respondió á Mr. de Morsenne que le miraba con aire de sorpresa:

—Permitidme, príncipe, que conserve esa carta: amo con pasión los escritos autógrafos.

—¿Sin duda se chancea Vd.? dijo Mr. de Morsenne con ansiedad: ¿una carta confidencial!

—Precisamente, príncipe, esas son las más curiosas, dijo Ducormier. Y no podeis

figuraros cuán interesante es ya mi pequeña colección, pues voy reuniendo cuantas puedo.

Mr. de Morsenne, después de reflexionar un momento, dijo con una sonrisa forzada:

—Comprendo á vd.: como hombre positivo quiere vd. tener garantías. Pero luego que tenga vd. el nombramiento en el bolsillo ¿me devolverá vd. esa carta?

—Sí, príncipe.

—Corriente, dijo Mr. de Morsenne.

Y en seguida añadió con ardiente pasión:

—Pero ¿dónde está ella; dónde está?

—Ahí, respondió Anatalio, señalando á Mr. de Morsenne una de las tres puertas: ahí está en ese cuarto.

—¡Oh! murmuró Mr. de Morsenne, cuyas facciones se tiñeron de un encarnado subido.

Y dió un paso hácia la puerta, dirigiendo al picaporte sus manos trémulas con emoción febril.

—Un momento, príncipe, dijo Anatalio en voz baja, interponiéndosele á Mr. de Morsenne al paso: antes es preciso...

— ¡No tenga Vd. cuidado! replicó el príncipe en voz baja también, interpretando á su manera las palabras de Ducormier: llevo en mi bolsillo el cofrecillo y la inscripcion de renta.

E hizo un nuevo movimiento para dirigirse hácia la alcoba.

Ducormier se interpuso por segunda vez, diciendo:

— Un momento, príncipe...

— ¡Vamos! ¿Que significa esto?

— Silencio, dijo Anatalio con aire misterioso.

Y añadió:

— Príncipe ocultaos un instante detrás de la hoja de esta puerta que voy á abrir, y prestad la mayor atencion.

Mr. de Morseune obedeció maquinalmente á Anatalio.

Este abrió la puerta, y dijo:

— ¡Maria!... ¡Angel mio!

— ¿Por qué me encerrais y me dejais sola así en el momento de llegar Anatalio? respondió la jóven con voz alterada.

— Un suceso imprevisto, pero que no debe darte cuidado, querida Maria, me obliga á dejar para mañana nuestra cita. Sal pronto

por la calle de la Lune Hasta mañana, y nada temas, amor mío.

Y cerrando Ducormier con llave la puerta que acababa de abrir, se volvió hácia monsieur de Morsenne.

El príncipe, lívido, petrificado, con los ojos estraviados y los labios trémulos, creía estar soñando. No acertaba á hablar palabra: acababa de comer opíparamente y la sangre que le afluia al cerebro, paralizaba momentaneamente su espíritu y encadenaba su lengua. Estaba sin saber lo que le sucedía.

Aprovechándose Ducormier de aquel aniquilamiento pasajero: apagó la única vela que iluminaba la antecámara, y dijo á Mr. de Morsenne, inmóvil siempre sin atreverse á dar un paso en las tinieblas.

—Príncipe, escuchad todavía, y no habéis una palabra: vuestra hija no sabe que estais aquí.

Y Ducormier, abriendo la puerta del comedor, cruzó con rapidez aquella pieza, y volvió al punto, acompañado de una persona á quien conducía á través de la oscuridad, diciéndole:

—Os repito que no tengais miedo, mi querida Diana: esto es solo por precaucion.

—Anatalio, es mayor mi desconsuelo que mi inquietud, respondió la duquesa de Beaupertuis; yo, que me habia prometido pasar esta noche contigo, querido...

—No puede ser, correriamos gran riesgo, replicó Ducormier abriendo la puerta exterior. Mañana te explicaré todo, adorada. Sal por la puerta del boulevard.

—Dame al menos un beso, angel mio, murmuró Mad. de Beaupertuis.

Y en seguida se cerró tras ella la puerta de la escalera.

Eatonces oyó Ducormier el ruido sordo que hizo Mr. de Morsenne al caer en el suelo.

Aquella doble emocion demasiado violenta para el viejo, le habia producido una especie de aturdimiento apoplético.

Ducormier sacó un fósforo y encendió la vela.

Mr. de Morsenne se habia caido en un rincón junto á la pared, contra la cual se habia apoyado, y á cuyo pie yacia encogido con la cabeza reclinada sobre el pecho. Anatalio le levantó, le sentó en una silla junto á una ventana que abrió, le quitó la elevada corbata que sujetaba su cuello, haciéndole hinchar

las mejillas, y en seguida aguardó

A los pocos momentos, el aire vivo y fresco de la noche hizo volver en sí á Mr. de Morsenne, el cual se pasó primero las manos por la frente, bañado en un sudor frio, como para traer á la memoria sus recuerdos.

Muy luego se presentó á su imaginacion la realidad con todos sus horrores, y hallando en su rabia una fuerza febril, se levantó de la silla, y con los dientes apretados, se arrojó sobre Anatalio exclamando:

—¡Infame!

Ducormier sujetó facilmente al viejo, le alejó un poco, y le dijo en tono insolente y sardónico:

—Vamos, querido, un poco de calma y hablemos.

—Miserable tunante! .. murmuró el príncipe. ¡Mi hija!... ¡Atreverse delante de mí! . ¡Que audacia!

—¡Oh! ¡Oh! querido, repuso entonces Ducormier gozándose en su triunfo infernal: ¡me habeis arrojado el oprobio á la cara! Me habeis propuesto que sea vuestro tercero! ¡Vos y vuestros semejantes no habeis tenido mas que desprecios é insultos para Ducormier, el hijo de un tendero! Vosotros, no-

bles señores, sois los que habeis pervertido á ese jóven... ¿qué digo? ¿á ese niño, cuando candoroso y humilde fué á pedirnos que le dieseis á ganar honrosamente el pan con su trabajo! ¡Vosotros sin tener en cuenta su inocencia, le habeis pervertido friamente haciendo de él un instrumento de vuestras torpes y tenebrosas intrigas! ¡Pues bien, señores míos, gozaos ahora en vuestra obra! ¡Habeis criado y educado el monstruo á vuestra manera; pues cuidado con el monstruo! ¡Cuidado con el martir convertido en verdugo!

—¡Oh! ¡Ese miserable me asusta! murmuró el príncipe despavorido: ¡quiero salir de aquí, pues si no, me vuelvo loco! ¡Abrid! ¡Abrid!

—Está cerrada la puerta, querido, respondió Ducormier con una carcajada sardónica: tenéis que oírme hasta el fin...

—Sí, sí, tartamudeó el príncipe, lívido de estupor y de rabia: triunfa por un momento... pero yo soy muy poderoso... y pronto te lo haré conocer, ¡desgraciado!...

—¡Oh! ya he contado con los efectos de vuestro poderoso valimiento, querido. ¿Creeis acaso que haya estado por tanto tiempo en la escuela de vuestros amigos los eminenc-

tes políticos para atenerme á una estéril venganza y contentarme con deciros: «Príncipe mio, he aceptado la oferta de serviros de tercero con Maria Faveau, para buscarme entrada en vuestra casa y seducir á vuestra hija, cortejando de paso por mi propia cuenta á esa hermosa criatura de quien estais tan locamente enamorado?»

—¡Oh!.. ¡No puedo resistir mas!.. dijo el príncipe. ¡Ese miserable concluirá por matarme!..

—¿Qué estais diciendo? ¡Oh, no tal! Vuestros amigos los diplomáticos y los hombres de estado mis honrados amos, me han enseñado á tener en poco esos vanos goces del orgullo y del ódio; necesito algo mas sólido.

—¿Cómo? exclamó el príncipe metiéndose con viveza las manos en los bolsillos, que contenian en joyas y en títulos por valor de mas de cincuenta mil escudos. Me han cogido en un lazo .. ¡Este tunante ha querido robarme!

Ducormier prorrumpió en una carcajada, y replicó:

—Tranquilizaos: yo profeso mas alta escuela, y dejo esas vilezas vulgares para esos pobres diablos embrutecidos por la miseria,

ó para esos necios que no han sido iniciados como yo en la provechosa práctica de los robos de estado... (Bien puedo permitirme esta espresion como se usan las de secreto de estado y hombre de estado.) De algo me han de haber servido las lecciones de mis maestros.

—;Tú imprudencia te ha de costar cara, miserable, exclamó [el príncipe, yo me vengaré.

—Vamos, príncipe, replicó Ducormier con una afectacion de deferencia sardónica; tened mejor opinion del que habeis elegido con tanto discernimiento para vuestro secretario particular. El os hará ver que merece esa poderosa proteccion de que me hablasteis hace poco, y de la que usaré y abusaré, si lo teneis á bien, para adquirirme una posicion excelente.

El príncipe se estremeció no pudiendo dar crédito apenas á un exceso tal de descaro.

Ducormier prosiguió aumentando su afectacion de respeto ironico:

—Permitidme, príncipe, que os haga una humilde observacion: si hace tres meses no tuve el honor de reirme en vuestras barbas cuando me propusisteis una subprefectura en

recompensa del honroso oficio á que me destinábais fué porque queria ponerme en el caso de poder exigir mas adelante lo que mas me conviniere, mi respetable señor.

—¡Esto es increíble! exclamó el príncipe aterrado.)No tiene ejemplo!

—Vamos á ver, francamente, príncipe; ¿os parece que un hombre de mi temple pueda enterrarse en una subprefectura, ni aun en una prefectura, despues de haber sido comensal en la brillante casa de Mr. de Morsenne? Indudablemente me aburriria de fastidio en medio de esos necios provincianos, y luego tengo horror á las muchachas de las aldeas. ¿Qué quereis, príncipe? No es mia la culpa, vuestra hija, la señora duquesa, me otorga sus favores.

—¡Esto es horrible! exclamó monsieur de Morsenne, juntando sus manos con estupor! Eres un monstruo!

—Por eso, príncipe, os digo que cuidado con el monstruo, replicó Ducormier sonriéndose: pero tranquilizaos, que el monstruo no se come los hombres crudos. ¿Qué os pide en último resultado? Entrar en una hermosa carrera, que consiste en darse buena vida en medio de la flor y nata de las aristocra-

cias de todos los países, en hacer una corte cosmopolita á las mugeres mas lindas de Europa, y en llevar uniformes bordados, cuajados de cruces y condecoraciones. Me parece que esto es significar á mi protector que me hará el favor de guardarse la subprefectura para el hijo de algun diputado ó el sobrino de algun par de Francia, y de alcanzar para mí la plaza que se halla vacante en la actualidad de primer secretario de embajada en Nápoles.

—¿Es posible mayor imoudencia? exclamó Mr. de Morsenne con una carcajada sarjónica. ¡Es cosa inaudita!

—Me tomaré la libertad de hacer observar á mi digno protector, que la cosa es difícil, pero no imposible: he sido por espacio de cuatro años secretario particular del embajador de Francia en Inglaterra; el señor ministro del interior tiene formada una opinion muy lisongera de mi escaso mérito, como lo prueba su carta, que conservo con el mayor placer, y podrá asociar me a mi excelente protector, para obtener del nuevo ministro de Negocios estrangeros el favor que solicito... pero no es eso todo...

—El príncipe hizo un movimiento de estu-

por.

Ducormier continuó con candor:

— Aunque pobre y de raza de mercaderes, tengo el inconveniente de ser muy vanidoso, y me gusta en extremo gastar y darme tono. Ahora bien, por el honor de la Francia, á quien debo representar, cuento bastante con la inagotable bondad de mi querido protector, para no dudar que á más de mis emolumentos, me sacará una pensión de quince mil francos sobre los fondos secretos.

— Por fortuna, dijo el príncipe, está demente.

— ¡Demente yo! exclamó Ducormier, con un acento melancólico y dulce de reconvección; ¿porque para obtener la posición que me conviene me dirijo á mi natural protector?

— ¡Yo, miserable, tu protector natural!

— Vamos. prosiguió Ducormier, sin alterarse: ¿no soy en cierto modo vuestro hijo, vuestro yerno?... porque al fin vuestra hija....

— ¡Malvado exclamó el príncipe levantándose exasperado; pero en seguida se volvió á dejar caer sobre la silla, diciendo:

— Me está asesinando á fuego lento.

—Vamos, continuó Ducormier, con una sonrisa; ya que invoco inútilmente vuestro corazón de padre, necesitaré emplear la coacción moral. ¡Ay! Si. ¿Esta palabra os sorprende? Pues me explicaré, Ya os he confiado mi pasión por las cartas autógrafas, y solo os cito como muestra la del señor ministro del Interior, que guardaré para que, en caso necesario, me sirva de documento justificativo; pero esa es una de las menores perlas de mi cofrecillo; porque, ya comprenderéis, principe después de haberme franqueado con vos de esta manera, que no podía permanecer impunemente de secretario particular vuestro por espacio de tres meses. He sabido tener á mi disposición todos vuestros papeles, hasta los más secretos, entre los que se halla cierta cartera verde...

Mr. de Morsenne pareció quedar aterrado y permaneció algunos momentos sin poder hablar palabra, hasta que al fin dijo:

—¡He introducido en mi casa una vibora!
¡El infame habrá fracturado mis gavetas!..
y ese abuso de confianza....

—¡Abuso de confianza! ¡La expresión es muy linda! replicó Ducormier sonriéndose, y me recuerda que vuestro digno amigo, el

embajador de Francia en Londres, me acostumbró á los abusos de confianza practicados en union con él, cuando aquella intriga de que he sido el principal agente, y que derrocó al ministerio que tanto os desagradaba... Os confesaré tambien que, examinando vuestros papeles, he hallado aquella carta de mi antiguo patrono, en la que os decia que aunque Ducormier era bueno y dispuesto para todo, como teina el inconveniente de ser hijo de un tendero, nunca podria pasar de una especie de Figaro de buena sociedad... Pienso con vuestro favor desmentir esa prediccion, príncipe, pues seré, como tantos otros, un Figaro oficial: considerado en la sociedad y sobre todo con buena renta.

Al volver, pues, esta noche á vuestra casa, hareis el inventario de vuestros papeles; podreis ver los que os faltan, entre los que os indicaré dos tiernísimas cartas de la señora baronesa de Robersac, en las que esta virtuosa muger, tan querida de vuestro corazón os habla como de una cosa tolerada por vos, de las relaciones públicas de vuestra esposa con el caballero de Sain-Merry. En una palabra, mi pobre príncipe, por la importancia

de los documentos que poseo, juzgareis de la modestia de mis pretenciones.

— ¡Pero desventurado! ¡Olvidas que hay un código criminal, tribunales, presidios!

— ¡Bah! no habéis así ¡legislador eminente! Una sustracción de papeles, sin otro valor que su importancia moral ó política, es solo asunto de policía correccional; sé muy bien el código, ¡que diablos! Pero voy mas lejos todavía. Aun cuando fuese cosa de ir á presidio, mi pobre principe, ¿sería capaz de mandar á él al que es casi vuestro yerno y posee cien cartas de vuestra hija?

Vamos, principe, no lograrías infundirme miedo con (s); (o) que procuradme conseguir lo que quiero; ó de lo contrario corto mi pluma, y apoyándome en una multitud de documentos justificativos, revelo al público, en un folleto sangriento, cómo el principe de Morsenne, uno de los hombres de mayor consideración en estos tiempos, uno de los celosos defensores de la religion y de la familia, no contento con tener una querida oficial y con tolerar al amante de su muger, se ha enamorado locamente de una honrada muchacha del pueblo; como ese virtuoso hombre de estado propuso á su secretario que fuese su

tercero, por cuyo servicio seria nombrado subprefecto y luego prefecto, y cómo por último, al secretario le pareció mas chistoso seducir á la jóven plebeya para su placer y á duquesa de Beaupertuis para su venganza. ¿Qué decis á eso, príncipe? ¿Quereis formar-me causa por difamacion? Enhorabuena; pero ya habrá conocido el público los documentos autenticos aut grafados, que habrá causado en el mundo un ruido espantoso, y yo os aseguro que vos, vuestra familia y vuestros amigos no dejarán de quedar hundidos en la horrorosa borrasca que promoveré.

— ¡Dios mio! ¿Es esto un sueño? exclamó el príncipe aterrado: ¿será posible que yo y los míos estemos á merced de semejante monstruo.

Pero despues de reflexionar un momento añadió Mr. de Morsenne afectando serenidad:

— ¡Pero soy un insensato en temer á ese tunante! No tengo mas que decir una palabra al prefecto de policia al salir de aqui. Este Ducormier debe pertenecer á alguna sociedad secreta Una órden de detencion, dos ó tres semanas de incomunicacion, seis meses de prision preventiva, y luego allá vere-

vos. ¿Me creiais desarmado, infame! ¿Hablabais de mi valimiento?... Pues yo tendré ocasion de probároslo.

Ducormier se encogió de hombros, y repuso:

— Sé muy bien, mi digno legislador, que entre elevados funcionarios nunca os negais el servicio de una órden de detencion. seguida de incomunicacion y prision. En nuestro hermoso pais de libertad tienen tambien su curso esas órdenes secretas, á pretesto de conspiracion ó de medida política. Pero, ¡oh patriarca de antiguas costumbres; mis papeles,.. perdonad esta palabra demasiado espresiva.... vuestros papeles, quise decir, están en sitio seguro y en buenas manos.

La incomunicacion en que me podais tener concluirá, y esa detencion arbitraria hará un efecto escelente en mi folleto. Y luego, olvidais, mi pobre príncipe, que es casi á vuestro yerno á quien se trata de encerrar, y por mucho que le guardéis, hablará. Conque basta de recriminaciones pueriles, y sujetaos á mis condiciones: mi interés os responde de mi silencio.

— ¡Esto es para velverse loco!

—En efecto, mi pobre príncipe, se me figura que no razonais con vuestra acostumbrada lucidez; por lo tanto, no exijo que me deis en el acto una respuesta formal. Mañana á las dos ire á veros: para entonces estareis tranquilo, habreis examinado los papeles que os faltan, y considerando á sangre fria vuestra posicion, no dudo que recobrareis ese golpe de vista seguro y esa rapidez de decision que os caracterizan. Espero que al menos reconocereis que no soy muy lerdo, y que tengo todo el talento de un diplomático... ¿Eh?

En aquel momento se oyó en la antesala un fuerte campanillazo.

El príncipe se levantó todo demudado y exclamó con ansiedad:

—¡Aquí llaman!

—Ya sé quien es, respondió Ducormier con frialdad.

— ¡No quiero abusar de mi posición..... Conoceis á la persona que va á entrar, y esta no sabe nada de lo que ha pasado. El interés vuestro os aconseja dejarla en esa ignorancia, y en su caso solo podria atestiguar vuestra presencia en esta casa.... Pero Mr. de Saint-Gerant se impacienta, añadió Ducormier, oyendo un nuevo campanillazo y dirigiéndose á la puerta:

— Ducormier, despues de haber dicho al principe de Morsenne, al oir la campanilla: «ya sé quién es», se dirigió á la puerta pero mudando, al parecer, de idea, volvió al lado del principe, y le dijo á media voz:

— ¡Mr. de Saint-Gerant! exclamó el principe.

— El mismo, respondió Anatalio. Conque ya lo sabeis, caballero, añadió dirigiéndose al principe en tono imperioso y duro; quince mil francos de pension sobre los fondos secretos, y la plaza de primer secretario de embajada en Nápoles, esto exijo; para

conseguirlo os concedo tres dias. Ya me conocéis; reflexionadlo bien.

Y Ducormier fué á abrir la puerta á Mr. de Saint-Gerant. Este, al ver á Anatolio Ducormier, se quedó sorprendido.

Entonces, Ducormier, dejando el tono de insolente é irónica familiaridad que habia empleado hasta entonces con Mr. de Morsenne, le dijo inclinándose:

—Adios, príncipe, espero que los graves intereses que acabamos de ventilar, tendrán una solucion satisfactoria para ambos.

—Príncipe, dijo Mr. de Saint-Gerant cada vez mas sorprendido, no creia tener el honor de encontraros aquí.

Pero Mr. de Morsenne, cuyas fuerzas se hallaban agotadas, y cuya razon se estrañaba en medio de tantas emociones violentas, saludó con aire azorado á Mr. de Saint-Gerant y salió precipitadamente.

Entonces, Ducormier, dirigiéndose á Mr. de Saint-Gerant, le dijo:

—¿No tengo el honor de que me conozca Vd., caballero?

—No me son del todo desconocidas sus facciones de Vd. y me parece haber visto á Vd. en casa de Mr. de Morsenne.

— En efecto, caballero, soy secretario particular del príncipe.

—¿Puedo saber qué relacion hay entre hallarse aqui su príncipe de Vd. y una carta anónima?

—¿En que se dice á Vd. que sabiendo el interés que se toma por todo cuanto dice relacion con la señorita Clementa Duval se invitaba á Vd. á pasar esta noche á esta casa, cuyas señas se le daban?

—Sí, señor.... Y esa carta anónima....

—La he escrito yo, caballero.

—Y con qué objeto? preguntó Mr. de Saint-Gerant, cada vez mas sorprendido.

—Voy á satisfacer completamente su curiosidad de Vd.

—Ya escucho.

Es Vd., caballero, una persona nobilísima, cuya raza se pierde en la oscuridad de los tiempos...

—¿Y á qué viene eso?..? ¿Es alguna chalza?

—Permitame Vd. que continúe: no solo es Vd. una persona nob'e sino muy rica, inmensamente rica...

—¿Y qué infiere Vd. de todo eso?

—Infiero que hay de Vd. á mi una dis-

tancia inmensa, porque yo no soy mas que un pobre diablo de secretario sin nombre ni fortuna.

—Creo que no sea del caso establecer aquí esas diferencias de posicion social.

—Si que lo es, caballero, y tengo en ello empeño.

—¿Acabarán esos enigmas?

—Al momento sabrá Vd su significacion.

—Pues daos prisa.

—Con su doble carácter de hombre de elevado nacimiento y de gran fortuna concibió Vd. la idea de casarse con la señorita Clementa Duval.

—¡Basta! exclamó Mr. de Saint-Gerant, con acento doloroso y airado, ni una palabra mas.

—Siento no poder obedecer á Vd., replicó Ducormier con cierta deferencia irónica, y espero que me permita Vd. continuar.

—¡Caballero, cuidado!

—¿Y de qué? preguntó resueltamente Ducormier.

Mr. de Saint-Gerant, despues de contener un impulso de violencia, dijo con voz sorda y despues de reflexionar un momento:

—Continue Vd.

—Concibo muy bien, caballero, que se haya vd. enamorado apasionadamente de la señorita Clementa Duval, repuso Ducormier, y que haya vd. tenido la idea de casarse con ella: es un ángel por su corazon y por su belleza. Lo que no concibo tan bien, es que, despues de una negativa formal de la señorita Duval, haya vd. persistido en sus pretensiones; lo que no concibo es que, cegado sin duda por esplendor de su cuna de vd. y de su opulencia, haya vd. dado lugar á creer, con reiterar sus ofrecimientos, que confunde á la señorita Duval con esas mugeres que venden su alma por un titulo ó por dinero.

—¿Es una leccion lo que quiere vd. darme? exclamó Mr. de Saint-Gerant, irritado con aquellas palabras.

—Si eso es una leccion, esa será al menos la moralidad: es bueno, á veces, probar á esas personas tan vanas con su opulencia y tan orgullosas por su cuna, que no bastan esas ventajas para conquistar todos los corazones, y que donde los ricos y poderosos no encuentran mas que indiferencia ó desden, se ve triunfar muchas veces *una especie*, como se nos llama entre cierta clase de gente

á nosotros, pobres diablos que no tenemos para hacernos amar otra cosa que nuestro corazon, nuestro talento y nuestro amor.

— ¡Pardiez! exclamó Mr. de Saint-Gerant: esa insolencia...

— Mas bajo, dijo súbitamente Dueormier á media voz, asiendo fuertemente la mano á Mr. de Saint-Gerant: mañana estaré pronto á dar á vd. toda clase de satisfacciones, y podrá vd. hallarme en casa del principe de Morsenne, donde vivo.

— Pero, caballero...

— Mas bajo, por favor; sus voces de vd. podrian cruzar la pieza inmediata, y llegar á lo último de esta casa, donde se halla una muger á quien no querria asustar con sus inútiles arrebatos.

— ¿Una muger?

— Si, una muger, que no tardará en llevar mi nombre, puesto que se halla aquí sola á estas horas, confiando en mi amor, que; como vé vd., le inspira mas crédito que el vuestro, porque Clementa Duval ha rehusado su mano de vd., que es la de un señor poderoso, para entregarse á mí sin condicion... ¿Lo entiende vd. ...? sin condicion.

A estas palabras se exasperó Mr. de Saint-Gerant, y exclamó con un acento inesplicable de dolor, celos y rabia:

—¿A vd. ama la señorita Duval?

—Tiernamente.

—¿Y está aquí sola, en esta casañ

—Si.

—¡Miente Vd.!

—¿Un ultrag^o mas?... Mas adelante arreglaremos nuestras cuentas, replicó con frialdad Anatalio; pero ya puede vd. conocer que si le he hecho venir aquí ha sido para dar á vd. una certeza que le desespera, que le mata; en su mano de vd. está adquirirla, y no dejará de hacerlo: conozco bien á los enamorados. Salga vd., pues de aquí antes que yo, agüárdeme usted á alguna distancia de la puerta, y á la brillante luz que ilumina el bulevard podrá vd. ver si la muger que saldrá de aquí asida de mi brazo es Clementa Duval Mas todavía: acérquese vd. á nosotros, refiera vd. á mi amada Clementa lo que acaba de pasar aquí entre ambos, y estoy seguro de que aprobará mis palabras, y no negará el amor que me profesa. Ella es libre, y debe ser mi muger.

La sorpresa, la cólera, y sobre todo la de-

sesperacion de Mr. de Saint-Gerant eran tales, que dejó á Ducormier hablar sin interrumpirle.

Pero aquel hombre, de corazon leal y generoso, no pudiendo comprender por qué Ducormier, á quien no conocia, se complacia en atormentarle asi abrumándole con su triunfo, exclamó:

—Y podré saber, caballero, cuál es la causa de su odio de vd. hácia mí.

—¿Cuál es la causa? exclamó Ducormier, rebosando odio y envidia. ¿Cuál es la causa, pregunta usted?

Pero sobrado prudente para no dominarse, añadió con una sonrisa sardónica:

—Deseaba dar á vd. parte verbalmente de mi próximo casamiento con la señorita Duval, porque me ha parecido conveniente instruir á vd. de un suceso que tanto le debia interesar.

Este nuevo sarcasmo reanimó toda la cólera de monsieur de Saint-Gerant; pero como hombre de valer y dignidad, permaneció sereno, y replicó:

—Si hubiese vd. triunfado de mí con la señorita Duval, sin anunciarme su triunfo de una manera tan ofensiva, habria respe-

tado en Vd. la eleccion de una persona que será sagrada siempre para mí; de una persona que me inspira actualmente doble interés, porque, si no miente Vd. impudentemente, camina á su perdicion, poniendo su ciega confianza en un hombre tan malvado á sangre fria como lo es Vd. Yo no conozco á Vd.; ignoraba que aspirase á la mano de la señorita Duval; y de consiguiente no podia tener la idea de lastimarle ni humillarle en nada.

—Esas disculpas, caballero, no...

—¡Disculpas! repitió Mr. de Sain-Gerant, interrumpiendo á Ducormier, á quien midió de alto á bajo con una mirada desdeñosa. ¡Me dá Vd. compasion!... Decia, pues, que no sabia ofendiera á Vd. en nada ofreciendo mi mano á una persona digna, y lo creo todavía, de la estimacion y del amor de un hombre honrado, enamorado sinceramente que no tenia contra si mas que su clase y su fortuna. Ha sido Vd. preferido caballero; pero en vez de mostrarse Vd., no diré generoso, pues hay generosidades que no acepto, sino indiferente con un rival desvancado, me atrae Vd. aquí por medio de un anónimo á una especie de emboscada de insolencias de todo género; ¿y para qué?

Para decirme que un hombre oscuro, como se complace Vd. en llamarse con tanto orgullo, puede vencer á un hombre distinguido y rico, como yo... Ya conoce usted, caballero, que por mucho derecho que uno tenga á despreciar ciertos insultos, hay muchas veces que resignarse á castigarlos, y veré de hacerlo.

—Esa modestia me agrada.

—Como una última muestra de deferencia á la señorita Duval, cuya reputacion estimo en mas que usted, no quiero, en quanto á mi, que suene su nombre en este asunto.

—Estoy conforme. y no esperaba yo menos de su caballerosidad de Vd. Diremos á nuestros testigos, si Vd. gusta... que me ha pisado Vd., que nos hemos trabado de palabras, y que se hizo indispensable una reparacion recíproca.

—Ehorrabuena, caballero: ¿sabe Vd. manejar la espada?

—Lo bastante para el caso: espero probarse á usted, caballero.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana.

—¿A qué hora?

—A las nueve, si le parece á vd.

—¿En qué sitio?

—En el que vd. guste.

—En lo bajo de Vicennes.

—Corriente.

—¿Y el punto de la cita?

—Las afueras de la puerta de Saint-Antoine, el primer carruaje que llegue aguardará al otro.

—Muy bien.

Cambiadas estas palabras, abrió Ducormier la puerta á Saint Gerant, el cual bajó lentamente la escalera.

Este hombre de corazón sufría horriblemente.

XXXVII.

No solo habia hecho en Saint-Gerant una impresion profunda la belleza de Clementa Duval, sino que como habia dicho á Ducormier, temia sinceramente por ella el porvenir que parecia resorverle su eleccion.

Anatalio habia propuesto á Mr. de Saint-Gerant el medio de asogurarse por sí, de si en efecto Clementa Duval habia ido sola y de

noche á la casa de donde salia. Mr. de Sain-Geant vaciló largo rato, pues era esponerse voluntariamente á un golpe inútil y doloroso; pero, como sucede casi siempre, cediendo á ese atractivo fatal que nos impulsa á agravar voluntariamente nuestros padecimientos, se colocó en la sombra formada por unas de las casas del bulevard que sobresalia de las demas, y aguardó.

No tuve que esperar mucho tiempo: al cuarto de hora escaso de haberse separado de Ducormier, vió salir á este de la casa con Clementa Duval, bajar el bulevard hasta la esquina de la calle de Sain-Denis, donde hay situados carruagés públicos, y subir en uno de ellos con la jóven.

— ¡Oh! ¡He de matar á ese hombre! ¡Me hace sufrir demasiado; murmuró Mr. de Sain Gerant con voz sorda, enjugándose sus lágrimas producidas por el dolor y por la cólera.

Al dia siguiente al en que tenian lugar las escenas anteriores, bajó de un carruge Maria Faveau, pálida y con el semblante descompuesto á la puerta de la casa del doctor Bonaquet, á eso de las dos, y corrió al cuar-

to del portero diciéndole con voz casi desfallecida.

—¿Está en casa el señor Bonaquet?

—No, señora, respondió el portero: ha salido.

—¿Y la señora está?

—Tampoco.

—Dios mio! Dios mio! murmuró la jóven.
¡Qué contratiempo!

Y dirigiéndose al portero, añadió:

—Subiré sin embargo y aguardaré á que vuelva el señor Bonaquet ó su esposa.

—Es inútil, señora; hace dos horas que han marchado los dos en una silla de postas.

—¡Se han marchado! exclamó la jóven con acento desgarrador, ¡se han marchado!

—Si, señora Parece que una parienta de madama Bonaquet, de cuya casa, que está en una provincia, volvió ayer, ha caído enferma de gravedad súbitamente. Su secretario particular ha venido en un coche de camino á buscar al señor doctor. Mientras que se mudaban los caballos en la casa de postas, los señores Bonaquet hicieron á toda prisa sus preparativos de viage y subiendo en seguida al carruaje que habia traído al criado de su

parienta, partieron á todo correr... Pero, señora, ¡se pone Vd. palida, va Vd. á caer!... ¡Dios mio! ¡Pobre muger!... ¡Algo le dá!... ¡Muger! Muger! ¡Ven pronto! gritó el portero, recibiendo en sus brazos á Maria ya desmayada.

Merced á los solícitos cuidados de la muger del portero, madama Faveau, despues de una larga crisis nerviosa, volvió en sí, se repusó un poco, y adquirió de nuevo la terrible conviccion de la marcha de Bonaquet y su esposa.

Entonces Maria abandonó la casa mas muerta que viva, pagó el coche, siguió por algun tiempo el malecon, y viendo casi frente del puente Nuevo una modesta casa para huéspedes, entró en ella, pidió un cuarto, papel y tintero, é interrumpida frecuentemente por las lágrimas, que inundaban su rostro pálido y demudado, rostro en otro tiempo tan risueño y sonrosado, escribió la carta siguiente:

«Mis queridos padres:

«Esta mañana me habeis arrojado de vuestra casa como á una infame, sin querer oírme. No me quejo, pues todas las apariencias están en contra mia. Debeis acusarme, pero yo quiero deciros la verdad: bien sabeis que

jamás he mentido en mi vida. Perdonad si no hay mucha hilacion en mi carta, pues tengo trastornada la cabeza, y ahora permitidme que os recuerdo lo que pasó esta mañana.

«A las diez entró José en el cuarto de mamá, donde nos hallábamos. Aunque se habia afeitado, tenia un aire tan terrible, que no pudimos menos de lanzar un grito todos tres. Entonces se adelantó hácia mi, y me dijo con una voz sorda, que apenas se entendia:

—»¿Maria, ayer á las seis y media, fue la criada á buscar un coche de alquiler á la calle de Bourgogne, al que subiste delante de la tienda?

—«Sí.

—«Llevabas un chal de color anaranjado, y una capota blanca?

—«Sí.

—«¿Te condujo ese coche á la puerta de una casa de la calle de la Lune?

—«Sí.

—«¿Allí, subiste al piso segundo, y abrió Abatalio?

—«Sí.

—«A los pocos momentos, te hizo salir de un cuarto dónde estabas, y te dijo: «Amada

Maria, hay que dejar nuestra cita para mañana?'

—“Tambien es cierto. Ahora José, escúchame.

—“¡Infame! exclamó mi marido, y en seguida le flaquearon las rodillas, y cayó al suelo como si le hubiera herido un rayo. Entonces, pobre mamá, mientras tú acudías á socorrer á José, se arrojó mi padre sobre mí, me cogió de los hombros, y á pesar de mis súplicas, me echó de su casa diciéndome:

—“¡Sal de aquí y no vuelvas mas, miserable! ¡Tú eres la vergüenza de nuestra ancianidad!”

Maria suspendió por un momento el escribir para enjugarse las lágrimas, y continuó su carta:

—“¿No es verdad, mamá es eso lo que, ha pasado? porque tú eres á quien me dirijo. Papá no querrá leer ni oír mi carta. No me quejo, pues debe creerme culpable. Con todo, por la vida de mi pobre Luisa, soy inocente: quizá tú me creas, mamá. De todos modos continúa leyendo: ¿qué mal puedes temer de leer esta carta? Es el último favor que te pido, si es que no te he de volver á ver.

— «¡Dios mio! Dios mio! ¿Cómo te haría comprender las razones que me han impulsado á dar un paso, cuya gravedad conozco ahora? Veré, á ver si lo consigo, pero por Dios, mamá, no te impacientes: necesito tomar las cosas de algo lejos.»

«Ya sabes que hace unos tres meses te hablé de proposiciones vergonzosas... (¿ay? y de las que me reía entonces) que me había hecho un criado de un príncipe. Te pregunté si debería hablar ó no de ello á José, y medijiste que sí. La casualidad hizo que monsieur Anatalio, amigo de mi marido, fuese secretario de ese príncipe y sabiendo este que Mr. Anatalio nos conocía había tenido la infamia de decirle si logra Vd. que Mad. Faveau me de oídos, me halla tu fortuna.»

«¡Pobre mamá mia! Temo que no me vés á comprender. Todo esto es tan vil y tan embrollado que vas á creer que invento, y luego la cabeza se me vá, como si á cada momento me acometiesen vahidos. Veré, no obstante, si puedo hacer que lo que te refero esté claro para ti.»

«Aunque indignado Mr. Anatalio de la proposición del príncipe, fingió no obstante aceptar, y en seguida vino á decirnos á

José y á mi: “Quiero vengarme y vengaros á vosotros tambien de ese viaje libertino. El tiene una hija bellisima; trataré de seducirla, y entre tanto creerán que hablo á Maria Faveau en interés del príncipe, de suerte que un dia podré decirle: “Príncipe, Maria os aguarda en su casa.,, No faltará á la cita, y entonces delante de ti y de tu muger, le diré: “Mientras que me creiais ocupado en seducir á Maria Faveau con provecho vuestro, he logrado seducir á vuestra hija” Ahí tienes venganza que Anatalio queria para él y para nosotros.

“Ya recordarás querida mamá; que desde aquella época principió José á estar triste, meditabundo. No era ya el mismo para conmigo. Muchas veces me hablaba con mal humor, y algunas hasta con dureza. Bien sabes que te manifesté la pena y la sorpresa que me causaba ese cambio, y tú me dijiste:

—Paciencia, Maria, paciencia, hija querida: en los matrimonios hay dias buenos, y ahora le toca la vez á los malos: pero ya volverán aquellos: ten paciencia.

“La tuve en efecto, porque yo no deja-

ba de amar á José: Su carácter se fué haciendo cada vez mas sombrío é irritable. Regañaba por cosas que no valian la pena, y aun cuando me afanaba por calmarlo, por divertirle, por apartarle sus negras ideas, casi nunca lo conseguia, y me deshacia en lágrimas á escondidas. Tu lo ignorabas, porque no queria estarte apesadumbrando siempre con mis penas, y cuando los domingos adivinabas, á pesar mio, mi tristeza, me decias:

—“Vamos: ¿todavía duran los dias malos?”

“Yo te respondia entonces:

—“Todavía, mamá; pero tengo paciencia, y espero que vuelvan los buenos.

“¡Ay sucedia todo lo contrario. Así fué que, no pudiendo sufrir mas, tuve con José una esplicacion, suplicándole me dijese lo que tenia contra mí. Entonces supe que estaba celoso, sin saber, no obstante, de qué ó de quién, y me dijo:

—“Para que el príncipe te haya hecho ofrecer dinero, preciso es que en el barrio no se haya hablado bien de ti.

“A su tiempo te referiré esa escena, querida mamá, sin revelarte que aquel dia el

pobre José, que estaba fuera de sí, me pegó. No por eso le he tenido rencor, pues parecía un loco. Tu me dijiste:

“Un poco mas de paciencia, los celos son un fuego de paja que tan pronto se apaga como se enciende. Sé buena, resignada; condúctete como siempre, con honradez, y tu José, mas tarde ó mas temprano, verá que sus sospechas son injustas. El volverá á tí.

“Seguí tus consejos: pero por desgracia se entregó José á beber aguardiente, y he pasado querida mamá, sin decirte nada, dias muy terribles. Y aun eso era nada cuando estaba sola con José; pero cuando me injuriaba y maltrataba delante de mi hija, que veia á su padre medio ébrio, se me partía el corazón, y yo decia entre mí llorando:

—“¡Dios mio! ¡Dios mio! Si ese infame principe no me hubiera hecho esas torpes proposiciones, mi marido y yo seríamos felices como antes, porque José á cada reyerta, no hace mas que repetirme: si el principe te ha hecho ofrecer dinero, preciso es que en el barrio no se haya hablado bien de tí: ¡sí ya no me amas, es porque tienes un amante!

“¡Qué quieres que te diga, mamá! Afuer-

za de oír á José echarme siempre en cara una misma cosa, á fuerza de sufrir con sus malos tratamientos, yo, que en mi vida he aborrecido á nadie, sentí aumentarse poco á poco mi ódio contra ese maldito príncipe, autor de nuestras pesadumbres, y ahora verás, querida mamá, que ese ódio es el que ha causado todo el mal. Monsieur Anatalio venia á vernos de cuando en cuando, pero nunca me ha hecho la corte ni dicho una sola palabra que se asemeje á amor.

“Yo sentía mas bien repugnanza que otra cosa hácia él, aunque siempre sacaba por mi la cara contra el pobre José. Siempre le reñía, procuraba traerle á la razon, y nos decía; “Pronto quedaremos todos vengados.” Entonces yo, en vez de compadecer, como antes, á la hija del príncipe, decía á M. Anatalio: “Hagáse Vd. amar apasionadamente de esa hermosa duquesa, y dígala Vd. un dia cara á cara, que se ha burlado Vd. de su amor: ella morirá de pesar, pero mejor: eso será la afliccion de los últimos años de su indigno padre.”

«Ya vez, mamá, cómo la desgracia me habia hecho injusta y perversa. Finalmente, antes de ayer, mi marido armó un escándalo

lo tan grande delante de mi hija, que le digo.

—«José, no puedo soportar una vida semejante, y las fuerzas me faltan; me moriria de pena, y mi hija necesita de mí. Iré á vivir con mis padres.

—«Entonces fui á contaros á tí y á papá lo que habia estado sufriendo, especialmente en los dos últimos meses, sin haberme quejado nunca. No me tuvisteis por embustera, pues papá me dijo:

—«Maria, no quiero que estés martirizada por mas tiempo: voy á ver á tu marido, y á manifestarle que, si no muda de conducta, te traeremos á vivir á casa.

«Volvi con papá á la tienda, y subió este al cuartito que habia tomado José en el quinto piso, para poderse entregar á su sabor á la bebida. Mi marido estaba tendido sobre su cama, con una botella de aguardiente al lado, vacía en sus tres cuartas partes. El pobre infeliz estaba completamente ébrio. Entonces me dijo:

—«Hija mia, ya he visto mas de lo que necesito: recoge lo que sea tuyo, porque desde mañana vendrás á vivir á nuestra casa con tu hija.

«Apenas se marchó papá, subí á ver á José, y me puse de rodillas junto á su cama; pero mi marido ni oía ni sentía nada. Lloré por él como por un difunto, á quien se da el último adios. Me destrozaba el corazon el ver así á José, perdido el juicio, con sus cabellos y barba erizados, cuando antes era tan bueno y tan aseado, cuando todavía le habria amado tanto, si hubiese querido. Dile mi adios para siempre, pero ese adios no salia mas que de los lábios. Me parecia imposible abandonar de aquel modo á sí propio y en su desgracia al padre de mi hija.

«Perdonábale sus injusticias y sus celos insensatos, porque habia sufrido tanto como yo, y como vo, no hubiera pedido mas que vivir feliz y tranquilo. Recordaba yo su ternura en tanto que no se le trastornó la cabeza, y nuestra felicidad doméstica, que era la envidia de todos nuestros vecinos. Decia entre mí: á no ser por ese indigno príncipe, cuyas proporciones han vuelto á mi pobre José desconfiado y celoso, seriamos tan felices como antes. En aquel momento... ¡Oh! ¡mamá! ¡Te lo juro por tí, por mi padre, por la vida de mi querida hija! En aquel momento entró Mr. Anatalio. La criada le habia dicho

que yo estaba arriba. Al verle, grité delirante señándole al pobre José:

—“¡Vea Vd. ahí lo que ha hecho su príncipe!

—¿Quiere Vd. vengar á José?—me dijo al punto Mr. Anatalio. —¿quiére Vd. vengar á José, y vengarse á Vd misma de una manera terrible?

—“¡Oh!, creo que daría por ello la vida, —contesté, porque yo estaba fuera de mí; y ahora conozco que la hechicera no se habrá equivocado tal vez en supredicción.

—“No se trata, por fortuna, mi pobre señora, de matar al príncipe, sino de causarle un dolor cien veces peor que la muerte, me respondió Anatalio: consienta Vd. en venir esta noche á las siete á una casa que la designaré, y en la que no permanecerá diez minutos; no tendrá Vd. mas que decirme, cuando abra la puerta del cuarto donde haya Vd. entrado: Anatalio, ¿por qué me has dejado sola?

«Luego que diga Vd. esas palabras, volveré á cerrar la puerta, sale Vd. de la casa, y deja Vd. al príncipe mas herido en el corazón que si recibiese una puñalada, porque está enamorado de Vd. como un viejo libertino.

es decir, con delirio: puede Vd. juzgar de la atrocidad de su dolor de la rabia de su orgullo, cuando crea por sus palabras de Vd. que me ama, y que el ha sido juguete mio. Y no es eso todo: pues haré venir á la misma hora y al mismo cuarto á su hija, que es mi querida, y allí lo sabrá, de suerte que el que viejo malvado recibirá golpe tras golpe: no hay que temer indiscrecion alguna con respecto á Vd. porque el secreto quedará entre Vd. y yo. En cuanto al príncipe la vergüenza le impedirá hablar nunca de ello.

—“Qué quieres que te diga; mamá? Fenia perdido el juicio, y por odio al príncipe, causa de todas nuestras desgracias. seguí el mal consejo de Mr. Anatalio, pensando que al meos mi pobre José y yo seríamos vengados. Tome un carruage de alquiler, y fui á casa, soyas señas me habiadado Mr. Anatalio. me abrió este la puerta, y segun habiamos convenido, le dije:

“Anatalio, por qué me has dejado sola?

—“Porque un asunto me obilga á dejar la cita para mañana, querida Maria: baja por la otra escalera y no temas nada. Al decir Mr. Anatalio estas palabras, cerró la puerta: seguí un corredor que me habia indicado de an-

temano; bajé y salí de la casa, en la que no permanecí ni siquiera diez minutos. Al salir, volví á tomar el carruaje, que me conduje á tu casa. Por el camino fui reflexionando en lo que habia obrado mal, pero me habia vengado del principe causa de todos mis pesares. Estuve, no obstante, por confesártelo todo al llegar á tu casa, pero titubeé por temor á papá, y aguardé el momento en que estuviésemos solas. Pasamos la noche hablando de José, y te dije:

—“Conozco que no tendré valor para abandonar á José; seria en mí una bajeza, porque se perderia enteramente. Al fin es el padre de mi hija, y prefiero sufrir tanto y mas de lo que he sufrido, que dejar así solo á mi marido en medio de su desgracia y su desesperacion.

—“Hay que ver primero el efecto que le causa la separacion, dijo papá, es muy posible que sea una leccion provechosa para él, y en ese caso, hija mia, seremos los primeros en aconsejarte que vuelvas al lado de tu marido.

—“Despues de haber hablado en esos términos contigo y con papá, fui á acostarme con mi hija y tuve sueños espantosos. Figu-

rábaseme estar sobre el cadalso, y que la hechicera me decia:

—“Acuérdate de mis predicciones.”

“Pasada esa triste noche, me levanté y quise volver á la tienda, pues tanto era mi cuidado por el pobre José, pero tú y papá me dijisteis:

—“Aguarda mas, María: para que la leccion se aprovechosa á tu marido, es preciso que sea completa.

“En el momento en que hablábais así, entró José, el cual me interrogó y le dije la verdad. El pobre infeliz no me dejó acabar, y me debió creer culpable: tu y papá tambien me habeis arrojado de casa.

“Ahí tienes, mamá, toda la verdad. Mi primer pensamiento fué correr á casa de los señores Bonaquet, los cuales estoy segura de que me habrian creído, y me habrian ayudado á convencerte, igualmente que á papá y á mi pobre José, si sobrevive al golpe que acaba de llevar, pero Mr. Bonaquet habia ido de viage con su esposa. ¿Cómo ha sido instruido mi marido de lo que pasó anoche en aquella casa? Solo ha podido saberlo por Mr. Anatalio no tenia interés ninguno en dar esa puñalada á José, de

consiguiente habrá sido el príncipe ¡Siempre este hombre!...

“Pobre mamá, he tenido que interrumpir mi carta, porque se me iba la cabeza y creí volverme loca. Ha llegado la noche, y no me atrevo á volver á la tienda, á dónde habrán llevado quizá á mi pobre José: creo que este me mataría sin querer oirme.

“No me atrevo á volver á tu casa por temor á papá, y he tomado por esta noche un cuartito en la fonda de Sublet, enfrente del puente Nuevo, en el malecon, número 103. Te escribo, mamá, desde este cuarto, donde me ballarás, si tienes lástima de tu pobre María. Me arrepiento cruelmente del momento de desesperacion y de odio que me impulsó á seguir el mal consejo de M. Anatalio. A escepcion de este funesto paso, me conservo muger honrada, y ni tú, ni mi padre, ni mi marido teneis que avergonzaros de mí. Si no puedes venir á verme, escribeme al menos una palabra por medio del mozo con quien te envio esta carta: dame noticias de José, de papá, de tí y de mi pobre niña. ¡Querido ángel mio! ¿Que pensará esta noche no viéndome volver? Adios, mi buena y

querida mamá, me faltan las fuerzas, y la vista se me turba en fuerza de lo mucho que he llorado...

“Tu respetuosa hija que te ama. Maria Faveau.”

Esta carta era punto por punto la expresión de la verdad. Anatalio Ducormier había conocido con su penetración habitual que jamás lograría seducir á Maria, escudada con su amor á José, con su honradez natural y con los mil deberes saludables de una vida ocupada constantemente en los cuidados de la casa, de la familia y del comercio. Luego, á pesar de la depravada corrupción de Ducormier, su amistad con José le habria hecho retroceder ante la idea de seducir á aquella muger, aun cuando su seducción hubiera sido posible. Además, el digno discípulo no se dedicaba á la seducción por el placer de seducir, sino por completar su venganza, y para eso le bastaba una apariencia de estar en relaciones con Maria. Esplotando desde mucho tiempo el dolor de Mad. Faveau, y su irritación cada vez mayor contra Mr. de Morsenne, irritación que procuraba fomentar diestramente, se creyó seguro de poder decidir en una ocasión dada á la jóven á dar ese paso imprudente y

peligroso.

José Faveau habia sabido la ida de Maria á la casa de la calle de la Lune aquella misma mañana por monsieur Loiseau, impulsado por el deseo de vengar á su amo; pero Mr. Morsenne, preciso es hacerle esta justicia, ignoraba esa nueva indignidad. El honrado servidor se habia ido á la tienda de perfumeria, donde José, despues de pasar una noche apasible y llena de las mas risueñas esperanzas, aguardaba una carta ó la llegada del doctor Bonaquet. Mr. Loiseau, provisto de la declaracion del conductor del coche de alquiler, corroborada por las revelaciones de la criada de Maria, que habia ido á buscar aquel coche, tuvo poco trabajo en convencer á Mr. Faveau de la pretendida infidelidad de su muger. Apenas habia salido, entregado á una especie de delirio furioso para ir á ver á los padres de Maria, cuando trajeron á su casa la carta siguiente de Gerónimo Bonaquet.

“Mi buen José, un suceso tan doloroso como imprevisto me obliga á partir al momento con mi muger. Mi viaje durará de cinco á seis dias á lo mas. Te suplico que aguardes mi regreso sin volver á ver á tu pobre y querida?

Maria: sin duda te será penosa esa separación; pero tendrá para tí un resultado saludable, si, como creo, siguiendo mis consejos, según tu promesa, renuncias á esos funestos para reflexionar sobre los pesares de lo pasado y sobre las probabilidades de felicidad que el porvenir te reserva.

“Confía en el instinto de mi antigua amistad. Te escribo estos renglones á toda prisa, y en el momento de hacer mis preparativos para este viaje inesperado. Esta noche, en el primer descanso que hagamos en nuestra marcha, te escribiré largamente, y con pormenores sobre el plan de conducta que debes seguir.

“Todos los dias recibirás una ó dos cartas mías, que espero suplan mi presencia hasta que regrese. Conque hasta la noche, mi buen José. Valor, esperanza, cordura, y antes de ocho dias respondo de tu felicidad y de la de tu Maria.

“Tu mejor amigo; Bonaquet.”

A esta carta acompañaban las líneas siguientes de Eloisa Bonaquet:

“No puedo menos de unir mis recomendaciones á las de mi marido, y suplicar á Vd. que tenga una absoluta confianza en los con-

sejos que le dá. Permitame Vd. le reitere la seguridad de nuestra viva amistad por Vd. y por su encantadora esposa, tan digna de su amor de Vd. y de nuestro tierno y constante interés.

“Adios, Mr. José; sentiria doblemente que el estado alarmente de una parienta mia fuese causa de la marcha precipitada de Mr. Bonaquet, si no tuviera la mayor confianza en sus buenas resoluciones de Vd. No dudo que estaharán que nuestra breve ausencia no ofrezca inconveniente alguno para Vd. ni para su felicidad futura, á la cual nos tendremos siempre por dichosos en haber contribuido.—E. B.”

XXXVIII.

La duquesa de Beaupertuis á Anatolio
Ducormier.

“Casime hallo tentado á decir como Beaumarcheis: “¿A quién se engaña aquí?” No creo que haya intriga veneciana mas fecunda en aventuras que los sucesos de estos últimos dias, mi querido Anatolio. Esta es una verdadera comedia de capa y espada. Sorpresas, escenas teatrales inesperadas, enredo inespliable, nada le falta. Juzgue Vd. mismo.

“Hace tres dias que no he visto á Vd: no ha vuelto Vd. por casa de Morseenne, sino antes de ayer; por espacio de algunas horas, para tener una larga conferencia con mi padre: me parece Vd. el centro de toda clase de misterios á cual mas singulares, y eso será sin duda muy entretenido para Vd., pero no es para mí. No poseo la clave de ninguno de esos enigmas, y mi curiosidad se irrita hasta el extremo. ¿Querrá Vd. hacerme el

favor de satisfacerla antes de que se marche Vd. ? pues he sabido, *por casualidad*, que se ausenta Vd.

“Sin tratar de exagerar á Vd. los derechos que tengo para saber lo que le interesa, ¿me seria permitido pedir á Vd. con la humildad que me caracteriza, la esplicacion de los misterios siguientes?

“Procederemos, si lo tiene usted á bien, por órden. Esta calma y esta claridad en la discusion le probarán á usted la entera sangre fria con que le escribo: los latidos de mi corazon son lentos y regulares, como en el dia en que Mr. de Beaupertuis me condujo al altar: mi mano está tan segura como la de una jóven colegiala que traza con la sonrisa en los labios su exámen de conciencia.

“Vea usted aquí los misterios, cuya esplicacion deseo saber:

“Primer misterio. Hace tres dias fui á la habitacion del boulevard de Bonne-Nouvelle en donde hemos pasado momentos tan deliciosos y felices, sin temor de que nadie nos interrumpiese. Me recibió usted con su acostumbrada solicitud; pero luego que me condujo usted á la alcoba, me suplicó usted que aguardase allí un momento á oscuras. Era

súplica me pareció tan estraña, como largo me pareció aquel momento. En seguida oí llamar á la puerta de entrada, y despues de diez minutos mortales me abrió usted intímándome que sacrificase á miras de prudencia la noche que debíamos pasar juntos. Resignéme á ello: me hizo usted atravesar el corredor y la antesala, siempre á oscuras, y salí asi de la habitacion, cuya puerta cerró usted trás de mi.

«No soy miedosa: sin embargo, sus palabras de Vd. y el desenlace imprevisto de nuestra cita me causaron alguna inquietud; pero confiaba en tener la esplicacion del enigma á la mañana siguiente ó quizá antes. Merced á la llave de la puerta secreta, me creia con derecho á esperar de usted algunas esplicaciones. No tuve el honor de ver á usted aquella noche.

“Segundo misterio. Al dia siguiente á nuestra cita frustrada, llega á mi casa á las ocho de la mañana, mi prima la marquesa de... he dicho mal, Mad. Bonaquet. El dia antes, habia estado para hablarme de una cosa muy importante, y me dejó recado, suplicándome la aguardase á la mañana siguiente

“Volví á ver á Mad. Bonaquet con gran

placer. Antes de conocer á usted y de amarle (perdone usted la espresion, que quizá sea algoplónica), miraba á mi prima como á una loca que deshonoraba nuestra casa. ¿No habia tenido la inaudita osadía de casarse en toda regla con el hombre distinguido á quien adoraba? No sé por qué siento ahora hácia ella una veneracion singular.

“Recibí, pues, á mi prima, perfectamente; y aunque me pareció turbada y conmovida, se mostró conmigo benévola en extremo. Al fin, prevaliéndose de la diferencia de edad que entre ambas existe, y del cariño maternal que siempre me ha profesado (pues me conoció siendo yo niña), me dijo, no sin titubear bastante rato:

—“Querida Diana, me temo que estás corriendo un grave riesgo.

—“¿Yo, prima?

—“Si mis alarmas son infundadas, no comprenderás nada de lo que te voy á decir. Si, por el contrario, tengo razon en temblar por tí, te conjuro á que te aproveches de mis consejos; en una palabra, tengo motivos para creer que una persona que vive en esta casa se burla de tí y te engaña indignamente... Si por desgracia tiene derecho á engañarte,

no solo te es infiel, sino que quiere hacerte víctima de una maquinacion infernal... Quizá es demasiado tarde para evitar este último peligro; pero en todo caso rompe inmediatamente con ese hombre: si posee cartas tuyas procura recogerlas: haz, en fin, todo lo posible para destruir los vestigios de una falta, cuyas consecuencias pueden serte funestas.

“Me acordé entonces de su singular recibimiento de usted el dia antes, cuando me pidió usted el sacrificio de nuestra cita. No doy importancia alguna á la infidelidad, pues en esta materia participo de su filosofia de usted., mi querido maestro. En cuanto al anuncio de una maquinacion infernal, de la que podia ser yo víctima, confieso que me alarmó... No todos los dias tropieza una con esa clase de fortunas diabólicas; así fué, que en mi impaciente curiosidad, y conociendo á fondo la pureza y lealtad de mi prima, estuve á punto de fraaquearme con ella, para descubrir la esplicacion de las maquinaciones infernales.

“Pero en el instante de irle á confiar nuestras relaciones, me acordé muy á tiempo de su máxima de vd. Cuando es mucho

tenerse que guardar uno á sí mismo su secreto, ¿qué será, cuando lo confie á otro? Respondí, pues, á Mad. Bonaquet, dándole las mas cordiales gracias por su solicitud.

—¿A Dios gracias, vuestros temores son infundados, porque para mí vuestras palabras carecen de sentido; agradezco no obstante en extremo la prueba de interés y de generoso afecto que me dais.

“¿Me creyó mi prima? Lo dudo, porque me miró tristemente y añadió con voz conmovida:

—“Créeme mi querida Diana: no he pensado un momento en obtener tus confianzas en cambio del servicio que deseaba prestarte; pero como quiera que sea, aprovéchate de mis consejos, si son oportunos, y en todo caso cuenta conmigo y con mi marido.

“De la conversacion con mi prima, que seis horas despues salia de viage, se desprendia que se habian concebido sospechas acerca de nuestras relaciones. Eso no me alarmó, pero sí me impacientó. ¿No habia sido extrema nuestra prudencia, y muy previsora nuestra conducta?

“Mi afectacion de desdeñosa indiferencia hácia usted, ¿no debia desorientar á los mas

perspicaces? En fin, á pesar de la plena confianza que tengo en mi doncella, esta lo ignora todo: nuestro único confidente ha sido la llave de la puerta falsa. El cuarto del boulevard tiene dos entradas, una para mí y otra para usted. ¿Quién ha sido, pues, el que ha dado el traste con precauciones tan hábilmente tomadas? Ya conoce usted, mi querido maestro, que esto no es para mí cuestion de conciencia ó de remordimiento: es solo una cuestion de amor propio; porque, dado caso que sean descubiertas nuestras relaciones, ¿qué me importa? Rogaré á Mr. de Beaupertuis, que se quede con sus escarabajos. Mi dote y los bienes que he heredado de mi abuelo de Chiverny producen cincuenta mil escudos de renta, y creo que con esto y con el hombre de mi eleccion pueda yo vivir bien en cualquier parte.

“Tales eran mis pensamientos al marcharse mi prima, cuando supe que, habiéndose vd. ausentado de casa al amanecer, habia vuelto y estaba Vd. encerrado con mi padre hacia tres horas largas. Parecióme la ocasion oportuna para ver á vd. y fui á la habitación de mi padre; pero ya era tarde, pues acababa Vd. de separarse de él

FIN DEL TOMO TERCERO.











LA BUENA VENTURA.



LA BIBLIOTECA NAZIONALE

LA BUENA

VENTURA.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES,

POR

Eugenio Sue,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO.

por

J. A.

TOMO III.

SEVILLA.—1854.

Imprenta de Gomez y Oro, editor, calle de
la Muela núm. 7.

REVISTA DE

LA REVISTA

REVISTA DE LA ESCUELA DE INGENIEROS

1908

REVISTA DE LA ESCUELA DE INGENIEROS

Imprenta de Gomez y Oro, editor, calle de la Plaza núm. 7.



Capítulo XXVIII.

Continuacion de la carta de la Duquesa Beaupertuis á Anatolio Ducormier.

“Tercer misterio. Encontré al príncipe pálido, casi livido, con la fisonomía descompuesta, el aire sombrío é irritado; no le habia visto desde el día antes, y me pareció que habia envejecido diez años. Sorprendida y casi alarmada de aquel cambio, exclamé:

—“¿Qué teneis? ¡Dios mío!

—“¡Que tengo! me respondió: ¿y teneis atrevimiento para preguntármelo?

“Estas palabrás y la dureza con que fue

ron pronunciadas me ofendieron. Así fué que le repliqué:

—“Ignoro lo que queréis decirme.

—“¡Quiéro decir, señora, exclamó fuera de sí, que hay mugeres que no tienen pudor, ni verguenza, ni dignidad! ¡Quiéro decir que hay mugeres que, no contentas con burlarse osadamente de los sagrados deberes que imponen la clase, el matrimonio, la familia y la religion, se cubren de doble ignominia eligiendo á miserables, á *especies*, por cómplices de sus infames desórdenes! ¡Quiéro decir, señora, en fin, que hay mugeres bastante impudentes y perdidas para atreverse á hacer de la casa paterna el teatro de su desenfreno, pues no temen entregarse á sus puniles escesos, á los ojos casi de su marido, de su madre y de su padre! Supongo que ahora me habreis comprendido, señora.

—“Escuchad, señor, dije al principe: todavía falta algo para el efecto saludable de ese virtuoso arranque.

—“¿El qué, señora?

—“La presencia de mi madre, de Mr. de Saint-Merry y de Mad. de Robersac: reunid y presidid algun dia, al salir de misa, ese

austero conciliábulo; hacer comparecer ante él á la muger sin vergüenza de que hablais, y no dudo que doblará su cabeza ante la sentencia de ese tribunal de tan alta moralidad y de pudor tan acendrado.

—“;Y os atreveis á hablarme así, exclamó el príncipe furioso: ¿olvidais que soy vuestro padre?

—“Esa pregunta es delicada en extremo, le dije; permitidme que no conteste á ellas.

“Y dejé al príncipe exasperado. Si aquel hombre hubiese sido mi padre, mi lenguaje hubiera sido muy distinto; pero sé que soy hija de Mr. de Saint-Merry. Así fué que aquel impudente contraste entre el modo de obrar y las gazmoñerías de las palabras, me encendió en cólera la sangre, y doy á Vd. las gracias, mi querido Anatalio, por haberme ofrecido ocasion de acabar de una vez con esas ridiculas hipocresías que me estaban dando náuseas continuamente.

“El príncipe no se presentó á comer pretestando hallarse indispuerto; evidentemente sabia nuestras relaciones, pues sus alusiones bien claras me lo demostraban

de una manera que no admitia duda. Por lo demás. Mr. de Beaupertuis y mi madre lo ignoraban todo, porque esta se mostró conmigo como de costumbre, y mi marido se engolfó en una multitud de consideraciones ingeniosas sobre las funciones digestivas de los escarabajos. Viendo que no estaba puesto el cubierto para vd. supuse que los criados sabian que no comia vd. en casa, y por la violenta salida del príncipe respecto de ciertas duquesas desvergonzadas que toman á *especies* por amantes, presumí que sin duda debia usted abandonar la casa.

‘‘Cuarto misterio. A los postres vino como de costumbre, Mr. de Saint-Merry, y las primeras palabras que dijo al entrar fueron estas, que dirigió á mi madre:

—‘‘¿No sabeis, princesa, que el secretario del príncipe?.....

—‘‘¿Mr. Ducormier! repuso mi madre: ¿qué le ha sucedido?

—‘‘Ha tenido un duelo.

—‘‘¿Cuándo? exclamé, á pesar mio, con el corazón oprimido.

‘‘(Perdone Vd. la palabra corazón.)

—“Esta mañana, á las ocho, en el bosque de Vincennes, respondió Mr. de Saint-Merry.

“Entonces respiré, pues habiendo permanecido Vd. en conversacion con mi padre esta tarde, por espacio de dos horas, era evidente que no estaba Vd. herido.

—“¿Y con quién se ha batido Mr. Ducormier? preguntó mi madre.

—“¿Con Sain-Gerant, respondió Mr. de Sain-Merry. El pobre conde ha recibido en una de las costillas una estocada que dicen es peligrosa. No sé, en verdad, cómo Saint-Gerant se ha rebajado hasta ese punto, cómo ha tenido la increíble y ridícula condescendencia de...

—“¿De recibir una estocada en las costillas? pregunté á Mr. de Saint-Merry.

—“No, querida ahijada, me dijo; no comprendo cómo Saint-Gerant se ha dignado aceptar un desafio con ese Ducormier, que al fin no pasa de ser un secretario, un hombre asalariado.

—“Teneis mil razones, caballero; Mr. de Saint-Gerant no ha tenido sino lo que merecia, repuso mi madre. ¿Y se sabe la causa de ese duelo?

—“La causa mas trivial del mundo, segun me han dicho, respondió Mr. de Saint-Merry: unas palabras cándidas no sé con que motivo.

“Yo pretesté un dolor de cabeza, y me retiré á mi cuarto.

“Creia á vd. valiente, mi querido Anatalio, y tenia un placer con saber que era vd. tan hábil como valiente, pero ese duelo con Mr. de Saint-Gerant á quien apenas habia visto aqui alguna que otra vez, me parecia extraño. Por las noticias que tengo de su adversario de vd. no es un hombre que se bata por cualquier cosa, no creo que tuviese vd. interés en buscar un duelo. Tantos misterios exasperaron mi curiosidad. A las once despedí á mis doncellas, y á la una de la madrugada con la esperanza de que quizá hubiese vd. vuelto por pasar la última noche en casa, me aventuré á subir la escalera escusada y entrar en su cuarto de vd. que encontré desierto.

“¡Ay, mi querido maestro! Mi ser no se compone solo de espíritus eternos, inmateriales. Volví á mi habitacion entregada á una profunda melancolía, y le tiré á Preciosa de las orejas por permitirse acogerme á mi vuel-

ta con saltos de alegría.

—“Al día siguiente (que fué ayer) dije á mi doncella.

—“Valla vd á preguntar si está en su cuarto monsieur Ducormier: tengo que encargarle que me traiga algunos libros de la biblioteca.

—“¿Pues qué! ¿No sabeis?...

—“¿El qué?

—“Qué Mr. Ducormier se vá de viaje: esta mañana han venido por su equipaje, y no volverá ya á casa.

—“¿Y á dónde han llevado su equipaje?

—“No lo sé, señora. Hace mucho tiempo que se fueron los mozos.

»Ignoraba como saber dónde paraba Vd., y aguardé, aunque en vano, una carta suya como la habia aguardado el día antes. Con la esperanza de que una casualidad, mas que improbable, me hiciese hallar á usted, salí en coche abierto, y fui á comprar no sé qué en veinte tiendas, á fin de tener ocasion de recorrer los barrios de mas tránsito de Paris; pero, como era de presumir, no encontré á vd.

“Ultimo é incomprensible misterio. Hoy á las tres me hallaba en la habitacion de mi

madre, que me habia hecho llamar para hablarme de la salud del principe, que, sin ofrecer cuidado, está bastante alterada, y á poco rato anunciaron al ministro de Negocios estrangeros, que es el único de esa gente a quien mi madre recibe por las mañanas.

—“Señora princesa, dijo á mi madre; acabo de saber que el principe, despues de haber pasado mala noche, está descansando en este momento. No quiero turbar su provehoso sueño, y solo vengo á rogaros, señora, que cuando despierte le anunciéis que, por un feliz conjunto de circunstancias, su protegido ha sido nombrado esta mañana; pero es preciso que salga esta misma noche, porque tiene que llevar despachos urgentes á Turin, los cuales deberá entregar á nuestro ministro, á su paso para Nápoles.

—“¿Y quién es el protegido de Mr. de Morsenne, si no es indiscrecion? preguntó mi madre.

—Pues qué, señora, ¿lo ignorais?... el secretario particular del principe.

—“¿Mr. Ducormier! exclamó mi madre en extremo sorprendida, no sabia que debiese dejar el servicio de Mr. de Morsenne.

—“Tode quanto puedo aseguraros, señora duquesa, repuso el ministro sonriéndose, es que ha sido preciso mi fuerte deseo de servir al príncipe, unido á su poderosa influencia en el ánimo del Rey, para arrancar el nombramiento de Mr. Ducormier, y presindir de ciertas consideraciones muy graves que se oponian á esa medida: no porque ese jóven lo merezca por mil titulos, de lo cual es la mejor garantia el inmenso interés que por él se toma Mr. de Morsenne; pero ha sido preciso infringir la escala y hacer descontentos, cosa que solo se sufre en favor de personas de elevada cuna. El príncipe, demasiado falto de salud hace dos dias para poder ir á ver al Rey, le escribió una carta tan apremiante y eficaz en favor de Mr. Ducormier, que este ha sido nombrado primer secretario de embajada en Nápoles.

—“En efecto que es demasiado, dijo mi madre. ¡Apenas parece creible! Sin duda que ese caballero es de mérito, cuando Mr. de Morsenne lo juzga así; es un buen jóven y no carece de educacion; pero al fin no es nada, y en las embajadas lo que se necesita ante todo es un nacimiento ilustre.

—“A falta de nacimiento, señora, repuso

el ministro sonriéndose, si Mr. Ducormier se muestra, como creo, digno de su fortuna inesperada... haremos mas adelante de él por respetos humanos, *conde Ducormier*.

—“Vamos, así podrá pasar algo mejor. respondió mi madre. Afortunadamente los extranjeros se tragan esa especie de nobleza de simitor que no engaña siquiera á los lacayos de nuestras antecelas.

“Como el ministro tenia el inconveniente de pertenecer á esa nobleza de simitor, tosio ligeramente, se levanto y dijo á mi madre:

—“Temo haceros perder vuestros momentos, señora princesa. Tened, pues, la bondad de anunciar al príncipe el nombramiento de su protegido... ¡Ah! se olvidaba!... ¿Queriais hacerme el favor de decir tambien á Mr. de Morsenne que he visto esta mañana á mi cólega del interior, y que está arregiando lo de los fondos secretos? Ya sabe el príncipe lo que esto significa. Perdonad, señora, que no sea mas esplicito acerca de estos grandes secretos políticos, añadió el ministro sonriéndose, y disponiéndose á despedirse de mi madre.

==“Caballero, dije yo al ministro, Mr. Du-

cormier me prestó como modelo una alhaja del renacimiento sumamente curiosa, y en su prisa por ir á desempeñar su nuevo cargo se ha olvidado de pedírmela: creo que tiene mucha afición á esa alhaja, pero ha abandonado esta casa sin dejar sus señas. ¿Cómo podría hacer llegar á sus manos lo que tengo que entregarle?

—“Tened la bondad, señora duquesa, de enviármelo al ministerio, y esta noche, cuando entregue los despachos á Mr. Ducormier, desempeñaré al mismo tiempo vuestra comisión.

“Y el ministro se retiró.

“He referido á Vd. la escena del ministro como las otras, con todos sus pormenores, primero, para probar á vd. mi entera libertad de ánimo, mi completa tranquilidad de espíritu, y luego para hacer á vd. comprender mi grande asombro al saber á quien debía vd. una fortuna tan inesperada.

—“¿Cómo se entiende esto? veo al príncipe indignado y desesperado contra vd. y sin embargo se ocupa con tanto ardor de su fortuna y escribe al Rey en favor de vd. Entiendo poco de negocios de este género; pero es cierto que ha llegado vd. de un salto á una posi-

cion inesperada, y á mi padre es el que se la ha proporcionado. Esto es para volverse loca ¿Habrá querido por este medio separar á vd. de mí? No, porque para esto le hubiera bastado el despedir á vd. ¿Creerá su honor ultrajado y el orgullo de su casa como me lo demuestra su furor conmigo? No porque dá á vd. una prueba de proteccion incomprensible. Esto es inesplicable á menos que sea vd. el diablo en persona, y easi estoy decidida á creerlo.

“Pero el ángel malo, criatura eminentemente superior y acostumbrada á ver las cosas desde alto, se reiría mucho de un alma vulgar á quien una plaza de secretario de embajada, por mas inesperada que fuese, trastornase el seso. Ciertamente haria vd. un papel ridiculo, querido mio, si esta fortuna diplomática le trastornase á vd. de manera que pensase vd. en marcharse sin despedirse de mí y sin instruirme de muchas cosas que vd. sabe sin duda, y que yo tengo precision de saber para arreglar mi conducta para con mi familia y para con Mr. de Beaupertuis.

“Es, pues, indispensable, mi querido Anatolio, que nos veamos antes de su marcha de

vd. si es que está decidido á partir. Hé aqui el medio que he pensado. Cierro esta carta en una caja con un frasco que llevaba cuando nuestra primera entrevista en el baile de la Opera. La carta reemplazará á la alhaja de que he hablado al ministro. Mi doncella de quien tengo una seguridad completa, llevará la caja al ministro que se la remitirá á vd. de mi parte. Ya comprenderá usted bien que parecerá que se trata de la restitucion de una alhaja que vd. me ha prestado.

«Por muy importantes que sean los despachos de que Vd. está encargado, un retraso de algunas horas importará poco; por muy grave que sea este retraso, yo preferirla, echándola de galante, comprometer la *salvacion de los imperios* por pasar algunas horas con una querida. Por tanto, espero, aun á riesgo de un *conflicto europeo* que despues de salir de casa del ministro irá vd. á la casa del boulebar. Allí le aguardaré á vd. toda la noche, y valiéndome de mi doncella tengo un medio seguro de entrar y salir en casa antes de amanecer.

«Una palabra mas, Anatalio.

«Por la tranquilidad con que está dictada esta carta, y por los minuciosos detalles que

contiene, conocerá vd. que no es una Adriana estraviada la que le llama á vd., ni una amante celosa que exige el sacrificio de su rival, ni menos una muger seducida que le pide á vd. cuenta de su virtud como á un jugador á quien arruina el azar. Si tuve en algun tiempo virtud, debió de secarse en flor por el ejemplo poco patriarcal que me ofrecia mi familia desde que tuve edad de ver y comprender. En cuanto á celos, vd. me ha convencido de que las infidelidades no son mas que comparaciones.

«Me acuerdo de haber oido decir que de cien mugeres que se pierden ó corrompen noventa y nueve lo son por su primer amable.

«Este pensamiento justo y profundo se aplica exactamente á mi posicion, porque si vd. no me hubiese perdido (aunque una muger como yo no se pierde nunca) me hubiese por lo menos desmoralizado completamente desde la primera vez que nos encontramos en el baile de la Opera, momento desde el cual su alma de vd. ejerció un imperio inconcebible en la mia.

«En todo esto no debe vd. ver una reprehension: nada menos que eso... Yo no tenia

mas que un freno, *el orgullo de raza*. Este freno le hizo vd. pedazos abriendomi corazón a un nuevo porvenir de felicidad. Yo no tenia mas virtud que la frialdad de las estatuas de mármol, pero el mármol de la estatua se animó con el soplo de Pigmaleon (perdone vd. lo mitológico de la comparacion). Consus diabólicos consejos me convenció vd. de que con el secreto, la audacia y la sangre fria, una muger jóven, bella, rica y libre podia, como nuestras abuelas de la regencia, aventurarse a todo sin comprometerse; y tengo gana de probar, así que vd. se marche, las ventajas de esta espartosa moral, y le ofrezco una franqueza completa. Tengo en usted una confianza absoluta; usted es el hombre mas escéptico y mas perverso del mundo, pero al mismo tiempo el mas seductor y el mas descaradamente sincero que yo he conocido: vd. no me pidió mas que alegría, buen humor y discrecion; vd. no exigió nada de mi corazón y nada puedo exigir del de vd.

“Vd. ha cumplido perfectamente su programa; es imposible ser mas gracioso, mas seductor que lo es vd. en una conferencia por muy prolongada que sea; pero no, tengo

que echarle á vd. en cara ni una sola palabra de pasión, ni un pensamiento platónico. En fin, tengo tanta seguridad en usted que no puedo atribuir á una indiscreción suya las sospechas que pueda haber sobre nuestras relaciones.

— Ya lo vé vd., Anatalio, con una disposición de ánimo semejante, nada hay menos temible que la última entrevista que exijo. Repito que no es una querida mas ó menos celosa la que le escribe á vd. y de la que debería huir hasta los antípodas, sino una amiga que desea hablar con vd. de un asunto, cuya gravedad comprende, y que llenado este objeto los dos amigos se apretarán la mano y se desearán mutuamente un cambio feliz en amores y en placeres.

“P. D. Esta carta estaba cerrada y la abro; no creas, no, una sola palabra de estas detestables máximas, hijas solas de tu acalorada imaginación que desapruébo. No creas de ninguna manera en esa indiferencia afectada. Yo mentía, mentía por orgullo, sufría y te lo ocultaba. Anatalio, te lo juro, mi corazón vertía sangre con cada palabra de ironía. Anatalio, te amo, te ado-

ro con todas las fuerzas de mi alma, y si no te he mostrado nunca la sinceridad y profundidad de mi amor, ha sido por tus sarcasmos á las pasiones del corazón que hacian emudecer la verdad en mis labios. Te amo como una loca, y si no te veo esta noche, mañana salgo á buscarte. Ya me conoces, y espero que me creerás. Adios, vida mia.

Diana."

XXXIX.

Clementa á Anatalio.

"Otra buena nueva hoy, Anatalio mio; otro consuelo á tu ausencia, que soporto con mas ánimo de lo que esperaba; pero tengo tan presente tu recuerdo, que moralmente no nos hallamos separados. Si no temiese darte motivo para censurar mi debilidad, añadiría que la buena noticia que tengo que comunicarte me causó por un momento una viva inquietud, pues he sabido tambien que habias corrido un grave riesgo: pero, á Dios

gracias, ese peligro ha pasado hace ya tiempo, y por eso apenas me atrevo á confesarte mi temor retrospectivo.

“A la verdad, Anatolio mio, nuestro amor nos trae la felicidad. ¡Cuán dulce es en efecto reconocer que amigos de quienes una ha desconfiado no se han hebo nunca indignos de nuestro cariño! ¡Con qué placer se les hace entonces la confesion de las prevenciones que hacian se les mirase con frialdad!

“Para llegar á la buena noticia de que hablo, necesito retroceder á la semana pasada, semana muy triste, pues fué la de tu partida.

“Ya recordarás, amigo mio, que hace ocho dias me suplicaste te acompañase una noche en la modesta habitacion del Boulevard Bonne-Nouvelle, que alquilaste; segun me habias dicho, desde que por efecto de ciertos arreglos dejaste de vivir en casa de Mr. Morsenne, en la cual solo permanecias desde por la mañana hasta la noche, despues de terminados los trabajos que te retenian al lado del principe, tu protector, cuyo nombre bendigo todos los dias.

“Antes de abandonar esa habitacion, de-

seaste que yo conociera al menos aquella morada que por tanto tiempo habias ocupado solo con tu amor, segun me decias. Comprendi ese capricho del corazon, Anatalio mio, y yo hubiera querido tambien darte á conocer todos los lugares en que he vivido tan dichosa con mi tierna y pobre madre. No parece sino que el conocimiento de los sitios habitados por los objetos de nuestro cariño, nos inicia mas y mas en su existencia pasada, de la que quisiéramos apoderarnos tambien, como si lo presente y lo futuro no nos bastara.

“Te acompañé, pues, aquella noche á esa morada, como te hubiera acompañado á todas partes. ¿No soy yo libre? ¿No soy tuya? ¿No soy tu esposa, si, tu esposa ante Dios, ante los sagrados deseos de mi madre, que te dijo en sus últimos momentos: “Juradme que sereis esposo de Clementa, y moriré tranquila acerca de su suerte?”

“¡Oh! Razon tenias, amigo mio: nuestro matrimonio, nuestro verdadero matrimonio data desde el momento en que la mano, ya fria de mi madre, unió tu mano á la mia diciéndonos con voz moribunda: “casa s; yo os bendigo hijos míos.”

“Tenias razon, Anatalio mio; para nuestra union, contraida de una manera tan piadosa, la consagracion humana es solo una formalidad indispensable á los ojos del mundo, y que á los ojos del mismo debe suspenderse hasta que se termine el luto aparente, porque para mi nunca cesará ese luto melancólico del alma, ese recuerdo imperecedero de una madre adorada.

“Ya te lo he dicho muchas veces, Anatalio mio; mis recuerdos no son tan dolorosos desde que cerré religiosamente los párpados de aquella madre querida que te amaba como á un hijo. Desde entonces no me habrás visto entregarme á aquellos arrebatos de desesperacion que me matarian si se prolongasen. Ya lo sabes, mi dolor ha sido tranquilo y reflexivo como el de todo sentimiento verdadero. Pensar en mi madre y llorarla es una de las condiciones de mi existencia, como el amarte.

“Pero me he distraido de la buena noticia que tengo que darte, amigo mio, y espero que me perdonarás esta digresion.

“Le he recordado aquella visita de hace ocho dias á la habitacion que tenias que dejar, visita tantas veces inter-

rumpida por no sé qué importuno á quien tenias precision de recibir. Pero no debo darle semejante título, porque el sitio que tú habitabas estaba para mí lleno de tantos recuerdos que me sorprendia el ver que te disculpabas de una ausencia tan larga.

“Creo haberte dicho que en aquella noche estuvo en mi casa el doctor Bonaquet y que manifestando gran pena de no encontrarme, me habia escrito cuatro letras suplicándome que le esperase al dia siguiente muy temprano. Tal era mi prevención contra este hombre que ni tan siquiera contesté á su carta. Por otra parte te acordarás que aquella semana y la siguiente las pasamos casi siempre juntos. ¡Ay! esto era un presentimiento de nuestra inmediata separacion, porque muy pronto me diste la noticia de que gracias al favor del principe de Morsenne, tu digno protector, estabas nombrado primer secretario de la embajada y que tenias que partir aquella misma noche.

“No habia vuelto á oír hablar ni de Mad. ni de Mr. de Bonaquet, cuya constancia habia cedido sin duda á mi obstinacion de no recibirle, cuando al salir ayer para el jar-

din de plantas á dar el mismo paseo que daba con mi madre, me encontré con el doctor; quise hacer que no le habia visto; pero él se dirigió hacia mí sonriéndose y me dijo:

—“No tema Vd. nada; no soy por esta vez pájaro de mal agüero: he vuelto ayer de mi viage y traigo buenas noticias para Anatalio. Iba á su casa de Vd. y en la seguridad de no ser recibido llevo escrita esta carta. Si Vd. prefiere leerla á oirme, aquí está, y de-
jó de importunar á Vd.

A las palabras *traigo buenas noticias para Anatalio*, lo confieso, mi seriedad con el doctor cayó por tierra y senti renacer la buena amistad que le tenia. Renuncié á mi paseo y el doctor me acompañó á casa. He aquí la conversacion que medió entre nosotros:

—“Esta mañana, dijo el doctor Bonquet me he enterado de un suceso que honra á Anatalio y que me dá una viva esperanza de que su porvenir de vd. será tan feliz como merece serlo.

—“Esplíquese vd., señor doctor.

—“Si vd. no hubiese visto á Anatalio en completo estado de salud antes de marcharse, me veria un poco embarazado para revelar

à vd. el peligro que ha corrido y que sin duda ignora.

—“¿Qué peligro?”

—“Se ha batido por mí? esclamè yo:

“Porque, te lo confieso, el temor de un peligro pasado me alarmaba aun.

—“¿Y con quíen se ha batido Anatolio?”

—“Con Mr. de Saint-Gerant á quien hi-rió gravemente, pero que gracias á Dios, está fuera de peligro.

—“¿Y qué motivo hubo para ese desafío?”

—“La diré á vd. lo que sé y cómo lo sé. Al volver de mi viage, mi muger que tiene algunas relaciones de parentesco con Mr. de Saint-Gerant, recibió un billete suyo en que le indicaba deseos de verme. Por no vivir entre la clase de gentes á quienes trata Mr. de Saint-Gerant, ni mi muger ni yo habíamos oido hablar de semejante desafío que sin embargo habia tenido alguna publicidad. Por esto no pude menos de sorprenderme, cuando hallé á Saint-Gerant convalesciente de una herida.

—“Conozco, me dijo, el cariño de vd. hácia madama Duval. Nadie mejor que Vd.

sabe el respetuoso interés que yo la profesaba, y las esperanzas por desgracia desvanecidas para siempre que habia concebido. Por una multitud de circunstancias que creo inútil referir á vd. se hizo inevitable un duelo entre Ducormier y yo. Por deferencia á Mlle. Duval convinimos en que fuese secreta la causa de nuestro desafío que no era otra que *nuestras pretenciones rivales á la mano de Mlle. Duval*. He creido por tanto conveniente, pero solo con vd., romper el silencio que Mr. Ducormier y yo nos habiamos prometido declarándole que cuando mi adversario me vió caer berido á sus pies, se echó de rodillas junto á mí y me dijo llorando por esta sangre que lloraré toda mi vida haber derramado, juro á vd. que consagraré mi existencia entera á hacer la felicidad de Mlle. Duval; Vd. es digno de comprenderme, y lo era en efecto, porque estas palabras pronunciadas por un insultante y odioso sarcasmo; pero el acento de emocion y las lágrimas de Ducormier dieron tal carácter de sinceridad á sus palabras, que las he mirado y las miro en mi conciencia como un juramento sagrado de dedicar su vida entera á la felicidad de Mlle. Duval; y si he querido hacer á vd. esta confian-

za, ha sido, añadió Mr. de Saint-Gerant, porque á pesar de las faltas graves de Mr. Ducormier he sabido de él al cruzar nuestras armas que vd. le habia prometido la mano Mlle. Duval, pero que habia vd. sacrificado sus pretenciones á las mias por el interés que tiene vd. por la felicidad de Mlle. Duval. Las palabras de un rival que pierde toda esperanza no deben ser á vd. sospechosas y si destruir cualquiera prevencion que tuviese vd. contra Ducormier.“

“No podré explicar á vd., continuó Mr. Bonaquet, el acento de conviccion y de caballerosa lealtad con que Mr. de Saint-Gerant pronunció estas palabras, para mí han sido tan decisivas, que me han convencido de la realidad del amor que ha inspirado Vd. á Anatalio, y necesitaba una seguridad semejante, porque habiendo sabido la marcha de Anatalio y sobre todo...

“El doctor no acabó la frase, y dió un suspiro que me llenó de temor.

“El alma del hombre es un enigma inexplicable, pero hablemos solo de vd.: la certeza de su felicidad es la única que puede hacerme olvidar por un instante otras desgracias aunque bien crueles.

—“¿Qué quiere vd. decir? pregunté á Mr. Bonaquet, al observar la espresion de doloroso abatimiento que manifestaba su semblante.

“No me contestó nada, y continuando como bajo el peso de un recuerdo penoso, me dijo:

—“Hablemos de Vd. No dudo ni quiero dudar del inalterable cariño que la tiene á Vd. Anatalio; ¿pero cómo va Vd. á pasar esta larga ausencia? He sabido que estaba de secretario en la embajada de Nápoles.

—“Esta separacion no debe ser muy larga, le contesté; Anatalio volverá á mas tardar dentro de un mes para ir definitivamente á establecerse en Nápoles conmigo, donde se verificará nuestro matrimonio dentro de tres meses. Anatalio ha hablado ya al ministro de Negocios estrangeros sobre su venida.

—“Si es así, tanto mejor, Ignoraba que Anatalio debiese volver á Paris tan pronto, pero si se lo ha prometido á Vd., veremos, dijo Mr. Bonaquet con intencion. Ahora dígame Vd. la causa de estar Vd. seria con mi muger y conmigo. ¿Por qué nos ha

ocultado Vd. su proyecto de matrimonio con Anatolio? ¿por qué no ha venido él mismo á decirnoslo? ¿No sabe que si soy un amigo severo, lo soy tambien muy leal?

—“Señor Bonaquet, le contesté nada diré á Vd. de lo cruel que era para Anatolio ver que apoyaba Vd. en perjuicio suyo las pretensiones de Mr. de Saint Gerant: Tampoco diré á Vd. nada de lo molesto que era para mí el empeño con que tomaba Vd. á su cargo el proteger semejantes pretensiones: esto era supouerme capaz de ceder al atractivo de un título y de una gran fortuna. Pero lo que ha dado el golpe mas doloroso á Anatolio ha sido el saber que sin tener Vd. en cuenta su antigua amistad y fingiendo calumnias trato Vd. de ponerlo en mal con su único protector el principe de Morsenne, cosa que supo por persona de todo crédito, y así puede Vd. juzgar si le seria sensible profesando á Vd. una tierna amistad. En cuanto á mí no podia menos de resentirme sabiendo el cariño que le tenia á vd. Desde entonces, lejos de pensar en confiar á vd. mis proyectos y los de Anatolio, era deber usar de una reserva glacial y cortar por fin nuestras relaciones

que fueron en otro tiempo tan íntimas.

“Después de haberme escuchado sin interrumpirme Mr. Bonaquet se afectó tanto, que te hubiera convencido como á mí.

— ‘Se me ha calumniado de una manera infame: jamás he tratado de perjudicar ni directa ni indirectamente á Anatalio. Presénteme vd. el calumniador, y verá vd. como le confundo. Es cierto que habia pensado presentar á Anatalio á su pobre madre de vd. siempre que no ofreciese renunciar á una existencia y á una carrera que creia peligrosa para su porvenir. Se negó á mi súplica, y esta negativa, unida á otras razones que son inútiles referir, me hicieron temer que Anatalio no reunia todas las circunstancias que yo deseaba para hacerla á vd. feliz. Por esto desde la muerte de su madre de vd., viéndola á vd. huérfana y sin guia, mi muger y yo insistimos en favor de Mr. de Saint-Geant que es un buen sugeto y lo que he referido á vd. de él se lo acredita. Muchas veces fui á su casa de vd. para prevenir á vd. contra Anatalio, pero ¿qué he de decir á vd. cuando todos mis temores acaban de ser felizmente destruidos? Un

empleo subalterno que yo creia, rodeado de peligros y disgustos para Anatalio, le ha abierto por el contrario una carrera honrosa. De un golpe, y por una proteccion inesplicable, ha subido á un puesto á que no llega la mayor parte al cabo de muchos años. Todo esto me hacia recelar que no era el hombre que la convenia á vd.; pero lo que me dijo Mr. de Saint-Gerant y lo que vd. me ha dicho me prueban que Anatalio es digno de vd.

«Yo cedo á la razon y reconozco mi error y digo que debe vd. considerarse doblemente feliz, añadió Bonaquet con voz profundamente conmovida, porque vd. es la única muger que podia inspirar á Anatalio una passion tan profunda y tan verdadera. Dé vd. gracias á Dios, porque la felicidad de vd. es mayor de lo que vd. piensa, vd. ha ejercido en Anatalio la mas pasmosa y saludable influencia, porque se lo repito, el corazon humano es un abismo que solo Dios puede penetrar.

«Te pregunto, querido mio, si deberia tener la menor duda acerca de su sinceridad. Rechazaba él con una noble indignacion la calumnia que se te atribuia y caia de su error

respecto á ti. Así no he titubeado un momento en creerle, ¡es tal dulce creer lo que nos hacen bien! y nos despedimos tan amistosamente como antes. Pero conozco, amigo mio, que esta carta es ya muy larga y el correo va á marchar. He recibido las tuyas fechadas en Orleans, en Lion, en Marsella y en Iza. Gracias, Anatalio mio.

«En cuanto á mi padre, concluyo esta carta como las demás, nada de nuevo; pero esta incertidumbre es preferible á perder toda esperanza. Adios, querido mio.

‘Tu feliz esposa,
“*Clementa Ducormier.*”

XXXX.

Habian pasado cerca de quince meses desde que la duquesa de Beaupertuis y Clementa Duval habian escrito á Ducormier las dos cartas que acabamos de citar.

Las escenas que vamos á referir tenían lugar hácia los primeros dias de setiembre en las aguas de Bade, en la sala de fumar del hotel de los Principes, sitio donde habitualmente se reunian los fumadores. Una sola

persona se hallaba en él leyendo los periódicos y fumando su cigarro; era un hombre como de unos treinta años de edad, de figura agradable y maneras distinguidas; llevaba un elegante traje de caza; su cuchillo de monte, su látigo y su capote de terciopelo negro; estaban en una mesa que había á su lado.

La llegada de un segundo personaje le distrajo de su lectura. Al verle, nuestro fumador se levantó, corrió hácia el recién llegado y exclamó:

—Juvisi! ¡Qué feliz encuentro! ¿Tú en Bade?

—Y muy contento, mi querido Mesenval, puesto que te encuentro en él. ¿Hace mucho tiempo que estás aquí?

—Hace un mes; he pasado el invierno en Nápoles, la primavera en Venecia, el verano en Florencia, y vengo á pasar los primeros dias del otoño en Bade atraído por sus cacerías que son verdaderamente reales. ¿Quieres asistir á la de hoy? Tengo un caballo á tu disposición.

—Gracias, mi querido Juvisi. A la primera ocasion aprovecharé tu ofrecimiento... Y fuera de la caza se divierte uno aquí.

—La jornada está muy animada: hay mujeres hermosas, se juega mucho, y el cocinero es excelente, y esto le hace á uno pasar el tiempo.

—Perfectamente. ¿Y de intrigas amorosas? Supongo que las habrá.

—Medianamente; gracias á un diablillo de condesa polaca que trae trastornadas todas las cabezas. Todos se ocupan de ella á pesar de que hay otras mucho mas hermosas.

—¿Será seductora esa condesa?

—Encantadora, y de un talento endiablado. Ha sido querida del baron de Herder, confidente íntimo del principe de Metternich. Se dice tambien que se halla mezclada en toda clase de intrigas diplomáticas.

—¿Y su marido?

—Querido mio, ciertas condesas polacas tienen siempre maridos que viajan. Es . . su carácter.

—Supongo que habrá un dichoso entre tantos que suspiran.

—Así se cree. Pero aun cuando uno haya conseguido, no es razon para que los demás...

—Está en el orden. Y ese dichoso preferi-

do ¿quién es?

—El ministro de Francia en Bade, conservador ardiente, enemigo declarado de los revolucionarios, gran partidario del trono, del altar y de todas las legitimidades.

—Muy bien... es un excelente doctrinario, es decir, un hombre bilioso, de color verde, de genio áspero y porte altanero... Esas gente son muy útiles en política, pero como dice Lagingeo'e son "poco agradables en sociedad.

—No tienes razón en todo, nuestro ministro es un joven encantador, hombre de la mayor sociedad y de bastante talento para no hacer el ridículo, aun cuando ha tenido la extravagancia de casarse con una vieja. Digo vieja con referencia a él que tendrá unos veinte y seis ó veinte y siete años, y su muger unos cuarenta, aunque está bien conservada, cosa rara en las italianas que como sabes, concluyen pronto.

—¿Y cómo un hombre de su edad se ha casado con esa matrona?

—Pídele! querido mio, porque lo que desea un hombre de tu edad sobre todo es dar-

se buena vida y tener un buen tren. Asi, gracias á los cincuenta mil escudos de renta de Mad. Urbino, viuda de un rico banquero de Nápoles, nuestro diplomático tiene una excelente casa en Bade y ha traído los carruajes mas preciosos. En una palabra, es un gran señor, sin contar con que la fortuna de su muger le ha servido para ascender en su carrera, pues de primer secretario de embajada en Nápoles, que era cuando se casó con la viuda, hace seis meses que fué nombrado encargado de negocios en esta y un mes ministro.

—En un buen avance.

—Soberbio en efecto, y que estoy seguro que lo ha debido menos al favor é influencia de su muger que á su raro talento, porque es, bajo mi palabra, uno de los hombres mas agradables y mas seductores que jamás he visto. El gran duque le recibe como no ha sido recibido ningun ministro. El principe real que se halla aqui tomando las aguas, trata con la mayor intimidad á nuestro diplomático; salen juntos á caballo todos los dias; el principe le visita con frecuencia, ¿que te podré decir? es un verdadero furor.

—¿Y cuál es el nombre de ese portento?

—El conde Anatalio Ducormie.

—¿De donde diables ha sacado ese conde....?

—¡Tomal es un conde como otro cualquiera, fabricante últimamente en el ministerio de negocios estrangeros. Yo no te le vendo por otra cosa.

—Aguarda; me parece que recuerdo ese nombre de Ducormier. ¿No era ese secretario del príncipe de Morsenne?

—Sí, su primer protector, de quien habla siempre con tanta veneracion como reconocimiento.

—¿Y no es el mismo que hará unos quince meses que tuvo un desafío con aquel Saint-Gerant á quien hirió gravemente?

—No he tenido noticia de ese desafío; pero, á propósito de Saint-Gerant, ¿le has visto tú hace tiempo?

—Pues cómo, ¿no sabes?...

—¿El qué?

—Que hace un año que se hizo cura.

—¿Y por qué diablo se hizo cura?

—No se sabe; se supone que por un amor desgraciado.

—Pues valia la pena de esperar los gran-

des bienes que le corresponden heredar después de la muerte de Mad. de Blainville, de Mad. Bonaquet, quiero decir:

—Dí: ¿te acuerdas de aquella famosa escena que pasó en casa de Morsenne, donde fué tan mal recibido y en que es preciso confesar que se manifestó lleno de presencia de ánimo y de dignidad.

—Me acuerdo perfectamente de aquella reunión. Y ahora que hablamos de casa de Morsenne, tú que vienes de París me dirás sin duda...

—No; salí de París hace seis meses para ver á mi tía de Loura y vengo de allí.

—Vamos; ¿y qué se decía á tu salida de París de la duquesa de Beaupertuis? Cuando yo salí de Francia, aquella encantadora mujer era la desesperación de todo el que la miraba con interés. Yo era uno de ese número y por eso me fuí á distraerme á Nápoles.

—Desde que tú andas viajando han sucedido muchas cosas en casa de Morsenne.

—Pues, cómo?

—En primer lugar, el príncipe de Morsenne estuvo muy cerca de morir de una grave enfermedad, y cuando se restableció, pidió la embajada de España, donde creo que

se halla ahora.

—¿Y la duquesa?

—La duquesa... la duquesa...

—Vamos, qué?

—Tu has sido amante de la duquesa, y quizá lo eres aun y no debería decirtelo.

—Qué⁹ qué tiene un amante?

—Si no fuera mas que eso-

—Que tiene muchos?

—Tal vez.

—Vamos, Juvisi, habla con formalidad.

—Casi en la misma época en que su padre el príncipe estuvo tan gravemente enfermo, Mad. de Beaupertuis lo estuvo también; pero salió de aquella crisis mas encantadora que nunca, y entonces... ah! pobre Mensval.

—Vamos. acaba.

—¿Conoces tú á Marincourt?

—Vaya, si le conozco, como que me dehe cien luises del juego, que no espero cobrar nunca... Pero con aquel aire de palafrenero inglés, y con sus maneras de gente baja...

—Escacha. Ya sabes, pues me lo estas diciendo, que Moraincourt jamás frecuentaba las sociedades elegantes, y que por el contrario preferia los bailes de las barreras

y de trueno.

—Sí, pero ¿qué tiene que ver eso con Mad. de Beaupertuis?

—Ahora lo verás. Al principio del otoño pasado Moraincourt se hallaba en Belleville en no sé qué baile á que concurrían las grisetas, las modistas de bajo coturno. Moraincourt estaba apoyado en un árbol viendo bailar y le llamó la atención cierta muchacha á quien no podía ver de frente que tenía un talle como un junco y que bailaba de una manera que ofendía el pudor de los municipales. Moraincour, tras pasado esperó el momento favorable para ver aquella voluptuosa «corribante» y ¿á quien dirás que encontró en ella? A la duquesa de Beaupertuis vestida de griseta y bailando como una de tantas.

—¿Estás loco?

—No, que es verdad, como que el mismo Moraincourt me lo contó al día siguiente.

—Entonces, estaria borracho, como acostumbra.

—No te digo que no; pero tiene tal costumbre de estarlo, que vé con la mayor claridad.

—Te repito que es imposible. ¡Mad. de Beaupertuis, tan orgullosa, irse á disfrazar

de griseta y á confundirse con ellas! No hay duda, Moraincourt estaba borracho, ó la equivocó con otra que se le pareciese mucho.

—Eso es lo que se dice por lo menos. Además Moraincourt, saliendo de su estúpido, quiso seguir á madama de Beaupertuis.

—¿A la que él tomaba por madama de Beaupertuis?

—En buen hora; celoso; pero lo cierto es que al concluirse la contradanza vió á la duquesa, ó á su retrato, eclipsarse en los bosques con su pareja que era un muchacho muy guapo.

Juvisy continuó de esta manera.

—Moraincourt les siguió, pero se le ocultaron con el ramaje, y no pudo volverlos á ver. El jueves siguiente Moraincourt se presentó el primero en el sitio del baile de las grisetas. ¡Vana esperanza! ni aquel día ni los siguientes volvió á ver á la duquesa ó á la que habia tomado por Mad. de Beaupertuis; como tú quieras.

—¡Párdiez! ya lo creo; los borrachos no tienen dos veces una misma vision.

—Vision... vision...

—Cómo, ¿tú tambien?

—Yo no puedo afirmar lo que no he vis-

to; pero desde hace algun tiempo, Mad. de Beaupertuis lleva una vida tan singular! Nunca se la encuentra en su casa, y apenas se la vé en las sociedades á donde antes iba todas las noches.

—¿Cómo! ¿la duquesa ha renunciado á los bailes y á las fiestas?

—No del todo, pero se la ve muy poco. La última vez que yo la he encontrado, ha sido al fin del invierno en un gran baile en la embajada de Inglaterra. Nunca, créeme, me pareció Mad. de Beaupertuis tan elegante y tan hermosa. Estaba llena de diamantes y de pedreria, bailé con ella y me quedé absorto de lo sardónico y burlesco de su lenguaje para con las gentes del gran mundo, entre las que siempre ha figurado como soberana idolatrada.

—Eso no me llama la atencion, porque la encontré siempre desdeñosa, quizá en demasia.

—Tambien hay otra cosa muy particular. Tu sabes que el duque de Beaupertuis no ha acompañado en su vida á su muger á los bailes, por estar siempre ocupado, como buen naturalista, en el estudio de los escarabajos.

—Ya lo sé.

—Pues desde que comenzó el invierno, cuando la duquesa ha ido rara vez á algun baile, ha ido siempre con ella y por decirlo asi no la ha perdido de vista.

—¿Se habrá becho celoso?

—Yo creo que si, á pesar de que no tenia motivos por lo que veia, porque aunque rodeada siempre la duquesa de infinidad de adoradores, á ninguno daba preferencia, y por el contrario parecia con ellos mas altiva y mas sardónica. A pesar de todo he observado en la fisonomia de Beaupertuis, que siempre estaba observando á su muger con tal emociion, que me llamó la atencion.

—Como haciéndose el interesante con su ridicula figura?... Tú te burlas.

—Te repito que entre otras mil veces, en ese último baile de que te estaba hablando, observé atentamente al pobre duque; estaba arrimado á una puerta, mientras que su muger de pié en medio del salon hablabá con una porcion de elegantes que la rodeaban en el descanso de una contradanza. Pues bien, la heterogénea fisonomia de Beaupertuis que hasta entonces, te lo confieso, nunca habia mirado sin gana de reir,

me pareció tan triste que á pesar mio me dió pena... Esto te parecerá ridículo, porque los celos no tienen nada de tiernos y menos en un cuerpo tan grosero como el de Beupertuis, ¿pero qué quieres? aquella idea pudo mas que yo.

—¿Qué noticias tan particulares me das! Pero no puedo resolverme á creer que aquella hermosa y encantadora duquesa reserve para las gentes del gran mundo que se hallan al par suyo y prodigue sus favores entre las grisetas. Te digo otra vez, Juvisy, que eso es un cuento ó una alucinacion del borracho de Moraincourt.

—Casi estoy tentado á creer lo mismo, aunque por otra parte, ese capricho de las grandes señoras de ir á correr aventuras no está sin ejemplares.

—Nada de eso; recuerda lo que hemos oido contar á nuestros abuelos de las aventuras de la princesa de Egomo que pasaba por una griseta á los ojos de un hermoso guarda francés y de un mancebo de tienda que eran sus amantes. Y Dupre, famoso bailarín del siglo pasado, y Mole y Baron, cómicos del mismo tiempo, ¿no te disfrutaron muchas veces los favores de gran-

des señoras?

—Convengo en ello; pero aquellas grandes señoras no vivian en estos tiempos y no habian, como madama de Beaupertuis, conservado intacta su reputacion hasta los veinte y dos ó veinte y tres años para ir á caer despues á rienda suelta en tan escandalosa depravacion.

—¡Pobre Mensebal! tú eres como otros tantos adoradores de la duquesa y sin duda cedés á una especie de celos retrospectivos que desearian tu juicio.

—Pero sea de estos rumores lo que se quiera, que yo insisto en creerlos falsos, ¿cómo se recibe á madama de Beaupertuis en las sociedades desde que circulan esos rumores?

— ¡Ah! perfectamente, como siempre.

—Pues claro está: no se la recibiria así si tuviese la abominable conducta que tu dices,

—Ya te he dicho que generalmente se cree que Moraincourt estaba borracho, ó que la equivocó con otra; además, ya sabes que Mad. de BeauPertuis por su nacimiento sus relaciones, su posicion, y sobre todo por su talento es una muger de lo que no se

puede prescindir.

La conversacion de los dos amigos fué interrumpida por el ruido de las cornetas de case.

—La partida de caza se dispone á marchar, querido Juvisy, dijo Mr. de Mosenal, levantándose y poniéndose su cinto, ¿No quieres venir? hace un tiempo hermoso y la comida se tendrá en el pabellon del monte donde habrá muchísima gente. Esto será malo para la regularidad de la caza, pero el golpe de vista [será mucho méjor.] Mira juzga solo por la comitiva.

Y Mr. de Mesenal condujo á su amigo cerca de una ventana que daba al patio del hotel.

Los monteros despues de haber dado la señal de marcha, tomaron el camino del monte seguidos de las traillas conducidas por los ojeadores. El patio estaba lleno de coches que fueron ocupados por jóvenes elegantes con traje de mañana y de palafreneros que tenian los caballos de la brida, mientras que los caballeros seguian la marcha de los monteros.

A los pocos momentos entró en el patio una magnífica carretela tirada por cua-

tro caballos enjaezados con suma elegancia. Dos lacayos ocupaban la delantera; en el testero de aquel carruage que el mismo dueño conducía con una gracia y una perfección digna del presidente de los cocheros, iba una señora vestida con primor y con un velo que ocultaba sus facciones.

—Hé aquí, querido mío, el tiro de caballos más hermoso que he visto en mi vida dijo Mr. de Juvisy á su amigo es imposible imaginarse cuatro caballos más bellos y mejor apelados. ¡Qué sangre! qué movimientos! Estoy seguro que no encuentro otro semejante en Lóndres. en casa de Tatersallivi por dos mil lises. Todo ello es de un gusto exquisito ¿Sabes á quien pertenece ese carruage?

—Al conde Ducormier, nuestro ministro, que como ves le conduce él mismo hábilmente, y que sin duda va á seguir en él la cacería.

—¿Mr. Ducormier, ese jóven alto, moreno, que lleva una rosa en la botonadura? En efecto, ahora recuerdo sus facciones; le he visto en el palacio de Morsenne. Per Cristo que tiene aire de todo un gra-

ve señor. ¿Sabes; Mesenval, que ese mozo ha hecho una gran jógada? Hace quince meses que era secretario de Mr. de Morsenne, y hoy es ministro de Francia en Bades, tiene una renta de cincuenta mil francos y condé por añadidura. Solo que el negocio tiene tambien su cara mala, pues véle ahí obligado á pasear en un elegante carruage á su muger algomadura ya para desafiarse al sol, porque sin duda es ella la que véo en él haciéndose la tímida violenta bajo su velo de Inglaterra.

—Ella es en efecto; pero en compensacion apostaria á que Mr. Ducormier paseará al mismo tiempo á la condesita polaca por la que todos están locos y por quien él es distinguido.

—¿Cómo así? ¿pues y su muger?

—La condesa de Ducormier toma la cosa segun se dice como muger de talento y buen gusto; hace dignamente los honores de su casa y creo está contenta con ser muger del ministro. Pero mira, ¿no te decia? ahí tienes el coche parado delante del pabellon que habita la condesa Mimeska, y que tampoco se hace aguardar.

—¡Qué encantora muger! ¡qué figura tan

preciosa! ¡qué vestir tan elegante? repuso Mr. de Juvisy viendo subir la condesa al coche y sentarse al lado de Mad. Ducormier que la acogia al parecer con agrado, mientras que Anatalio colocado en su asiento dirigia algunas palabras á las dos mujeres.

— ¡Pobre Mad. Ducormier! añadió sonriendo se ha casado con un jóven cuando tenia cuarenta años! Proporciona á su marido carruajes para que conduzca en ella á muchachas hermosas, cuya juventud y frescura hace ella misma resaltar.

—Hasta la vista, Juvisy, repuso Mr. de Mesenval tomando su látigo y su capote. Pero ahora que recuerdo, esta noche recibe Mr. Ducormier y tú por tu posicion puedes conceptuarte como invitado para su casa. ¿Quiéres que te presente? Allí verás quizá á esa bella condesa Mimeska; y podrás si el corazon te lo dicta contarte el número de sus víctimas.

—Acepto de buena gana, querido. Hasta la noche en que me darás noticias de la caza; y si pones cuidado, me dirás tambien lo que acontezca en el paseo de monsieur Ducormier en compañía de su respetable mitad y de esa

encantadora condesa.

—Te diré todo lo que vea y lo que no vea, querido: hasta la noche.

Y Mr. de Mesenval dejó á su amigo para unirse á los cazadores.

XXXI.

Al concluirse la cacería de que hemos hablado, Anatalio Ducormier conduciéndo la carretela en que entonces se hallaba sola su muger, entraba en el palaeio del ministro de Francia en Bade, elegante y espléndida residencia. Multitud de palafreneros se agarraron á las bridas de los caballos y condugeron á la cochera el carruage, despues de haberse apeado de él. Mad. Ducormier, apoyada en el brazo de su marido. Muchos lacayos de grandes libreas en cuyos botonesse verian las *armas* de Mr. Ducormier y una *corona* de conde: formaron en ala para dar paso á su amo; algunos ayudas de cámara vestidos de negro y reunidos en la antesala se levantaron tambien respetuosamente al acercarse Anatalio. Este parándose entonces dijo á uno de sus criados:

—¿Dónde está Roberto?

Roberto era el mayordomo del ministro de Francia.

—Señor conde, Roberto está en el comedor.

—Que venga.

Al poco rato vino Roberto á quien dijo Anatolio:

—Recomiende vd. á Ricardo (Ricardo era el jefe de las cocinas del ministro de Francia) que cuide escrupulosamente de la comida la que deberá estar para las siete en punto; es la hora en que ordinariamente se sienta á la mesa *monseñor el príncipe real de P...*

El mayordomo se inclinó.

—No olvide Vd. sobre todo, repuso Ducormier, colocar un azucarero al lado de la alcarrafa de agua de nieve de S. A. R. que no bebe mas que agua azucarada.

—No habia olvidado las órdenes del señor conde, respondió el mayordomo; acabo de ponerlo yo mismo.

Dadas estas órdenes, Anatolio entró con su mujer en el salon mas próximo, y así que Mad. Ducormier se vió sola con su marido, le dijo:

—Son las cinco y media: vete á vestir para la comida y despacha pronto, y volverás á buscarme al salon; tengo que hablar contigo larga y sériamente antes de la llegada del príncipe.

Mad. Ducormier pronunció estas palabras con un tono tan imperioso y tan seco, que Anatalio se quedó parado.

Hasta entonces nunca le habia hablado su muger de aquel modo; iba á manifestarla su admiracion, pero madama Ducormier no le dió tiempo para ello y desapareció.

Cerca de una hora despues de este incidente, la condesa de Ducormier, vestida de una manera elegante á la vez que sentida y sobre todo de un modo adecnado á su edad esperaba á su marido, en su cuarto. Era una muger pálida y morena, de cuarenta años de edad, de talle delgado y de manera distinguidas; sus facciones conservaban las huellas de una antigua belleza; sus cabellos de un negro jazpe ocultabas á medias sus frente saliente. Su fisonomía espresaba entonces inquietud y sumargura, y anunciaba por sus movimientos la impaciencia y la irritacion

Bien pronto Ducormier entró en el sa-

lon. Acababa de vestirse con gusto y elegancia y llevaba una cadena de oro de que pendían las insignias de muchas órdenes. Además llevaba al cuello una cinta azul con listas blancas de la que colgaba una cruz de oro de cinco brazos, adornada con una corona.

Anatalio avanzó hacia su muger con semblante risueño y tomándola la mano para besársela la dijo:

—Héme aquí á tus órdenes, mi querida Josefa.

Pero Mad. Ducormier retirando con viveza su mano de la de Anatalio le mostró una butaca y le dijo con sequedad:

—Siéntate y hablaremos.

—Sea así, querida mia; hablemos, respondió Ducormier tomando asiento con una indiferencia afectada, pero tratando de leer en lo mas profundo del corazón de su muger que, como ya hemos dicho, jamás le habia hablado en aquel tono.

—Ya sabes, ropuso Josefa despues de un rato de silencio, ni tu ni yo nos hemos casado por amo

—Así es verdad, á Dios gracias, querida mia; es una garantia mas para el reposo y

dicha de nuestra vida.

—Así lo he creído hasta ahora. Anatalio... Pero hoy temo haberme engañado.

—Cómo así, querida?

—Cuándo te conocí en Nápoles, estaba próxima á casarme con uno de tus compatriotas, el duque de Villemur.

—¡Matrimonio por orgullo! Tu único objeto era hacerte llamar la señora duquesa.

—Así es la verdad, lo cual notene ocultado. Pero como era tan perpicaz, cinco ú seis días despues te presentaste en mi casa y me digiste lo siguiente: «Señora, la ambicion la devora á vd.; viuda de un rico banquero de Nápoles los deseos de vd. son tener entrada en los salones de la aristocracia y gozar de los honores de la córte.»

Sorprendido Ducormier de la relacion de estos recuerdos y no viendo aun el objeto que llevaba su muger, repuso:

—Permiteme que te ayude, mi querida Josefa, en esa relacion de lo pasado, puesto que parece que tienes en este momento grande interés. Si te he dicho lo que acabas de referir, y te añadí además: «Señora, Vd. quiere casarse con el duque de Villemur por ser duquesa y por verse al fin ad-

“mitida en esa sociedad que tanto desea.
“¿Obra Vd. sabiamente bajo el punto de
“vista de su vanidad? Creo que no, y fie
“aquí la razon, El duque de Villemur es
“completamente estúpido segun vd. misma
“confiesa; además se ha arruinado comple-
“tamente, no tiene pues mas que su
“nombre que ofrecer á Vd. Será Vd.
“duquesa, pero ¿ese titulo dará á vd.
“la mejor consideracion personal? No.
“¿Le procurará á vd. esos goces aristo-
“cráticos por que tanto suspira? Tampo-
“co. Lejos de esto no hallará vd. en ese
“matrimonio mas que humillaciones y de-
“cepcion; *humillaciones*, porque la comple-
“ta nulidad de su marido de vd. la im-
“pedirá siempre hacerse respetar como de-
“beria serlo la muger que lleve su nom-
“bre; *decepcion*, porque el duque de Vi-
“llemur que para nada es apto, malgas-
“tará probablemente su gran fortuna de
“vd. tan simplemente como gastó la suya
“De modo que en lugar de ver. Vd. sa-
“tisfecha su vanidad cerca de él, se encon-
“trará arinada y se verá en ridiculo y des-
“considerada.” Estas fueron mis palabras,
¿no es verdad, querida Josefa?

—Esas fueron en efecto, Anatalio; pero me importa mucho recordarte tambien lo que añadiste. “¿No es verdad, señora, “que lo que Vd. quiere es una posicion “que le asegure la entrada en la corte, en “las embajadas, en el gran mundo, esos “paraísos envidiados por todos los provincia- “nos? ¿quiere Vd. ser admitida en la mas es- “cogida y alta sociedad, no por tolerancia “sino por el derecho que dará á Vd. su ma- “trimonio? En una palabra ¿quiere V: cono- “cer todos los goees de este mundo? Pues “cásese Vd. conmigo, señora; unanos mi “ciencia en obrar con su gran fortuna de “Vd., y una vez casados; presentaré á Vd. “en la corte del Rey de Nápoles, á lo cual me “da derecho mi carácter de secretario de “embajada.

“Antes de seis meses, gracias á esa for- “tuna, á mi inteligencia y al poderoso in- “flujo de mi venerado protector el prin- “cipe de Morsenne, será Vd. condesa an- “tes de un año, será Vd. la muger de un “ministro de Francia en una corte de Ale- “mania ó de Italia; dos ó tres años despues “la esposa de un embajader, y mas tarde, “quizá de un ministro de Negocios estran-

“geros, presidente del consejo.” Tales fueron tus palabras, Anatalio, continuó madama Ducormier. La seguridad atrevida con que la pronunciaste, y la increíble confianza que en tí tenias, debieron parecerme hijas de la insensatez; pero no fué así, y por instinto te creí y rompí el matrimonio que tenia proyectado.

A las seis semanas de habernos visto nos casamos.

—Y bien, mi querida Josefa, ¿hiciste mal en creerme? ¿no eres condesa, muger del ministro de Francia en Bade y tan perfectamente considerada que hoy mismo come en tu casa el príncipe real de P...? ¿Crees francamente que el imbécil duque de Villemur te hubiera proporcionado esta posicion? ¿No soy por otro lado tan cuidadoso de nuestra fortuna que despues de tener la mejor casa de Bade, estamos muy lejos de haber gastado nuestras rentas? A la verdad, querida mia, que ese recuerdo de lo pasado, que no comprendo á qué viene, debería alegrarte, porque prueba que te he cumplido religiosamente todas mis promesas. Así cada vez estoy mas sorprendido de ese recuerdo tan extraño, tan nuevo para mí.

—Lo que no es menos extraño y menos nuevo para mi, Anatalio, es el verme envilecida y ridiculizada despues de haber sido considerada en todas partes.

—¡Tú envilecida y ridiculizada! repuso Ducormier, que me caiga muerto si entiendo una palabra de lo que dices.

Mad. Ducormier se sonrió con amargura y repuso con tono seco y glacial:

—Tienes, Anatalio, una habilidad tan rara, que tus triunfos diplomáticos no me miran. Sé tambien que cualquiera otro, que fuese como tú jóven, amable, de talento y de buena figura y que hubiera tratado de casarse con mis riquezas, hubiera cometido la falta irreparable de tratar de seducirme fingiendo un amor apasionado, sabiendo que las mugeres de mi edad se dejan llevar casi siempre de las falsas apariencias. Tu fuiste demasiado astuto para poner en práctica tal proyecto; tu penetracion es grande y adivinaste que el haberme declarado una vehemente pasion teniendo veinte y seis años y yo cuarenta, no hubiera producido efecto y te hubieras perdido para siempre á mis ojos; así que con un atrevimiento y una firmeza que me dió á conocer tu

gran valor me digiste: “Vd., señora, es orgullosa y rica, yo soy pobre y ambicioso; casémonos y satisfaremos cumplidamente Vd. su orgullo y yo mi ambicion.”

—¿Y no están cumplidamente satisfechos tu orgullo y mi ambicion? Esclamó Ducormier. ¿No acabas de confesar ahora mismo que adiviné perfectamente que eras una mujer de demasiado talento para que te dejases llevar de suspiros amorosos? Por favor, querida mia, ¿donde vas á parar con el recuerdo de lo pasado?

—Te recuerdo lo pasado, Anatalio, porque contrasta cruelmente con el presente. El último recuerdo que voy á citarte, el mas importante de todos, te lo probará.

—Veamos pues, querida.

—Cuando hablábamos de nuestros proyectos de matrimonio, me digiste: “Voy á abordar, señora, la mas delicada de todas las cuestiones con mi franqueza ordinaria; mi juventud debe inspirar á Vd. temores, Vd. debe decirse á si misma: A su edad mi marido tendrá queridas, á lo que seguirá el escándalo, y yo que habia buscado en esta union el satisfacer mi orgullo y mi amor propio, no hallaré en ella mas

“que la humillacion y el ridiculo...”

—Cierto, mi querida Josefa, así te hablé; pero ¿no te añadí que aunque joven habia ya amado con pasion y sido correspondido; que estaba completamente curado de amorios, y que para esos placeres tenia ya cincuenta años, sin tener en el mundo mas que una sola pasion que nos era comun, á saber, una orgullo-sa ambicion? En una palabra, ¿no te juré que jamás te hallarias en la penosa situacion de una muger cuyo marido escandalizase por sus relaciones y compromisos? ¿Me faltado á mi palabra? ¿He cometido la menor inconsecuencia? Y al obrar así, querida mia, te juro por Dios que no he hecho el menor sacrificio.

Mad. Ducormier miró fijamente á Anatalio por algunos instantes, y despues le dijo:

—¿Y la condesa M me-ka?

—¡La condesa! esclamó Ducormier algo sorprendido; ¿tienes celos de la condesa?

—Creis, Anatalio, haberte dado pruebas suficientes de mi buen sentido para no verme espuesta á mi edad á oirme llamar celosa de una muger joven y bonita.

—Permitidme, Josefa, yo...

—Solo estoy celosa de una cosa, Ana.

tallo, de mi dignidad y de mi amor propio, respondió Mad. Ducormier interrumpiendo á su marido. Poco me importa que tengas en secreto tus queridas; pero no sufriré jamás que me hagas representar un papel ridículo. No permitiré sobre todo que te comprometas y que pierdas quizás nuestra posición por defectos deplorables. Eres ministro de Francia cerca de una corte algo rigorista y tienes por consecuencia que guardar mucha reserva. Es, pues, de muy mal gusto y sobre todo muy dañoso para tu porvenir diplomático, el demostrar públicamente tus pretensiones á la hermosura de la condesa Mimeska como lo ha hecho hoy. Si, Ana alio, porque cuando nos hemos apeado del carruage en el pabellon del monte, tu solicitud afectada por la condesa y tus continuos cuchicheos con ella han tocado casi en el escándalo... En una palabra la medida está llena, y me es imposible por mas tiempo guardar silencio.

Ducormier, despues de haber tratado aunque vano de interrumpir á su muger, la dejó hablar, y luego repuso sonriendo y tendiéndola la mano:

—He obrado mal lo confieso, querida

nia.

—Esa confesion no repara nada, Anatolio.

—Permíteme, querida, que te diga, que no he cometido la torpeza que tu supones, sino otra que tu no sospechas.

—Esplicáte, pues

—¿No es cierto, querida Josefa, que en nuestros proyectos de ambicion y en nuestros intentos de captarnos la voluntad del príncipe real, hemos pensado mas de una vez que seria para nosotros un golpe inesperado de fortuna el obtener quizá muy pronto la embajada de B....?

—En efecto, Anatolio, era un buen proyecto; maniobrabas con tu habilidad ordinaria para captarte el afecto del príncipe que manifestaba ya por ti el mas vivo interés; y en circunstancia tan favorable ¿quieres comprometer tu porvenir por tus extravagancias? Te he creído mucho tiempo hombre de un temple poco comun, pero era un error; sabes mejor que nadie fingir, adular y seducir, pero falta esa inflexibilidad de conducta que conduce solo á los grandes resultados de la ambicion.

Ducormier sonrió con aire de duda y re-

puso:

—Te he confesado que he cometido una mala accion para contigo, querida Josefa, y ha sido el ocultarte el verdadero objeto de mi constante solicitud hácia la condesa Mimeska.

—Soy poco crédula, Anatalio.

—Pues cree la verdad y nada mas. ¿Sabes, querida mia, quien era hace mucho tiempo el querido de la condesa Mimeska cuando dejó á Viena hace un mes?

—Me he cuidado muy poco de los amantes de la condesa.

—Pues felizmente, querida mia, yo he sido mas curioso que tú. El amante de la condesa era el baron de Herder, el ángel malo del príncipe de Metternich, su confidente íntimo, su coasejero.

—¿Y eso qué prueba?

—Prueba, querida mia, que la condesa Mimeska puede, sin saberlo, abrirnos la puerta de la embajada de Francia en B...

—Eso probablemente es una chanza.

—Jamás me chanceo yo con la ambicion, Josefa. Hé aquí la historia en dos palabras: El gabinete de B... tiene gran interés en saber la desconocida y verdadera resolucion

del Austria respecto de ciertos asuntos relativos á los ducados de Schlesvigh. El príncipe real me ha hablado mas de una vez de este negocio, manifestando gran temor en que fueran vanas las tentativas diplomáticas de su país para conocer el pensamiento de Metternich respecto á esos ducados. Indudablemente su pensamiento es conocido de su consejero habitual, el baron de Herder. Este debe llegar dentro de pocos dias á Bade para reunirse á la condesa Mimeska por quien está loco, á quien idolatra y á quien confía los secretos mas delicados de Estado. ¿Comprendes ahora?

—Concediendo Anatalio, que todo eso no sea una fábula inventada por ti para dar pretexto á tu solicitud por la condesa, encuentro muy absurdo el comprometer á tan abiertamente en el momento en que va á llegar á Bade su querido. ¿Hay cosa mas mala que escitar los celos y la cólera de las personas cuando tiene una necesidad de todo su imperio sobre ellas para arrancarlas algun secreto importante? Porque si dices verdad, ¿qué papel va á representar la condesa para servirte?

—Querida mia, ese papel puedes fi-

gurártelo; pero como uno conoce los barones, los honra. La condesa conoce perfectamente á su querido Mr. Herder y hé aquí lo que ha sucedido: instruido yo de sus relaciones con Mr. de Herder y de los resultados que podian tener para mis proyectos, traté de acercarme á la condesa rogándote la acogieses en tu casa con distincion particular.

—Lo que tuve la necesidad de hacer, Anatalio.

—En esta ocasion, querida mia, esa necesidad era el colmo de la destreza; vas á juzgar de ello. Hace quince dias que en este mismo salon trataba yo de arrancar á Mad. Mimeska ciertos secretos referentes á Mr. de Herder; hé aquí lo que me respondió: “Querido conde, vd. quiere saber alguna cosa sobre un negocio diplomático que le interesa; si puedo complacer á vd. lo haré; pero favor por favor, hágame vd. la corte abiertamente hasta la llegada del baron de Herder.”

—¿Y me crees tan necia, Anatalio,—esclamó Mad. Ducormier,—que vaya á creer semejante fábula?

—Te creo, querida mia, muger de gran

talento, y para probártelo, continuó: La condesa, á pesar de sus maneras aturdi-
das, es una jóven de gran talento y fi-
na como el coral. Hé aquí el razona-
miento que ella me hizo, en que recono-
cerás su golpe de vista, escusándome al
propio tiempo el tener que repetir cosas
tan embarazosas para mi modestia.

—Veamos, repuso Mad. Ducormier, ce-
diendo, á pesar suyo, al acento de sin-
ceridad de Anatalio, veamos el profundo
razonamiento de esa señora.

—Hélo aquí, querida mia:—“Mr. de
Herder me ama con ceguedad, su pa-
sion crece de dia en dia”, me dijo esa
jóven singular, “¿Sabe vd. por qué, mi
querido conde? Porque he hallado siem-
pre el medio de hacerle creer que he he-
cho por él sacrificios los mas adulado-
res para su vanidad. El baron es uno de
esos hombres que aman á una muger en
proporcion del efecto que ella produce en
los demas. En una palabra, su amor pro-
pio se ensalza y crece á proporcion que
su querida es buscada, admirada y de-
seada por rivales temibles y que quedan
sacrificados: por lo demas, mi querido

conde, no veo aquí una persona mas amable ni mas á propósito que vd., que ofrecer en holocausto á ese querido baron; hágame va. pues, la carta de una manera exagerada; monsieur de Herder tendrá noticia de ello, pues tiene amigos en todas partes, se apresurará á venir, y viendo entonces que dejo á vd. por él, su pasion rayará en el delirio, porque, se ha dicho entre nosotros, en su vida ha conseguido un triunfo semejante, pues los sacrificados como vd. son pocos, querido conde. Mi ascendiente sobre Mr. de Herder redoblará, y nada me será entonces mas fácil que obtener de él la confianza de que vd. tiene necesidad, porque mas de una vez me ha confiado espontáneamente los asuntos políticos mas graves. Vea vd. querido conde, si le acomoda el convenio." Acepté pues el convenio, continuó Ducormier sonriendo. La condesa Mimeska es por otra parte tan leal á su manera, que preguntándola minuciosamente sobre sus conversaciones con el baron, tengo ya algunos datos muy preciosos. Ahora, si la condesa, como no dudo, cumple su palabra cuando llegue Mr. de Her-

der y le arranca con destreza el secreto se lo confio inmediatamente al principe real. Juzga ahora, querida mia, qué posicion tan escelente nos da esto cerca de S. A. R. Mucho podemos esperar en la palabra del principe, repetida distintas veces: “Es necesario esperar, querido conde, que algun dia nos volveremos á ver en B ...” Así pues, un embajador designado especialmente por la misma corte en la cual ha de residir, tiene grandes probabilidades de ser acreditado cerca de ella. Ahora bien, mi querida Josefa, ¿tenia yo razon en decirte que la condesa te haria quizá embajadora? ¿Tendré necesidad de añadirte que para obtener esa embajada cuento por otra parte con la poderosa influencia de mi escelente protector el principe de Morsegne, cuyo apoyo no me ha faltado nunca? Mas de una vez me ha dicho: “En verdad, Anatalio, que podria creerse que tienes un talisman para obtenerlo todo de monsieur Morsenne.” Una palabra mas, mi querida Josefa, añadió Ducormier viendo que su muger iba convencién dose poco á poco. ¿Crees francamente que si yo hubiera querido tener por

querida á la condesa, hubiera sido tan niño que lo hiciera á las claras? ¿Crees que ella misma, tan ducha como es y que por mil razones la conviene tanto Mr. de Herder, no se hubiera entendido conmigo para envolver nuestros lazos en el misterio, cosa tan fácil para gentes tan prácticas como la condesa y yo?

Mad. Ducormier iba á responder á su marido tendiéndole la mano en señal de confianza y de perdon, cuando un ayuda de cámara abrió las dos hojas de la puerta del salon y anunció:

—El señor y la señora duquesa de Espinola.

—En la mirada y sonrisa que Mad. Ducormier dirigió á su marido en el momento en que este salia al encuentro de sus convidados, era facil conocer que Anatalio habia convencido completamente á su muger. En efecto, este decia la verdad al menos en el aspecto político de su convenio con la liada condesa. En cuanto á la cuestion amorosa, la querida de monsieur de Herder era tan práctica como habia dicho Ducormier, y él por su parte era

un modelo tal de hipocresía y de perversidad, que otros menos escépticos que Mad. Ducormier hubieran podido dudar de la pureza de las relaciones de semejante pareja.

El ayuda de cámara de la condesa anunció sucesivamente:

—S. E. el marqués de Pallavicini.

—El príncipe y la princesa de Lows-
tein.

—Su Gracia el almirante sir Charles
Humphrey.

—El señor marqués y la señora mar-
quesa de Monlaville.

—S. E. el señor duque de Villa-Ro-
drigo.

—El señor baron y la señora baro-
nesa de Lucenay.

—S. E. el feld-mariscal príncipe de
Rottemberg.

—Sus señorías lord lady Rumberg.

Y por último:

—Monseñor el príncipe real.

XXXII.

Un buen observador hubiera adivinado la magnitud del orgullo de Ducormier al ver la esquisita política con que recibía á sus nobles convidados.

A pesar de su audacia, á pesar de su insolente desprecio de toda nacion del bien y del mal, á pesar de su fé fanática en ese axioma de sus primeros maestros en política:— *Los resultados justifican todo; los venturosos son los mas honrados los desgraciados los malos;*— á pesar en fin del temple enérgico de su carácter, aquel hombre retrocedía algunas veces ante la enormidad misma de su fortuna, y le era preciso tocar, por decirlo así, la realidad para no creerse juguete de un sueño.

—«Yo,—pensaba aquella tarde,—yo, Ducormier, el hijo de un tenderillero: yo que hace poco tenía una posición tan subalterna que se acercaba á la de un doméstico, yo, hace poco, desdeñado lleno de hiel y de envidia, recibo hoy en

mi casa, en mi mesa, lo mas escogido de la aristocracia de Europa y un príncipe de sangre real; todo me sorrie, todo es grande en mí; gozo de todos los bienes de la tierra, riquezas, honores, salud, juventud, y eso que apenas toco el principio de mi carrera; ¿qué sería y donde estaría hoy si me hubiera dejado coger en la virtuosa red de ese pobre Bonaquet, en vez de haber hecho un heroico esfuerzo para llegar á esas altas regiones en que me encuentro y en que espero aun prosperar.“

.
Ducormier era una de esas personas malvadas pero llenas de tacto y de finura que adquieren con facilidad sus malas maneras, costumbres y lenguaje de aquellas entre las cuales se hallan. Educado en las excelentes escuelas de su embajador de Francia en Londres y del príncipe de Morsenne, habia no solo adquirido y perfeccionado las finas maneras que hacian de él un hombre de la mejor sociedad, sino que como profundo observador habia notado y estudiado en aquellas grandes casas las mil delicadezas que constituyen el arte tan difícil *de recibir*; en

una palabra, sabía ser agradable con todos, midiendo para cada uno la cortesía, la solicitud y la preferencia según su rango y posición social.

Para Ducormier el observar era aprender, era adquirir el fruto de sus observaciones. Así es que hizo los honores de su mesa con el mejor gusto, seguridad perfectamente e por su esposa, que, poseída del deseo de hacer un papel de gran señora y ayudada por un tac o casi tan esquisito como el de su marido, llenaba cumplidamente el papel que se había propuesto representar.

Anatalio empleó todas las seducciones y todas las gracias de su talento y de su destreza en adular al príncipe, sin sacrificar por esto á los convidados menos ilustres que S. A. R. Así que, hácia el fin de la comida, el príncipe, que estaba colocado á la derecha de Mad. Ducormier, le dijo á media voz sonriendo:

—¿Sabeis, condesa, que el ministro de Francia hace mucho mas que representar su córte? Hace que se le ame.

Dichas estas palabras por el príncipe se entabló el siguiente diálogo:

La condesa Ducormier. Es muy fácil,

monseñor, hacerse amar, cuando uno tiene la dicha de dirigirse á corazones tan bondadosos y llenos de generosidad como el de V. A. R.

El príncipe real. ¿Llenos de generosidad? no, señora condesa. Al contrario, estoy ahora poseído de un vil defecto.

La condesa Ducormier. ¿De cuál monseñor?

El príncipe real. De la envidia, señora.

La condesa Ducormier. ¿Vos envidia, monseñor? Permítame V. A. R. que le diga que eso no os está permitido.

El príncipe real. Sin embargo, lo que he dicho es la verdad, señora. Felizmente para mí, lo que me hace quizás menos culpables es que lo que envidio no es por cuenta mia, sino por la de mi gobierno.

La condesa Ducormier. ¿Y qué envidiais monseñor?

El príncipe real. Tengo envidia de mi buen primo el de Bade, cerca del cual está acreditado vuestro marido el conde. (Dirigiéndose á Ducormier que tenia á su derecha á la princesa de Lowestein y á su izquierda á la jóven y bella duquesa de Spinola y

que conversaba con las dos á la vez.) Señor conde; estaba haciendo presente á la señora condesa el embarazo en que me hallo; envidio á mi primo de Bade cierta buena fortuna, y como es uno de mis mejores amigos, me costaria mucho hacerle perder lo que le envidio.

Ducormier (sonriendo). ¿Una buena fortuna, monseñor? En semejante ocasion el que envidia ardientemente una cosa, está muy próximo á conseguirla, porque para los corazones sinceramente prendados, querer es poder.

La duquesa de Spinola (viendo). Estoy segura, señor conde, que S. A. R. protesta contra esa teoría espantosa. Si fuese cierta ¿pue sería de la virtud?

Ducormier (á la duquesa). La virtud quedaria tal euals, imponente y sublime señora duquesa. Monseñor me permitirá que no aguarde su respuesta y que complete mi pensamiento, que es el siguiente: Creo que muchas veces en amor si no se consigue lo que se desea, es porque se ama con sinceridad.

—El *principereal* sonriendo. No me atrevo á decirlo, señora condesa, si soy ó no par-

tidario de esa teoria *espantosa* (dirigiéndose alegremente á Ducormier) Pero habia equivocado mi pensamiento, señor conde. Lo que envidio á mi padrino de Bade no tiene relacion alguna con la galanteria, porque como sabeis hay muchas clases de buenas fortunas.

Ducormier. Es cierto. monseñor: como por ejemplo la presencia de V. A. R. entre nosotros, y el honor que la condesa y yo tenemos en recibir á las personas aqui reunidas. ¿Mas me permitirá V. A. R. le pregunte qué es lo que envidia?

El *príncipe real*. Con mucho gusto, señor conde. Mi primo de Bade tiene la fortuna de tener acreditado cerca de él como representante de una gran Potencia un ministro muy distinguido: por elcual tengo yo tantas simpatias y le profeso tan grande estimacion .. que quisiera tenerle de embajador cerca de mi gobierno. Esto es confesaros, señor conde, que conociendo el pesar de mi primo, si pierde su ministro por el deseo que yo tengo de quitárselo, me encuentro demasiado embrazado, como tenia el honor de decir hace un momento á la señora condesa.

Ducormier. Me parece, monseñor que el

ministro de que habla V. A. R., colmado á la vez de favores por S. A. el gran duque de Bade, y honrado con vuestro interés, se encontrará mucho mas embarazado con el reconocimiento del *porvenir* que se le anuncia y que no se atreve á esperar, y del *presente* que sobrepuja todos sus deseos.

El príncipe real (con afecto) En verdad, señor conde; creo como vos que la persona de que hablamos sabrá ser córtés y amable con todos y bastará para todo. Pero pido perdón á estas señoras por estar hablando ante ellas en enigma... aunque este creo que es muy fácil de descifrar.

La duquesa de Spinola (mirando á Ducormier con graciosa sonrisa). En efecto, monseñor, si no me engaño, la palabra de este enigma podria muy bien ser .. MERITO y MODESTIA.

El príncipe real (mirando á Ducormier). Es imposible adivinar con mas precision que lo ha hecho la señora duquesa.

El feld-mariscal príncipe de Rottemberg ¡La modestia! ¡Qué cualidad tan rara en nuestros dias en que el último estudiante de nuestras universidades de Alemania se erige en reformador del Estado!

El marqués de Pallavicini. ¡Y en nuestra pobre Italia, donde el mas necio abogado se figura ser un gran político!

El duque de Ciudad-Rodrigo. Ah! mi querido marqués, los abogados españoles en este punto no ceden en nada á los italianos.

El marqués de Molaville. Perdonad, señores; bajo este punto de vista nuestros radicales franceses se llevan la palma.

Ducormier. En efecto, señores, jamás ha habido necios semejantes que empleen mas mala fé y peores palabras para servir á las peores pasiones. Envidiosos, impotentes, violentos y mal criados se figuran que porque duermen bajo techado, tienen camisa limpia y botas charoladas se creen con derecho á blasfemar de todo lo que ha sido venerado por tantos siglos, de injuriar á la monarquía, á la religion, á la familia, á la propiedad y á la aristocracia. ¡A la aristocracia! ¡a esa clase elegida que representa á las naciones en su mas brillante esencia! ¡la aristocracia! ¡esa gloriosa historia viva de la civilizacion de los grandes pueblos! ¡A la religion, freno saludable, que es el único capaz de domar al populacho y de conducirle sumiso y resignado

desde su choza á la tumba á través de inevitables miserias! ¡A la monarquía, á esa magnífica coronacion de todo gobierno establecido, clave admirable de toda nacion civilizada! Sí, teneis razon, señores, en Alemania, en Italia, en España, en Francia, gentes que nada valen, envidiosas y perversas se agitan entre la hez de la sociedad y tratan de mover á un populacho estúpido y salvaje contra los reyes, contra la aristocracia y contra el sacerdocio. Pero estos intrigadores solo inspiran compasion á los hombres graves de todos los paises, y solo cuando aquellos necios se hacen demasiado insolentes, se les enseña en las cárceles á conocer los inconvenientes del papel de revolucionarios, interesante categoría compuesta de tontos y de bribones

El príncipe real. ¡Ah! ¡señor conde! ¡Ojalá que los gobernantes de vuestro país, esos hombres ilustres de Estado, cuyas simpatias gozais justamente, puedan detener el carro de la Francia en la pendiente fatal de las revoluciones! En eso consiste la salud de Europa, de los Reyes y de esa brillante aristocracia que apreciáis tan noblemente y á que sois digno de pertenecer.

Ducormier. Por lo menos, monseñor, les pertenezco por mi admiracion á sus raras virtudes, por mi respeto á sus derechos sagrados, por mi adhesion á su gloriosa causa. Pero permítame V. A. R. que le diga que no participo de sus temores respecto á ese puñado de malévolos. Esos miserables no han nacido, á Dios gracias, para conmover la Europa; son muy bocingleros, pero muy cobardes. No, no, que cada Estado tenga en las ciudades una policia activa que los vigile, apoyada en buenos batallones y escuadrones, y para las aldeas sacerdotes inteligentes y amantes de la aristocrácia, y yo desafío á los agitadores y revolucionarios de Europa á que se atrevan á salir de sus guaridas como no sea para ser ahorcados, como en Gallitzia. Por desgracia las horcas no son demasiado altas. Seria preciso que esos temibles *planetas del órden* fuesen visibles á todos los clubs revolucionarios de Europa, porque á falta de otra creencia los agitadores tienen un horror instintivo á la horca.

El feld-mariscal príncipe de Rottemberg (riéndose). Lo que dice el señor conde es exacto. En la última sublevacion de Gallitzia

nadie puede figurarse lo que esos miserables temblaban á la sola idea de la horca. Pudieron ser fusilados, pero nuestros valientes creatas guardaban sus balas para sujetos mas dignos.

El príncipe de Lovvestein. Profeso las excelentes ideas políticas del señor conde Ducormier. Asi, pues, respecto á este punto diré yo parodiando la célebre palabra del infame Danton: Rigor, rigor y siempre rigor.

El duque de Ciudad Rodrigo. Quizás tendreis razon, querido príncipe; pues vivimos en tiempos muy difíciles.

El marqués Pallavicini. La desmoralizacion hace grandes progresos.

Lord Bumberg. El número de crímenes aumenta extraordinariamente, y segun, mi opinion, los tribunales del crimen son el verdadero termómetro de las costumbres de los pueblos.

Ducormier. Lo que dice vuestra gracia es exactísimo. Sí, milord. Los tribunales son á no dudarlo el *criterium* de la sociedad.

La princesa de Lovvestein. A propósito de tribunales, ¿ha oido V. A. R. hablar de un terrible proceso que tiene ocupada la aten-

cion de todo Paris?

El príncipe real. No, señora princesa, y á no dudarlo será uno de esos crímenes espantosos de que hace poco nos hablaba lord Bumberg.

La princesa de Lovvestein. Sí, monseñor, El baron de Spor que acababa de llegar de Paris, y á quien he visto esta mañana, me ha dicho que la triste celebridad que han gozado los famosos procesos de monsieur de Lorenciere y de Mme. Laffarge, no es nada comparada con la curiosidad mezclada de terror que inspira el de que se trata. Los debates han debido comenzar antes de ayer segun me añadió Mr. Spor, quien ha tenido la excelente idea de hacer que me dirijan aqui un periódico de Paris titulado «El Observador de los tribunales» que dará cuenta del proceso dia por dia.

La baronesa de Lucenay. Como hace tiempo que salimos de Francia Mme. de Monlaville y yo, es la primera vez que oimos hablar de semejante proceso.

Ducormier. ¿Y se sabe, señora princesa, cua les son los hechos que se ventilan?

La princesa de Lovvestein. Mr. de Spor me los ha indicado muy por encima, señor

conde. Solo puedo decir que la víctima pertenece á una de las principales familias de Francia, jóven de una rara belleza.

El príncipe real. ¡La víctima! Entonces se trata de un asesinato?

La princesa de Lovvestein. En efecto, monseñor, es un horrible envenenamiento.

La condesa Ducormier. ¡Ah! ¡Eso es espantoso! ¿Y esa desgraciada jóven ha muerto?

La princesa de Lovvestein. Segun me ha dicho monsieur Spor, se halla en un estado desesperado.

Ducormier. ¿Y se sabe quién es el autor de tan odioso crimen?

La princesa de Lovvestein. Segun Mr. Spor, se acusa de ese crimen á dos mugeres, dos mónstruos de hipocresia y de maldad.

El príncipe real. ¡Unas mugeres cometer semejante crimen! Teneis razon, señor, eso es doblemente horrible; esa será una de esas causas tristemente célebres que escitan á la vez el terror y la curiosidad. ¿Y decis que ha debido comenzar á verse antes de ayer? ¡Que interés tendrá el oír los debates!

La princesa de Lovvestein. Si V. A. R. me

lo permite, tendré mucho honor en poner á vuestra disposicion, tan pronto como lo reciba, el periódico que debe llegar mañana en el cual vendrá ya la primera sesion.

El príncipe real. Mil gracias por el favor, señora princesa, pero no quiero abusar, Mas como todos los bañistas que aquí estamos nos reunimos habitualmente por la mañana en el pabellon del manantial, tendremos por un singular favor que os omeis la molestia de llevar el periódico. Uno le leerá en alta voz, y de este modo asistiremos los demas, por decirlo así, á la primera sesion del proceso, sesion la mas interesante, porque, segun creo, deberá contener el acta de acusacion, donde se refieren los hechos.

La proposicion del príncipe que satisfacía la curiosidad de todos los convidados de Ducormier, fué acogida con aplauso, levantándose en seguida de mesa y citándose para el dia siguiente en uno de los salones del pabellon del manantial donde se reunian los bañistas de Bade.

XXXIII.

A la mañana siguiente, todos los convidados de Ducormier se hallaban reunidos en el pabellón del manantial, según habían convenido la víspera. Bien pronto la señora princesa de Lovvestein presentó el periódico de tribunales con tanta paciencia aguardado, á un ayudante del príncipe real, á quien este había encargado tan interesante lectura. Anatolio y su mujer llegaron los últimos. El príncipe de Prusia los acogió como siempre, con distinción particular, y obligó á Ducormier á que permaneciese á su lado.

Las señoras se sentaron en círculo y los caballeros se colocaron detrás y reinó un silencio profundo. El coronel Bulter (ayudante del príncipe) tomó asiento delante de una mesita donde se hallaba el vaso de agua azucarada de costumbre y comenzó así la lectura del periódico en medio de la mas viva atención.

OBSERVADOR DE LOS TRIBUNALES.
TRIBUNAL DE ASSISES DEL SENA.

Presidencia de Mr. Masson.

Audiencia del día 3 de setiembre de 1840.

«Paris y la Francia entera han aguardado durante un mes con el mayor anhelo la solucion de este drama judicial como no ha sucedido nunca con ningun otro. No tenemos necesidad de grandes recursos para demostrar que la causa cuya vista comienza hoy, reclama el primer lugar entre las paginas mas interesantes de nuestro per ódico:

«Hace dos meses que la instruccion de este proceso, increíble por los hechos, casi enigmático por su objeto, mas lleno de afliccion para una de las mas ilustres familias de Francia, se elaboraba en silencio, cuando hace pocos dias fueron lanzados al público indiscretamente algunos fragmentos del acta de acusacion; estalló un movimiento eléctrico en todas las clases de la sociedad y de un confin al otro de la Francia, contra la enormidad del atentado. Fué tal en Paris la influencia del acta de acusacion, aunque incompletamente conocida, que antes de llegar el juicio se formaba la sentencia condenatoria en los espiritus aun los mas indulgentes. Se aseguraba que la principal acusada veria retroceder ante ella al colegio en-

tero de abogados; que de por sí tienden ordinariamente su mano á todos los presuntos reos, por considerar de antemano impotente su defensa.

«Estos temores se han realizadó. Tal era la monstruosidad del atentado, y la posición en que se ha colocado la principal acusada por sus confesiones mezcladas de reticencias inesplicables, que ningun abogado ha querido encargarse de su mala causa. El presidente del tribunal se ha visto obligado á designar á la acusada un defensor de oficio.»

El príncipe real (interrumpiendo la lectura). Necesario es en efecto, que el crimen de la acusada esté claro á primera vista, cuando no ha encontrado un defensor. ¿Qué pensais de esto, señor conde?

Ducormier.—Creo en efecto, monseñor, que estos casos son estremadamente raros en nuestros procedimientos, pues dice el refran que no hay causa tan mala que no encuentre su abogado.

La duquesa de Spinola.—Confieso, monseñor, que el escordio de ese periódico escita la curiosidad hasta el último extremo.

El príncipe real.—Señoras, os pido per-

don por haber interrumpido por algunos momentos su lectura; (y haciendo una seña á su ayudante) continuad, coronel.

El ayudante continuó la lectura de esta manera:

“La curiosidad y emocion del público se aumentó cuando se supo que la víctima de este crimen espantoso, aunque luchando contra una muerte próxima, tendria quizás el valor suficiente para presentarse en una de las primeras audiencias por obedecer á los deseos del tribunal, rodeada de todos los individuos de su ilustre familia, que se habian mostrado parte en el proceso.

“La vista ha comenzado esta mañana y nunca ha habido tal afluencia de gente en el tribunal. Desde las seis de la mañana mas de cien personas, entre las cuales se hallaban mas de sesenta abogados que no habian podido lograr billete, se oprimian en la galeria que conduce al tribunal de *assises*. A las nueve la gente llegaba hasta la sala de *pas perdue*; apenas podia conterles un piquete de guardias municipales. A las nueve y media se abrieron las puertas interiores de la sala para las personas que tenian billetes del presidente, quien

se decía que había tenido mas de cuatro mil peticiones. La diplomacia, la Cámara de los pares, la de los diputados, la nobleza, la toga y todas las clases habían solicitado este favor y muchos habían sido desairados.

“Todos los asientos estaban ocupados, hacia un calor sofocante y hasta las escaleras que conducen á las puertas de entrada estaban obstruidas.

“Muchas banquetas estaban reservadas para los abogados, y la barandilla que rodea la mesa del tribunal se había reservado para la familia de la víctima y para su marido que se había mostrado parte. Detrás de los jueces había otras sillas para los magistrados, donde se veía á MM. Rocher y Gilberto de Voysins individuos del tribunal de casacion, Herain, Bastar, Jaquinot-Godar, Lefevre, Secourt, Champagnet, Didelot y otros.

“Tambien estaban en las mismas sillas M. de S... par de Francia, S. E. el ministro plenipotenciario de Suecia, el general G... y el conde de A... director del Banco. Este último no pudo llegar á su asiento sino á costa de los mayores esfuerzos, viéndose confundido con los testigos por

diez minutos lo menos y rodeado de guardias municipales y de alguaciles; pero un ughier vino á sacarle de su apuro, y le condujo á su asiento.

«Muchas señoras de las primeras clases de la sociedad ocupaban los asientos que les estaban reservados, notándose entre ellas la duquesa de Valaincourt, la de Brebanne, la princesa Solticof, la baronesa de Robersac y la vizcondesa de Mareuil.

«A las diez se ocupan las sillas destinadas á la familia de la parte acusadora. El duque de Beaupertuis entró el primero.»

En este punto la lectura fué interrumpida por una exclamacion de sorpresa de Anatalio Ducormier que no pudo contener. Se puso pálido y tuvo necesidad de apoyarse en la silla de la duquesa de Spinola que estaba delante de él. Algunas señoras se levantaron y todas las miradas se fijaron en Anatalio hácia quien se dirigió apresuradamente Mad. Ducormier.

El principe real (á Ducormier con interés) — ¡Dios mio, señor conde, perdeis

el color y apenas podeis sosteneros!

—La condesa Ducormier.—¿Qué tienes, amigo mio?

Ducormier (con voz alterada).—Perdonad, monseñor, mi emocion. La comprenderéis y la escusareis cuando sepais que la duquesa de Beaupertuis es hija del príncipe de Morsenne, mi protector, el hombre excelente á quien debo mi carrera inesperada.

El príncipe real (con emocion).—Ah! ahora me pesa mi curiosidad.

La princesa de Lovvestein.—Y á mi, monseñor, el haberla escitado.

Mad. Ducormier (á su marido).—Ven, amigo mio. S. A. R. te escusará de asistir á una lectura que tan penosa te seria por muchos conceptos.

El príncipe real.—Os pido, señora, os lleveis de aqui á mi querido conde. Debe sufrir cruelmente: conozco su corazón.

—Ducormier (con esfuerzo).—Monseñor, tengo el valor suficiente para continuar oyendo la continuacion de ese proceso.

El príncipe real.— Miraos bien en

ello, mi querido conde; es una gran imprudencia esponeros sin razon á sufrir emociones demesiado fuertes.

Ducormier.—Demasiado lo conozco, monseñor; pero ahora que sé que se trata de la hija de mi bien hechor, tengo mas deseos que nadie de conocer todos los detalles de ese acontecimiento tan horrible y tan inesperado para mi.

El príncipe real (apretando cordialmente la mano á Ducormier).—Comprendo vuestro deseo, el cual demuestra gran valor; pero vais á sufrir una cruel prueba, mi querido conde. (Dirigiéndose á su ayudante). Continuad, coronel Bulter.

(Anatalio cae anonadado sobre una silla colocada cerca de él, oculta su rostro entre las manos, y vuelve á seguir la lectura en medio de la mas viva emocion causada por este incidente).

«A las diez se ocupan las sillas destinadas á la familia de la parte acusadora. El duque de Beupertuis, marido de la víctima, entra el primero; á su lado se colocan la princesa de Morsenne, de quien es yerno, la marquesa de Baudricourt, el duque y la duquesa de Mo-

rainval, el marqués de Valpré y el mariscal príncipe de Lugano, parientes todos del duque y de la duquesa de Beaupertuis.

«Un pequeño incidente causa algun tumulto que concluye muy pronto. Un caballero de aspecto juvenil, aunque de alguna edad, daba el brazo á la princesa de Morsenne, madre de la víctima, y se disponia á entrar en el sitio reservado á los parientes, cuando un ugier le pregunta su nombre.

«Oimos á este caballero que respondia:

—«Yo me llamo el caballero de Saint-Merry.

—«Disimule vd. caballero, dijo el ugier consultando su lista, pero no veo su nombre de vd. inscrito como pariente.

—«Si no soy pariente, respondió con altanería é impaciencia Mr. de Saint-Merry tratando de forzar el peso, soy un amigo íntimo de la familia de Beaupertuis.

—«No puede vd. entrar en este sitio, caballero, respondió el ugier, y ruego á vd. que se retire.

—«Este caballero me acompaña, dijo

entonces en alta voz la princesa de Mor-senne al uquier; despues haciendo una se-ña al caballero le dijo: Venid, caballero, venid.

“La señora princesa, quien parece ig-nora los usos del tribunal, tomó el bra-zo de Mr. de Saint-Merri y le hace sen-tar cerca de ella. El conserge nose atre-ve sin duda á oponerse á esta infraccion, ya fuese por deferencia á los deseos de la princesa, ya por respeto á su dolor (la princesa es la madre de la victima), y el ligero rumor causado por este in-cidense termina al momento.

“En el centro de los asientos desti-nados á los parientes de la victima, se vé una gran butaca vacia, destinada á ella, si su estado, que se dice desespe-rado, permite que la trasporten á la au-diencia

“Los abogados de la parte acusadora, Mr. Rousseau y Mr. Cormel, que son de los mas eminentes, han elegido para ser ayudados en esta importaute causa á dos jóvenes cofrades: Mr. Rousseau ha elegido á Mr. Dubreil y Mr. Cormel á Mr. Justin.

“Los defensores de la principal acu-

sada y de su cómplice, Mr. Damont y Mr. Lonville (el primero ha sido nombrado de oficio por el señor presidente), ocupan sus bancos respectivos.

«A las diez y cuarto entran los jueces y ocupan sus sillas. Los señores jurados lo hacen en seguida sentándose en las suyas.

«El señor presidente.—Recomiendo el mas profundo silencio. Que entren las acusadas.

«Un movimiento general de curiosidad se nota en todo el auditorio. Las dos acusadas, conducidas por guardias municipales, apenas pueden llegar hasta el banquillo de los reos.

«Por todas partes se oye gritar: ¡Sentarse, sentarse! Muchos señores colocados en las últimas banquetas se suben sobre ellas para procurar ver á las presuntas reas.

«Su deseo no se cumple, gracias á los velos que cubren casi en totalidad la figura de las dos acusadas, las cuales conservan la cabeza baja y se cubren el rostro con sus pañuelos.

«La principal acusada lleva sobre la

La Buena Ventura Tomo IV. 7

cabeza una capota de crespon blanco, su vestido es de seda color de pasa corinto y su chal azul. Su cómplice lleva un vestido de luto muy usado.

“Mr. Nerville, sustituto del procurador general del Rey. En atencion á lo largos que serán los debates, pido se señalen como adjuntos dos jurados suplentes, y un magistrado asesor.

—“El presidente (á los abogados).— ¿Se oponen á este señalamiento los defensores?

“Mr. Dumont.—No, señor presidente.

“El presidente.—El tribunal accede á la peticion del ministerio público. Levantados, acusada primera.

“La acusada se levanta bruscamente.

“El presidente.—¿Cómo os llamais?

“La acusada.—Maria Josefina Clermont Favean.

“El presidente.—¿Vuestra edad?

“La acusada.—Veinte y cinco años y dos meses.

“El presidente.—¿De donde sois?

“La acusada.—De Paris.

“El presidente.—¿Vuestra profesion?

“La acusada.—Comercianta en guan-

tes y perfumeria.

“El presidente.—¿Dónde le habitábais cuando fuisteis arrestada?

“La acusada.—En el palacio de Morsenne.

“El presidente.—Sentaos.

“La acusada Maria Faveau, cuyas facciones no hemos podido distinguir claramente, ha respondido á las preguntas precedentes en tono seco y breve. Muchas veces se ha sonreido sardónicamente, lo cual ha causado muy mal efecto en el auditorio y sobre todo en los bancos ocupados por la parte acusadora en que se hallan el duque de Beaupertuis, su suegra y demas familia.

“La princesa de Morsenns, madre de la víctima ha llevado diversas veces su pañuelo á los ojos durante el interrogatorio. El duque volvía la vista con horror, y uno de sus parientes le dirigia al parecer palabras de consuelo.

“El presidente.—Acusada segunda, levantaos.

“Esta acusada parece tan débil y tan tremula, que tiene precision de apoyarse en el brazo de un guardia municipal para

levantarse de su banco, se limpia las lágrimas con su pañuelo y se oyen sus sollozos entrecortados.

“El presidente.—¿Cómo os llamais?

“La acusada responde con voz tan débil, que el tribunal no oye su contestación.

“El presidente (á la acusada).—Procurar hablar mas alto. ¿Cómo os llamais?

“La acusada (haciendo un esfuerzo). — Eulalia Clementa Duval.

“El presidente.—¿Vuestra edad?

“La acusada.—Veintiun años.

—“El presidente.—¿De dónde sois?

“La acusada (con voz cada vez mas alterada).— De la ciudad de Metz.

“El presidente.—¿Vuestra profesion!

“La acusada, cuya emocion llega al último término, no puede soportar por mas tiempo el interrogatorio y se deja caer sobre su asiento en un estado tal de debilidad que su abogado se ve obligado á hacerla aspirar algunas esencias que á prevención llevaba.

“La audiencia se suspende por algunos instantes; la principal acusada parece tomar un vivo interés por el estado de su

cómplice y le prodiga todo género de cuidado.

“Durante este incidente las dos acusadas no pueden guardar las mismas precauciones que hasta entonces habian usado para ocultar sus facciones á la curiosidad pública y se las puede distinguir perfectamente.

“La primera de ellas, Maria Faveau, aunque su rostro se encuentra algo pálido y desencajado, es una de las mugeres mas bonitas que uno puede imaginarse. Sus hermosos cabellos negros cuidadosamente trenzados cubren parte de su frente y hacen resaltar la estremada blancura de su cutis; se nota tambien que su talle es tan esbelto como elegante por la circunstancia de habersele caido el chal al socorrer á su cómplice. Desgraciadamente el rostro encantador de Maria Faveau se deslucce, por decirlo asi, por su mirada errante; además, una especie de contraccion nerviosa de sus labios dá á su boca una espresion sardónica y de perversidad aun en los momentos en que prodiga sus cuidados á su cómplice.

“Esta, la señorita Clementa Duval, á pesar de la excesiva sequedad de sus facciones

conserva las huellas de una rara belleza: as que al verle sus hermosos ojos negros, sus largos cabellos rubios y el carácter casi angelical de aquella fisonomía dulce y sufrida, dá pena el recordar los hechos irrecusables, las grandes presunciones que no permiten dudar que la hermosa Clementa Duval sea culpable de un crimen odioso y cómplice probablemente del monstruoso atentado de que es acusada Maria Faveau.

“Al cabo de algunos instantes y gracias á los cuidados que se la prodigan, Clementa Duval se halla en disposición de responder á las preguntas del presidente.

“Restablecida la calma, el interrogatorio continúa.

“El presidente á la acusada.—Os preguntaba cuál era vuestra profesión, cuando os habeis detenido.

“La acusada.—Procuraba vivir de mi trabajo.

“El presidente.—¿Dónde habitabais cuando fuisteis arrestada?

“La acusada.—Estaba á pupilo en la calle de Riefaisance núm. 3.

“El presidente.—Sentaos.

“Clementa Duval vuelve á caer sobre

su asiento y oculta su rostro con el pañuelo.

“El presidente.—Escuso recordar á los defensores de las acusadas que no pueden decir nada contra su conciencia, ó contra el respeto debido á las leyes y que deben expresarse con decencia y moderacion.

“Los dos defensores se inclinan respetuosamente.

“El presidente se levanta y se descubre. El tribunal le imita asi como los jurados á quienes lee aquel la fórmula siguiente.

“Señores, ¿jurais y prometeis ante Dios y ante los hombres examinar con atencion escrupulosa los cargos que resultan contra Maria Faveau y Clementa Duval, no hacer traicion ni á los intereses de los acusados ni á la sociedad que los acusa, ni comunicarse con nadie hasta despues de echa vuestra declaracion, ni escuchar para ella ni el odio, ni el temor, ni el afecto, y decidir por lo que resulte de los cargos y de la defensa segun vuestra conciencia y vuestra íntima conviccion, y con la imparcialidad que conviene á un hombre probo y libre?

“Leida esta fórmula por el presidente en

un tono solemne, se procede á la lectura nominal de los señores jurados, quienes uno á uno tienden su mano sobre los Evangelios, y prestan su juramento diciendo: sí juro.

“El presidente á las acusadas. Prestad atencion al acta de acusacion que el relator va á leer al tribunal.

“Movimiento prolongado de atencion en todo el público.

“El presidente. — Recomiendo al público el mayor silencio, á quien debo advertir que está espresamente prohibida toda señal de aprobacion ó desaprobacion, y me veré obligado á hacer salir á las personas que turben el orden. (Se restablece un profundo silencio.)

“El relator lee el decreto siguiente de remision:

“El procurador general del Rey en Paris espone que por providencia de 8 de julio último, el tribunal ha acordado acusar y remitir ante el tribunal de asisses del departamento del Sena para ser juzgadas con arreglo á la ley:

“1. ° A Maria Josefina Clermont de Faveau, de 25 años y dos meses de edad, na-

tural de Paris y comerciante en guantes y perfumería.

“2.º A Eulalia Clementa Duval, soltera de 21 años natural de Metz, sin profesión y habitante en la calle de la Blenfainsance, núm. 3.

“El procurador general declara que de la intruccion resultan los hechos siguientes, contenidos en el acta de acusacion.”

XXXIV.

El coronel Bulter continuó así la lectura del *Observador de los tribunales*:

“El presidente.—Ahora que vá á darse conocimiento al público del acta de acusacion, recomiendo de nuevo el mas profundo silencio.

“Crece la atencion.

“El relator comienza en estos términos el acta de acusacion:

“Hacia fines del mes de abril del año corriente, la señora duquesa de Beaupertuis tuvo necesidad de una doncella para reemplazar á la señorita Desirée Duisson, que la ser-

via hacia muchos años y que deseaba volverse á su pais natal. La señora duquesa tenia tanta confianza en la señorita Desirée que por su recomendacion tomó á su servicio á María Faveau, su hermana de leche. La señora Faveau, despues de haber tenido durante muchos años un comercio de guantes y perfumeria, se hallaba prócsima á la indigencia á consecuencia de los malos negocios de su marido, atado posteriormente de enagenacion mental; nunca habia servido María, pero su hermana de leche respondia de su moralidad, probidad é inteligencia, y sobre todo de su celo por llenar sus funciones, que la salvaban de la miseria á ella y á su hija, de seis años de edad. Mad. de Beaupertuis, cediendo á la vez á la compasion y al deseo de agradar á su antigua doncella, de quien solo tenia motivos de alabanza, aceptó los servicios de María Faveau. A los pocos dias se hallaba tan satisfecha la duquesa de la inteligencia, dulzura y actividad de su nueva doncella que al mes de entrar á servir la dobló el salario, siendo muchos los regalos que le hizo su generosa señora.

“Tres meses despues de la entrada de

María Faveau en el palacio de Morienne, la señora condesa de Beanpertuis que hasta entonces habia gozado de una completa salud, cayó poco á poco y sin causa conocida en una especie de languidez, que se cambió muy pronto en un estado de enfermedad cada dia mas alarmante. Los primeros médicos de la facultad de Paris fueron llamados á asistir á la duquesa, y á pesar de lo eminente de su saber, no pudieron desde luego señalar la causa cierta de aquella enfermedad, cuyos síntomas mas marcados eran estos (consignados en la instruccion segun la declaracion de estos célebres prácticos.

“Abatimiento profundo, pulso casi nulo, desfallecimientos frecuentes, aversion á toda clase de alimentos, sensibilidad nerviosa excesiva, necesidad absoluta de silencio y de oscuridad, frialdad en los extremos, somnolencia casi continua turbada muchas veces por fuertes delirios, pero sin sentir ninguna clase de dolor; el color de su rostro es de un blanco mate como el de la cera; sus ojos con un brillo febril, se hallan escondidos en lo mas profundo de las órbitas; la demacracion aumenta de dia en dia, y la sed es insaciable. En cuanto á lo moral,

todas las veces que la enferma sale de su estado de entorpecimiento habitual, la cabeza queda enteramente libre el pensamiento despejado y la espresion justa y precisa.

“Seis semanas se pasaron de esta manera. A pesar de los cuidados de los médicos, el estado de la señora duquesa, lejos de mejorarse, se agravaba, y la confianza que ella tenia en Maria Faveau parecia crecer en proporcion de los cuidados que de ella recibia. La duquesa no queria tomar absolutamente nada que no viniese de las manos de su doncella, cuyo celo y cariño parecian aumentarse cada dia.

“La princesa de Morsenne, madre de la duquesa, y su marido el duque eran los únicos que se acercaban á la enferma. El duque la velaba muchas noches con religioso afecto y con la mas tierna solicitud, se veia obligado á imponerle sus cuidados, resistiendo sus súplicas de que se retirase, porque temia ver alterada la salud de su esposo á fuerza de vigilia.

“Esta enfermedad estraña é inesplicable iba en aumento y causaban continuas

alarmas á esta ilustre familia, habituada hasta entonces á los goces puros y santos que solo se hallan en la práctica de las virtudes familiares.

“Una noche velaba el duque con su celo acostumbrado á la cabecera de la cama de la señora duquesa, que se hallaba algo aletargado. María Faveau habia pasado toda la noche anterior cerca de su señora, y sucumbiendo sin duda al cansancio se habia dormido profundamente sentada en una silla. Su sueño parecia agitado y salian de sus labios algunas palabras incoherentes. El duque, absorto en los dolorosos pensamientos que el estado de su esposa le inspiraba, no prestó al pronto atención alguna á las exclamaciones incoherentes de María Faveau, pero bien pronto la oyó pronunciar con voz entrecortada y con agitación creciente las palabras siguientes:

—“El cadalso es mi destino. Subiré á él.

“A estas palabras la lectura del acta de acusación es interrumpida por un prolongado murmullo.

“Presidente.—Reclamo silencio del au-

ditorio.

“El relator continúa de esta manera:

“El duque, estupefacto y asombrado con las palabras escapadas á María Faveau durante su sueño, escucha con nueva ansiedad, y bien pronto salen del pecho oprimido de la acusada las siguientes:

—“Mi venganza... la duquesa... mi venganza... Yo, en su casa... (nuevos murmullos de indignacion en el auditorio.)

“La acusada pasea su mirada impasible por su alrededor, se encoge de hombros y la sonrisa sardónica que le es habitual contrae sus lábios de una manera mas visible aun. La especie de esto lanzado por Maria Faveau á la indignacion del público escita fuertes murmullos; pero á la voz del presidente se restablece la calma y el relator continúa en estos términos:

“A estas terribles palabras escapadas á Maria Faveau: “el cadalso es mi destino.. Subiré á él.” Y despues: “Mi venganza... Yo, en su casa!...” El duque de Beauper-tuis queda anonadado de estupor; escucha aun, pero las demas palabras de María son ininteligibles. De repente cruza por su imaginacion una terrible sospecha; piensa en la es-

traña enfermedad de la duquesa, y el recuerdo de un reciente y demasiado célebre proceso sobre envenenamiento se le viene providencialmente á la imaginacion. Entonces guiado mas bien por el instinto que por la reflexion, se levanta con cuidado, se asegura del profundo sueño en que se halla María Faveau, toma una luz y se dirige á un gabinete próximo á la abitacion de la duquesa, y que servia de dormitorio á María. Allí el duque se entregó á minuciosas pesquisas, y entró al fin oculto en una cómoda, detrás de unos pañuelos un frasquito de cristal, lleno de un polvo blanco, que despues se ha reconocido ser uno de los venenos mas activos y mas peligrosos de los conocidos, el acetato de morfina.

“Esplosion de murmullos de indignacion y de horror en el auditorio. La acusada se levanta bruscamente de su asiento, hace un gesto enérgico negativo y parece prepararse á hablar.

“El presidente, con gravedad.—Acusada. sentaos; debeis oir en silencio el acta de acusacion.

“María Faveau suelta una carcajada de risa sardónica, se sienta y habla en voz baja

á su cómplice, que parece anonado. Una nueva esplosion de murmullos acoge la audaz carcajada de María Faveau y la audiencia se suspende por un momento á causa de este incidente.

“Restablecido el silencio, gracias á las invitaciones del presidente, el relator continúa así el acta de acusacion:

“Al descubrir este veneno en la alcoba de la doncella de la duquesa, Mr. de Beaupertuis, absorto de horror, no sabe que hacer, pero recobrando su sangre fria volvió á colocar el frasco donde le habia encontrado, correr á buscar á su ayuda de cámara, que por fortuna dormia cerca, y le envia á llamar al comisario de policia. Mr. de Beaupertuis volvió en seguida al lado de la duquesa, que estaba aun en su letargo, y María Faveau seguia durmiendo. Las primeras miradas del señor duque se dirigieron á una tetera de china colocada en un *baño de Maria* lleno de una bebida, quizás envenenada, porque habia sido preparada por María Faveau y colocada sobre un velador, cerca del cual se habia dormido.

“El duque dudó que hacer. ¿Hará confesar desde luego á María su crimen execrable, ó

esperará la llegada del magistrado? Adopta este último partido, pero muy pronto María Faveau se despierta y pide al duque que la perdone el haberse dormido y el no haber dado por esta causa á la duquesa la medicina á la hora prescrita. María Faveau trata de presentar á su ama, que continuaba aletargada, la medicina.

—“Aguarde vd. un momento, la dice el duque tratando de disimular el horror que le inspira. Casi al mismo tiempo el ayuda de cámara, segun las intrucciones que habia recibido de su amo, llama, entreabre la puerta y dice al señor duque, que la persona que abia ido á buscar, estaba ya allí. La duquesa continuaba aletargada profundamente. El duque hizo entrar al comisario de policia, y para no despertar las sospechas de María Faveau, le dio:

—“Señor doctor, mi esposa está aletargada y tengo que pedir á Vd. algunos consejos. Y dirigiéndose á María Faveau añadió: ¿es Vd. a que ha preparado la bebida que hay en la tetera?

—“Si señor.

—“¿Cuántas veces ha dado vd. de ella á la duquesa?

—:Tres veces.

—“¿Vd. sola?

—“Si señor, por que la señora duquesa no quiere que la sirva nadie mas que yo.

—“Señor doctor, tenga vd. la bondad de coger esa tetera, añadió el duque, y de acompañarme; y venga Vd. tambien, Mad. Faveau.

“Así que el señor duque, el magistrado y Maria Faveau entraron en el gabinete que esta ocupaba, el duque, cediendo por fin á un horror con tanta pena y por tanto tiempo contenido...

“(Los suspiros entrecortados del duque de Beaupertuis interrumpen al relator y causan una dolorosa impresion en el auditorio. El duque oculta con el pañuelo sus ojos llenos de lágrimas. La señora princesa de Mor-senne y los otros individuos de la familia se apresuraron á socorrer á Mr. de Beaupertuis cuya emosion es tan viva que se ve obligado á salir momentáneamente de la audiencia, apoyado en el brazo de dos de sus parientes. El silencio se restablece y el relator prosigue así la lectura del acta de acusacion:)

“El duque, cediendo al fin á un horror con

su hija y á su marido.

“3. ° Multitud de cartas que no hacian relacion con la acusacion.

“4. ° Una esquela de extrema gravedad y de la que resulta una clara complicidad en la perpetracion del crimen de que es acusada Maria. Esta esquela dirigida á ella por el correo segun se vé por los sellos, se halla concebida en estos términos:

“¡Qué estraña y triste casualidad ha hecho que se halle vd. en la casa de los que han causado todas sus desgracias de Vd! No tengo su valor de vd., sus proyectos me asustan, pero cuente vd. siempre con mi discrecion, porque esa *venganza* es de las que yo comprendo.

“C D.”

“Si me escribe vd. no olvide vd. mis señas; vivo calle de la Bienfaisance, número. 3.”

“Preguntada sobre la significacion de esta esquela que daba gran fuerza á la acusacion, Maria Faveau, que desde la llegada del magistrado parecia sumida en el mayor dolor, respondió que no podia explicar el sentido de aquella esquela, que no comprendia porque se la preguntaba de aquella manera y que que-

ria volver al instante al lado de la duquesa para continuar sus servicios.

“Concluida al fin la paciencia del duque de Beaupertuis por un disimulo tan horrible y no pudiendo contener su furor y sus lágrimas, exclamó:

—“¿Desdichada! ¿quereis volver cerca de mi esposa para acabar de envenenarla, no es verdad?

“En seguida salió del gabinete invitando al magistrado que cumplece con su deber:

“Concluidas las preguntas, el comisario hizo saber á María Faveau que la arrestaba en nombre de la ley, y que le siguiese. La acusada que á pesar de la terrible acusacion lanzada contra ella por el duque, fingia aun no comprender su posicion, preguntó con la mayor insolencia, con qué derecho se la arrestaba y á dónde querian conducirla. Indignado el magistrado con tal audiencia respondió:

—“Se os va á llevar á donde se llevan las envenenadoras.

—“A estas palabras María Faveau quedó petrificada. Despues fingiendo los extravios de la imaginacion pasajeros que debia sima-

lar aun mas tarde, exclamó:

—“Las envenenadoras se las conduce al cadalso, ¿no es verdad?”

—“Sí, respondió el magistrado, cuando está probado su crimen.

«Maria Eaveau soltó una carcajada de risa sardónica y repuso:

—«Eso es... el cadalso es mi destino.

“(Profunda sensacion en el auditorio.)

“Dichas estas palabras, la acusada cayó al suelo con un ataque de nervios tan fuerte, que los dos agentes tuvieron que trasportarla en brazos al fiacre que la condujo al depósito de la prefectura de policia, en cuyo registro fué sentada.

“El comisario, despues de cerrar y sellar las dos puertas del gabinete que Maria Faveau ocupaba en el palacio de Morsenne, se dirigió en seguida con otros agentes á la calle de la Bienfaisance, núm. 3, con objeto de descubrir el autor de la esquila arriba citada, firmada solamente con las iniciales C. D.

“Serian las cuatro de la mañana poco mas ó menos, cuando el magistrado se presentó en la calle de la Bienfaisance, número 3, es-

ta era casa de huéspedes de la peor apariencia. El comisario, dándose á conocer, intimó á la posadera le exhibiese su registro de hospedaje. El exámen del registro dió á conocer que dos de los huéspedes tenían sus apellidos por la letra D, el uno llamado Dermot, que se decia empleado, cesante; la otra llamada señora Duval que criaba un niño, y que segun relacion de la posadera, se hallaba reducida á una miseria tal que, falta de un alimento suficiente, se le habia agotado su leche hácia algun tiempo, y que al dia siguiente iba á echarla del gabinete que ocupaba por no poderla sacar el precio de dos meses de hospedaje que la debia.

“Penosa sensacion en el auditorio. Todas las miradas se dirigen con interés sobre la segunda acusada que procura ocultar las facciones con su pañuelo á la curiosidad pública.

XXXV.

Después de un momento de pausa el relator continuó así:

“Preguntada la posadera si los dichos huéspedes se hallaban en aquel momento en la casa, cuyas salidas guardaban los agentes, respondió, que el llamado Dermont no había venido aquella noche aun, y que la señora Duval había salido un momento la víspera por la tarde á fin de obtener por caridad de una frutera que vivía en la casa un poco de leche y de carbon para alimentar y calentar á su niño que se moría de hambre; y que habiéndole la frutera hecho esta caridad había vuelto á su gabinete, del que no había salido.

“Preguntada sobre las costumbres del llamado Dermont y de la señora Duval respondió que el primero se retiraba á su casa á horas muy altas de la noche, muchas veces en estado de embriaguez, pero que pagaba exactamente sus quincenas. En cuanto á la señora Duval, que en un principio salía todos los dias á pasear á su niño, ha-

cia algunas semanas que no lo efectuaba por tener sus vestidos hechos un harapo y por estar enfermo su hijo; que no recibia á nadie en su gabinete, que parecia de un carácter dulce y tranquilo, y que la habia suplicado la procurase alguna obra de aguja, por no tener, segun decia, otros recursos para vivir, que su trabajo. La posadera, á pesar de sus buenos deseos, no habia podido, hacia algun tiempo proporcionar obra á la señora Duval, y habiéndole visto la antevíspera próxima á caer de inanición, la habia dado un tazon de sopas para ella y su niño.

“Preguntada si la señora Duval tenia relaciones con una persona que vivia calle de Varennes, en el palacio de Morsenne, respondió que lo ignoraba.

“Requerida en seguida para que manifestase en qué piso habitaba la Duval, respondió que el quinto piso, segunda puerta á la izquierda, en una especie de pasillo formado entre los artesonados de una boardilla.

“El magistrado, acompañado de sus agentes, se dirigió á la habitacion designada....

“(En este estado se interrumpe la lectura del acta de acusacion por un nuevo inci-

dente. La acusada Clementa Duval, pálida y deshecha en lágrimas, cae de rodillas ante su banco y esclama juntando las manos y dirigiéndose al tribunal):

—“¡Por Dios! ¡por favor! ¡respetad mi vergüenza! ¡Oh! por el nombre de mi padre, no leais mas, no acabeis.

“(Es imposible describir la impresion causada por el acento desgarrador y por la actitud suplicante de la segunda acusada en cuyas facciones descompuestas se ve pintada la desesperacion y la vergüenza. Su defensor la hace comprender con gran trabajo que el acta de acusacion debe leerse entera. Maria Faveau se esfuerza tambien en calmar á su compañera, que ocultando por un movimiento brusco su rostro en el seno de su cómplice, como para hallar en él un abrigo contra las miradas del auditorio, murmura en voz desfalleciente):

¡Oh! dejadme aquí por piedad, dejadme aquí! ¡que no me vean!

(La emocion llega á su colmo; muchas señoras llevan sus pañuelos á los ojos. Uno de guardias municipales que habia dejado momentáneamente el puesto que ocupaba entre las dos acusadas, se dispone á sepa-

rarlas para ocupar su puesto de oficio, pero el presidente le dice con acento de conmiseracion que halla gran eco en el auditorio):

“¡Dejadlas, dejadlas!

“Concluido este nuevo incidente, dijo el presidente dirigiéndose al público:

— “Por vivas que sean las emociones del público, le encargo procure contener su espresion y que se guarde el mayor silencio.

(El presidente hace en seguida una señal al relator, que prosiguió en estos términos el acta de acusacion.

“Llegado el comisario á la puerta de la señora Duval llamó á ella varias veces sin que nadie le respondiese; se vió obligado á mandar á buscar un cerragero, que hizo saltar la cerradura.

“Un fuerte olor de carbon salió del gabinete así que se abrió la puerta; y un horrible espectáculo se presentó á la vista del magistrado, testigo así mismo de un nuevo crimen.

“La señorita Duval, tan profundamente aletargada, que en un principio se la creyó muerta; estaba medio cubierta con unos andrajos y acostada sobre un jergon, teniendo oprimido contra su pecho el cadáver de un

niño como de ocho á nueve meses.

“Un brasero á medio encender, y los pedazos de papel que cerraban herméticamente las rendijas de la ventana que daba luz al gabinete, no dejaban duda acerca del doble crimen que se habia cometido allí. Una madre impia y desnaturalizada no contenta con ultrajar la ley divina atentando contra su vida, habia tenido la fria crueldad de asesinar á su propio hijo porque hacer participante del suicidio á una criatura inocente, no es otra cosa que asesinarla.

(Movimiento de horror en el auditorio; todas las miradas se fijan en Clementa Duval, que continuaba ocultando su rostro en el seno de su cómplice y que apenas podia contener sus convulsivos sollozos).

“El primer cuidado del comisario cuando notó que la señora Duval vivia aun, continuó el relator, fué el enviar á buscar un médico para asegurarse de si quedaba alguna esperanza de salvarla; el desgraciado niño habia dejado de ecsistir, pero gracias á los cuidados del profesor la señora Duval fué volviendo poco á poco á la vida, en tanto que se procedia al registro del gabinete.

“Este registro no dió otro resultado que el descubrimiento de muchos paquetes de cartas sin firma de que se hallará mas adelante, y el de hacer constar que la señora Duval estaba casada como resultaba de la lectura de muchas de estas cartas. El desgraciado niño que habia asesinado era fruto de las relaciones vergonzosas de esta mujer con el autor de las cartas recogidas. La conducta de la acusada se hace por este hecho tanto mas punible por haberse criado en una familia de las mas recomendables; su padre, el señor coronel de artillería Duval, ha conseguido un nombre de los mas gloriosos en nuestro valiente ejército de Africa. (Movimiento de atencion.)

“Se le habia creído muerto en un heróico combate; pero solo fué prisionero de una tribu nómaua que le llevó consigo. Se estaba tratando de su cange hará quince meses, pero fueron interrumpida las negociaciones por haber los kabiles roto las hostilidades; y en el dia no se sabe cuál habrá sido su suerte.

“En la habitacion de la señorita Duval halló tambien el comisario una carta cerrada con sobre á madama Faveau en e

palacio de Morsenne calle de Varennes, que tenia la palabra *urgente*.

“Esto no dejaba duda alguna sobre las iniciales *C. D.* que firmaban la carta hallada en casa de madama Faveau, y era una nueva prueba de las relaciones que existian entre los dos cómplices.

“La carta de la señorita Duval estaba concebida en estos términos.

“Me dirijo á vd. que me ha manifestado interés en mis desgracias. Muero vencida por la miseria, por la falta de trabajo, por la vergüenza de mendigar y por no presenciar por mas tiempo los atroces sufrimientos de mi pobre hija.

“Hace un mes que no enciendo luz ni lumbre: estas largas horas de agonía pasadas en el insomnio y las tinieblas son horribles. Hace dos dias que ni mi hija ni yo hemos comido, y estoy sufriendo hace mucho tiempo los mayores tormentos. Mi ropa está toda empeñada en el *Monte de piedad* y no puedo soportar por mas tiempo el vivir á costa de mis vecinos, que son tan pobres como yo, pero que tienen la ventaja de estar acostumbrados á la desgracia.

“Para proporcionarme esta tarde el car-

bon sin despertar sospechas, he tenido que decir á una vecina, y no mentia, que mi niña se moria de hambre y de frio, y que la salvaria dándome un poco de carbon y de leche; y de este modo me he proporcionado lo que queria.

“He entrado en mi cuarto al anochecer; mi hija, cuya hambre habia entretenido hasta entonces aplicando á sus lábios una esponja con agua, ha bebido la leche con avidez. Los dolorosos gemidos que la arrancaba el hambre, han cesado por un momento, y se sonreia alargando para acariciarme sus descarnados brazos que temblaban de frio y que tantas veces quise calentar con mi aliento.

“Al ver sonreir á mi hija y volver, por decirlo así, á la vida, dudé de hacerla morir conmigo. Aunque estaba livida me parecia tan bella... pero me dije á mí misma: será hermosa, pobre y abandonada; mas la vale morir sobre el seno de su madre, que no algun dia como yo de miseria, de vergüenza y de pena. Huérfana y pobre, su suerte será tan desgraciada como la mia y aun mas porque yo tenia un padre y una madre que me adoraban. Mi educacion fué

brillante, y si no viví mis primeros años en el lujo, tuve siempre un buen pasar. Mi corazón era bueno y mi alma pura. Ya lo sabe Vd. María, mi único crimen ha sido el creer en la santidad de un juramento hecho sobre el lecho de mi moribunda madre, cuando su mano helada por la muerte ponía sobre la mía la de aquel á quien tanto amaba yo. .; mi único delito ha sido el creer que desde aquel instante pertenecía yo á aquel hombre ante Dios y el mundo entero; mi confianza en su honor me perdió. ¡Que el cielo le perdone!

“¿Y dejaría yo espuesta á las mismas desgracias á mi pobre hija? No, no; salgamos las dos de este mundo que la infeliz solo ha conocido por los sufrimientos que ha tenido desde su nacimiento. No, no, que no sea otro día su víctima; bastante ha padecido ya...

“Pero cierra la noche, y apenas veo para concluir esta carta. También tiene Vd. una hija á quien adora, y también ha sufrido Vd. María; Vd. sola puede comprender mi resolución.

“Tengo que pedir á Vd. el último favor. Conozco el valor de Vd. y su cariño, y me sería muy penoso pensar que mi cuerpo y el

de mi pobre hija van á ser enterrados por manos profanas y no compasivas, y la pido á Vd. que cumpla con nosotras este último deber. En la seguridad de que Vd. no menegará este favor, mi muerte me es mas dulce.

“Adios. Adios para siempre. Esta carta se la entregará á Vd. el que abra mi cuarto.

“Pida V. á Dios por mi y por mi hija.
Clementa Duval.”

(La lectura de esta carta produjo una gran conmocion en el público: muchas señoras llevan á sus ojos el pañuelo, la principal acusada dice algunas palabras á su cómplice, y parece advertirla de la impresion que ha causado, esta carta; pero Clementa Duval se halla en un estado tal de abatimiento que parece no comprender lo que la habla Maria Faveau.)

XXXVI.

“(Restablecida la calma en el auditorio y terminada la viva agitacion causada por la lectura de la carta de Clementa Duval, el relator termina en estos términos el acta de acusacion):

“La carta escrita por la señorita Duval, antes de intentar el suicidarse, no dejaba duda alguna sobre el crimen de infanticidio cometido con premeditacion por la acusada en la persona de su hija.

“Cuando gracias al socorro de un facultativo, volvió en si, Clementa Duval no negó el atentado que habia cometido, y la voz de la inaternidades siempre tan poderosa, que cuando se trató de separarla del cuerpo de su niña, couducirla á la iglesia y despues al cementerio. El comisario, cediendo á un sentimiento de piedad otorgó este triste favor á Clementa Duval, que á pesar de su estado tuvo valor para cumplir, deshecha en lágrimas, la carga dolorosa que se habia impuesto. (Movimiento prolongado en el auditorio.) La proximidad del establecimiento de pompas

fúnebres situado en la calle Meromesnil, hizo que la mortaja llegase pronto la caja mortuoria se colocó en un fiacre, en el que subió Clementa Duval acompañada de dos agentes delegados por el comisaria para conducirle á Saint-Philipp du-Roule, la iglesia mas próxima, despues al cementerio Montmartre, y en seguida entregar á la acusada en la prefectura de policia.

«Despues de decir una misa rezada por el reposo del alma del niño, fué conducido el cuerpo al sementerio; en el momento en que iba á desaparecer en la fosa comun, Clementa Duval se arrojó sobre el pequeño ataúd, le cubrió de lágrimas y de besos, y fué necesario emplear la fuerza para separarla de la caja que estrechaba convulsivamente entre sus brazos. Así que salió del cementerio fué entregada en la prefectura.

«Comenzó en seguida la intruccion, y gracias á las investigaciones de la justicia, fueron conocidos los antecedentes de las dos acusadas.

«Maria Faveau habia tenido durante muchos años, con su marido José Faveau, una tienda de gnanteria y perfumeria en la calle del Bal. Por la imparcialidad de la acusacion

es necesario declarar, que á pesar de la belleza de María, que le proporcionaba numerosos obsequios, su reputacion estaba al abrigo de toda sospecha mientras que ha tenido su tienda. Por mucho tiempo los esposos Faveau fueron citados en el barrio como modelo de honradez; sin embargo hácia el principio del año de 1839 José Faveau, cuya conducta hasta entonces habia sido muy arreglada, se dió al vino; este vicio innoble le hizo caer muy pronto en un estado semejante al de la estupidez. Segun ciertas declaraciones, José Faveau, buscaba en la embriaguez el olvido de violentas querellas domésticas; segun otras, solo se habia abandonado á su pasion por el vino, pero en seguida la pérdida completa de la razon sucedió á la borrachera, y de repente entró en una enagenacion mental y hubo que encerrarle en Vicetre.

La deplorable conducta de José Faveau habia arruinado su comercio: el escaso dote de su muger, y las economias de los padres de esta, se emplearon casi del todo en la liquidacion de sus negocios. Tantos disgustos dieron un golpe funesto á la salud de los padres de Maria Faveau y les perdió muy pron-

to. A poco tiempo de la enagenacion mental de su marido, Mad. Faveau se encontró casi sin recursos, y segun el proceso, vivia en un pequeño cuarto en el barrio de San Antonio, cerca del colegio donde habia colocado á su hija. Tambien aparece del sumario, que Maria Faveau, de la pequeña suma que la quedaba de la herencia de sus padres, pagadas las deudas de su marido, habia satisfecho cuatro años adelantados de la pension de su hija en el colegio, quedándose casi sin nada. En esta época fué cuando se encontró á su hermana de leche la señorita Desirée Buisson, que era entouces la primera doncella de la duquesa de Beaupertuis. Segun la declaracion de la acusada, habiéndola comunicado la señorita Desirée su intencion de dejar y servir, y encontrándose ella sin recursos, la suplicó la recomendase á la duquesa para que la recibiese como doncella, cosa que se verificó al momento. Ha sido imposible aclarar en sumario los verdaderos motivos que tuvo la señora Faveau para suplicar á la señorita Desirée para que la recomendase á Mad. de Beaupertuis. La señorita Desirée, despues de haber dejado el servicio de su ama para marchar á Calais,

en una fonda, donde estuvo empleada su madre; esta siguió á sus nuevos amos á Italia, dónde quizás se hallará ahora. Un exhorto dirigido á Calais y las diligencias practicadas con la madre de la señorita Desirée, no han producido resultado alguno.

«En las declaraciones que se han tomado desde su arresto á María Faveau, ha adoptado dos sistemas diferentes de defensa.

“Al principio, como hacen muchos acusados, fingió un estravio mental, para ocultar la verdadera causa de su crimen, y desde las primeras declaraciones el juez solo ha podido obtener de ella la respuesta siguiente:

—“Puesto que se ha encontrado el veneno en mi cómoda, yo soy envenenadora; y si lo soy, debo subir al cadalso, porque ese es mi destino, y solo tengo que pedir que se me permita abrazar á mi hija antes de morir.

“Interrogado por el juez acerca de porqué decía que su destino era el suplicio, María Faveau ha contestado, como si padeciese una pasagera monomania:

—“Porque eso tenia que suceder. necesi-

riamente.

—“Ha sido por mucho tiempo impasible hacer salir á Maria de este círculo vicioso, trazado evidentemente por ella para estraviar las investigaciones de la justicia. En vano el juez de instruccion la decia;

—“Tened cuidado, porque al decir que vuestro destino es el cadalso, confesais implicitamente que merecis esa terrible espiacion.

—“Maria Faveau contestaba fingiendo siempre su enagenacion:

—“Yo no confieso nada, digo únicamente que mi destino es el cadalso.

—“Y como el juez de instruccion la presentase nuevos argumentos, en una declaracion que duró cinco horas, contestó:

—“Si yo declarace que habia envenenado á la duquesa, me dejariais en paz, ¿no es verdad? Pues bien, la he envenenado.

—“¿Cómo! ¿confesais el crimen?

—“Si.

—“¿Guardasteis vos el frasco del veneno en vuestra comoda?

—“Si.

—“¿Y echabais de ese veneno en todas

las medicinas que dabais á la duquesa.

—“Sí, sí. Ya estareis contento y yo tranquila, haced que se me corte la cabeza lo mas pronto posible. (Movimiento de horror en el auditorio.)

“Es pues evidente, que á pesar de la fingida enagenacion mental de la acusada, la confesion que sin duda le arrancaba el grito de su conciencia, ha venido á probar mas y mas la acusacion. A la mañana siguiente á la en que hizo esta confesion, fué atacada María Faveau de una violenta fiebre que la tuvo cerca de un mes postrada en el lecho. En los interrogatorios subsiguientes la acusada ha cambiado de sistema; ha denegado terminantemente sus primeras confesiones alegando que entonces no tenia segura su cabeza y que habia confesado porque la dejasen tranquila. Ha negado el haber dado el veneno á su ama. En vano se le han puesto de manifiesto las pruebas materiales de su crimen, el frasco medio lleno de acetato de morfina hallado en su cómoda: en vano se le ha leído el informe de los químicos encargados de analizar el brebaje que segun su confesion solo ella servia á su señora (certificacion acreditando haber una cantidad de veneno bastante conside-

rable en la tetera); en vano se la ha hablado de los informes de los médicos de Mad. de Beaupertuis, que sia perjuicio de tener los mas graves temores acerca de la situacion de esta señora, reconocen sin embargo (prueba concluyente contra la acusada) que desde la prision de la misma ha dejado de hacer progresos el mal.

“Esta persiste en sostener unas veces en que es estraña al delito que se la imputa, y otras dice que sabe muy bien que debe morir guillotizada y que no hay nada en el mundo que le pueda impedir, y que está deseando concluir:,,

“Interrogada de nuevo sobre el billete de la señorita Duval, que dice:,,

“;Qué estraña y triste casualidad ha hecho que se halle vd. en la casa de los que han causado todas sus desgracias de vd.! No tengo su valor de vd., sus proyectos me asustan; pero cuente vd. siempre con mi discrecion, porque esa venganza es de las que yo comprendo.,,

“La acusada guarda un silencio obstinado y contesta que no puede explicarlo; interrogada por fin si tiene algnn testigo que deponga en su favor, dice que solo tiene uno que

podria salvarla; pero que no se halla en Paris.,,

“Preguntada por el nombre de este testigo, contesta que es el doctor Bonaquet, uno de nuestros mas ilustres médicos, que efectivamente ha salido con su señora hácia los Pirineos, poco tiempo antes de comenzarse esta causa, y que por lo tanto no ha podido ser examinado.

“La señorita Clementa Duval, requerida tambien sobre la significacion de dicho párrafo, ha respondido.,,

—“Ese secreto no me pertenece; si Maria Faveau quiere dar esplicaciones sobre el sentido de ese párrafo, hablaré, si no, me debo callar.,,

“Y no ha servido ninguna observacion para desviarla de este propósito.,,

“El juez de instruccion creyó de su deber que Maria Faveau estaba presa por tentativa de envenenamiento, y que el sentido de la carta referida, en que se habla de la introduccion de Maria en la casa de los que habian causado su desgracia, no tiene otra solucion que la perpetracion de un crimen por el horrible deseo que tenia de vengarse de las desgracias á que se hacia alusion en la car-

ta, y á cuyo crimen no parecia estraña la misma Clementa Duval; por lo cual tenia un gran interés en que se aclarase este punto, porque si se demostraba la complicidad era suficiente para llevar á los dos al patíbulo.,,

“Clementa Duval ha contestado que no podía creer á Maria culpable de semejante crimen, y como el juez la preguntase qué desgracia habia causado á Maria la ilustre familia que habitaba en el palacio de Mor-senne, la señorita Duval se ha encerrado en su anterior respuesta, diciendo con amargura que está cansada de vivir, que quiere ir á reunirse con su hija y que se haga de ella lo que se quiera.,,

“Los antecedentes de Clementa Duval son bastante malos. A poco tiempo de la muerte de su madre, acaecida hace quince meses, dió á luz á la niña que acaba de matar. Poco despues del nacimiento de esta niña, fruto de concubinaje, Clementa Duval perdió los recursos con que vivia, que consistian en la escritura de un crédito hipotecario, porque Mr. Beansejour, notario, condenado despues por quiebra fraudolenta, habia dispuesto del dinero en lugar de emplearlo en lo que se le habia mandado, y cuyos intereses

habia pagado, como si lo hubiese hecho, engañando así la confianza de la madre de Clementa, que entendia poco de negocios de esta clase.,,

“Clementa Duval privada de todo recurso vendió poco á poco los muebles que heredó de su madre, y dejó su habitación de la calle de Saint-Louis en el Marais, donde habia vivido hasta entonces, para ir á habitar una casa de huéspedes en el barrio del jardín de plantas. Lo adelantada que estaba en su embarazo, y poco despues los cuidados que reclamaba su hija, fueron un obstáculo para proporcionarse medios de existencia dando lecciones de música y dibujo, que su brillante educación le permitia dar. Por otra parte la vergüenza de su posición no le permitia introducirse en las casas de las familias honradas, por lo cual se vió en la necesidad de ocuparse en trabajos de aguja y de tapicería. Por algun tiempo se libró así de la miseria; pero habiendo disminuido esta clase de labores, Clementa Duval cayó en una miseria espantosa, dejó la casa que habitaba, y por economía fué á vivir á una de las mas mezquinas del barrio de Saint-Honoré, donde fué arrestada cuando su tentativa

de suicidio seguida de infanticidio .,

“Tales son los hechos que resultan del sumario, y en su consecuencia son acusadas.,,

1. ° “Maria Josefina Clermont de Faveau de ser culpable de tentativa de asesinato con premeditacion en la persona de Diana Clotilde de Morsenne, duquesa de Beaupertuis, tentativa que comenzó á poner en ejecucion y que dejó de consumarse por causas independientes de la voluntad de su autor, pero que produjo una enfermedad que ha durado mas de veinte dias.,,

2. ° “A Clementa Duval de complicidad en el referido crimen, y subsidiariamente de haber dado muerte á su hija voluntariamente y con premeditacion.,,

XXXXVII.

Ademas del acta de acusacion, que acababa de leer el ayudante del príncipe real á las personas reunidas en el salon del manantial, El *Observador de los tribunales* publicaba tambien el interrogatorio de las acusadas, el careo con la parte acusadora, y otras diligencias que llenaron la

primera audiencia, y de que nos ocupáremos despues. Pero el príncipe real y la sociedad que habia escuchado con el mas vivo interés la lectura del coronel Butler del acta de acusacion, tenian deseos de que terminase este documento para manifestar su opiniones sobre el particular.

Felizmente para Ducormier su posicion particular respecto al padre de Mad. de Beaupertuis, el príncipe de Morsenne, su venerable protector como él decia, dió una esplicacion á los diversos sentimientos que le alteraron visiblemente durante la lectura. A cada momento temia que su nombre fuese pronunciado por alguna de las tres desgraciadas perdidas por él; pero aunque consolado de este terrible temor, sentia cierto género de supersticioso asombro al ver la inconcebible fatalidad que realizaba las siniestras predicciones hechas á estas tres desgraciadas mugeres.

Tampoco escuchó Ducormier, á pesar de lo empedernido de su corazon, sin remordimientos la relacion dolorosa de las lamentables miserias de que era el único causante. Aquella alma que en otro tiempo habia sido generosa, pero que se hallaba pervers-

vida por las malas pasiones, sintió la punzada de remordimientos, y por un momento su carácter indomable sintió que decaía; pero cuanto mas aguda fue su emocion, mayores fueron sus esfuerzos para disimularla, porque necesitaba representar con desembarazo el papel que le tocaba en aquellas circunstancias ante las personas que le rodeaba, principalmente ante S. A. R. en quien fundaba sus ambiciosas esperanzas,

Apenas terminó el coronel Butler la lectura del acta de acusacion, comenzó el siguiente diálogo entre las personas que se hallaban en el salon:

El príncipe real (interrumpiendo al coronel).—¿Llena el acta de acusacion que habeis leído todo el número?

El coronel.—No, monseñor, falta por lo menos la mitad del periódico.

El príncipe real.—Pues si estas señoras lo permiten interrumpiremos por algunos instantes la lectura, porque en verdad se necesita, por decirlo así, respirar despues de tan vivas emociones.

La princesa de Louvestein.—Somos del mismo parecer que V. A. R., y le íbamos á suplicar se suspendiese por un momento la

lectura.

La duquesa de Spinola.—Yo estoy aun estremecida; tantos horrores parecen increíbles.

El marqués Montville.—¡Pobre madama de Beaupertuis! Cuando dejé á Paris hace seis meses, estaba en la flor de su juventud y de su belleza. ¡No puede figurarse V. A. R. cuán hermosa era madama de Beaupertuis, porque por desgracia hay que decir ya: era!

El príncipe real (á Ducormier con interés).—Vamos, animaos, mi querido conde; si alguna cosa puede consolaros del golpe horrible que ha herido á la hija de vuestro venerable protector, es el pensar que la infernal criatura que ha cometido el crimen está bajo el poder judicial.

Ducormier.—Si, monseñor, pero ese es un triste consuelo.

La condesa de Ducormier.—¡Pero esa madama Faueau debe ser un monstruo.

El príncipe real (con horror).—¡Una envenenadora es decir, lo mas cobarde y lo mas feroz que hay en el mundo,

La marquesa de Montville.—Tener la odiosa hipocresia de cuidar á su ama con el

mayor esmero, para destruir toda sospecha, y hacerle morir lentamente y á su vista, para asistir con frialdad á su prolongada agonia.

El príncipe real.—No hay suplicio que sea bastante para semejante atrocidad.

La duquesa de Spinola.—¿Cuál habrá podido ser el motivo de la venganza de horrible muger? ¿Le concebís, monseñor?

El príncipe real.—Efectivamente, en eso está el misterio, señora duquesa. El crimen está patente, pero su causa está oculta (á Ducormier.) Si no temiese avivar vuestros sentimientos, mi querido conde, os suplicaría que, pues habeis vivido con intimidad cerca de la familia de Beaupertuis, nos digeis algo, si no teneis inconveniente, sobre los motivos de ese crimen.

Ducormier (con resolucion). Cuando hace quince meses sali de la casa del principe de Morsenne, nada habia que pudiese hacer presumir semejante crimen. La señora duquesa de Beaupertuis era amada y respetada de todas las personas que tenian el honor de tratarla.

La princesa de Lovvestein (á Ducormier).

—¿Y en la época de que habláis, señor conde, no había entrado aun en casa de Morsenne esa abominable criatura?

Ducormier.—Que yo sepa, no, señora princesa. Hoy oigo por primera vez pronunciar el nombre de esa muger.

El almirante sir Charles.—¿De modo, monseñor, que V. A. R. cree que la culpabilidad de la acusada está completamente probada?

El príncipe real.—¿Cómo! Señor almirante, ¿podeis dudar de ello?

El almirante.—A fé mia que sí, monseñor.

La duquesa de Spinola.—¿Cómo pues, sir Chares! ¿eso no es posible! Seria negar la evidencia.

El príncipe de Lovvestein.—Pero, mi querido almirante, ¿y el frasco encontrado por el duque en la cómoda de esa miserable?

El marqués de Molaville.—¿Y la tetera llena de brevage envenenado?

La condesa Ducormier.—¿Y la carta de su cómplice Clementa Duval?

El príncipe real.—Y son pruebas, señor almirante la confesion de ese monstruo, luego

que se vió apremiada por las preguntas:— *Si, he sido envenenadora;— si, el frasco era mio;— si, debo morir en el cadalso!*—Y hay que tener también en cuenta lo constante que es esa preocupacion con el patibulo. No solo habla de su venganza durante su sueño, sino que dice repetidas veces al juez de instruccion.— *Mi destino es morir en el cadalso!*— Fracamente, señor almirante: la conciencia que está tranquila, jamás se vé poseida de semejantes preocupaciones.

El Almirante.—Pues precisamente esa constante preocupacion, monseñor, me hace pensar que está loca... rematadamente loca, y no es al cadalso sino á una casa de locos donde debian enviarla.

El príncipe real.—¡Loca, señor almirante! y demuestra por su ama un celo estremado para mejor ocultar sus criminales designios! ¡Loca y emprende y continúa su infernal proyecto con increíble presencia de ánimo!

El duque de Ciudad-Rodrigo.—Yo creo; mi querido almirante, que esa muger como otros mucho criminales, finge ese extravio de su razon; pero me parece que ha calculado perfectamente su crimen horri-

ble. (Anatalio Ducormier) ¿Que opinais de esto, señor conde?

Anatalio Ducormier. — Hay tantos ejemplos de errores judiciales, señor duque, que es difícil pronunciarse con un completo conocimiento de causa. Por otra parte la instrucción arroja terribles sospechas contra... Maria Favcau.

La baronesa de Lucenay. — Para mí el crimen está plenamente probado; pero lo que me es imposible comprender es la causa del odio de esa muger contra esa pobre duquesa, que la colmaba de favores.

El almirante. — Pues eso justamente, señora; es lo que me hace pensar, que esa muger está loca ó inocente, por el placer solo de causarlo, y hasta ahora el proceso prueba que la acusada no conocia á la duquesa hasta que entró á servirla. Tal ha sido su celo por su señora, que esta la ha manifestado muchas veces su satisfaccion. ¿Por qué, pues ha querido envenenarla Maria Favcau?

El príncipe real. — Permitame, señor almirante; habeis olvidado una de las circunstancias mas capitales del proceso...

El almirante. — ¿Cuál, monseñor?

El príncipe real (al coronel.)—Coronel, volved á leer el final de la carta escrita por Clementa Duval.

«Mad. Faveau, (al almirante.) Pesad el sentido de esas palabras, señor almirante.

El coronel (leyendo.)—«Sus proyectos de vd. me asustan pero cuento Vd. con mi descripción, porque esa venganza es de las que yo comprendo.»

El príncipe real (al almirante).—¿Y bien, señor almirante, comprendéis ahora? ¿No llevaba á cabo esa muger un designio formado de antemano y de que tenia conocimiento la señorita Duval? ¿Ese designio no tenia por objeto la venganza?

El almirante.—Es verdad, monseñor, habia olvidado esa circunstancia. Esa carta es concluyente. Sin embargo á no ser un monstruo, me parece imposible que la señorita Duval escribiese acerca de un abominable envenenamiento: *esas venganzas es de las que yo comprendo.*

La duquesa de Spinola.—Concluyente para las dos cómplices, porque era indigna Clementa Duval debe estar iniciada en el crimen.

La princesa de Lovvestein.—A no dudarlo

señor almirante, esa criatura es un monstruo una muger que mata á su hijo es capaz de todo. (A Ducormier que se estremece). Veo que participar de mi indignacion y de mi horror, señor conde.

Ducormier.—¿Quién no ha de participar de ella, señora princesa?

El príncipe real.—Si he de hablar con franqueza, yo no he juzgado, del mismo modo que vos á la señorita Duval.

La duquesa de Spinola.—¿Cómo, monseñor, una desdichada de asesina á su hijo!

El príncipe real.—Lo conozco, señora, es un crimen: pero observad que en casi todas las casas de infanticidio sometido á la ley francesa, el criminal mas cobarde y mas infame, y por decirlo de una vez, el mas culpable jamás se sienta en el banco de los acusados. (A Ducormier que pierde el color). ¿No es así, mi querido conde? Vuestro corazon se subleba, como el mio, contra esa parcialidad de vuestra legislacion. Una jóven inesperta se vé seducida, y para ocultar su vergüenza, mata á su hijo y vá á espiar su delito ó al cadalso ó á una casa de correccion; y segun las leyes de vuestro pais

el ceductor, cuya corrupcion ha sido la única causa de todos los males, se vé libre de todo cargo. Asi, por ejemplo, Clementa Duval, hija de un oficial, distinguido, educada de una manera brillante y que vivia con comodidad, se enamoró sin duda de algun miserable hipócrita, puesto que el solo crimen de que ella se acusa á sí misma, segun dice la infeliz en un momento supremo, es el haber creido en la santidad, de un juramento prestado á la cabecera de la cama de su madre moribunda. Aquella madre espirante creia fiar el porvenir de su hija á un hombre honrado. ¿Y qué sucede? Que esa desgraciada critura, creyéndose desde aquel momento, segun dice, uoida para siempre al que amaba, escucha mas á su corazon que á su razon y cede á una pasion culpable... Y algun tiempo despues su amante la abandona dejándola entregada á sus remordimientos, á su vergüenza, á una miseria atroz, á males tan espantosos que intenta librarse de ellos matándose con su niña. ¡Y el seductor de esa muerte? ¡No! ni aun mencion de él se hace, y quizás á estas horas el rumor público le participa el crimen de su querida y la muerte de su hijo; y como un hombre semejante debe

ser un infame sin piedad, se rie á no dudarlo de tantos males ¡Ah! os lo confieso, mi querido conde, toda mi sangre se me subleva contra esa odiosa impunidad, contra ese ultraje á la justicia divina y humana: sí, deploro que la Francia colocada á la cabeza de la civilizacion, deje subsistente en sus leyes semejante atrocidad.

(El príncipe real que ha hablado con una emocion estrema, se interrumpe un instante en medio de un murmullo general de aprobacion).

La condesa Ducormier (á su marido por lo bajo).—¡Me parec. que no estás en la conversacion! Sosten, pues, el mismo tema que S. A. R. Te será muy fácil, pues es una teoría muy bella.

Ducormier (turbado).—Muy consolador es, monseñor, oir hablar á un príncipe que algun dia debe ser llamado á gobernar á los hombres, desenvolver ideas que tanto honor hacen á su talento y á su corazon.

La condesa Ducormier (á su marido por lo bajo).—Hablas solamente con los labios y no con el corazon; vamos, pues, animate.

El príncipe real (algo sorprendido de la

frialdad de Ducormier y dirigiéndose á él).
¿No partici, ai- d: mis ideas, señor conde?
¿No hallais que vuestra legislacion consagra
una horra le impuidad?

La condesa Ducormier (á su marido por lo bajo y dándole con el codo).—Te halla frio; vamos, pues.

Ducormier.—Por el contrario, estoy perfectamente de acuerdo con V. A. R. en ese punto; me parece como á vos, monseñor, que en muchas circunstancias el hombre que abusa del candor y la confianza de una jóven á quien abandona en seguida, es un miserable digno de desprecio; en este punto tiene desgraciadamente un lunar nuestra legislacion.

La condesa Ducormier (á su marido).—Eso es mejor... pero dicho con mucha frialdad.

La duquesa de Spinola.—¿No hallais monseñor, en la causa una cosa hasta ahora mesplicable?

El príncipe real.—¿Cuál, señora duquesa.

La duquesa de Spinola.—Esa carta escrita á Maria Faveau por la pobre Clementa Duval (porque, V. A. R. tiene razon, la infor-

tunada Clementa es ante todo digna de piedad). Esa carta dice, me parece, que la familia de la duquesa de Beaupertuis es la *causa de las desdichas* de esa espantosa criatura.

El príncipe real.—En efecto, señora duquesa, ese pasage me ha chocado tambien; es un misterio que el resto del proceso aclarará tal vez.

El príncipe de Lovvestein.—Misterioso es en efecto, monseñor, porque uno se pregunta y no puede saber qué lazos pueden existir entre personas de condiciones tan diversas.

La marquesa de Monlaville (á Ducormier.) —¿Cuándo viviais en el palacio de Morsenne, señor conde, no oísteis decir si esa miserable tenia algunas relaciones con Mad. d Beaupertuis?

Ducormier (muy pálido.)—No, señora marquesa.

El príncipe real (á Ducormier afectuosamente.) Es menester, querido conde, que nos escuseis nuestra curiosidad. Nos arrastra, á pesar nuestro quizás, hasta la indiscrecion; pero á causa de vuestra casualidad de amigo antiguo de la familia de Morsenne, se vé

uno obligado á cada paso á preguntaros por algunos antecedentes.

Ducormier.—Y yo, monseñor, me apresuraré siempre á darles que sepa tanto á V. A. R. como á estas señoras; pero respecto á los antecedentes de las dos acusadas, como ya he tenido el honor de manifestar á V. A. R., estoy en una ignorancia absoluta...

La condesa Ducormier (á su marido).—Decididamente, no estás en tu estado [normal; estás lívido.

El príncipe real.—¿Quereis, señoras, que el coronel Bulter continúe su lectura? Quizás averigüemos algo del misterio que hasta ahora no hemos podido penetrar.

Muchas voces.—Sí, monseñor, estamos tan impacientes como V. A. R.

El príncipe real (al coronel).—Continuad vuestra lectura, coronel:

XXXIX.

El coronel Butler continuó de esta manera la lectura del *Observador de los tribunales*:

“Leída por el relator el acta de acusación, que causa una viva emoción en el auditorio, y que ha sido escuchada con abatimiento por Clementa Duval y con sardónica impaciencia por María Faveau, el presidente procede á los interrogatorios.

“El presidente. — ¿Se halla presente el Sr. duque de Beaupertuis?

“El duque de Beaupertuis se levanta. (Movimiento general de curiosidad.) El marido de la víctima de María Faveau es un hombre joven aun. Su vestir es demasiado desaliñado. El conjunto de sus facciones es un poco gracioso, pero su expresión es á la vez triste y dulce. Tiene en su mano un pañuelo con el que se ha enjugado muchas veces las lágrimas durante la lectura del acta de acusación. La presencia del duque escita un sentimiento de interés.

“El presidente —Sr. duque, resulta del proceso que os habeis mostrado parte en esta causa; asistireis pues al interrogatorio y á los debates; no os retirareis á la sala de los testigos. (El duque vuelve á sentarse). En cuanto á la señora duquesa de Beaupertuis, continua el presidente, (movimiento en el auditorio) no se halla presente á consecuencia de su estado. Hemos encargado á los doctores MM. Bailly y Olivier (d' Angers) consulten el estado de la duquesa, y nos hagan saber si puede asistir á los debates ó á alguna parte de ellos. Ugiere, haced entrar al doctor Bailly; le oiremos.

“Entra en la audiencia el doctor Bailly.

“El presidente.—Sr. doctor, habeis sido delegado por el tribunal, en union del doctor Olivier (d' Angers) para enteraros del estado de Mad. de Beaupertuis. Dad cuenta al tribunal de lo que habeis observado. (Profundo silencio).

“El doctor Bailly.—Esta mañana he tenido el honor de ver á la Sra. duquesa de Beaupertuis; su estado, meros alarmante, se ha mejorado ligeramente despues del arresto de la acusada, época en la cual pa-

rece haber cesado el uso de los medicamentos envenenados. (Movimiento prolongado en el auditorio). La Sra. duquesa está aun muy débil; sin embargo, guardando con ella las mayores precauciones, podria sin peligro ser hoy trasportada á la audiencia. La Sra. duquesa desea, mientras se lo permitan sus fuerzas, ser ecsaminada lo mas pronto posible.

“El doctor Olivier (d' Angers) hace una relacion idéntica sobre el estado de Mad. de Beaupertuis.

“El presidente.—Oidas las declaraciones de los doctores Bailly y Olivier, determinamos que la Sra. duquesa sea trasportada hoy á la audiencia (profunda sensacion) á menos que la gravedad de su estado no se haya empeorado desde esta mañana. Se va á proceder al interrogatorio de las acusadas. (Movimiento prolongado de atencion.) Haced salir á la señorita Clementa Duval; mas tarde se la volverá á hacer entrar.

“Esta acusada, despues de haber apretado la mano á María Faveau, sale apoyada en el brazo de dos guardias municipales, pues parece que apenas puede sostenerse.

“Maria Faveau queda sola en el banco de los acusados. Mr. Dumont, su defensor nombrado de oficio, se coloca tras ella y cambia en voz baja algunas palabras con su cliente.

“El presidente (á la acusada.)—Levantaos, Maria Faveau. ¿Habeis tenido durante cinco años en compañía de vuestro esposo una tienda de guanteria y perfumeria en la calle del Bac, número 19?

“La acusada.—Si.

“El presidente.—Debo declarar que no hay ningun hecho en la instruccion que os sea favorable durante el tiempo que tuvisteis vuestro comercio.

“La acusada (con ironía.)—Me alegro mucho de ello.

“El presidente.—Esto no obstante, hace como unos quince meses que vuestro marido, cuya conducta habia sido hasta entonces irrepreensible, comenzó á entregarse al vino.

“La acusada.—Desgraciadamente para él y para mí.

“El presidente.—¿Cómo fué el enviciarse en el vino tan tarde? ¿Bescó quizás en la embriaguez el elvido de algunas disensio-

nes domésticas?

“La acusada.—Nada tengo que responder á eso.

“El presidente.—Vuestro embarazo en contestar prueba que no decís la verdad.

“La acusada.—No sé mentir.

“El presidente.—¿Confesais que la repentina costumbre de emborracharse vuestro marido, tiene una causa y que esa causa la conoceis?

“La acusada.—Lo confieso.

“El presidente.—Pues bien, decidla.

“La acusada.—Ahora, no... mas tarde, quizás... Segun me dé. Aguardando... sabré callarme.

“El presidente.—Callar á la justicia lo que se sabe, ó retardar el momento de decirlo, son reticencias culpables. Por vuestro mismo interes es demasiado la sinceridad mas completa.

“La acusada.—Despues veremos.

“(Estas primeras contestaciones de la acusada fueron dadas en un tono brusco y como distraida, la cual parece confirmar lo que se ha dicho en el sumario, que Maria Faveau no disfruta plenamente de su razon, ó por lo menos afecta esta enfer-

medad. Sus miradas son fijas, pero algunas veces se ve que sus ojos se dirijen acá y allá sin fijarse en nadie.)

“El presidente.—¿Rehusais dar por ahora esplicaciones sobre la causa de la embriaguez de vuestro marido? Siento esta falta de sinceridad por vuestra parte, pero pasemos adelante. ¿Dejasteis la tienda y os separásteis de vuestro marido amistosamente, retirándoos al lado de vuestros padres, á quienes perdisteis con un corto intermedio?”

“La acusada (con emociou llevándose el pañuelo á sus ojos.)—Si.

“El presidente.—Vuestro medio dote y la mayor parte de lo que heredasteis, lo empleasteis en pagar las deudas de vuestro marido, y con lo poco que os quedaba habeis pagado anticipadamente por cuatro año la educacion de vuestra hija. La imparcialidad del sumario consigna estos hechos honrosos para vos.

“La acusada (bruscamente).—He hecho lo que debia, y no he venido aqui ha recibir cumplimientos.

“El presidente.—Habeis venido aqui para oir y decir la verdad, sea ó no favo-

nable. Después de la muerte de vuestros padres fuisteis á vivir al barrio de San Antonio cerca del colegio donde tenían á vuestra hija, ¿no es cierto?

“La acusada.—Sí.

“El presidente.—¿Fué entonces cuando encontrásteis á la señorita Desirée, primera doncella de Mad. de Beaupertuis?

“La acusada.—Sí.

“El presidente.—¿La conociais ya entonces?

“La acusada.—Desirée era mi hermana de leche y éramos muy amigas.

“El presidente.—¿Cómo os ocurrió el proponerla entrar en su lugar en casa de la duquesa, no habiendo nunca servido á nadie?

“La acusada.—Porque apenas me quedaba con que vivir, y preferia el servir á morir de hambre.

“El presidente.—Me parece que en eso no decís verdad, porque en la carta que se halló en vuestra habitación, escrita por la señorita Duval y firmada con sus iniciales, os hablaba de la estraña y triste casualidad que os introducía en la casa de los que habían causado vuestra des-

gracia. ¿Cómo explicais esta carta? Hasta ahora os habeis negado á contestar sobre el particular.

“La acusada (bruscamente).—Me he negado á contestar, porque no me convenia hablar entonces, y porque no tenia confianza en el juez que me interrogaba.

“El presidente.—Todo acusado debe estar siempre convencido de la imparcialidad del magistrado que le interroga.

“La acusada (con ironia).—Esto es muy fácil de decir, mas la confianza no se impone. El juez me hablaba con dureza, me presentaba unil preguntas á un tiempo, y esto era una verdadera tortura. Conocí que se me iba á cortar la cabeza, porque el juez me miraba como una envenenadora, y no dige mas que lo que quise decir.

“El presidente.—Os equivocais; los magistrados nunca faltan á los miramientos que se deben á los acusados. Hasta ahora os habeis negado á declarar ¿Quereis hacerlo hoy?

“La acusada (despues de un largo silencio).—Corriente; ¿por qué no?

“El presidente.—Pues bien, hablad.

“La acusada (con voz pausada y resuelta.)

—Supliqué á Desirée me recomendase para entrar de doncella de la duquesa, porque esto podia servir mis proyectos.

“El presidente.—¿Cuales eran esos proyectos?

“La acusada (despues de un momento de silencio.)—Quería vengarme de la familia de la duquesa de Beaupertuis. (Profunda sensacion.)

“El presidente.—Pensad en la gravedad de vuestras palabras, reflexionadlas bien. Estais diciendo que suplicasteis á la señorita Desirée que os introdugese en casa de la duquesa de Beaupertuis para vengaros de su familia, y poner por este medio en ejecucion vuestros proyectos de venganza.

“La acusada (con impaciencia.)—Ya os he dicho que si. (Nueva y profunda sensacion y murmullos de indignacion. La acusada continua impávida en su banco y contesta con otro gesto de impaciencia a las palabras que la dirige su abogado que se halla próximo.)

“El presidente.—¿Decis que os queriais vengar de Mad. de Beaupertuis? ¿Cuál era pues la causa de vuestro ódio hácia esa se-

ñora? ¿Qué mal os habia hecho? (La acusada se vuelve bruscamente hácia el banco en que se encuentra la familia de Morsenne, desigua á esas personas con un gesto audaz y dice:)

“La familia de Mad. de Beauperiuis es la causa de todas mis desdichas.

“(Sonrisas desdeñosas en el banco de la familia de Morsenne y movimiento profundo de admiracion en el auditorio.)

“El presidente.—Es la primera vez que confesais haber tenido motivos de queja de esa familia.

“La acusada. (con ironía) —Es muy posible, pero lo que ayer no se dijo se puede decir hoy.

“El presidente.—¿Qué mal os ha hecho la familia de Beaupertuis? Explicaos.

“La acusada: Es inútil; yo me entiendo.

“El presidente.—Por vuestro mismo interés explicaos.

“La acusada.—Quizá me explique despues.

“El presidente.—Eespero que reflexionando lo dañosa que os son las reti-

cencias, sereis mas sincera: ¿cómo, pues ha causado la familia de Beaupertuis vuestra desgracia?

“La acusada (con grau animacion).—Yo vivia tranquila y dichosa en mi comercio; mi marido me amaba y yo le amaba á él, el príncipe de Morsenne, padre de Mad. de Beaupertuis, se enamoró de mí, y me envió un hombre para hacerme infames proposiciones.

“Violentos murmullos en el banco de la familia de Morsenne. Una señora que se nos dijo ser la princesa de Morsenne, esclama:

—¡Oid lo que dice esa infame muger! ¡Qué audacia

“El presidente (volviéndose hácia los interroptores,.)—Ruego á la familia de la parte acusadora contenga su indignacion por legitima que se pueda ser. Las declaraciones de la acusada podrán ser contradichas, combatidas y aun despreciadas si son calumpiosas, pero debe hablar con libertad.

“Un caballero que se nos dijo llamarse Mr. Saint-Merry, dice:

—“Es imposible, señor presidente, conservar la sangre fria oyendo difamar á

uno de los hombres de Estado mas venerables del pais y uno de los mas grandes señores de la Francia. ¿Y por quién? por esa abominable envenenadora?

«El presidente (interrumpiendo con severidad á Mr. de Saint-Merry.) — Caballero, no teneis la palabra. Aquí no hay envenenadora alguna; hay una presunta reo de ese crimen, pero hasta que sea condenada tiene en su favor la presuncion de inocente. Si se renuevan semejantes interrupciones, me veré obligado á hacer salir de la audiencia á los interruptores, cualquiera que sea su categoria.

«(Murmillos de aprobacion y aplausos en el fondo de la sala, que el presidente hace tambien cesar imponiendo silencio.

«El presidente (dirigiéndose á la acusada con severidad.) — Acusada, pensad en lo que decís. Lanzais una terrible acusacion contra el príncipe de Morsenne, uno de los hombres mas respetados de la época, el gefe de una ilustre casa, y que estais acusada de haber introducido en ella el luto y la consternacion un hombre de Estado eminente que ha hecho y hace en estos momentos grandes servicios á su pais, porque hoy dia es embajador del Rey cerca de la corte de España. Tened, pues, en

cuenta lo que decís, acusada... Hacedis recaer una sospecha infame sobre un ausente, sobre un padre de familia, cuya edad le defendería en caso de necesidad contra esas vergonzosas insinuaciones, si no fuese notoriamente conocido por sus discursos, por todos los actos de su vida, pues siempre ha sido uno de los mas firmes defensores de esas dos bases sagradas de toda sociedad: la familia y la religion. ¿Y os atreveis á acusar á un personage tan considerado por sus virtudes y por su posicion social de haber tratado, por medios de indignas proposiciones, de introducir la tea de la discordia y el deshonor en vuestra humilde y honrada casa? Reflexionad bien vuestras palabras, acusada os lo repito, y creedme, retiradlas.

«La acusada. — Quereis saber la verdad y yo os la digo: tanto peor para aquellos á quienes esta hiera.

«El presidente. — ¿De modo que persistís en lo dicho?

«La acusada. — Si persisto en decir, que ese honrado y religioso padre de familia me ha hecho ofrecer dinero, mucho dinero, un palacio, un carruage y diamantes, si hubiera querido ser su amante; yo me encogi de

hombros y le desprecié, porque adoraba á mi marido á quien oculté en un principio, por no inquietarle, los ofrecimientos de ese vicio libertino.

“(Nueva esplosion de murmullos de indignacion en el banco de la familia de Beau-pertuis.)

“El presidente (con severidad).—Acusada, espresaos con mas respeto y con mas moderacion. ¿Osais hablar de esa manera del señor príncipe de Morsenne, padre de vuestra víctima?

“La acusada (con ironía).—¿Su padre él? Si, como tantos otros que se creen padres de los niños que llevan sus nombres.

“El presidente.—Acusada, por última vez os digo que no puedo tolerar ese indigno lenguaje. ¿Olvidais que la familia del príncipe de Morsenne asiste á estos debates, asi como la señora princesa.

“La acusada (riendo sardónicamente).—Si, bien veo allí bajo á la Sra. princesa al lado de su amante, Mr. de Saint-Merry que acababa de llamarme envenenadora. Hablais del padre de la Sra. duquesa; pues ahí le teneis ese es su verdadero padre.

“El presidente.—Acusada, callaos.

“La acusada (redoblando su risa sardónica.)—Bah! mientras que esté aquí, y puesto que quereis oír verdades, ya os las diré. Así, pues, os digo que veo tambien en este recinto á una señora con sombrero de color de rosa, á la señora Baronesa de Roberzac; pues bien, esa era públicamente la querida del príncipe en la época en que me ofrecia tanto dinero por ser mi amante ese virtuoso padre de familia.

“El presidente (con esfuerzo).—Acusada, me es imposible. ...

“La acusada.—Oh! tranquilizaos, lo que yo digo no causará ningun disgusto. ¡Toda esa gente vive perfectamente de acuerdo en su deshonra! La princesa marcha muy bien con la querida de su marido; el príncipe hace otro tanto con el amante de su madre, verdadero padre de su hija.

“El presidente (con indignacion).—Acusada, callaos. Esas proposiciones son horribles: os retiro la palabra.

“La acusada (con amargura).—Ah! ¡Hé ahí lo que yo esperaba! Se me pide que diga la verdad, y despues no se me cree. ¿Por qué? Porque soy una pobre muger y acuso á una familia de grandes señores. ¿A

qué pues hablar si no se me quiere oír? Bien me figuraba yo lo que habia de suceder; por esta razon me he callado hasta hoy. Pero gracias, gracias (con mayor ironía).

“Es una buena leccion que aprovecharé. Lo que he dicho de esa virtuosa familia no es nada para lo que sé... (Movimiento prolongado). No, nada, para lo mucho que podria decir. Juzgad cómo se escucharia, aun cuando de ello dependiese mi vida. Pero no tengo ningun apego á ella; cumplid con vuestro deber, cortadme la cabeza cuanto antes, y se concluirá todo de una vez. Yo no hablaré ya ni una palabra mas.

“(Es imposible describir los murmullos y gritos de indignacion que las palabras de la acusada causan en la parte aristocrática del auditorio, al paso que se oyen algunos bravos hacia el fin de la sala. La señora princesa de Morseene y Mad. de Robersac, en quienes se fijan las miradas de todos, unas veces se ponen pálidas y otras encendidas; la princesa concluye por ponerse mala y Mad. de Robersac la imita; las dos salen del salon acompañadas de sus amigos, en medio de una agitacion tan es-

traordinaria, que se tuvo que suspender la vista por diez minutos.

L.

El príncipe real (interrumpiendo al coronel Butler que iba á continuar la lectura del observador.)—Perdonad, señoras, me es imposible contener por mas tiempo mi indignacion. ¡Qué criatura tan infernal es esa Md. Faveau! ¡Y qué audaz!

La duquesa de Spinola.—¡Atreverse á injuriar de tal manera á dos pobres señoras en presencia del público!

La princesa de Lovvestein.—¡Insultar á la madre de su víctima!

El duque de Spinola.—¡Tener el descaro de sostener que Mr. de Morsenne, un personaje de tanta consideracion, descendiese hasta hacer proposiciones vergonzosas á semejante criatura!

El príncipe de Lovvestein.—¡Y para colmo de su audacia atreverse á decir en audiencia plena que Mr. de Morsenne no era padre de su hija, marcar el pretendido pa-

dre y añadir que Mr. de Morsenne toleraba el adulterio de su esposa!

La duquesa de Spinola.—¡Eso es monstruoso! Pero semejantes calumnias no pueden quedar impunes.

El príncipe de Lovvestein —No comprendo á ese presidente. Debía haber mandado poner una mordaza á esa infame en la misma audiencia.

Sir Charles.—Si, ese era uno de los medios; pero los abogados dirían que una mordaza era ahogar la voz de la acusada.

El duque de Spinola.—Pero eso no es defenderse, eso es publicar una calumnia espantosa. Si las grandes familias han de estar espuestas de este modo al ludibrio y la maledicencia, se destruye fácilmente la moral y la sociedad.

El príncipe real (á Ducormier.)—Sí, esas son calumnias infames, mi querido conde, porque muchas veces me habeis dicho, hablándome del príncipe de Morsenne, en la efusion de vuestro reconocimiento para con él, que era un hombre de la mejor conducta, y que la virtud mas austera seguía á toda esa familia.

Ducormier.—Es verdad, monseñor, y á

pesar de todo lo que puedan decir los maldicientes del príncipe de Morsenne, que tiene sus enemigos como todo hombre eminente, su vida privada es tan irreprochable, como considerado es en su vida pública.

La princesa de Lovvestein (á Ducormier). —Es lástima que un testigo tan importante como vos, señor conde, no haya podido contrabalancear el mal efecto de las malvadas calumnias de esa indigna muger. El público está tan ansioso de saber lo que él llama crónica escandalosa de la gente de gran tono que cree fácilmente las fábulas mas absurdas.

La duquesa de Spinola.—Es cierto que la declaración del señor conde seria de un gran peso.

El príncipe real (á Ducormier).—Estas señoras tienen razon, mi querido conde: yo en vuestro lugar escribiria hoy mismo al presidente del tribunal de assises, que habiendo vivido mucho tiempo en el seno de la familia de Morsenne, teneis el deber de protestar contra las infames calumnias de esa Mad. Faveau, en nombre de la verdad y en nombre de vuestro eterno reconocimien-

to por la benevolencia que os ha dispensado siempre el príncipe de Morsenne, ese hombre venerable, tan indignamente difamado hoy.

La condesa de Ducormier.—Monseñor, es una idea excelente.

La duquesa de Spinola.—Las calumnias de esa abominable criatura, tanto mas terribles, cuanto que ha vivido en el palacio de Morsenne, serian completamente desmentidas por el testimonio del señor conde que tambien ha habitado en el mismo palacio.

Ducormier (al príncipe real).—En apresurarme á seguir el consejo que me dá V. A. R. no haré mas que obedecer á mi corazón, á mi conciencia y á mi deber.

El príncipe real.—Ya lo sabía yo, mi querido conde.

La princesa de Lovvestein.—(Pero es menester no perder tiempo, señor conde.

La duquesa de Spinola.—¡Se esparce con tal rapidez la calumnia!

El príncipe de Lovvestein.—¡Y siempre encuentra oídos tan complacientes!

La condesa Ducormier (mirando al reloj).—¡Es V. A. R. de la misma opinion de que la protesta llegue cuanto antes. Un dia, una ho-

ra, un minuto, que se pierde puede ser de grande importancia.

La condesa Ducormier.—El correo para París va á salir dentro de veinte minutos y Ducormier no tiene tiempo para ir y volver á casa; podría escribir aquí si V. A. R. lo permite.

El principe real.—Con mucho gusto señora condesa. (Dirigiéndose al coronel) ¿Butler, quereis tocar la campanilla y mandar traer al señor conde recado de escribir? (V. Ducormier) Buena idea ha tenido la condesa.

(El coronel toca la campanilla, se presenta un criado á recibir sus órdenes, y en seguida vuelve con un neceser, que coloca sobre una mesa.)

Ducormier.—Siento, monseñor, que la condesa me haya preeedido en un pensamiento que haya merecido el beneplácito de V. A., y añadiré que si no me estuviese prohibido dejar mi puesto sin orden del gobierno de mi pais, saldria al momento para París, para protestar verbalmente con todas las fuerzas de mi conviccion contra las calumnias que por fortuna no pueden herir al hombre venerable que ha tenido para conmigo las bondades de un padre.

La condesa Ducormier (á su marido á quien condu e á la mesa donde está el escritorio).—Vamos, vamos, amigo mio; ya no queda mas que un cuarto de hora. (Ducormier se sienta y escribe).

El marqués de Monlaville.—Seguramente que esa muger criminal no esperará recibir un mentis semejante á sus infames calumnias.

La duquesa de Spinola.—Indudablemente cuando el presidente lea en audiencia esa declaración espontánea del conde de Ducormier, ministro de Francia en Baden, el efecto será grande.

La condesa Ducormier (al príncipe á media voz).—Monseñor, tengo un favor que pedir á V. A. R.

El príncipe real.—Desde luego está concedido, señora condesa.

La condesa Ducormier.—Cuando Mr. Ducormier concluya de leer la protesta de que se trata, suplico á V. A. R. se sirva pasar por ella la vista. Ella os de mostrará, estoy segura que cuando Mr. Ducormier ha sabido inspirar algun interés esplica su gratitud tan noblemente como la siente, y que es de esos cuya adhesion se halla siempre á la altura de las bondades que con él se tienen.

El príncipe real.—No lo dudo, señora con-

desa. Sin embargo, puesto que lo deseais, leeré con verdadero placer la protesta del conde. Está uno ávido, despues de unos debates tan odiosos, de poder refrescar su alma con algun sentimiento generoso. (Ducormier continua escribiendo).

La duquesa de Spinola.—En efecto, monseñor, ese proceso es horroroso; es la extravagancia unida á la ferocidad.

El almirante sir Charles.—Y yo, señoras, me confirmo en mi anterior parecer; esa desgraciada está medio loca; su actitud ante el tribunal; sus bruscas respuestas, sus risas sardónicas, y su vista estraviada segun dice el periódico, todo ello, hasta loca audacia de sus imprudentes ataques contra una familia poderosa, todo me prueba que esa desgraciada, que parece caminar voluntariamente hácia su perdicion, no goza completamente del uso de su razon.

El principe de Lovvestein.—Decid que esa odiosa criatura es tan feroz como estúpida, y seré de vuestra opinion, mi querido almirante; pero de la locura á la estupidez hay mucho trecho.

El marqués de Monlaville.—No la creo tan tonta como parece; pero lo que si es, una audaz embustera. Yo espero que siguiendo la

vista, vamos á ver confundida á esa envenenadora por la presencia de su víctima; porque si Mad. de Beupertuis ha tenido ánimos para presentarse en la audiencia, por fuerza esa malvada se ha de meter bajo de tierra al ver á la duquesa

La princesa de Lowestein.—¡Qué interés, que ansiedad habrá producido en el auditorio, si efectivamente se ha presentado en la audiencia Mad. de Beupertuis! Y vamos á verlo muy pronto, yo tengo ya deseos de ello.

La marquesa de Montaville.—Impacencia de que yo participo tambien (á la duquesa de Spinola en voz baja y señalándole á Ducormier que continuaba escribiendo.) ¡Veis, señora, al pobre conde? Parece abatido.

La duquesa de Spinola.—¡Eso es muy natural! Quiere tanto á esa familia y la vé insultar por una envenenadora, y esto para un carácter como el del conde es muy doloroso.

La marquesa de Montaville (á la duquesa de Spinola en voz baja).—No he visto nunca una fisonomía mas noble, ni mas interesante que la suya en este momento.

La duquesa de Spinola (por lo bajo tambien) —Su hermosura seria ridicula, si no tuviese el talento necesario para no caer en la fatuidad, que hace insufribles á otros hom-

bres.

La marquesa de Monlaville (en el mismo tono). — ¿Reparásteis ayer en la cacería lo que hizo la imprudente condesa Mimeska para comprometerle, porque verdaderamente este es el título que debe darse?

La duquesa de Spinola (ruborizándose un poco). — Eso es vergonzoso. Fué preciso todo el buen gusto y el tacto del conde Ducormier para que la indecente conducta de esa Mad. Mimeska no produjese un escándalo.

La marquesa de Monlaville. — Aquí, para entre nosotras, yo creo que la condesa está loca por él. La he visto sonrojarse cuando el conde entró casualmente en un salón en que ella estaba.

La duquesa de Spinola (con ironía). — ¡Sonrojarse ella! Hará por parecerlo. Mujeres de esa clase no se sonrojan.

La marquesa de Monlaville. — Es imposible que haya persona que tuviese la paciencia que Mr. de Ducormier para dejarse hacer la corte, por decirlo así, de la condesa... Según parece está mezclada en muchas intrigas diplomáticas.

La duquesa de Spinola. — No merece ella el título de diplomática: el que únicamente merece es el de espía de la buena so-

ciudad. De modo que el conde con la rectitud de su corazón deberá sufrir mucho cuando tenga que tratar algún asunto con esa mujer de policía.

La condesa Ducormier (en voz baja á su marido y leyendo lo que escribe)—Así me gusta, te reconozco en eso. Esa protesta está elocuente y llena de afecto y convicción; es una excelente ocasión para demostrar al príncipe el cariño que tienes á los que te han protegido. Esto no podrá menos de aumentar el afecto que te profesa... y podrá ayudar á nuestros proyectos. (Continua leyendo) Muy bien, muy bien, la conclusión sobre las virtudes domésticas de Mr. de Morsenne es un golpe maestro, y es cuanto puede decirse. Dámelo, dámelo (cogiendo el papel y llevandoselo con viveza al príncipe).

Ducormier (aparte).—Por un instante he sentido que me faltaban las fuerzas y que me precipitaba en un abismo. ¡Peligroso vértigo! ¡Estúpida debilidad! ¡Audacia, audacia y siempre audacia! Ella me ha salvado hasta ahora y me salvará siempre: mi estrella no se eclipsa, la veo brillar con más luz que nunca.

El príncipe real (después de haber leído,

se dirige hácia Anatalio y le tiende la mano con emocion).—Felices, felices mil veces los que merecen de vos, mi querido conde, una declaracion tan sincera, tan convincente. Vuestro corazon es grande; es mas aun, es un corazon tierno y bueno. Yo quiero tener en él un puesto.

Ducormier con espresion de reconocimiento).—¡Ah! monseñor, tantas bondades... me faltan palabras...

El principe real (á los circunstantes).—No soy tan egoista que quiera gozar solo de la fortuna que debo á la confianza del señor conde Ducormier, y por otra parte no cometo indiscrecion alguna, porque esta carta se ha de leer públicamente (preparándose á leer). ¿Quereis oír?

Ducormier (con modesto embarazo).—Monseñor, suplicó á V. A...

El principe real.—Teneis razon, mi querido conde, comprendo la susceptibilidad de vuestra modestia. Leer alto esta carta, seria alabaros en vuestra presencia (alargándole el papel). Tomad querido conde.

El coronel Butler (al principe).—El correo vá á salir y un criado aguarda.

El principe real (á Ducormier).—Vamos, pronto, cerrar la carta y ponedle el sobre.

(Ducormier cierra la carta, pone el sobre y se la entrega al criado).

El príncipe real.—Siento, señoras, no haber podido satisfacer vuestra legítima curiosidad, pero no ha sido culpa mía.

La duquesa de Spinola.—Monseñor, apreciamos, aunque sentimos, la delicada reserva del señor conde.

El príncipe real.—¿Señoras, queréis que se continúe la lectura?

Muchas voces.—Ciertamente, monseñor.

LI.

El coronel Butler continuó así la lectura del *Observador de los Tribunales*:

“(La profunda agitación causada por las palabras de María Faveau y por los incidentes que se siguieron, se calma al fin, gracias á las insinuaciones del presidente. Durante el tumulto, la acusada se sonríe con aire sardónico y triunfante; sus facciones, generalmente pálidas, se colorean ligeramente; sus grandes ojos negros brillan como dos luceros, y su belleza parece mayor aun. El silencio se restablece al fin).

“El presidente (señalando el fondo de la sala).—Por dos veces he oído ya en ese costado manifestaciones poco convenientes: si vuelven á reproducirse, haré salir inmedia-

tamente esa porcion turbulenta del público.

“(El silencio mas profundo reina en este momento en todo el auditorio).”

“El presidente (á la acusada en tono severo.—Acusada, levantaos. Todos los medios de defensa deben ser respetados; pero una defensa cuya base es un tejido de infames calumnias, no hace otra cosa que agravar la posicion de todo acusado. ¿Cómo os atreveis, desgraciada muger, á ultrajar de semejante modo? ¿Y á quién? ¡Al padre y á la madre de vuestra víctima, que á estas horas quizás disputa su vida á uoa muerte horrible! (Profunda sensacion).”

“La acusada.—Me creeis una embustera; por lo tanto es inútil que hable mas.

“Mr. Dumout, defensor de la acusada.—Con permiso del señor presidente voy á hacer una observacion al tribunal en interés de la defensa. Por las recientes revelaciones de la acusada, que á pesar de mis vivas instancias no se ha mostrado conmigo mas confiada que con el juez de instruccion, veo y no dudo en asegurarlo, que la prevenida, como lo prueba por otra parte su actitud en la audiencia, no goza plenamente del uso de su razon. Otros hechos corroboran esta opinion y citaré entre otros....”

“El presidente.—Perdonad que os interrumpa, Mr. Dumont. Cuando propongais la defensa de la acusada, podeis valer os de todos los medios que os parezcan provechosos á la causa que defendeis, pero no es ahora la ocasion oportuna. Habeis pedido permiso al tribunal para hacerle presente una observacion; podeis hacerla.

“Mr. Dumont.—La observacion es como sigue: Sr. presidente, es muy posible, que para *nuestra* defensa, tengamos necesidad de manifestar que el señor principe de Morsenne *nos* ha perseguido con vergonzosas proposiciones con objeto de obtener *nuestros* favores. (Hilaridad general.)

“El presidente.—¡Esas risas son indecentes!

“Mr. Dumont.—*Nos* asiste pues el derecho de tratar de probar que los antecedentes del principe de Morsenne son de moralidad algo dudosa.

“Uno de los señores jurados, (con gran embarazo y turbacion.)”—Sr. presidente, yo.... yo.... tenia que.... es decir, no.... nada.... disimulad.... Sin embargo, si..... (el señor jurado, cuya timidez parece excesiva, se pone en estremo encendido y no puede continuar; su turbacion va en aumen-

to y vuelve á sentarse. (Redoblan las risas en el auditorio).

“El presidente (al público).—Repito que esas risas son en extremo indecorosas. (Volviéndose al jurado). Explicad vuestro pensamiento, caballero jurado.

“El jurado (después de una larga pausa).—No estando acostumbrado á hablar en público, me hallo un poco.... un poco.... cortado. (Se reproducen las risas, y la turbación del juez de hecho se aumenta). Quisiera.... quisiera ilustrar mi conciencia.

“El presidente.—Explicaos, caballero jurado; sereis escuchado con la deferencia á que teneis derecho.

“El jurado.—¿No se podría llamar á la señora princesa y á la señora baronesa que quizás habrán dejado de sentirse malas (risas) y hacerlas jurar bajo palabra de honor la mas sagrada, que jamás han tenido... los amorcillos de que ha hablado la acusada (risas), y preguntar á unas y á otras si se conocen... es decir, las señoras. ∴ ya me comprendereis? De este modo se sabria si era verdad que el príncipe quiso.... seducir á la acusada, porque el que hace un cesto... hace ciento... y ya me entendeis (risas prolongadas, el jurado se sienta di-

ciendo.) Qué diantres! yo quisiera ilustrar mi conciencia.

El presidente.—Debo advertir al jurado que ha hablado, que la princesa de Morsenne y la baronesa de Robersac nada tienen que ver en la causa; y tambien debo hacer presente á Mr. Dumont que no tome en cuenta, en beneficio de su defendida, las odiosas insinuaciones que ha hecho; sin que por esto sea mi intencion coartar en lo mas mínimo la libertad en la defensa. Mas debo recordar el respeto que se merece el tribunal, y que no debe apoyarse defersa alguna en la injuria y en la calumnia. (A la acusada). Continudad, y si desgraciadamente persistis en vuestras deplorables alegaciones, limitaos absolutamente á lo que os es personal y al principe de Morsenne.

«La acusada (bruscamente).—¿No se me cree? pues no diré mas.

El presidente.—Habeis dicho hace poco que queriais vengar de la familia de Mad. de Beaupertuis los disgustos son esos? Esplicaos.

«La acusada.—No quiero hablar mas.

«El presidente.—Cometeis un gran error, Maria Faveau; esas confesiones á medio hacer, llenas de reticencia, son un sistema deplorable de defensa. La franqueza y un sin-

cero arrepentimiento es lo único que puede hacer que vuestros jueces sean indulgentes.

«La acusada (con aire sombrío).— Ya he visto de qué me sirve decir la verdad, y no se me volverá á reprender por ello. Estoy condenada de antemano y mi destino es morir en el cadalso. Forzosamente habia de suceder asi. Con tal que yo pase el último dia de mi vida con mi hija, no pidamos. (Sensación profunda).

«El presidente.— Ningun acusado está condenado de ante mano, y cuando decís y repetís que vuestro destino es morir en el cadalso, y que forzosamente os habia de suceder eso, habláis como si estuviérais loca. Por esta razon el juez de instruccion ha debido pensar que por cálculo afectábais algunas veces una demencia pasagera. Se os ha sometido al reconocimiento de los médicos y han convenido en que gozais de todas vuestras facultades mentales.

«M. Dumont.— No ha sido solo con el juez de instruccion con el que ha tenido ese lenguaje; en todas las conferencias que he tenido con ella para disponer la defensa me ha dicho: «¿Por qué defenderme? Estoy condenada á morir hace ya tiempo y nada puede cambiar mi suerte.»

«El presidente.—Mr. Dumont, os hago observar de nuevo que ese medio fundado en la enagenacion mental en que suponeis á la acusada, tendrá lugar en vuestra defensa.

«La acusada (con energia).—No estoy loca; sé lo que me digo, y lo que digo es la verdad. Es preciso que se cumpla el destino de cada uno.

«(Estas palabras, pronunciadas por la acusada con acento sombrío y triste, causa nueva sensacion en el auditorio).

«El presidente.—Por última vez os ruego que renunciéis á ese sistema. La justicia no puede hacer caso de esos simulacros de enagenacion. A no ser la exaltacion que parece natural en vuestro carácter, gozais en toda plenitud de vuestra razon, como lo prueba la lucidez de la mayor parte de vuestras respuestas. Vamos á continuar nuestro interrogatorio. Segun habeis dicho entrasteis á servir á la duquesa de Beaupertuis con la intencion de vengaros de ella ó de su familia.

«La acusada (bruscamente).—Sí.

«El presidente —¿Qué venganza queriais ejercer con esta señora?

«La acusada (con impaciencia).—No quiero contestar. No me creeria, y para explicarme seria necesario...

«El presidente.—¿Qué?

La acusada.—Seria necesario hacer una infamia que no cometeria nunca. No me preguntéis mas sobre ese punto, porque no responderè. Todas esas preguntas me fastidian, me incomodan; despachaos.

El presidente.—Debeis y os interesa contestar con sinceridad y respeto á las preguntas que se os hagan para ilustrarse los jueces. Supuesto que no quereis decir nada sobre vuestros proyectos de venganza, vamos á otra cosa. Poco tiempo despues de que entrásteis en casa de la duquesa, comenzó á sentirse enferma de un mal raro, que por mucho tiempo ha sido inesplicable á los médicos.

«La acusada.—Podrá ser así.

El presidente.—¿Era tal el afecto que os tenia la duquesa que solo queria que la cuidáseis voz?

«La acusada.—Sí.

«El presidente.—¿Por consiguiente reconocéis que durante la enfermedad de la señora duquesa habeis preparado en la tetera que está aqui delante como cuerpo de delito el brevage que fué analizado el mismo dia que se os arrestó?

«La acusada (llevando los ojos al cielo co

expresion de cansancio y de impaciencia.—Oh! ¡Qué suplicio, Dios mio! ¡Qué suplicio! ¿Cuándo acabará esto?

“El presidente. — Respondeis, despues de algunos momentos de silencio, con una distraccion y una impaciencia afectadas. Eso es inconveniente, os lo repito. El brevage preparado por vos en esa tetera fué examinado por peritos el mismo dia que se os arrestó, y han hallado en él una dosis considerable de un veneno muy activo de acetato de morfina.

La acusada (encogiéndose de hombros). —Si han hallado veneno en esa tetera, será porque lo contenia.

El presidente. —Se os acusa de haber hechado vos ese veneno.

La acusada (riéndose sardónicamente). ¡Sea enhorabuena!

El presidente. — Responded categóricamente. ¿Habeis sido quien ha echado el veneno en esa tetera? Si ó no.

La acusada. — ¡Será menester, puesto que si no, no seria condenada.

El presidente. — De modo que confesais haber preparado esa medicina envenenada?

La acusada (con mayor ironía). — ¡Cierto, cierto! (Sensacion profunda).

El presidente. — ¿Reconoceis igualmente

este frasco hallado en vuestra presencia oculto entre unos pañuelos en el fondo de vuestra cómoda y que contenia gran cantidad de acetato de morfina? ¿Confesais que llenásteis ese frasco de veneno para hacer un uso criminal?

La acusada (que parece cada vez mas distraida).—Si se ha hallado en mi cómoda ese frasco, ¿á quién puede pertenecer sino á mi? Y siendo mio, ¿quién ha podido colocarle allí? yo ó el demonio...

El presidente.—Esta respuesta la dais fingiendo la misma falta de razon señalada en el sumario. Es preciso que respondais seriamente.

La acusada (con espresion de cólera, de impaciencia y de enagenacion).—¿Pues bien, si, he echado veneno en el frasco, es todo! ¡Lo tenia en mi cómoda, lo tenia encima de mi y en todas partes! Si, si, he envenenado á Mad. de Beupertuis. ¿Estais ya contento? Pues bien, me alegro. ¡Y ahora por amor de Dios, dejadme tranquila! Mi causa ha terminado, soy una envenenadora, estamos conformes y no hablemos mas, y sobre todo no mas preguntas, porque no contestaré ni una palabra mas aunque me hagais pedazos.

FIN DEL TOMO CUARTO.

LA BUENA VENTURA.



LA BUENA

VENTURA.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES,

POR

Eugenio Sue,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO.

por

J. A.

TOMO V.

SEVILLA.—1854.

**Imprenta de Gomez y Oro, editor, calle e
la Muela núm. 7.**

AMERICAN A.M.

THE NEW YORK

NOVELS AND STORIES BY FRANCIS

101

London, Eng.

Y. T. B. CO. 101 N. 3RD ST. N. Y. C.

NEW

1911

101 N. 3RD ST. N. Y. C.

Copyrighted by Francis & Taylor, Inc. 1911. All rights reserved.

Capítulo LI.

“(En efecto, á pesar de las apremiantes y repetidas interpelaciones del presidente, la acusada permanece muda é impassible; su vista está fija y de tiempo en tiempo se contraen sus facciones por un estremecimiento nervioso.)

“Obligado el presidente á renunciar al interrogatorio de Maria Faveau, manda entrar á la segunda acusada Clementa Duval.

“En el momento que esta entra, se acerca un ugiere al tribunal y dice:

“Señor presidente, los señores doctores Bailly y Ollivier se han presentado en casa de la señora duquesa de Beupertuis, la cual les ha afirmado hallarse con las fuerzas suficientes para trasladarse á la audiencia. (Movimiento prolongado.) Pero es muy temible

que la señora duquesa se engañe respecto á sus fuerzas, pues en el tránsito de su casa al tribunal ha tenido dos desmayos. Por lo tanto se halla en este momento en estado de comparecer el tribunal y procurará responder á las preguntas que se la dirijan.

“El presidente.—Que entre la señora duquesa de Beaupertuis.

(Movimiento inexplicable de curiosidad. Todas las miradas se fijan en Maria Faveau, que permanece en un estado de impasibilidad que denota, la alteracion de su razon ó la crueldad mas inaudita.)“

“Un momento antes de entrar en la audiencia la señora duquesa de Beaupertuis, el presidente, dirigiéndose al público, dice con voz grave:

—“Ruego á los asistentes no hagan demostracion alguna cuando entre la señora duquesa; espero que en estas circunstancias la curiosidad cederá al respeto que debe inspirar la posicion de la testigo. (Aprobacion general; reina en el público un silencio profundo).

“La duquesa de Beaupertuis entra en la audiencia.

“Esta señora parece estar extraordinaria-

mente débil: dos criados con libreas de gala la llevan sentada sobre un sillón. La princesa de Morsenne, madre de la duquesa, va á un costado del sillón, y el duque de Beaupertuis al otro; este lleva una pequeña taza de vermell y un frasquito que sin duda contiene alguna bebida confortante, porque apenas se coloca el sitial en el lugar que le corresponde, la duquesa de Beaupertuis sintió un desmayo, y su marido le dió en la tacilla un poco de lo que contenia el frasco. La duquesa bebió con avidez; se levantó del sitial, pero volvió á caer en él. Esta señora está completamente cubierta con un albornoz de cachemira blanco, cuya capucha cubre su cabeza. Su palidez es tal, que á no ser por las caidas de su peinado se confundiria con el blanco del albornoz. A pesar de la demacracion de su rostro, se conoce que debe haber sido de una belleza superior. Sus grandes ojos negros, lánguidos y medio cerrados brillan con un resplandor febril. Una dolorosa sonrisa dá á su fisonomia la expresion del padecimiento; sus bellas manos están tan delgadas, que se transparenta por el cutis el azul de sus venas.

“A la vista de este cuadro, el auditorio

manifiesta gran compasion y borra completamente la impresion favorable que habia causado el desvario real ó fingido de Maria Faveau. Por el contrario, se lee en todas las fisonomias una mezcla de horror y de aversion al mirar á la acusada enfrente de su victima.

“Sin embargo, por una contradiccion estraña Maria Faveau dirige sus ojos con ternura hácia madama de Beaupertuis, y se advierte que se le llenan de lágrimas, al paso que Clementa Duval, no queriendo ya ocultar su semblante á las miradas del público, junta las manos con asombro al ver la figura cadavérica de la duquesa de Beaupertuis, y parece participar de la ternura de Maria Faveau.

El presidente (á Mr. de Beaupertuis.)—
¿Creeis, señor duque, que estará ya bastante repuesta la señora duquesa de las molestias que la habrá causado su traslacion al tribunal, para poder contestar á las preguntas que tengo que dirigirla?

“(M. de Beaupertuis se inclina hácia el sillón, cambia algunas palabras con su esposa y la dá á beber un poco de la medicina, y contesta con voz conmovida:)

—“Señor presidente, aunque excesivamente débil la señora de Beaupertuis hará lo que pueda por contestar.

“(El duque lleva el pañuelo á sus ojos y parece muy conmovido. Profundo silencio, movimiento general de atencion.)

“El presidente (á la acusada). — María Faveau, levantaos y acercaos.

“(La acusada se levanta y se coloca en medio de la sala en frente del sillón de madama de Beaupertuis.)

“El presidente. — Señora duquesa, ¿conocéis á la acusada.

“La duquesa de Beaupertuis (con voz débil y despues de haber mirado á María). — Si señor.

El presidente. — Señora, si no os causa mucha molestia ¿quereis referirnos cómo entró en vuestra casa la acusada?

La duquesa (con voz casi ininteligible — Uoa de mis doncellas, la señorita Desirée Buisson, que hacia mucho tiempo que me servia, queria volver á su pais necesitaba yo de una persona de confianza y Desirée me habló demadama Faveau. Su desgraciada posicion despertó mi interés, y aunque debia conocer que no estaria muy práctica por no haber

servido nunca, este inconveniente estaba recompensado con el celo y la seguridad con que contaba en ella.

“(Estas palabras parecieron extinguir las fuerzas de la duquesa. Su cabeza cae sobre el respaldo del sitial; el duque de Beaupertuis se aturde algun tanto, saca precipitadamente del bolsillo un frasquito, echa algunas gotas en un pañuelo y se las hace aspirar á su esposa. Despues de algunos momentos el presidente preguntó á madama de Beaupertuis:)

—“¿Podeis continuar respondiendo, señora?

“Madama de Beaupertuis.—Si señor. A pesar de su inesperienza admiti los servicios de Maria, y nunca tuve queja de ella, así como le manifesté repetidas veces mi satisfaccion. (Al decir estas palabras la duquesa se vuelve hácia la acusada, la cual se echa las manos al rostro llorando.)

“El presidente (á la acusada de Beaupertuis).—Temo, señora, que este interrogatorio os hade causar demasiada fatiga: lo suspenderemos si gustais.

“La duquesa (con voz aun mas débil.—No sé si es por efecto del frio ó por el cambio de

lugar... pero... desde que ha salido de casa siento unos... temblores particulares... Sin embargo... si teneis la bondad de preguntarme... procuraré contestar... He tenido suficiente fuerza... para llegar hasta aquí... á pesar... del consejo de los médicos... porque queria... á toda costa... declarar en favor... de María. (Profunda sensacion.)

«El presidente.—Sin embargo, señora, ¿sabeis que Maria Faveau está acusada de haber intentado en venenaros, y que si gracias á Dios, no ha pasado de una tentativa, hay los mas graves indicios de que María es la autora de este crimen horrible?

«Mad. de Beupertuis.—Para eso era necesario que fuese un monstruo de hipocresia... Yo no lo creo. Ni por un instante... se ha desmentido su celo y su cariño hacia mí... Por otra parte... estando ya presa María... me ha dado una prueba de cariño y de fidelidad... que me harian perdonarla... si fuera posible que ella hubiera cometido ese crimen... (haciendo un nuevo esfuerzo para volverse hacia la acusada). Ya me comprendes, pobre Maria.

«(Al pronunciar estas palabras que causan una gran sensacion en el auditorio aco-

mete á Mad. de Beaupertuis una horrosa convulsion.)

“El presidente (á Mad. de Beaupertuis). —Reconozco, señora, que vuestra declaracion es favorable á la acusada, por lo que hace á las apariencias de su celo y cariño hacia vos; pero debo advertiros que la misma acusada ha confesado, así en la audiencia de hoy como en particular, que habia solicitado con interés reemplazar á la señorita Desuée Buisson para poderse introducir en vuestra casa y satisfacer sus deseos de venganza.

“Mad. de Beaupertuis. —¡Su venganza!... ¿Y contra quién?...

“El presidente. —Contra vos y contra vuestra familia, señora duquesa.

“Mad. de Beaupertuis (con profunda admiracion). —¡Vengarse de mí y de mi familia! (Dirigiéndose á la acusada): Maria, ¿vengarte de mí?... ¿Qué te he hecho yo?... Mientras has estado en mi casa... ¿no te he mostrado... mi satisfaccion por tu celo.... siendo así que no te conocia... cuando entraste?...

—(La duquesa siente un nuevo desmayo; su madre y su esposo se acercan á ella).

“El presidente (á María Faveau).—¿Habéis oído la respuesta de la señora duquesa? ¿Persistís en vuestra odiosa mentira?

“María Faveau.—He dicho la verdad.

(Murmullos de indignacion en el auditorio).

“Mad. de Beaupertuis (al presidente).—Señor... lo que os puedo asegurar... es que aunque Maria se acusase en mi presencia... de ese espantoso crimen.... no la creería... Perdonad mi emocion.... no.... puedo.... mas.

“(En este nuevo desmayo, el duque, cuyas lágrimas no cesan ni un momento de correr, prodiga sus cuidados á su esposa, cuya palidez se cambia de repente en una lividez siniestra).

“El presidente.—La situacion de la señora duquesa es tan penosa que me limitaré á una ó dos preguntas de la mayor imporrancia. Se trata de saber, si es verdad, como resulta de la causa, y por confesion de Maria Faveau, si era ella únicamente la que servia las medicinas, y si recuerda alguna circunstancia sobre el particular.

“La duquesa de Beaupertuis (con voz que apenas se percibe).—Me siento morir...

Un frio glacial... se apodera de mi corazon... Pero trataré... de acordarme... y contestar...

“(El duque, queriendo sin duda reanimar las fuerzas de su esposa, la hace aspirar un liquido en un frasco y la humedece con él los labios.)

“El presidente.—Para fijar mi pregunta y no molestar por mas tiempo á la señora duquesa la diré, si era Maria Faveau la única persona que la administraba las medicinas.

“Mad. de Beaupertuis (con voz cada vez mas apagada).—No queria tomar nada... sino de su mano... Esto era un capricho... de... enferma... y yo...

“(Nos fué imposible comprender la palabra que se siguió á esta. La duquesa cayó sobre el respaldo del silon; un estremecimiento espasmóico agita todos sus miembros. La princesa de Morsenne se precipita sobre ella y Mr. Beaupertuis esclama con voz desgarradora y arrojándose de rodillas delante de su esposa:)

—“¡Socorro, Dios mio! ¡Socorro! ¡Se muere!...

“(Estas terribles palabras causan una es-

pantosa conmocion en el auditorio. Todos se levantan; hasta los mismos jueces. María Faveau y Clementa Duval, sin que se lo impidan los guardias municipales, salen de su banco y corren hácia la duquesa, sin duda para socorrerla.)

••En este momento se oye una voz de muger que dice alto:

==“*Ya estais reunidas las tres; acordaos de la calle de Saint-Avoye.*”

(No hubiéramos insertado estas palabras en nuestra descripcion, á no ser porque teniendo fijas nuestras miradas en el grupo que rodeaba á la moribunda duquesa de Beaupertuis, observamos que al oirlas Clementa Duval y María Faveau se conmovieron profundamente, semiraron una á otra y quedaron como aterradas por un pensamiento fatal: pero decimos esto con toda reserva y de nuestra cuenta, porque podemos engañarnos acerca de la impresion que á nuestro juicio causaron en las dos acusadas las palabras precedentes, palabras que acaso no oirian las acusadas, y que quizá fuimos los únicos que las percibieron en el indefinible tumulto que causó la agonia de Mad. de Beaupertuis).

Después de un breve rato la campanilla del presidente dominó la agitación general, los guardias municipales condujeron á las acusadas á su puesto donde quedaron sumidas en el mayor abatimiento.

“El presidente con voz alterada.—Paso al señor doctor Olivier (de Angers.)

“(Efectivamente este eminente médico que asistía á la vista y se hallaba detrás de los jueces, atravesó rápidamente el pretorio, y separando con dificultad las personas que rodeaban á la duquesa de Beaupertuis cogió una de sus manos para examinar el pulso y miró con atención aquel cuerpo que parecía inanimado.) (Un lúgubre silencio reemplazó el tumulto anterior. Todos esperan con ansiedad la declaración del doctor sobre la vida ó la muerte.)

“A pocos instantes el doctor Olivier pálido y conmovido pronunció las siguientes palabras:

—“Señor presidente, desgraciadamente no queda esperanza alguna: la duquesa de Beaupertuis ha dejado de existir.

(Nos es imposible pintar la consternación que produjeron en el auditorio las palabras del doctor Olivier. La principal acu-

sada parece poseida de un espantoso delirio; dá gritos confundidos con sollozos. La segunda acusada pierde el sentido y la sacan de la sala.)

“El presidente.—Se suspende la sesion hasta mañana: que salga el público del salon quedando solo las personas de la familia de Beaupertuis, conduciéndose á su prision á las acusadas.

“(El tribunal se retira; el público desocupa el salon lentamente, y cuando salimos nosotros oímos al duque de Beaupertuis esclamar dolorosamente:)

—“¡Mi muger, mi muger, mi pobre muger!,,

El coronel Butler acabó la lectura del *Observador*.

Un silencio profundo se siguió á la lectura del coronel. Al leer este “la duquesa de Beaupertuis ha dejado de ecsistir,» Anatolio Ducormier que se habia quedado en la mesa en que habia escrito, se echa las manos al rostro como para contener sus lágrimas.

Al conocer el profundo dolor que debia aflijir á Ducormier por saber de este modo la muerte de la hija de su bienhechor,

ni el príncipe real ni ninguno de los circunstantes se atreve á articular palabra. La condesa Ducormier se levanta y se apróximada á su esposo. Todas las miradas se dirigen hacia él con interés.

El príncipe real se levanta y habla algunas palabras al oído á la duquesa de Spinola y á la condesa de Lovvestein.

Estas se las comunican á las demás y todos se levantan sin hacer ruido, dejando á Ducormier entregado á su profundo dolor. El príncipe real se detiene como si dudase, y despues se dirige á la mesa en que se hallaba Ducormier sumido en el mayor dolor.

El príncipe real (con ternura poniendo una mano sobre el hombro de Ducormier).—Conde, no olvidéis en vuestro dolor que teneis un amigo sincero y que sus consuelos no os faltarán.

Ducormier (levantando los ojos arrasados en lágrimas).—Monseñor, ese consuelo es el mayor que podria recibir en una desgracia como la que ha caido sobre esa familia.

El príncipe real apretándole la mano con efusion).—Ese corazon es el mas tierno y el mejor que hay en el mundo. Adios; conozco

que en el primer momento de semejante dolor son enojosos todos los consuelos y que necesitais estar solo. Esta tarde iré á veros. Os dejo con la que debe participar de vuestras penas. Adios, mi querido conde; valor, mi pobre amigo.

El príncipe saluda á la condesa de Ducormier y echa á este una mirada de compasion).

La condesa Ducormier, (con viveza á su marido despues de la salida del príncipe).—¿Le has oido? El príncipe te ha dicho: valor, mi pobre amigo... El príncipe te ha llamado su amigo; (con una esplosion de alegría y de orgullo satisfecho) la embajada es nuestra.

Ducormier (enjugando sus ojos).—Asi lo espero, querida.

LII.

(La escena que vamos á referir tiene lugar en la capilla de la cárcel de la Roquette en Paris. En el fondo hay una puerta con regilla, y allado opuesto de la puerta una pequeña ventana guarnecida de espesas barras de hierro; á través de esta ventana se percibe un cielo de otoño pardo y lluvioso; á la derecha una cama de hierro, y á la izquierda una mesa y una silla.

María Faveau con la cabeza descubierta, y vestida como el dia de la vista, está sentada sobre su cama con la mirada fija y las manos juntas sobre sus rodillas. El escribano acaba de salir despues de haberle leído su sentencia de muerte.

María sola.

¡Esto ha terminado! Dentro de tres horas concluyó todo; tres horas aun que aguardar! es mucho, mucho! (Pausa, María se levanta y se acerca á la ventana) ¡Con tal que esta lluvia continúe habrá menos gente allá abajo: si hubiera mucha me anonadaria. Bah! es un momento que pronto pasa. Muchos otros he

pasado durante cuatro meses. (Se dirige á la mesa y pone en orden diferentes objetos colocados en unos pequeños paquetes). No olvidemos nada; mi anillo de novia para mi hijita con un bucle de mis cabellos y de los del pobre José. El es dichoso: está loco y no recuerda nada. (Nuevo silencio). Esta pañoleta para Clementa Duval, mi hermana de desgracias. Este medallon, el retrato de mi hija, para Mad. Bonaquet. ¡Ha sido tan afable para conmigo! Y por último este alfiler, mi única joya, para el doctor con la carta en que le recomiendo mi hija (largo silencio). Ah! si hubiera estado aquí Mr. Bonaquet, quizás no me hallaria en este sitio! En fin, no ha estado. Esto debia suceder como tantas otras cosas, para que la prediccion de la adivina se cumpla. Veamos, no olvido á nadie: (contando con los dedos) mi hija, Clementa Duval, monsieur Bonaquet. No, todos están. Estos son los únicos que me han amado; y no me olvidarán al momento, estoy segura. (Delira durante algunos instantes.) Coloquemos tambien estos veinte francos para el carcelero, con objeto de que cumpla bien mis encargos.

(La puerta se abre y entra el carcelero).

María.

¡Ah! viene Vd. á tiempo (dándole el dinero). Esto es para Vd., y le suplico haga Vd. llevar hoy por la mañana, despues que yo marche, estos diferentes encargos á su destino. ¿Me lo promete Vd.?

El carcelero.

Si, señorita, se lo prometo á Vd.,; esté Vd. tranquila.

María.

Gracias.

El carcelero.

Venia á preguntar á Vd., querida señora, ¿si quiere Vd. tomar alguna cosa esta mañana?

María sorprendida.

¿Tomar alguna cosa?

El carcelero.

Hoy tiene Vd. el derecho de pedir lo que apetezca, sea lo que quiera. Por el pronto tenemos un excelente caldo, un verdadero confortante; y puede usted tomar una chuleta muy tierna, ó una polla asada, ó café con crema y huevos frescos.

María. con triste sonrisa y aparte.

¡Crema y huevos frescos! ese seria mi desayuno si me hubiera retirado á una casita de

campo con mi pobre José y mi hija, segun teniamos pensado. ¡Ah! Ya no podrá llegar ese tiempo!

El carcelero.

Puedo salir garante, señoramia, de que los huevos están puestos de ayer.

María, sonriendo.

No, gracias... Ya conoce Vd., dentro de tres horas... ya sabe Vd... Y naturalmente eso quita siempre el apetito.

El carcelero.

Bien lo sé, pero el tiempo está lluvioso esta mañana, y aseguro á Vd., pobre señora, que siempre es bueno tomar *de antemano* algo caliente: esto sostiene y conforta. Vamos, una buena taza de caldo y dos deditos de Jerez, porque hoy tiene Vd. derecho de pedir hasta vino de Jerez.

María con siniestra sonrisa.

¡No, gracias! Verdaderamente que no lo hago por cumplido.

El carcelero.

Hace Vd. mal, señora mia, hace Vd. mal.

María, con la misma sonrisa.

Lo que me admira es, que tan servicial como Vd. está, no me ofresca un paraguas para ir allá abajo... diantre, está lloviendo y

podría resfriarme, ¿no es verdad?

El carcelero, embarazado
No está permitido el...

Maria, continuando sonriendo.
¿No conoce Vd. que me chanceo? Estoy
muy alegre.... Esta mañana...

El carcelero.
A fé mía, señorita, que me alegro ver á
Vd. así y no como otras veces, y doy á Vd.
por ello la enhorabuena.... Pero á pesar de
lo dicho quisiera que tomase Vd. alguna co-
sita!... ¿un poco de vino caliente... bien
azucarado... eh?

Maria.
No; bien puede Vd. conocer que por mu-
cha azúcar que tenga me sabrá bastante
amargo. ¿No olvidará Vd. mis encargos?

El carcelero.
No señora; todo se hará esactamente, se
lo prometo á Vd. (Sacando un papel del bolsillo.) También queria hablar á Vd. de esta
cuentecita de la lavandera. Importa nueve
francos y setenta y cinco céntimos...

Maria.
Justo.... ¡y yo que olvidaba!... (Sacando un bolsillito.) Voy á pagar á V esa cuenta.

El carcelero.

Recuerdo á Vd. esta pequeñez, querida señora, porque...

Maria, dándole el dinero.

Cierto, ya no puede Vd. fiarme. Ahí van diez francos que es todo lo que me queda. ¿Debo á Vd. algo mas?

El carcelero.

Ni un céntimo, señora. (Entra un llavero y habla en voz baja con el carcelero.)

El carcelero, en voz baja.

¿Y ese caballero trae pase?

El llavero, en voz baja tambien.

En toda regla. Está en el cuarto del alcaide y me ha enviado á decirte que prevengas á la reá y la preguntes si quiere recibir esta visita.

El carcelero, á *Maria*.

Señora, tiene vd. una visita.

Maria.

¡Una visita! Algo tarde es.

El carcelero.

El alcaide desea saber si quiere vd. ver á ese caballero.

Maria.

¿Qué caballero?

El carcelero.

El señor doctor Bonaquet.

Maria, estremeciéndose.

¡El!... ¡Oh! ¡Dios mío!

El carcelero.

Ese es el nombre que me ha dado.

Maria.

El... de vuelta!

El carcelero.

Ese caballero está en el cuarto del alcaide, y si vd. lo permite, va á venir.

Maria, despues de reflexionar un rato.

No... no... no quiero verle... no.

El carcelero, saliendo con el llavero.

Muy bien, señora, voy á prevenir al señor alcaide, que no quiere vd. recibir á ese caballero.

(El carcelero sale; pero apenas cerró la puerta, cuando *Maria*, que por un instante habia ocultado su rostro entre las manos, corre hácia la regilla de la puerta gritando:—Carcelero, carcelero.)

El carcelero, abriendo la regilla.

¿Qué quiere vd., señora?

Maria.

Quiero ver al doctor Bonaquet.

El carcelero.

Al momento vendrá, señora. (Cierra el

ventanillo.)

Maria.

—¡Ah! si no fuera por mi pobre hija, á quien quiero recomendar verbalmente al doctor, no tendria valor para esponerme á mirarle cara á cara... porque él tambien va á crecer... (Torciéndose las manos con desesperacion). ¡Ah! hago mal en verle. Habia tomado mi partido, me habia armado de resolucion y me hallaba como empedernida; él va á hacerme reflexionar y voy á sentir mi agonía. (Arrojándose sobre la cama deshecha en lágrimas). Ah! ¡he obrado mal, he obrado mal! Desde ayer, despues de marcharse mi hija, no he tenido ganas de llorar ni una sola vez, y héme aqui llorando á pesar mio. *El carcelero*, abriendo la puerta al doctor

Bonaquet.

Entre Vd., caballero. (En voz baja). Debo advertir á vd. que la ejecucion es á las ocho en punto; á las siete y cuarto son los preparativos y esos señores no aguardan nunca. No tiene vd., pues, mas que una media hora.

Geronimo Bonaquet.

Está bien.

(Sale el carcelero y cierra la puerta. Gerónimo Bonaquet está sumamente pálido, y queda por un momento inmóvil con los ojos fijos en Maria. Esta se sienta en el borde de la cama, oculta su rostro entre sus manos. Se levanta de repente, se arroja en los brazos del doctor y dice llorando con voz desgarradora y con un acento irresistible de sinceridad).

— ¡No he sido yo! ¡No la he envenenado! ¡No he sido yo!

Gerónimo Bonaquet, llorando y estrechando a Maria entre sus brazos.

— ¡La creo a vd..., la creo, desgraciada joven! (Alzando los ojos al cielo) ¡Una media hora, solo una media hora para salvarla, si se le puede salvar! (Apretando contra su pecho a Maria que continúa abrazada a él). Querida y pobre Maria.. Veremos... Tranquilidad y valor... Porque los minutos nos están contados. (Sosteniéndola y conduciéndola a la cama en que se sienta Maria). Tranquílcese vd., y contésteme con precision á lo que la tengo que preguntar.

Despues de una breve pausa Maria enjuga sus lágrimas y esclama:

— ¡Vd. aquí! Yo no le esperaba.

Bonaquet.

Venia muy despacio de un viage que he hecho á los Pirineos por la salud de mi esposa...

Maria.

¡Dios mio! ¿Está mala?

Bonaquet.

Ya está mejor; hablemos de vd. En Burdeos por casualidad leí un periódico que daba cuenta de la causa de vd. y de su condena; todo lo supe á un tiempo. Así es que supe que en mi ausencia habia vd. invocado mi testimonio... Esta cita de vd. aunque quizás un poco tardía, me imponía un deber sagrado. Dejé á mi mujer en Burdeos, porque estaba aun bastante débil para viajar noche y dia; tomé la posta y he llegado esta mañana á las cinco. Al momento he ido á casa del secretario general del ministerio de Justicia, excelente sugeto y amigo mio. Mi primera palabra ha sido su nombre de vd. “A pesar de los hechos, á pesar de sus declaraciones, le he dicho, Maria Favéau no es culpable. La conozco y la declaro tan estraña al crimen como yo mis-

mo, y yo lo probaré; suspenda vd. la ejecución.— Eso me es imposible, amigo mio, me ha contestado, la sentenciada ha renunciado á la apelacion, y la sentencia debe ejecutarse. Lo único que puedo hacer por vd. es darle permiso para que la vea, y encargar á su juez que le acompañe á vd. Interróguete vd. y si por casualidad hiciese algunas revelaciones que lleven el sello de la verdad, el juez delegado las oirá, y si cree que la justicia ha podido cometer algun error, le autorizo para suspender la ejecución; de lo contrario la sentencia tiene que llevarse á cabo. “Eso es, hija mia, lo que me ha dicho, (estremeciéndose y echando la mano á su frente.) ¡Dios mio! ¡Son ya las seis y media! (Sacando el reloj y poniéndole sobre la cama de Maria.) No quitemos nuestros ojos de esa muestra incesorable. (Cogiendo las manos de Maria entre las suyas.) No me oculte vd. nada; vd. no es culpable; esa ha sido la primera palabra que ha pronunciado vd. al verme, y el acento con que la ha dicho ha sido tal que aunque hubiera estado prevenido contra vd. me hubiera con-

vencido de su inocencia. ¿Pero quién es el culpable? ¿Por qué esa reticencia en la defensa? ¿Por qué confesar esos proyectos de venganza contra la duquesa, que tanto perjuicio le han hecho á Vd.? ¡Dios mio! ¡Cuando pienso que la última vez que ví al desgraciado José, que fué la vispera de mi viaje á Aubernaia, donde estaba espirando una parienta mia, y á mi regreso voy al almacén y le encuentro cerrado; y á mi vuelta voy á casa de su madre de Vd. y sé que ha muerto á los pocos dias de haber fallecido su esposo; y se tambien que el pobre José se ha vuelto loco! Pregunto á qué hospital se le ha ll-vado y nadie me dá razon. Trato de averiguar el sitio á que se ha retirado Vd. con su hija y no puedo saberlo. Pasan quince meses y la primera noticia que tengo de Vd. es el periódico. Ah! ¡esto es espantoso! ¿Por qué no se ha dirigido Vd. á mí despues de la muerte de sus padres? ¿por qué?... Pero no, yo estoy loco, hablo de lo pasado, abrumo á Vd. con preguntas sin ilacion y turbo su entendimiento de Vd. en vez de calmarle á fin de obtener respuestas claras y precisas que puedan salvar á usted. (Mirando el reloj) ¡Y ese minuteromarcha...

marcha sin cesar!... ¡Dios mio, tened piedad de mí (Permanece por un momento anonadada.)

María.

¡Pobre Mr. Bonaquet, siempre será Vd. el mejor de los hombres! ¡Ah! ¡si hubiera visto á Vd. antes! Mas ¿para qué? De nada hubiera servido.

Bonaquet, despues de reflexionar un momento.

Si, esto es. He aqui el órden en que debo preguntar á Vd. para ahorrar tiempo. Vd. no es culpable; mas segun Vd. ¿quién ha cometido el crimen?

María.

No lo sé.

Bonaquet.

No se trata ahora de generosidad insensata. ¿Quién sospecha Vd. que haya podido cometer el crimen. Dígamelo Vd.

María.

Mr. Bonaquet, juro á Vd. por la salud de mi hija que no sospecho de nadie.

Bonaquet.

¡De nadie! ¿Y ese veneno hallado en su cómoda de Vd?

María.

Yo no lo he puesto en ella.

Bonaquet.

Entonces, ¿quién ha podido ser?

Maria.

No lo sé; no sospecho de nadie.

Bonaquet, anonadado.

¡Ninguna revelacion! ¡nada ni un hecho!
¡Protesta de su inocencia y hé ahí todo!....
Pero desgraciada jóven, ¿por qué al menos
no ha protestado Vd. siempre y en todas par-
tes con ese grito, con ese acento que hace un
momento penetró hasta el fondo de mi alma?
Hubieran creído á Vd. como yo la he creído
¿Por qué esa sombría resignacion á morir?
¿Por qué esas palabras que parecian salir de
un pecho criminal: “Debo morir en el cadal-
so; es mi suerte,” palabras insensatas que me
hicieron, creer por un instante que la desgra-
cia habia estraviado su razon de vd?

Maria.

La prueba de que mi suerte es morir
sobre el cadalso, es que dentro de dos horas
debo subir á él. ¿Qué quiere vd? era mi des-
tino. Nadie puede hacer nada contra su des-
tino.

Bonaquet, aparte.

¿Qué dice? ¿Será cierto que su razon... .

La Buena Ventura Tomo. V. 3

(en alta voz) ¡María! ¡María! Vuelva Vd. en sí; no sabe Vd. lo que se dice.

María, sonriendo con tristeza.

¿No recuerda vd., Mr. Bonaquet, hace unos diez y ocho meses hallándome en su casa de Vd., en la que comí aquel día en que tan complaciente estuvo conmigo su señora de Vd. (interrumpiéndose y cogiendo de la mesa uno de los paquetes). Tome vd., y verá que no me había olvidado ni de vd. ni de su señora. En esta carta recomendaba á vds. dos á mi pobre hija, cuya pension tengo felizmente pagada por cuatro años. En este paquetito está su retrato que ruego conserve Mad. Bonaquet como en recuerdo mio, y para Vd. un pequeño alfiler que siempre he llevado conmigo.

Bonaquet, llorando.

Me parte el alma y hace que mi razon se estravie. ¡Y la hora avanza! Escúcheme vd., María...

María.

Decia á vd. señor Bonaquet, que el dia que comí en su casa de vd. con mi buen José... ¿ya sabe vd?

Bonaquet.

¡Por favor, María, no tantos dolores á

la vez! Solo tengo las fuerzas de un hombre, y esas las necesito para tratar de salvar á usted.

María.

Aquel dia hablé á vd. de una prediccion que me habian hecho hacia cuatro años, y vd. se hurló de mí.

Bonaquet.

¿Una prediccion? ¿Cuál?

María.

¿La ha olvidado vd.?

Bonaquet, tratando de recordar.

No recuerdo; sin embargo, me parece... (Estremeciéndose de repente y dando un grito.) ¡El cadalso!...

María.

Dentro de dos horas subiré á él. Ya ve vd. que la hechicera tenia razon.

Bonaquet, mirando con mas atencion á María y notando la especie de desvario con que pronunció sus últimas palabras. Ah! ahora lo comprendo todo! Presa de aquella siniestra prediccion y viendo que acontecimientos inesplicables la confirmaban por un terrible juego de hazar, esa desgraciada jóven, anonadada ya por tantas penas, ha brá dejado correr su imaginacion; sí, y en

su desvario, ha aceptado ese horrible destino, con la ciega resignacion del fatalista! (A María con acento de dolor). ¿De modo que cuando vd. decia á su abogado: «A qué defenderme si estoy condenada de antemano á subir al cadalso!» hacia vd. alusion á esa prediccion?

María.

¿Y no era natural?

Bonaquet.

¿De modo tambien, que cuando abrumada por las preguntas de los jueces, les decia vd.: «Pues bien, sí, yo he sido la que he puesto veneno en todas partes: debo de ser yo, puesto que las envenenadoras van al cadalso y yo debo morir en él!» hacia vd. alusion á esa misma prediccion?

María.

¿Y cómo no habia de hacerla? Todo se volvía contra mí: el envenenamiento de la duquesa, el veneno hallado en mi cómoda. ¿Y esto podia ser otra cosa sino que la prediccion debia cumplirse? Entonces me dije á mí misma: ¿que se cumpla!

Bonaquet, con desesperacion.

¡Así es como se ha perdido vd. á sí misma! Esa preocupacion constante del cadal-

so ha sido un argumento terrible contra vd. Mas ¿por qué al menos no habló vd. de esa prediccion á su abogado, y á sus jueces, para esplicar el sentido de sus palabras de usted?

María.

¿Para qué? Debía ser condenada.

Bonaquet, aparte.

¿Es una idea fija, una monomanía, y los insensatos no pueden ser condenados!

María, sonriendo con amargura.

¿Se realiza la prediccion del adivino, Mr. Bonaquet? ¿Si ó no? (El doctor guarda silencio). Ya ve usted, pues que no estaba yo tan loca.

Bonaquet.

¿Es menester que esto se sepa! ¡Dios mio! ¡Es imposible que se tome por el grito involuntario de los remordimientos lo que solo procede de la divagacion de un entendimiento turbado por las penas, estraviado por una creencia insensata en la fatalidad! ¡No se puede dejar á una criatura de Dios que se suicide de esa manera, arrojándose al cadalso!

El magistrado está ahí fuera y corro á...
¿Pero á qué? ¡la sentencia está prenuncia-

da! Mis reflexiones son excelentes medios de defensa para un abogado; pero no son una revelacion demasiado precisa para suspender la ejecucion. (Mirando al reloj) ¡Y este minuterero que no cesa de caminar! (Juntando las manos y levantando los ojos al cielo) ¡Dios mio, Dios mio! ¡oh! vos que sois el protector del justo y del inocente, tened piedad de mí, é inspirármel! ¡Ay! ¿Qué camino de salvacion seguiremos para librar á esta pobre criatura medio loca por las penas? ¿Cómo descubrir al monstruo de hipocresia y de ferocidad que ha cometido el crimen y que manda al patíbulo á esta desgraciada? (Permanece un momento pensativo).

María, mirándole.

Vamos, me hallo menos débil de lo que pensaba. Por el contrario, creo que me dará nuevas fuerzas el haber visto á este excelente hombre, al amigo de la infancia de aquel pobre José á quien tanto amaba. (Mirando el reloj de Bonaquet.) ¡Las siete y menos cuarto.... y es á las ocho!....

LIII.

El doctor Bonaquet permanece durante algunos minutos reflexionando; enjuga sus lágrimas y dice á María.

— ¡María, es preciso que aparezca el verdadero criminal!

María.

No puede ser.

Bonaquet.

¿Por qué?

María.

Porque no se cumpliría mi destino.

Bonaquet aparte.

¡Siempre esta idea fija y fatal? (Alzando la voz). María, escúcheme Vd... En el interrogatorio ha hablado Vd. de sus proyectos de venganza contra la familia de la duquesa de Beaupertuis, sin querer explicar la naturaleza de esa venganza.

María.

Hubiera cubierto de vergüenza á la duquesa de Beaupertuis. Y por otra parte de nada me hubiera servido esto.

Bonaquet.

Si lo comprendo, su destino de Vd. debía cumplirse... ¡Siempre esa idea fija! ¿Y cómo la revelacion de esos proyectos hubiera cubierto de vergüenza á la duquesa?

María.

Señor Bonaquet, el príncipe de Morsenne es el auditor de todas mis desgracias. El fue, por sus vergonzosas proposiciones, quien suscitò los celos en el corazón de José.

Bonaquet.

Lo sé; esos celos insensatos han labrado la desdicha suya y de Vd.

María.

Un dia, en que ya no podia sufrir mas y queriendo vengarme á toda costa del príncipe, oí los consejos de Mr. Anatalio: fui á una casa en la que estuve como unos diez minutos. Allí dije algunas palabras á Mr. Anatalio: aquellas palabras debian hacer creer al príncipe, que las oia, que Mr. Anatalio era mi amante.

Bonaquet.

¡Eh!

María.

Espero que no lo creerá vd. positivo, Mr. Bonaquet: á la hora de su muerte, nadie

mente.

Bonaquet.

¡Creo á Vd., pobre jóven! Asi pues, esa falsa apariencia, inventada por Anatalio, causaría un efecto terrible á Mr. de Mor-senne?

María.

¡Y se vengó perfectamente! Al dia siguiente envié á la tienda al hombre que ya habia estado anteriormente á ofrecirme dinero; habló en ella á José y le hizo creer que yo era querida de Mr. Anatalio. José corrió á casa de mi madre, y despues de algunas palabras y sin querer oirme cayó sin conocimiento. Desde entonces está loco. Desde que vi á mi excelente marido en Bicetre, á mi padre y á mi madre muertos de pena y á mi pobre hija reducida á la miseria, mi único pensamiento fué vengarme del autor de todos mis males, y en su defecto de su hija. Se me ofrece una ocasion y la acepto.

Bonaquet.

Ya he leído eso en la causa. Desirée, su hermana de leche de Vd., queria dejar el servicio de la duquesa, vd. se hallaba casi en la miseria y pidió vd. á su hermana de leche la presentase en su lugar en casa de

Beaupertuis.

María.

Pero lo que no he dicho es el motivo por qué Desirée era la jóven mas honrada del mundo y sobre todo muy religiosa; amaba mucho á su ama, pero no lo suficiente para ser por mas tiempo su cómplice.

Bonaquet.

¡Su cómplice! ¿Y cómo?

María.

Hé aquí lo que me dijo Desirée, tan enemiga de la mentira como Vd., Mr. Bonaquet:—«Desde que el príncipe de Morsenne marchó á su embajada, la duquesa vino á ocupar la antigua habitacion de su padre en la planta baja del palacio. Como el príncipe tenia siempre algunos amorios secretos, deseaba poder salir del palacio y volver á él sin ser visto, y desde su habitacion y con una simple llave tenia una puerta que daba á la calle. La señora duquesa me encargó mandace hacer dos llaves para aquella puerta. Por ella es por donde ahora sale por las noches, cuando todos la creen acostada, y muy pocas veces viene hasta el amanecer. Además, como la duquesa y yo somos casi de la misma altu-

ra y de las mismas, carnes, me mandó la hiciese, por mi medida, unos vestidos sencillos, y que la comprase unas gorritas como las que llevan las *grisetas*. En fin, me ha hecho alquilar, bajo mi nombre, en lo alto del barrio del Luxemburgo, cerca de la barrera, un cuarto pequeñito, y amueblarle con lencería y servicios de plata, y enviar á el todos los sábados y todos los jueves, vinos y provisiones de casa de Chevet, con objeto de encontrar siempre allí algun fiambre que comer. La señora duquesa se pierde, se degrada; por nada en este mundo la haria traicion, pero por nada tampoco permaneceré sirviéndola; es para mí un caso de conciencia. Asi no queriendo decirle el motivo por que la dejó, por go por pretesto el deseo de volver á mi pais.»

Bonaquet cada vez con mas atencion:

Continúe Vd., continúe.

María.

Al oír hablar de aquel modo á Desirée, Mr. Bonaquet, creí que tenia en mis manos mi venganza si conseguia reemplazar á mi hermana de leche en casa de la duquesa.

Bonaquet.

¿Obteniendo su confianza, haciéndose due-

ña de sus secretos, y perdiéndola, si quería Vd?

María.

Sí, eso es... Así, pues, dije á Desirée: «Yo no participo de tus escrúpulos; apenas me queda con qué vivir y con qué mantener á mi hija; la plaza que tu dejas llena toda mi ambicion. Segun la vida que lleva tu ama necesita sobre todo una doncella de confianza, inteligente y no poca discreta. Tu me conoces y puedes responder de mi á la duquesa. En cuanto al servicio, me habituare á él, y por otra parte no creo sea muy difícil, en fin el celo suplirá lo que me falta.» Cuatro dias despues me hallaba ya en casa de la duquesa en calidad de doncella.

Bonaquet.

¿Y su venganza de Vd.?

María.

Necesitaba ante todo ganarme el afecto de Mad. de Beaupertuis, y tratè desde luego de conseguirlo. Con la vida que traia no podia pasarse sin una confidenta. Yo habia entrado, por decirlo así, en su casa en calidad de tal; pero además de esto mi caracter la agradó, y no solamente supe lo que debia saber,

sus salidas durante la noche, sus disfraces y sus citas, sino que concluyó por abrirme ella misma su corazón... Entonces, mi querido doctor, no tuve ya valor para pensar en mi venganza, como antes había pensado.

Bonaquet.

¿Qué dice Vd.? ¿Y cómo así?

María.

¡La duquesa era la más desgraciada de las criaturas!

Bonaquet.

¿Ella?

María.

A pesar de la vida que llevaba, algunas veces partía el alma el verla. Había adorado á Mr. Anatalio, al primero y al único hombre á quien había amado. El la había abandonado de una manera indigna, y estuvo a punto de morir de pena; pero su juventud la salvó. Entonces para amortiguar un amor que á su pesar conservaba en lo más hondo de su corazón, y acordándose, según ella misma me dijo, de los infames consejos que Mr. Anatalio le había dado.

Bonaquet.

Lo sé: la había ponderado, con objeto de perderla, las infamias de ciertas grandes se-

ñoras del tiempo de la regencia.

María.

Si, deseaba perderla, y lo consiguió. Porque estoy segura Mr. Bonaquet, que él mismo hubiera retrocedido ante los excesos á que la duquesa se entregaba con nna especie de desesperacion.

Bonaquet.

¡Oh! ¡eso es espantoso!

María.

La duquesa ha muerto, Mr. Bonaquet, y ni aun á Vd. quiero dar, por su memoria, mas detalles... Le causaria á Vd. miedo... no, á Vd. le causaria lástima como me sucedió á mi. ¡Ah! cuántas veces, en la última temporada, la he visto volver pálida, sombría y como horrorizada de sí misma. Entonces se deshacia en lágrimas y sollozos, y daba vueltas en su cama como una loca; porque en aquella vida desenfrenada, no habia hallado otra cosa que el hastio, el disgusto, y lo que es mas, vergüenza de sí misma, sin conseguir por otra parte olvidar á Mr. Anatalio, á quien amaba y maldecia á la vez, llamándole aun con gritos de amor y de rabia.

Bonaquet, ocultando su rostro entre las manos.

¡Oh! esto es horrible!... horrible!... ¡Hé aquí lo que un hombre puede hacer del alma de una muger!!

María.

En'onces, ya he dicho á Vd., Mr. Bonaquet, me faltó valor para vengarme. Veia á la duquesa cien veces mas desgraciada que lo que yo hubiera podido hacerla, y desde aquel momento de nada me servia permanecer por mas tiempo en su casa. Por lo tanto estaba decidida, antes de dejarla, á decirla. «Vuestro padre, señora duquesa, ha sido el causante de todos mis males; entré en vuestra casa con intencion de perderos; podria hacerlo, pues conozco todos vuestros secretos; pero tranquilizaos, os veo tan desgraciada que solo me inspirais lástima... Hé aquí mi venganza.»

Bonaquet.

¿Y era á esa generosa venganza á la que aludia Clementa Duval en la carta que se halló en su cómoda de Vd? ¡Pobre jóven!

María.

Si, porque la casualidad me unió á esa señorita. Nos hicimos amigas... y voy á decir á Vd cómo, y..

Bonaquet.

No, no, por piedad, no hable Vd. ni de ella, ni de José. Ya se lo he dicho á Vd, serian demasiados golpes á la vez, y ahora tengo necesidad de todas mis fuerzas.

Despues de una breve pausa, el doctor Bonaquet preguntó á Maria:

—¿Por qué causa permaneci6 Vd. en casa de la duquesa despues de haber renunciado á los proyectos de venganza?

María.

Porque fué cuando comenzó á sentirse enferma... el principio del veneno sin duda. Me tenia tanto afecto y yo, á ella, que cuando la vi enferma y cada vez peor, retrasé mi marcha para verificarla despues de su curacion que yo esperaba; pero su estado empeoró de dia en dia. Entonces fue cuando me prendieron.

Bonaquet.

¡Ahora comprendo el motivo por el que en la vista de causa esa desgraciada señora dió á vd. las gracias misteriosamente por su afecto de vd. y fidelidad, porque podia vd. deshonorarla si hacia vd. revelacion de lo que sabia! Pero concibo, pobre joven, que fuese vd. generosa mientras vivió la duque-

sa y que conservase usted sus secretos; pero despues de su muerte, esa revelacion ha podido salvar á vd. la vida.

María.

Si hubiera dicho eso, se me hubiera contestado como respecto à lo que dije del principe de Morsenne: «¡Mentira! ¡calumnia! ¡Vean vds. lo que dice esa envenenadora! ¡ese mónstruo! ¡Qué audacia! ¡Arrastra por el fango la memoria de su victima, que no vive para poderla desmentir.»

Bonaquet.

¡Ay! quizás sucederia eso.

María.

¡Y además, deshonorarla! ¡cobardeamente... despues de haberse mostrado tan buena para conmigo! No, no, jamás hubiera tenido valor para ello. ¡Por otra parte, era preciso que mi destino se cumpliera! ¡Nadie puede nada contra su destino! (Queda pensativa.)

Bonaquet, aparte y con acento de dolor.

Héla abí presa nuevamente de ese estravio de su razon, despues de haber hablado hace un momento tan acorde y con tanto corazon. . Si, los médicos han debido decirse: No está loca; pero finje algunas veces

La Buena Ventura Tomo. V. 4

tener trastornada su cabeza. (Con desesperacion y abatimiento.) ¡Ah! ¡No hay esperanza!

María, sacudiendo melancólicamente la cabeza.

Sí... era mi destino... todo ha coincidido para que la adivina acertase. Vea vd. otra prueba mayor, mi querido doctor. ¡Una noche durante mi sueño, hablo del cadalso y de mi venganzanza! ¡El duque me oye, va á mi cuarto y halla en él el veneno! (Movimiento de Bonaquet. Se estremece de repente y parece poseido de una idea súbita). El duque halla tambien veneno en la tetera, en que yo misma habia preparado un medicamento para la duquesa. Era preciso que todo esto sucediera. Sin ello no hubiera habido motivo para que yo fuese condenada como habia predicho la adivina. ¿No es verdad, Mr. Bonaquet? (El doctor no responde, se levanta y camina con agitacion como si siguiese tras una idea vaga.—María, cada vez mas distraida no se apercibe apenas del movimiento del doctor y continúa).—Sí, todo esto debia suceder. ¿Quiéreme vd. saber otra prueba mas, Mr. Bonaquet? En la audiencia, cuando murió la du-

quesa, Clementa Duval y yo corrimos hácia ella. De este modo nos hallamos todas tres reunidas, como nos habíamos hallado ya por tres veces y sin conocernos: la primera en casa de la hechicera, la segunda en el baile de la Opera, y la tercera en casa de Mr. Anatalio, boulevard Bonne-Nouvelle. La última vez debíamos reunirnos en el tribunal de Assises. La duquesa moría envenenada, y la hechicera la había dicho: «Tú morirás de muerte violenta.» Clementa Duval se hallaba en el banco de la infamia por haber dado muerte á su hijo, y la hechicera la había dicho: «Tú serás condenada á una pena infamante.» Yo me hallaba acusada de asesinato, y la hechicera me había dicho: «Tú morirás en el cadalso» (riendo con aire siniestro.) ¡También se hallaba la hechicera en la audiencia para gozar sin duda de su prediccion! porque Clementa Duval y yo oímos en medio del tumulto causado por la muerte de la duquesa una vez que nos decía: «Os hallais por última vez reunidas las tres; acordaos de la calle de Sante-Avoye!» ¡Ya lo vé vd., Mr. Bonaquet, no soy la sola cuya suerte se cumplió, según se había predicho: nadie puede nada contra su

destino! ¿Pero no me dice vd. nada, Mr. Bonaquet? ¿Está vd. desazonado? ¿Qué tiene vd., Dios mio, ¿qué tiene vd?

Bonaquet, pensativo hasta entonces, parece presa de una viva ansiedad: de repente levanta sus ojos al cielo y junta sus manos con fervor.

¡Si, cuanto mas pienso en ello, esa sospecha se cambia para mí en incertidumbre! ¡Si, el crimen debe estar allí! María reúna Vd. todos sus recuerdos, separe Vd. de su imaginacion todo lo que turba su razon y respóndame Vd. ¿Cree Vd. que el secreto de los cesórdenes de la duquesa se haya guardado tan perfectamente, que nadie los haya sospechado?

María.

Nadie ha sospechado nunca nada. Teniamos bien tomadas nuestras precauciones.

Bonaquet.

Recuerde Vd. bien. ¿Ninguna circunstancia hace á Vd. sospechar, por ejemplo, que el duque tuviera alguna duda acerca de la conducta de su muger?

María.

No; vivia separado de la duquesa, y no la veia mas que á las horas de comer. Sin em-

bargo... ahora recuerdo... Pero no, ¿qué puede significar ese hecho?

Bonaquet.

¡Todo hecho es importante! ¡Por Dios! diga Vd. ¿qué ha notado Vd.?

María.

Nunca habia acompañado el duque á su esposa en las sociedades. Pero, algun tiempo antes de mi entrada en la casa, supe por Desirée que cuando la duquesa iba de baile, lo que sucedia muy raras veces, pues preferia salir luego mas tarde disfrazada, su marido la acompañaba siempre contra su habitual costumbre.

Bonaquet.

¿De modo que no comenzó á acompañar á su muger hasta la época en que ella principió á entregarse á los desórdenes?

María.

Si... segun me dijo Desirée.

Bonaquet.

¿Y no le ha parecido á Vd. que á la duquesa la llamase la atencion ese cambio en la conducta de su marido? ¿No le ha dicho á Vd. algo en sus confidencias?

María.

Nada, que yo recuerde... Sin embargo,

si... ahora me acuerdo que la duquesa me dijo una ó dos veces; «No sé qué manía ha tomado hace algun tiempo Mr. de Beauper-tuis de acompañarme á todas las sociedades, las que tampoco frecuento en el dia. Sus ojos no se separan de los míos, se diria que espía mis miradas.»

Bonaquet.

¿Y cuál era el carácter del duque antes de aquella época? ¿Cambió tambien en esa época?

María.

No, siempre fué el mismo, amable con todo el mundo y muy buen amo, y sin ocuparse nunca de otra cosa que de sus insectos, de los cuales hacia coleccion.

Bonaquet.

¿Y nada absolutamente le hace á usted creer que el duque llegara á sospechar la conducta de su muger? ¡Por Dios, reuna Vd. todos sus recuerdos!

María.

No, nada recuerdo.

Bonaquet.

¡Dios mio, Dios mio! ¡Nada!

María.

¡No es culpa mia! Hace algun tiempo que

querida mia —Pero como yo veia tu rostro en el espejo lo cual debió el olvidar, aquella figura tan bondadosa de ordinario, tomó de repente una espresion tan horrible, casi feroz, que tuve miedo y apezar mio me volví con presteza hácia mi marido, pero disimulando la sorpresa, continuó poniéndome la misma cara, como si quisiera cambiarse y me dijo:—¡Quita allá! mala esposa que no quieres ir esta noche al baile, cuando tenia' yo tanto placer en acompañarte á el!»

Bonaquet dando un salto en su asiento.

¿Es cierto ese hecho, María? ¿Lo recuerda Vd. en todos sus detalles?

María.

Sí, ¿pero qué tiene Vd.

Bonaquet.

¿Y la noche en que habló Vd. soñando de cadalso y de venganza, estaba solo con Vd. el duque en la alcoba de su muger?

María.

Sí, solo.

Bonaquet.

¿Y fué él quien encontró el veneno en su cómoda de Vd?

María.

Si, él

Bonaquet, con enagenamiento.

¡Gracias, Dios mio, gracias! ¡me has oído (corriendo á la regilla y dando golpes repetidos á la puerta). ¡Abra Vd.!

María.

¿Me abandona Vd., Mr. Bonaquet?

Bonaquet sin dejar degopear la puerta.

¡Abra Vd. pronto!

El carcelero, entrando y bajo al doctor.

Disimule Vd., caballere, estaba abriendo al ejecutor, y venia á prevenir á Vd., porque son las siete y cuarto.

Bonaquet, estupefacto.

¿Qué dice este hombre?

El carcelero, en voz baja.

Digo que son las siete y cuarto y á las ocho es la ejecucion. Vengo á buscar á la pobre señora para *cortarla el pelo y demas preparativos.*

Bonaquet, con asombro.

¡Dios mio! ¡demasiado tarde!.. ¡Mi cabeza se pierde! ¡No!... Felizmente el magistrado está ahí fuera. (Al carcelero.) ¿Está el alcaide! Condúscame Vd. á su cuarto al instante (A María.) ¡Valor, esperanza! (Sale precipitadamente.)

María, mirándole salir.

Me faltan las fuerzas para quedarse y decirme adíos. ¡Pobre Mr. Bonaquet! ¡Lo comprendo!

El carcelero.

Querida señora, ¿quiere Vd. venir conmigo?

María, estremeciéndose

¡Ah!... ¡ya!

El carcelero.

No, no, señorita... no... se lo diré á vd. con franqueza... Es... (con embarazo) es solamente para una pequeña formalidad. Venga Vd.

María.

Vamos. (Sale con el carcelero.)

LIV.

(Sala baja en la cárcel. María está sentada en un sitial con las manos atadas á la espalda; mientras que el ejecutor de la justicia lá corta el pelo.

Al lado de María se halla un sacerdote con un crucifijo en la mano.

En el fondo los ayudantes del ejecutor,

carceleros y gendarmes.

María está estremadamente pálida; parece una estatua de piedra y no sabe lo que pasa á su alrededor. De tiempo en tiempo besa maquinalmente el crucifijo que la presenta el sacerdote.)

El ejecutor, á María con escesiva cortesía.

Tenga Vd. la bondad, señora de bajar un poco la cabeza. (Diciendo esto, coloea suavemente la palma de su mano sobre la cabeza de María y la inclina un poco.) Muy bien, señora, perfectamente, así; doy a Vd. las gracias por su bondad. (Los cabellos de María continúan cayendo á impulsos de las tijeras y el ejecutor añade en voz baja.) ¡Qué magníficos cabellos! ¡qué cuello tan precioso y qué blancura! ¡Lástima es el cortarlos!

El sacerdote.

Vamos, hermana mia, valor... Piensa en el redentor del mundo, que tambien llevó su cruz... Besa su imágen, hija mia.

(María hace un movimiento maquinal de cabeza para acercar sus lábios al crucifijo.)

El ejecutor.

Cuidado, señora, no se mueva Vd. por favor, ¡Dios mio! ¡Dios mio! por poco no corto

à Vd. (Al sacerdote; algo picado) Permitame Vd., padre cura, que acabe mis funciones. A cada uno dejarle cumplir con su deber.

El sacerdote se muerde los labios, pero no responde, y se dirige à María.

Germana recomienda tu alma à la misericordia infinita del Señor; tu crimen es grande pero su misericordia, es mayor aun. Besa su imàgen, hermana.

¡ (En este momento entran precipitadamente el doctor Bonaquet, el alcaide, el carcelero y el magistrado encargado de oír las revelaciones, si hay lugar à ello, y si no, de asistir à la ejecucion. Al ver à María rodeada de gendarmes, y con el ejecutor à un costado y el sacerdote al otro, el doctor Bonaquet palidece, vacila, se le escapa un suspiro desgarrador y oculta su rostro entre las manos.

El alcaide, al sacerdote.

Señor cura, tenga Vd. la bondad de retirarse un instante, la acusada tiene que hacer algunas revelaciones. (Al ejecutor) Déjenos Vd., caballero. Que salga todo el mundo.

(Todos salen escepto Bonaquet, el magistrado, el carcelero y el alcaide. Maria permanece sentada con las manos atadas y los cabellos cortados; sus lábios se agitan convul-

sivamente, y parece completamente estraña á lo que pasa á su alrededor. El doctor Bonaquet se acerca á ella con viveza.)

El doctor Bonaquet, á Maria.

Hija mia, valor; ya estoy aquí, ya está. vd. en salvo! La verdad vá á ser conocida; el magistrado vá á oír las revelaciones y mandará suspender la sentencia.

(Maria se estremece al ver á Bonaquet, levanta hácia él sus ojos, procura luego sonreír, y balbucea en voz casi ininteligible: ¡A Dios!)

Bonaquet, asustado.

Maria hija mia, vuelva vd. en sí, ármese vd. de valor. Se ha salvado vd.; ¡lo oye vd., salvado! ¡salvado!

El magistrado, en voz baja al doctor.

Tenga vd. cuidado, doctor; no dé vd. una vana esperanza á esa infortunada.

Bonaquet, poniéndose de rodillas ante Maria. cuya mirada no se fija en nada.

¡Maria! ¡Dios mio! ¿No me vé Vd.? ¿No me oye? Soy yo, su amigo de Vd., que viene á salvarla. Repita usted al magistrado lo que acaba de decirme.

El magistrado, al alcaide en voz baja.

Está en un estado deplorable; el miedo de la muerte la paraliza... no la arrancará

ni una palabra.

El alcaide.

Mucho me lo temo.

Bonaquet, á María suspirando.

¡María! ¡María!... ¡Nada!... Su cabeza está trastornada, Dios mio, Dios mio... ¡María! respóndame usted; es la salud, la vida la que traigo á Vd.

María, con aire estraviado y con voz muy débil.

Que se cumpla mi destino... El cadalso es mi suerte.

El magistrado á Bonaquet.

Señor doctor, siento en el alma lo que sucede; pero ya lo ve Vd., su pensamiento concluyó. Si hubiera hecho suspender la sentencia bajo mi responsabilidad; pero ya lo vé Vd., esta desgraciada ha dejado de vivir moralmente.

Bonaquet, con esfuerzo.

¡Pues por esa razon, caballero, es preciso hacerla revivir, quebrar sus ataduras, conducirla á su prision y darla algunos cordiales! Hagamos que recobre el juicio, que por momentos se estingue, y entonces caballero, entonces la oirá Vd.; llegará Vd. á conocer la verdad y descubrirá al culpable

verdadero! Pronto, pronto, señores (tomando el pulso á María), apenas se percibe su pulso, no hay que perder un momento..... ¡Pronto! aquí debe haber botiquin .. Traíganme ustedes ether... Acerquémosla á esta ventana .. ¡Aire!... ¡Aire!...

El alcalde, deteniéndole.

Créame Vd., caballero, dejemos á esa pobre muger en ese estado de insensibilidad; es un beneficio para ella.

Bonaquet, con estupor.

¡Cómo!

El magistrado.

El alcaide tiene razon... Nuestro deber es penoso, caballero; pero las sentencias de los tribunales son irrevocables... El tiempo se pasa y la hora se acerca..

Bonaquet, con indignacion.

¡Se pasa el tiempo! ¡Cómo! ¡Se atreven Vds. hablar de tiempo, cuando se trata de arrancar de la muerte á una criatura de Dios y evitar un asesinato jurídico! ¡Eh! ¡caballero! ¡para que esta desgraciada recobre su juicio se necesitan ocho dias, y el no concederlos seria un crimen á los ojos de Dios y de los hombres!

El Magistrado.

Esa discusion es dolorosa, caballero, pero en el proceso ha sido refutada por los médicos la cuestion de enagenacion mental... La sentencia está terminante y á menos que la condenada haga algunas revelaciones, y nada me prueba que pueda hacerlo...

Bonaquet.

¿Y mi palabra, caballero?

El Magistrado.

Por respetable que sea, no basta á cubrir mi responsabilidad. Apenas ha conocido á Vd. esta desgraciada que no ha podido responder á sus preguntas de Vd. Así pues, suplico á Vd. de nuevo, caballero doctor, deje á la justicia seguir su curso, no prolongue Vd. inútilmente la agonía de esta infortunada.

Bonaquet, desesperado.

Pero eso es un asesinato, caballero; yo conozco al verdadero culpable... es el duque de Beaupertuis.

El Magistrado, con severidad.

Señor doctor, por consideracion á su carácter de Vd. tan conocidamente honrado, quiero olvidar las imprudentes palabras que ha arrancado á Vd. el afecto que profesa á la sentenciada.

Bonaquet.

Es mi convicción, caballero; concédame Vd. una hora y pruebo lo que digo.

El Magistrado.

Esa afirmativa es muy temeraria, caballero. Solo las revelaciones de la acusada, si son claras y precisas, pueden hacer que se suspenda la sentencia; pero la convicción de una persona estraña á la causa no puede tener autoridad en este caso. (Al alcaide). Señor alcaide, que la justicia siga su curso.

Bonaquet, de rodillas.

¡Señores!... ¡Señores!... No harán Vds. tal... ¡es un asesinato! ¡Lo oyen Vds? un asesinato, que llorarían Vds. toda la vida con lagrimas de sangre. (Dando un grito aterrador). Es inocente... inocente!!

El Magistrado

Caballero, Vd. no tiene compasion; mire Vd. á la sentenciada. (Maria se halla en efecto en una especie de delirio: sus miembros tiemblan agitados por la convulsion, y de sus labios se escapan algunas palabras sin sentido...)

—Mi hija... la muerte... ¡Pobre José! La hechicera... el cadalso!!...

(A una señal del magistrado el alcaide abre la puerta de la prision y entran el verdugo, el sacerdote y los gendarmes.)

Bonaquet, cubriendo á Maria con sus lagrimas y besos.

¡La van á degollar! ¡Pobre victima de la justicia! ¡La van á degollar! ¡Ab! Bendito sea Dios que por lo menos la ha privado de conocimiento en estemomento terrible! ¡Desgraciada muger, seras vengada! ¡Te lo juro por tu sangre inocente que van á derramar! (El doctor queda suspenso por un momento como si le ocurriese una idea, y de repente dice al alcaide) Abrame Vd. la puerta que tengo que marcharme corriendo.

El Alcaide á un demandadero.

Abra Vd. la puerta y acompañe al señor doctor.

(Bonaquet sale corriendo).

El Alcaide al verdugo.

¿Estamos ya corrientes?

El verdugo.

Si, señor alcaide, pero creo que tendremos que llevar á la reo hasta la carreta como llevamos el de hace quince dias. (Se acerca á Maria que no da la menor señal de comprender lo que pasa á su alrededor.

Sus movimientos son los de un autómeta. Vamos, señorita, un poco de ánimo, ¿cree Vd. que podrá ir sola?

El Sacerdote á Maria

Vamos, hermana, ofrece tus dolores al Señor. Tu crimen es grande sin duda, pero su misericordia es infinita. Besa la imagen de su hijo que murió en la cruz para la salvacion del género humano. Eso te dará fuerzas. (Acercas el crucifijo á los labios de Maria.)

El verdugo á Maria

¡Vamos, señorita, ánimo! ¡Vamos á ver! (Hace una seña á uno de sus ayudantes, el cual se acerca y coge á Maria por debajo de un brazo. Esta se levanta por un movimiento brusco y empieza á mirar vagamente como si buscase á alguien. Despues obedeciendo maquinalmente á la insinuacion del verdugo y su ayudante, echa á andar con paso firme y sube al poco rato á la carreta, que se dirige hacia la carrera de Saint-Jacques, sitio habitual de las egecuciones.)

(Gabinete del duque de Beaupertuis en el palacio de Morsenne. Estantes de cristales llenos de una magnífica coleccion de insectos. Biblioteca compuesta de libros referentes á esta parte de la historia natural. En una

gran mesa, cubierta con un tapete, hay diferentes cajas cubiertas de tela metálica, en donde se mueven diversos insectos vivos de diferentes especies. Cuadros llenos de insectos y mariposas cubren las paredes. El duque de Beaupertuis, vestido de bata, está sentado en un sillón, y tiene en una mano un alfiler con el cual levanta las alas doradas de una mariposa, y en la otra un antejo de que se sirve para examinar el insecto con profunda atención. El reloj comienza á dar lentamente.)

El duque de Beaupertuis, sin dejar de mirar á la mariposa, cuenta las horas:

Una... dos... tres... cuatro... cinco... seis... siete... ocho... y nueve. (Después de un momento de silencio.) ¡Las nueve!... (Sensación profunda de alegría.)

(La princesa de Morsenne entra acompañada del caballero de Saint-Merry. Este está pálido y parece afligido por un profundo dolor. Su vestido está desarreglado como el de una persona que acaba de hacer un largo viaje. Mad. de Morsenne parece poseída de una gran tristeza. Al entrar en el gabinete del duque, que ha vuelto á entregarse á los insectos hace un gesto al caballero de Saint-Merry

que se encoge de hombros. Al ruido de la puerta al abrirse se vuelve el duque y toma un aire abatido y se levanta para recibir á la princesa. Manifiesta sorpresa al ver al caballero de Saint-Merry.

La princesa, al duque.

Mr. de Saint-Merry acaba de llegar de Nonancourt, todo ha concluido. (Se lleva el pañuelo á los ojos.) ¡Mi hija, mi pobre Diana, por fin se han cumplido sus últimos deseos!

El duque de Bezapertuis, llorando.

Si muchas veces me lo dijo: «Prométeme, amigo» mio, que cuando haya dado mi último suspiro, será conducido mi cuerpo á Nonancourt, donde he pasado los días mas felices de mi vida, y sobre todo júrame que no será profanado por los médicos, puestos que ya se sabe el mal que me conduce al sepulcro.»

La princesa, llorando.

¡Dios mio! ¡Dios mio!

Saint-Merry, al duque con amargura.

¡Esos pormenores son horribles! ¡Basta, basta! (Señalando á la princesa que continúa llorando.) ¡Tratad de consolar á esa madre afligida!

El duque, llorando.

Si, perdonad, caballero, que no sé lo que hago cuando pienso en la terrible pérdida que he sufrido ¡Ah! mi pobre muger, mi querida esposa! ¿Conque todo ha terminado en Nonancourt?

Saint-Merry

Si, y según sus deseos ha sido enterrada en la capilla del palacio, (enjugando sus lágrimas.) A los 29 años! Tan joven, tan bella, y morir de este modo! ¡Eso es espantoso!

El duque.

En mi vida olvidare el favor que nos habeis hecho en acompañar el cuerpo de mi adorada esposa a Nonancourt. Jamas hubiera yo tenido valor para eso: me hubiera muerto en el camino.

Saint-Merry (con desesperacion)

No se muere de dolor, caballero, y la prueba es que estoy de vuelta de este penoso viaje.

La princesa.

¡Ah! Mr. de Saint-Merri, solo los amigos como vos son capaces de semejantes sacrificios!

Saint-Merry.

¿Diana no era mi... mi... mi ahijada? ¿No le habia visto nacer? Ah! no esperaba verla morir! (Llora.)

La princesa á Saint-Merry.

¡Amigo mio tranquilizaos, tened valor!

(Un ayuda de cámara vestido de luto entra con semblante azorado.)

El ayuda de cámara.

Señor duque... ¡Dios mio! ¡La señora princesa! ¡Dios mio!

El duque al ayuda de cámara.

Nos habian mandado que no nos moviésemos de la antecámara pero yo he tomado la escalera secreta y he venido corriendo á advertir al señor duque. Pero ya están ahí.

(Se abre la puerta y entra el doctor Bonaquet acompañado de un comisario de policía y del secretario general del ministerio de Justicia. Dos agentes de policía guardan las puertas del gabinete del duque de Beaupertuis.)

El doctor Bonaquet, yendo derecho al duque.

¡Asesino! (Mr. de Beaupertuis se pone lívido) ¡Habeis envenenado á vuestra esposa! (Mr. de Beaupertuis se queda aterrado).

(Estupor general: la princesa cae medio

desmayada sobre una butaca; el caballero Sain-Merry la sostiene y echa una mirada de sospecha sobre Mr. de Beaupertuis, cuya lividez es espantosa, sus piernas vacilan y á pesar suyo se vé obligado á sentarse sobre el borde de la mesa cerca de la cual se hallaba.)

Bonaquet, al secretario general.

Amigo mio, ¿me cree vd. ahora?

El secretario general, al doctor en voz baja:

¡Esa palidez, ese sobresalto y ese temor!
(Con profunda ansiedad) Ah! la justicia de los hombres hiere muchas veces á ciegas!

El duque, algo repuesto, pero hablando como si tuviese seco el paladar, y tragando como suele decirse, la saliba á cada palabra que pronuncia; de cuando en cuando tose para disimular la alteracion de su voz.

¡Hum! ¿Qué es esto? ¿Qué quieren estas gentes? ¿Con qué derecho se viene así, hum hum! á violar mi domicilio y ultrajarme? Hum! si, ¿qué significa esto? ¿Quién se atreve á llamarme asesino? yo, hum! ¡Por Cristo que esto es gracioso! (Con sonrisa forzada, las facciones descompuestas y con los labios de color de violeta.) Ah! ah! ah! ¡es muy gracioso, mucho! hum! hum! (A la princesa) ¿Lo

ois, mi querida suegra? ¿y vos, mi estimado caballero?

Saint-Merri, que no ha separado su vista del duque, corre hacia él, le coje por las dos muñecas y mirándole con aire terrible.

¡Sí, lo oigo! (Sacudiendo á Mr. de Beupertuis con furor.) Y yo tambien viendo tu espanto y tu livida palidez te digo asesino! asesino!

El duque, tartamudeando y bajando la cabeza como para ocultar su rostro á las miradas de los demas.

No es .. no es verdad... no estoy pálido.

Saint-Merri, cogiéndole con ira por los cabellos y mostrándole el espejo que está encima de la chimenea.

Mirate, monstruo.

(Mr. de Beupertuis mira al espejo á pesar suyo y aterrado de la espresion de su fisonomia y de su lividez dá un paso atrás, y cae aturdido en un sillón.)

¡Mr. de Saint-Merry, me voy á volver loca! Esto es horrible! mi cabeza se estravía, ¡llevadme de aquí! llevadme (quiere levantarse, pero le falta las fuerzas y vuelve á caer sobre su asiento.)

Saint-Merry, á la princesa.

Os suplico que os quedeis, es preciso confundir al asesino.

El secretario general, al duque que repuesto algun tanto trata de volver á tomar su acostumbrada sangre fria.

Caballero, vuestra mareada turbacion hace nacer en mi mente una sospecha de la mayor gravedad. La justicia debe proceder inmediatamente y á presencia vuestra á un minucioso registro.

El duque, con voz cortada.

Un registro ¿para qué? ¿Para buscar aqui veneno? Por Dios que es buena empresa: ya lo creo que se encontrará como que empleo el arsénico en la conservacion de mis insectos.

El secretario general,

Tomaremos acta de esta declaracion y se vá á proceder al registro.

El duque, fingiendo indiferencia.

¿Como querais, caballero! y para evitaros la molestia de buscarle desde luego digo que ahí, en ese cajon, de abajo hay un frasco con arsénico.

El secretario general, al comisario.

Señor comisario, vaya Vd. inventariando lo que se encuentre en ese cajon.

(El comisario encuentra en efecto en el cajón un frasco con arsénico á medio llenar. El doctor Bonaquet mira con atención los objetos que van sacando, y monsieur de Beaupertuis va recobrando poco á poco su serenidad. El caballero Saint-Merry dice algunas palabras á la princesa en voz baja. Registrados muchos cajones, separando un cartón el comisario, encuentra detrás de varios rollos de papel un frasco chato, lleno como hasta las dos terceras partes de una sustancia cenicienta; apenas lo vé el doctor Bonaquet hace un movimiento).

El doctor Bonaquet, al comisario.

Señor comisario, ¿quiere Vd. preguntar á Mr. de Beaupertuis lo que contiene ese frasco? (El comisario toma el frasco y se le enseña al duque).

El duque, muy turbado.

¡Eso... debe de ser... debe de ser... esperad... arsénico!

Bonaquet.

¡Eso es acetato de morfina! Yo lo conozco.

El duque, con voz ahogada.

No es verdad.

El secretario general.

Lo decidirán los peritos.

El duque.

¿Qué han de decidir? En eso nada tengo yo que ver. Lo que podrá haber sucedido será que el droguista se haya equivocado y haya dado una cosa por otra.

El comisario, á Mr. de Beaupertuis despues de haber mirado con atencion el frasco.

Caballero, yo debo decir la verdad. Por instancias vuestras procedi en este palacio á la prision de la desgraciada María Faveau; mas debo declarar que el frasco que hallé en su cómoda por indicacion vuestra, y que todavia está en la escribanía, es en todo igual á este.

El duque cada vez mas turbado.

Es falso.

El secretario general.

Esa es una comprobacion fácil de hacer. Continúe usted el registro, señor comisario. El doctor Bonaquet despues de un momento de reflexion y dirigiéndose á Mr. de Beaupertuis.

Caballero, he leído con atencion el extracto de la causa seguida contra María Faveau. He leído y me acuerdo ahora perfectamente, que en varias ocasiones y principalmente en

el momento en que se interrogaba á Mad. de Beaupertuis, si era verdad que no se recibia las medicinas sino de manos de Maria, he leido, repito, que sacásteis del bolsillo un frasquito y que con su contenido mojásteis el pañuelo y le aplicasteis á la nariz y á los labios de Mad. de Beaupertuis. ¿Podriais presentarnos ese frasco?

La princesa, con viveza.

Es un frasco de Venecia, con tapon esmaltado, que pertenecia á mi hija. Y he notado efectivamente que Mr. de Beaupertuis se sirvió de él muchas veces en la audiencia.

El duque, levantándose bruscamente á pesar de que sus piernas no le querian sostener.

Si, si, ya lo sé. Voy á buscar ese frasco, voy á buscarle.

Bonaquet.

Os acompañaremos el comisario y yo.

El duque, aterrado.

¡No recuerdo dónde he puesto ese frasco!
¿Qué habré yo hecho de él?

El secretario general.

Ya le encontraremos siguiendo el registro. Continúe Vd., señor comisario.

El duque.

¿Pero qué significa ese frasco? Nada, eso no prueba nada.

Bonaquet.

Eso prueba mucho caballero y hé aquí el porqué. Habeis envenenado á vuestra esposa por vengaros. (Movimiento del duque, de la princesa y de Saint-Merry.) Pero la habeis dado el veneno en cortas cantidades. Una noche estabais velando á vuestra esposa con Maria Faveau, durmiendo esta desgraciada se le escaparon durante el sueño algunas palabras, que os sugirieron una idea infernal; la de hacer recaer las sospechas en Maria, porque á pesar de vuestra habilidad en envenenar os podia traer algun dia malas consecuencias el obrar de otro modo.

El duque.

¡Eso es falso, falsísimo!

Bonaquet.

Ya lo probareis. Se prende á Maria y por indicacion vuestra se encuentra en su comoda un frasco de veneno que vos mismo habeis puesto allí.

El duque.

¿Que yo habia puesto? Vamos, está loco.

Bonaquet.

Repito, puesto allí por vos. La prueba es, que era absolutamente igual al que se acaba de descubrir ahora. Presa la supuesta envenenadora, era preciso para confirmar las sospechas que recaían contra ella, que el envenenamiento se suspendiese por algún tiempo; y así sucedió. Disminuisteis momentáneamente las dosis del veneno, y sin mejorarse el estado de Mad. de Beupertuis tampoco se empeoró. Llegó el día de la visita y os pareció ocasión oportuna para acabar con vuestra esposa, porque su muerte casi instantánea solo podía atribuirse á las violentas emociones de los debates. Os proporcionásteis un veneno sutil y con el pretexto de confortar á vuestra víctima con un cordial, acabásteis de matarla. ¿Lo ois, caballero? El cielo me confunda si el frasco que os negais á presentar no contiene los restos del veneno.

El duque mira al doctor y dice tartamudeando.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué sabéis? ¿Quién os lo ha dicho? ¿Por qué sospechar?...

Saint-Merry como acordándose de una cosa se dirige al duque.

¡Miserable! ¿os acordais de que al fin de

la audiencia la princesa cayó desmayada, os pedí el frasco y no me lo quisisteis dar?

El duque.

No me acuerdo... eso es falso.

Saint-Merry.

Es verdad, y me contestáteis, haciendo como que le buscábais en los bolsillos, que en medio de aquel alboroto no sabiais donde le habiais puesto.

El duque.

¡Mentira, mentira!

Saint-Merry.

Señor magistrado, hace un instante que este hombre dijo que iba á buscar el frasco y se levantó creyendo que no se le acompañaria. Sin duda iba á buscarle á su alcaha que es aquella. ¿Quereis acompañarme? Estoy seguro de encontrar el frasco.

El Comisario.

Vamos allá. (Salen los dos)

La princesa con horror.

¡Al fin será vengada mi pobre hija de este monstruo de ferocidad y de hipocresia!

(Sigué un memento de silencio durante el cual Mr. de Beaupertuis parece titubear. A cada instante enjuga con su mano el sudor frio que corre por su frente. La princesa

llora. Mr. de Bonaquet y el secretario general hablan en voz baja mirando al duque, En seguida entran Mr. de Sain-Merry y el comisario trayendo el frasco. El duque se aturde y caen en una silla ocultando su rostro entre las manos.)

La princesa, con viveza al magistrado.

¡Ese es el frasco! le reconozco.

Bonaquet, examinándole.

Todavía tiene algunas gotas del líquido evaporado en parte; pero juro ante Dios que lo que contiene ese ácido prúsico, veneno tan activo y sutil, que unas cuantas gotas puestas en los labios producen casi instantáneamente la muerte.

La princesa.

¡Dios mío, ahora pienso en ello, todo se va aclarando!... Por eso este monstruo nos ha dicho repetidas veces que mi pobre hija le había encargado no profanasen su cuerpo los médicos, y que tan pronto como falleciese se la llevase á una de nuestras posesiones, á Nonancourt. Nunca me dijo mi hija nada de semejante deseo, mas se ha cumplido lo que decía, y Mr. de Saint-Merry ha cumplido este doloroso encargo y acaba de llegar hoy mismo de Anjou.

Bonaquet.

El objeto de semejante embuste era impedir las investigaciones de los médicos; porque nada hay mas fácil que examinar la absorcion y los estragos de un veneno reciente.

(Mr. de Beaupertuis no contesta palabra, continúa con la carta tapada y su cuerpo agitado de una violenta convulsion).

El magistrado, despues de haberse hecho cargo del cuerpo del delito y de hablar con el secretario general se dirige á Mr. de Beaupertuis.

Caballero (el duque se estremece) en vista de las graves sospechas que cada vez mas graves recaen sobre vos, y por las revelaciones que se han hecho, me veo obligado á reducirlos á prision. Si teneis algo que disponer hacédlo, os espero.

La princesa, levantando las manos al cielo.

¡Dios es justo! ¡mi pobre hija será vergada!

(El duque continúa sentado con el rostro oculto entre sus manos. De repente se levanta y endereza la cabeza. Su fisonomia descompuesta toma la espresion de una maldad consumada. Una risa sardónica deja ver sus

dientes amarillos, y al oír sus últimas palabras de la princesa suelta una carcajada feroz.)

El duque.

¡Ah! ¡ah! ¡ah! Esperaos, querida suegra; vuestra hija será vengada. Si, vengada, porque con vuestra ayuda se me cortará la cabeza, como se ha hecho ya con esa doncella, ¿no es verdad, princesa? ¿No es así? Pero yo soy el que voy á vengar, sí, me voy á vengar de vuestra hija y de los dos. Porque vuestra hija era digna de su estirpe!

Saint-Merry furioso se dirige hácia el duque.

¡Miserable!

Bonaquet, conteniendo á Saint-Merry.

Deteneos, caballero.

El duque, señalando á Saint-Merry y á la princesa.

¿Ven Vds. á esos simples, á esos estúpidos que me envían á la guillotina? (Riendo.) Ja, ja, ja! ¿Sabeis lo que yo haré antes de ir á la guillotina? Cubriré de infamia y de vergüenza la memoria de la hija adulterina del caballero de Saint-Merry y de la princesa de Morsenne; sí, he aquí lo que ganareis. Todos se lastimaban de la suerte de la pobre duquesa de Beaupertuis; pues bien, de hoy en adelan-

te solo sentirán hácia ella horror, disgusto y desprecio! Sí, regocijaos, cantad vuestro triunfo, es excelente, porque la memoria de esa Messalina que creía dormir en paz en su tumba, será arrastrada por el fango que habreis removido vosotros, querida suegra y estimado suegro, á la usanza de Cytherea, como diria mi muger!

Bonaquet, aparte.

¡Me asusta!

La princesa, á Saint-Merry.

Ese monstruo se vuelve loco.

Saint-Merry, al comisario.

Caballero, llevaos de aqui á ese asesino!

El duque.

Poco á poco, diantre, que tengo que hablar. Estos señores están aqui para oír y anotar mis palabras. ¿Me llamais asesino? Pues bien, si, lo soy! Si, he envenenado á vuestra hija, caballero. ¿Quereis saber por qué? Porque salia por las noches, disfrazada de griseta, á correr aventuras.

La princesa, á Saint-Merry.

¿Qué esto que dice? ¿Le oís? Su crimen le trastorna el juicio.

El duque con risa sardénica.

¡Vuestra Messalina de hija! ¡Deberiais

darme las gracias de rodillas por haber querido sepultar en el secreto de la tumba su vergüenza, la vuestra y la mia, ¿sabeis lo que hacia vuestra hija desde que ocupaba el departamento de su padre? (Señalando á Saint-Merry.) No el de este, sino el del otro que está en Madrid. Pues bien, casi todas las noches salia disfrazada y las pasaba fuera de casa. (Movimiento de estupor y de negativa de la princesa.) ¡No hay que decir que no, lo se y lo he visto! ¿Y cómo, direis, me he enterado de esa infamia? Por un rumor que se esparció por algunos dias. Un hombre de nuestra sociedad creyó reconocer á la duquesa en un baile de mal género al que fué por mera curiosidad. (La princesa y Saint-Merry se miran de nuevo llenos de estupor.) Una vez en el secreto seguí á mi muger en las sociedades y fuera de ellas, y á fuerzas de espiar en la sombra lo descubrí todo. ¿Y creéis vos, princesa, que porque uno sea mal parecido, ridículo y amante de los escarabajos es uno de alcornoque? ¿Creéis que cuando uno mismo, disfrazado con una peluca negra, anteojos verdes y con el cuello de su paletó sobre la nariz, ha visto, lo que se llama visto, á su muger con vestidos cortos y 'papa-

hina de artesana danzar en un baile de taberna y colgarse del brazo de uno de los bailarines, creéis vos, princesa, que esto pone á uno su bilis de color de rosa? (Gemido de dolor de la princesa). ¡Y sin embargo mi hiel era como la de un pichon! Vivía tranquilo y dichoso con mis insectos; no hacia mal á nadie, á nadie quitaba su libertad, y dejaba á mi muger dueña de sí misma, de mi fortuna y de la suya, Yo no exigia otra cosa sino que me dejasen vivir á mi manera, en la soledad y en el estudio. ¿Me negareis que durante siete años de matrimonio, no he causado á esa horrible muger, no digo el mas pequeño disgusto, sino ni la mas leve contrariedad? Era para ella como si yo no existiera. ¡Yo no me quejaba, me hallaba feliz! Pero no han querido que esto dure, me han arrastrado al borde del precipicio. Se ha hecho tanto, que me han hecho feroz. (La princesa medio sofocada cierra los ojos; Saint-Merry la sostiene). ¡Diantre! es muy cierto, querida princesa; confesad que en vista de los ultrajantes desordenes de mi muger, por muy bueno y muy amante de los escarabajos que uno sea, tiene uno algo de sangre en sus venas esa sangre se le sube á

uno á la cabeza, y entonces no se puede menos de experimentar una rabia feroz. ¡Tambien sabe uno que el dejar estallar su cólera es cubrirse de infamia y caer en el ridiculo. Entónces, ¿qué quereis, venerable suegra? arregla uno su pequeña benganza lo mejor que puede, procurando que todo pase en silencio y tranquilamente; se aprovecha la pesadilla de una doncella, como lo ha adivinado perfectamente el señor doctor, para hacer recaer las sospechas sobre ella; despues, el dia de la vista, este amante de los escarabajos halla una escelente ocasion de concluir su obra, como lo ha adivinado asi mismo y con gran juicio el doctor. Todo camina perfectamente: el honor de la familia queda á salvo; nadie piensa mas que en llorar por la pobre duquesa de Beaupertuis, por su familia y por su marido; mas hé aqui que misuegra viene neciamente á ayudar á convencerme del crimen, ella que deberia por el contrario defenderme por el honor de todos. ¡Sea asi, será de gran efecto ese escándalo, pero vos lo habreis querido!.. Dicho esto, señor comisario, estoy á vuestras órdenes; solo necesito el tiempo preciso para coger unos papeles.

La princesa, con angustia al comisario.

Caballero, os suplico me escuchéis: lo que acaba de decir este desgraciado es un tejido de horribles calumnias; está demente. Pero si se le arresta, es bastante malvado para repetir esas aseveraciones indignas; el mundo es tan malo, que se le creerá! Juzgad, caballero, qué vergüenza será para nuestra casa, y sobre todo qué escándalo para la moral pública. Así, pues os suplico por el honor de una familia y por la memoria de mi pobre hija que va á ser manchada por esas calumnias, que abandoneis á este hombre á sus remordimientos. Hoy mismo dejará á Paris y la Francia.

El duque, riendo.

Ya veis, querida suegra, ya es pesa lo que habeis hecho! Os lo he dicho: llorais con lágrimas de sangre vuestra estupidez.

El magistrado, á la princesa.

Señora, me es imposible dejar de arrestar en el momento á Mr. de Beaupertuis:

Sain-Merry, al magistrado.

Caballero, una palabra. Mi silla de posta está preparada ahí abajo; en el momento, en

presencia vuestra subo á eila con este hombre y nos marchamos á Belgica; tengo en mi carruage dos pistolas cargadas, y os doy mi palabra de honor de que si intenta escaparse le le anto la tapa de los sesos. Por el honor de esta familia cuyo gefe representa en este momento la Francia en el extranjero, dejadme llevar á este hombre. Respondo de él cuerpo por cuerpo, y dejará la Francia vivo ó muerto.

El magistrado.

La justicia, caballero, una vez que ha comenzado á obrar debe seguir su curso; yo deploro el escándalo que causará este desgraciado negocio; pero repito que no puedo transigir con el cumplimiento de mi deber. (Al duque). ¿Estais pronto, caballero?

El duque.

Estoy á vuestras órdenes, caballero; mi ayuda de cámara me llevará á la prision lo que me haga falta... A Dios, querida suegra á Dios; caballero; yo moriré en el cadalso, pero vosotros morireis de vergüenza y de desesperacion. Estamos pagados.

(El duque sale con el comisario y los agentes.)

LV.

(El príncipe real, Anatalio Ducormier el coronel Bulter y demás personas que asistieron á la lectura de *El observador de los tribunales*, cuando dió cuenta de la primera sesion del proceso de María Faveau, se hallan reunidos en el pabellon del Manantial.

Todos los dias se habia reunido la misma sociedad despues de tomar las aguas, á oír en reunion la lectura del periódico judicial, que continuó dando cuenta dia por dia, de la vista de causa, hasta la última en que fué condenada Maria Faveau á la pena de muerte como envenenadora, y Clementa Duval á trabajos forzados por toda su vida, por el crimen de infanticidio, habiendo sido descartada su complicidad en el envenenamiento de la duquesa de Beaupertuis.)

Todos acaban de tomar asiento, y el coronel Bulter colocado junto á la mesa, abre el *Observador* y lee lo siguiente:

Ejecucion de María Faveau.

«Hemos presenciado esta mañana una escena indescriptible, y bajo su impresion escribimos estas líneas....»

«Con objeto de llenar hasta el fin la obligacion que nos hemos impuesto de hacer asistir, por decirlo así, á nuestros lectores á la representacion de todas las peripecias, y al desenlace del terrible dráma que acaba de representarse en el tribunal de Assises del Sena, hemos tenido el valor esta mañana de ir antes de las ocho á la barrera de Sain-Jacques, con objeto de presenciar la espiacion del crimen de que habia sido acusada y condenada María Faveau.

«Ya hemos anunciado á nuestros lectores que no habiendo querido apelar la acusada, debia ejecutarse hoy la sentencia.

«Como deciamos, esta mañana á las siete y media nos hallábamos en la barrera de Saint-Jacques. El tiempo estaba frio y humed ; una lluvia menuda caia desde el amanecer, y sin embargo multitud de personas, atraidas por la celebridad del proceso, llenaba ya los alrededores de la *maquina fatal*. Le decimos con sentimiento, pero muchas señoras, á pesar de ser tan temprano, se hallaban ya posesionadas de los balcones de la

plaza y provistas de anteojos, aguardando la llegada de la reo.

«Con mucho trabajo pudimos llegar á colocarnos en la primera fila de los espectadores, á poca distancia del patíbulo. Notamos que lo enorme del atentado excitaba una viva indignacion en los asistentes, y temimos que los gritos y los silbidos amenazantes de la multitud aumentarían aun la terrible espacion que la reo iba á sufrir.

»El tiempo cerría; bien pronto sonaron las ocho en la torre de una iglesia vecina y sin embargo no llegaba el siniestro cortejo.

«La justicia es de ordinario tan puntual que este retardo amenazaba ser el tema de mil comentarios, y lo decimos con dolor, entre las personas que nos rodeaban hubo muchas que se mostraban casi enfadadas al pensar que los que ellas tenían como espectáculo legítimamente esperado, les iba á faltar.

»En fin, á las ocho y cuarto se dejó oír un fuerte rumor por un lado de la plaza y circularon de boca en boca estas palabras:

—«Ahí viene! ahí viene!

«En efecto, la fatal carreta llegaba al trote escoltada por un piquete de gendarmes á caballo. Vimos que se detuvo á algunos pasos de nosotros; pero antes que la reo bajase, el verdugo y sus ayudantes, saliendo de un fiacre que los habia conducido, subieron al tablado con objeto de ocuparse de los últimos preparativos, despues de lo cual uno de los ayudantes fué á hablar al escribano que permanecia cerca de la portezuela de la carreta. El venerable cura Sirotean bajó el primero y tendió su mano á Maria Faveau; esta bajó con paso firme; pero como tenia las manos atadas atrás, el sacerdote y el ejecutor tuvieron que ayudarla á subir la escalera del patibulo.

«Maria Faveau llevaba un traje oscuro y un chal azul; no tenia nada en la cabeza. En su rostro se notaba una palidez estrema, su mirada era vaga como si estuviese privada de razon ó de conocimiento, y parecia que sus movimientos eran meramente maquinales. Sus labios temblaban y por dos veces besó el crucifijo que le presentó el venerable Sirotean diciéndola:—«hermana, besa la imágen del Salvador del mundo, que eso le dará valor.»

«Cuando la reo subió al tablado, el verdugo le quitó el chal y dejó descubierto su cuello, la acercó á la *plancha* fatal y los ayudantes ataron á ella á María apretando las correas.

«Desde el sitio en que presenciábamos este doloroso espectáculo veíamos por encima de la *plancha* el rostro lívido pero hermoso de María, enfrente del semicírculo que termina la *plancha*. Esta giró para entrar en sitio, y ya llevaba el verdugo su mano al cordel que sostiene la pesada cuchilla, cuando la multitud refluyó para dejar paso á un guardia municipal que venía á escape y que gritaba agitado un papel por encima de su casco.

—«¡Deteneos! ¡deteneos! ¡Suspended la ejecucion!

«Al momento el escribano subió al tablado y dijo al ejecutor que parecia indeciso y que conservaba aun en su mano la fatal cuerda.

«En nombre de la ley suspended la ejecucion. Veo allá abajo un carruage que camina á escape.

«El ejecutor obedeció el mandato: la *plancha* que estaba horizontal volvió á ponerse

perpendicular, y volvimos á ver el rostro de María Faveau. Sus ojos estaban medio cerrados y parecia muerta.

—«Desatada, dijo el sacerdote dirigiéndose al verdugo, ¿no veis que se muere?»

— «No puedo recibir mas órdenes que la del escribano, contestó secamente el verdugo.

«Muy pronto, gracias á la intervencion del magistrado la sentencia fué separada de la máquina fatal y conducida sin conocimiento al carruage que la habia traído.

«En este momento la gente se dirigió á un carruage, cuyos caballos estaban blancos de espuma. Atado del cochero se veia un hombre sin sombrero estremadamente pálido y cuyo semblante espresaba una gran ansiedad. Apenas paró el carruage junto al patíbulo, este hombre saltó del asiento y gritó hablando sin duda de la sentenciada:

— «¿Dónde está, dónde?»

«Se la ha trasportado á la carreta, contestó el escribano, y se halla privada de conocimiento.

«El personaje que venia en el coche y que supimos despues ser el ilustre doctor Bona-

quet, corrió á la carreta en donde se allaba la sentenciada. Poco despues vimos llegar al secretario del ministerio de justicia que dijo al escribano.

—«Por orden del señor procurador general se suspende la ejecucion de la sentencia; y condúzcase á la reo á su prision

«En efecto, la carreta que habia traído á Maria Faveau se volvió con la escolta y el público se retiró entregándose á mil congeturas acerca de la causa de la suspension de la sentencia.

«Se habla de revelaciones tardias y de ampliacion del sumario. Nosotros ignoramos lo que habrá de cierto; pero despues de la escèna que hemos presenciado esperamos en nombre de la humanidad, que sean los que quieran los motivos de la suspension de la sentencia, se declare que la culpable ha espiado suficientemente su crimen con tan horrible agonía.

«Al conde. Hemos oido en el discurso del dia que el doctor Bonaquet tuvo una larga entrevista con la acusada, momentos antes de que esta fuese al patibulo, y adquirió la convicción de que era inoente; pero el magistrado encargado en oír las revelaciones de

María Faveau no pudo conseguir de esta ni una palabra en apoyo de las aseveraciones del doctor Bonaquet porque la desgraciada parecía enagenada por lo cercana que veía la muerte, y el magistrado creyó que debía ejecutarse la sentencia, mandándola conducir al lugar del suplicio. El doctor Bonaquet desesperado corrió al ministerio de justicia y se apersonó con el secretario general, y fué tal la autoridad de la convicción del ilustre doctor sobre la inocencia de María, que el secretario bajo su responsabilidad despachó un ordenanza á todo escape para suspender la ejecución, si aun era tiempo, trasladándose él mismo en compañía del doctor al lugar del suplicio. Lo demás ya se sabe.

«Después de haber cumplido este primer deber el secretario general, el doctor Bonaquet y un comisario de policía acompañados de varios agentes, se presentaron en el palacio de Morsenne, en la habitación del duque de Beaupertuis, para seguir la marcha de este terrible negocio. No nos atrevemos á reproducir los rumores que circulan en este momento sobre el particular.

«A las once de la noche.—Hemos sabido por conducto fidedigno una noticia que

llena de estupor. El duque de Beaupertuis ha sido preso en su casa, y se le acusa de ser el único autor del envenenamiento que ha fallecido su esposa. Parece que lo ha confesado todo, y se habla de las revelaciones mas escandalosas.

«Por tanto María Faveau era inocente.

«¡Cuán aterrado queda uno al pensar las equivocaciones en que puede incurrir la justicia de los hombres!

«A las doce y cuarto.—En el momento de entrar en prensa nuestro periódico hemos sabido que el duque de Beaupertuis se ha ahorcado en su prision. Todos los medios empleados para volverle á la vida han sido inútiles.»

El alcance del *Observador de los Tribunales* leído por el coronel Butler fué escuchado con gran sorpresa y profundo silencio que continuó aun algunos minutos despues de determinar su lectura.

El principe real.

¡María Faveau... inocente! ¡Ah! ¡Tiene razon ese periódico, horroriza ¡el pensar los errores á que está espuesta la justicia humana!

La duquesa de Spinola.

¡Inocente, no obstante las pruebas contra ella existentes!

La princesa de Lovvestein.

¿Inocente á pesar de su confesion? Lo dicen así y es preciso creerlo.

El almirante sir Charles.

¿Y bien, monseñor; tenia yo razon cuando decia Esa desgraciada muger es inocente loca?...

El príncipe real.

Teniais razon, señor almirante, vuestro instinto era mas cierto que el nuestro. (A Ducormier). ¿Y qué decis, mi querido conde?

Ducormier.

Siempre es grato, monseñor, el ver á un inocente escapar de un injusto castigo.

El príncipe Real.

¡Y ese duque de Beaupertuis! ¡Qué monstruo de hipocresía! ¡El que tanto lloraba en la vista y que parecia rodear á su muger de los mas tiernos cuidados!

La princesa de Lovvestein.

Demasiado feliz ha sido en que se haga la justicia á si mismo

El príncipe Real, bajo á Mad. Ducormier.

¡Pobre conde? está anonadado. No creo poderle consolar de un golpe tan terrible. Sin

embargo, yo tenia que participarle.. (se calla).

La condesa Ducormier.

¿No acabais la frase, monseñor?

El principe Real, con aire de bondad y de misterio.

No, quiero dejar á mi querido conde el placer de manifestaros lo que iba ahora á decirle. (El principe se acerca al circulo formado alrededor de Ducormier).

La duquesa de Spinola, á Ducormier.

En verdad, que á pesar de lo que dice ese periódico, cuesta trabajo el creer culpable al duque de Beaupertuis, sobre todo cuando recuerdo lo que digisteis de él, señor conde. Nos hablábais siempre de sus sencillos gustos y de su aficion al estudio, que le hacian buscar la soledad para ocuparse esclusivamente de la ciencia.

Ducormier.

¿Qué quereis que os diga, señora duquesa? Han participado de mi error tantas gentes honradas, que es preciso disimulármelle; y por otra parte, en la época de que yo conocia á Mr. de Beaupertuis nada hacia sospechar ni por su conducta, ni por sus escelentes relaciones con su muger, que pudiera llegar un dia en que se estraviase

hasta ese punto... si es que ha cometido ese crimen... porque acabamos de ver, por el ejemplo de María Faveau, cuán incierta es la justicia de los hombres.

El almirante.

¿Dudais del crimen de Mr. de Beaupertuis? ¿Y su confesion?

Ducormier.

¡Dios mio! Señor almirante, siempre me gusta dudar del mal; y despues, María Faveau habia tambien confesado, y sin embargo, ahora resulta inocente. No trato por esto de atenuar el horror del crimen es un nuevo y terrible golpe para mi venerable protector el principe de Morsenne.

El principe real.

¡Ah! querido conde... temo que vuestro generoso y tierno afecto hacia esa desdichada familia se vea aun espuesto á crueles pruebas...

Ducormier, abatido

Mucho lo temo, monseñor.

(Mientras continúa la conversacion en un ángulo del salon, el principe real toma del brazo á Ducormier, y le lleva cerca de una ventana).

El principe real, á Ducormier en voz baja.

Vamos, querido conde, valor, procuraremos consolaros, si. porque en este momento estoy casi cierto de veros acreditado cerca de nuestra corte.

Anatalio.

¿Qué decis, monseñor?

El príncipe.

Esta mañana, en el momento de venir al Manantial, he recibido un largo despacho del baron de Sublov. Las noticias tan interesantes sobre el asunto del ducado de Schlesvigh, que habeis obtenido de la condesa Mimeska, despues de la llegada de Mr. de Herder á Baden, han dado golpe. El rey mi hermano ha escrito directamente al Rey vuestro señor, pidiéndole la gracia de que os acredite cerca de nosotros.

Ducormier, ebrio de orgullo.

¡Ah! monseñor, siento no poderme entregar en cuerpo y alma á la dicha y al placer que me causa un favor tan inesperado!

Al decir estas palabras la puerta del salon se abre con violencia.

Todos los que componian la reunion se vuelven con sorpresa y ven entrar á un hombre de alta estatura, vestido de militar, de tez curtida y de largos bigotes grises. Vis-

te una levita azul llena de polvo. La figura de aquel extranjero es siniestra.

Por un instante se detiene en el dintel de la puerta como para calmar la emoción que le agita; después avanzando un paso y preguntando á los circunstantes con una mirada sombría, esclama con voz sorda y amenazadora:

—Mr. Ducormier está aquí, lo sé... ;Que se presente! ...

LVI.

El acento y la fisonomía del extranjero son tan siniestros y amenazadores que se sucede un momento de silencio y de estupor á su llegada al salón. Ducormier, presa de un espanto involuntario, aun cuando no conocía á aquel extranjero, sentía que le faltaba la voz viendo á todos los concurrentes dirigir sus miradas hácia él, aguardando su respuesta á la interpelación que acababa de dirigirse'e.

El extranjero, avanzando un paso y alzando la voz.

¡Mr. Ducormier está aquí! ¿Se presen-

tará por fin?

El coronel Bulter, acercándose al extranjero y en voz baja.

Caballero, este salon es casi público; sin embargo, yo debo advertiros, que S. A. el príncipe real se halla en él, y la buena educacion....

El extranjero, bruscamente.

Caballero, no pregunto por el príncipe real: pregunto por Mr. Ducormier. ¿Dónde está?

Ducormier, adelantándose.

Yo soy, caballero.

El extranjero, con voz terrible

¡Yo soy el padre de Clementa Duval!

(Ducormier da un paso atrás con su rostro descompuesto; queda petrificado y el sudor corre por su frente.

Todo el mundo se levanta espontáneamente, presajian una explicacion terrible. El príncipe real, sin sospechar nada aun porque no habia podido oír las palabras del coronel Duval, se acerca con viveza á Ducormier, como para ampararle con su proteccion. Mad. Ducormier, cuya admiracion y ansiedad son muy grandes, va á colocarse tambien al lado de su marido. Este deja

caer un momento su cabeza sobre el pecho y parece un momento anonadado. El coronel Duval, cogiendo á Ducormier con furor.

¡Pero mírame á la cara, miserable!

El príncipe real, interviniendo.

Caballero, no sé quien sois; pero yo como hombre y no como príncipe, os declaro que no consentiré se trate de esa manera al conde de Ducormier, á quien estimo en sumo grado.

El coronel Duval, despues de un momento de silencio.

Al hecho, todo puede ser. La hipocresía de ese monstruo iguala á su maldad..... Pero ahora voy á arrancarle la máscara! (Al príncipe con voz con'enida) ¿Me preguntais quien soy, príncipe? Soy el padre de una jóven á quien habia dejado pura como un ángel (con intencion) y que ha sido condenada á trabajos forzados por haber matado á su hijo!

El príncipe real, con acento de sorpresa y de conmiseracion.

¡Gran dios! ¿Sois el coronel Duval?

(Movimiento prolongado de asombro y de compasion. Ducormier parece recobrar su

espíritu, y aunque continúa pálido, va tomando poco á poco su semblante habitual de serenidad).

El coronel Duval, al príncipe.

Sí, soy el coronel Duval.

El príncipe real.

¿El padre de esa desgraciada Clementa? Ah! caballero, todos hemos deplorado tan gran desgracia!

El coronel Duval, con amargura.

¿Conque lo habeis leído? ¡La Europa entera ha leído tambien ese proceso, en que figura el nombre de mi hija cubierto de infamia! ¡Yo tambien le he leído sí, por casualidad, en un periódico de Marsella al desembarcar del Africa, despues de mil riesgos, para abrazar á mi esposa y á mi hija. ¡Entonces le leí... (Dando un suspiro de dolor y de rabia mirando á Ducormier). Ya se sabe lo que ese hombre ha hecho de mi hija.

(Nuevo movimiento de estupor. El príncipe real, que se hallaba al lado de Anatalio, se retira mirándole con horror y con duda).

El príncipe real, con voz alterada al coronel.

Caballero, vuestras palabras son muy gra-

ves. *A firmáis...*

El coronel Duval, alzando la voz.

Digo que engañada mi pobre mujer por este infame hipócrita le encargó al morir á mi desgraciada hija, que entonces era pura y confiada. ¿Qué quereis, señor? ¡Diez y siete años huérfana y sola en el mundo, no ha podido resistir! (Silencio mezclado de sollozos) Despues vino el abandono, la vergüenza, la miseria... ¡pero una miseria tan espantosa que prefirió el matarse y el matar á su hijo á tenerla que soportar! (Sollozos). Pero la muerte no quiso proteger á mi hija y cayó en la infamia! Arrastrada á la audiencia... su deshonor mostrado á la faz de todos... entregada ella misma á las miradas de aquella multitud, ella! ella! mi Clementa!... ¡Si la conocieseis, comprenderiais el martirio que ha sufrido! (Llanto amargo). Dios mio! Dios mio! Vengo á matar á ese hombre, pero le mataré de un golpe, y él ha hecho sufrir á mi hija mil muertes.

El príncipe real á Ducormier con sorpresa é indignacion.

¡Como, caballero, no contestais ni una palabra á ese padre afligido!

Ducormier con impasibilidad,

Monseñor, todo se debe disculpar en tan respetable dolor.

El príncipe real con horror.

¡Cómo! ¿Erais vos aquel infante seductor, cuya barbarie y cobardía me alteraron; vos que aplaudiais la indignación de mis palabras? ¡Y yo y tantas y tantas personas honradas hemos sido vuestro juguete!

(Todos se separan de Anatalio con desprecio. La condesa de Ducormier parece próxima á desmayarse. Se oyen murmullos de indignación contra Anatalio.

Ducormier con orgullo y audacia.

Monseñor; la conducta privada de Mr. Ducormier podrá interpretarse ó calumniarse, pero el carácter oficial del conde Ducormier, ministro de Francia en la corte de Baden, será respetado de todos. El ministro de Francia no reconoce en nadie el derecho de acriminarle aquí, no debe dar cuenta de sus actos más que á su gobierno. (A Mad. Ducormier preparándose á salir.) Vamos, señora.

El coronel Duval colocándose en la puerta.

¡Oh! Aun no he concluido! ¡Tengo que matarte, miserable! Pero quiero que mueras

llevando sobre tí la exageracion de todos aquellos de quienes ha abusado tu infernal hipocresia. ¡Es menester que se sepa quién eres! Ya lo he dicho: abajo la máscara.

Ducormier al coronel Duval

Cuidado, caballero, estoy investido de un carácter inviolable. Si me impedís la salida de este salon, protestaré contra esa violencia á S. A. S. monseñor el gran duque, y él sabrá defenderme contra toda especie de provocacion, á mí, ministro acreditado cerca de S. A. S. por el Rey mi señor.

El príncipe real.

¡Qué audacia!!... (al coronel Duval) Caballero, venis á batiros con Mr. Ducormier; hacedme el honor de aceptarme como testigo asi como al coronel Butler que es un valiente soldado. Os protegeré tambien contra las consecuencias de este duelo.

El coronel Duval.

Acepto, príncipe. No conocia á nadie aqui y pensaba tomar por testigos á los dos primeros soldados que viese.

La condesa Ducormier en voz baja y con gran desesperacion.

¡Perdido!!!... ¡nuestro porvenir perdido!
¡) precisamente cuando iba á ser mas brillan-

te que nunca! ¡vergüenza y humillacion sobre nosotros!

Ducormier al coronel Duval.

Caballero, por última vez os digo que me dejeis libre el paso.

El coronel Duval sin dejar la puerta y con los brazos cruzados.

Mas tarde.

Ducormier impasible.

Protesto con toda formalidad.

El coronel Duval.

¡Es necesario que la justicia se cumpla! Vengando á mi hija, vengaré otras dos victimas de ese hipócrita malvado, la duquesa de Beaupertuis y María Faveau.

(Movimiento general de sorpresa y ansiedad).

El príncipe real.

¿Que decis, coronel?

El coronel Duval.

Todo el mundo ha leído la declaracion de ese hombre en favor del príncipe de Mor-senne.

El príncipe Real.

Sí: en la que se defiende de las calumnias de María Faveau; esa declaracion se escribió aqui delante de mí.

El coronel Duval, señalando á Ducormier.

Pues bien, ese hombre, secretario del príncipe de Morsenne, se valió de su posición para seducir y perder á Mad. de Beaupertuis, y acepto despues del príncipe la oferta de ser su mediador cerca de Maria Faveau.

El príncipe Real juntando las manos.

¡Que abismo de infamias!

El coronel Duval.

Felizmente, la virtud de Maía la salvó y quedó pura. ¿Cómo, pues, ha concurrido Mr. de Morsenne á labrar la escandalosa fortuna del seductor de su hija? Ese es uno de esos misterios de ignominia que no puede penetrar la gente honrada. La tumba tiene sus secretos. Mi desdichada hija hizo conocimiento con Maria Faveau, y supo de ella que la terrible muerte de Mma. de Beaupertuis fue para ella una dicha, despues de la vida que la habia hecho llevar la horrible perversidad de ese miserable Ducormier. El me oye y me comprende; que me desmienta si se atreve.

(Ducormier palidece, pero permanece impassible y desafía con fria audacia el desprecio y la aversion que escita en los concurren-

tes. La condesa Ducormier está sombría, y parece reflexionar. El coronel Duval, echando una mirada feroz sobre Anatalio, parece gozar de la degradacion del seductor de Clementa).

El príncipe Real con esfuerzo y como si apenas pudiera dar crédito á lo que veia y oía.

¡No, no! Cuando uno recuerda la actitud de su fisonomía y sus palabras cuando asistia aquí con nosotros diariamente á oír y comentar las diversas frases de ese lamentable proceso, ¿cómo figurarse que esas tres desdichadas habian sido perdidas por él? Por él. Parece uno presa de un sueño y retrocede con espanto ante ese abismo de corrupcion, de hipocresia y de maldad! (Al coronel Duval). ¡Ah, caballero! es preciso que nos perdoneis el haber sido engañados. Existen crímenes que el alma no sospecha ni aun en los peores dias de duda y misantropía.

La condesa Ducormier, levantándose y con voz firme.

Tengo el sentimiento de llevar el nombre de ese hombre (Señala á Ducormier con un gesto de desprecio) Sere partícipe de su vergüenza, porque así debe ser. Así, pues, por el nombre de Dios que me vé y me oye, me acu-

so de haberme casado con él, no por amor, sino porque le creia el único capaz de satifarme mi ambicioso orgullo; pero que mi alma sea para siempre maldita si le sospechaba capaz de los crímenes que oigo hoy por primera vez (sacándose de su dedo el anillo de boda y pisoteándole con desden.) Todos nuestros lazos quedan rotos como rompo este anillo ¡Y ahora, desdichada de mí, llevaré por toda mi vida un nombre despreciado y aborrecido. (Llora.)

El príncipe de Lowestein á Ducormier.

Caballero, tengo el honor de ser presidente del círculo de estrangeros reunidos en Baden; vos sois individuo de ese círculo; os declaro excluido de él por indigno y por infame.

Los asistentes repiten con energia:—Si, excluido por indigno y por infame.

Todos salen menos Ducormier, el príncipe real y los coroneles Duval y Butler.

El coronel Duval á Anatalio.

Ahora ya teneis la puerta franca, saldremos juntos tengo armas en mi carruage. (Al príncipe real.) Príncipe, estoy á vuestras órdenes; habeis tenido á bien ofrecermé ser mi testigo...

El príncipe Real.

Señor coronel, es un deber en mi, y con él me honro. (Al coronel Butler). Venid, Butler.

El Coronel Duval á Ducormier.

Tomaremos al paso vuestros testigos (con amarga ironía). A un hombre como vos no deben faltar amigos. Vamos, salgamos.

Ducormier, con frialdad

Caballero, quizá consienta en batirme con vos, y quizá no lo consienta.

El Coronel Duval.

Comprendo. ¡Disculpas de un cobarde hipócrita! ¿Lemereis, supongo, el matarme y que mi hija quede huérfana? No tengais ese temor; soy el ofendido, nos batiremos á cinco pasos, tiraré el primero, pues tengo ese derecho, y os mataré. A eso he venido aquí. Ea vamos, porque si no...

Ducormier, con mayor frialdad.

¿Qué hareis?...

El coronel Duval, con un gesto de amenaza.

Te...

Ducormier.

Me pegareis ó me matareis ¿no es así? Vamos no asesinareis á un hombre indefenso, y si me pegais respetaré vuestra edad. Creedme

pues, señor coronel; por el buen éxito de vuestra venganza, aguardad á esta tarde.

El coronel Duval con ironía.

¿Aguardar?

Ducormier.

Dios mío! Caballero, estais impaciente por matarme y lo concibo. Mi conducta con vuestra gija...

El coronel Duval furioso.

Callaos! oh! callaos!

(En este momento aparece á la puerta el doctor Bonaquet. Al ver al coronel Duval se detiene en el dintel y escucha la conversacion.)

Ducormier.

Mi conducta no merece ni perdon ni piedad caballero, lo conozco. Podria decir que no reflexioné las consecuencias dolorosas de mi mala accion, pero yo ni me escuso ni me desfiendo. Vuestro derecho de venganza es sagrado, me inclino ante él, y cuando me iengais á la boca de vuestra pistola, caballero, vereis que no palidezco ante la muerte.

El coronel Duval.

¡Mentira, cobardia, disculpas hipocresía es todo eso! Quiéres escaparte! (agarrando-

le) pero no te escaparás.

Bonaquet avanzando y dirigiéndose hacia el coronel.

No, coronel no se os escapará.

El coronel Duval sorprendido.

¿Vos aquí, doctor?

Ducormier estupefacto.

Gerónimo!

(El príncipe real y el coronel Butler se retiran algunos pasos).

Bonaquet, al coronel Duval.

Acabábais de separaros de la señorita Clementa cuando tuve la dicha de ir a llevar su indulto completo. Ese indulto está basado en sus desdichas y en vuestros esclarecidos servicios, coronel. A estas horas vuestra pobre hija se halla al lado de mi muger.

El coronel Duval, apretando las manos á Bonaquet.

¡Su indulto! ¡su indulto! Esa palabra debería calmar mi desesperacion; pero ¡ay! no se indulta mas que á los criminales... y ese recuerdo... (á Anatolio con rabia). Al instante, al instante.

Bonaquet al coronel Duval.

Una palabra, coronel. Supe por vuestra hija vuestra salida para Baden. Adiviné el

motivo que os traia aqui, vine, y (señalando á Ducormier) os juro que no seos escapará; os respondo de él con mi cuerpo. No es de su palabra de la que quiero os fieis, coronel; es de la mia, y ya sabeis que vale algo. De aqui á mañana no le dejare ni un segundo; mañana por la mañana os lo entregaré (con esfuerzo); sí, yo seré su testigo. De aqui á mañana me pertenece; yo tambien tengo que arreglar mis cuentas con él, y cuentas terribles.

El coronel Duval, despues de un largo silencio.

Doctor, sé lo que habeis hecho por mi muger y por mi hija en tiempo mas felices. Os concedo lo que no hubiera concedido á nadie tengo fé en vuestra palabra. ¿Me jurais no dejar á ese hombre ni un momento de aqui á mañana?

Bonaquet.

Os lo juro.

El coronel Duval.

Hasta mañana, pues Largo es el plazo, pero... (al príncipe, real) príncipe hasta mañana.

Bonaquet, á Anatalio.

Y de aqui á mañana no os dejo un segundo,

¿lo oís?

Ducormier á Bonaquet.

Consiento en ello, caballero; no tengo intención ni deseos de huir, podeis creerme. (Salen los cuatro.)

LVI.

(La escena que vamos á describir tiene lugar en el despacho de Anatalio Ducormier en el primer piso de su palacio; su mueblage es de encina tallada, del gusto del renacimiento; una hermosa lámpara sobredorada pende de una fuerte cadena, adornos y cortinaje de seda, una sola puerta en el fondo y ventanas á los jardines. Es'á anocheciendo; Gerónimo Bonaquet se haya sentado con la frente apoyada sobre sus manos. Ducormier concluye de escribir multitud de cartas que se hallan sobre su bufete; tira de la campanilla. Entra un ugiere vestido de negro con una cadena de plata al cuello).

Ducormier, al ugiere.

Enviadme un lacayo y decid á Mr. de

Maisonfort que suba.

El ugier.

Está bien, señor conde. (Se prepara á salir).

Ducormier al ugier.

Ah! se me olvidaba. Dad órden al gefe de las caballerizas que haga preparar mi coche de ceremonia de toda gala; que monte en el pescante mi primer cochero, y en la tracera dos lacayos con gran librea y mi cazador.

El ugier inclinándose.

Muy bien, señor conde. (Sale).

(Ducormier, pálido y sombrío, pone en órden algunos papeles sin cambiar ni una palabra con Bonaquet: de tiempo en tiempo una amarga sonrisa contrae las facciones de Anatalio; todo indica en su fisonomía una triste y profunda desesperacion. Entra un lacayo, y mas tarde Mr. de Maisonfort, primer secretario de la legacion francesa en Baden.)

Ducormier, al lacayo.

Esta carta al convento de Santa Ursula; en él estará la señora condesa.

El lacayo.

Está bien, señor conde.

Ducormier.

Esta otra para Mr. Hermann Forster, mi banquero; sabes dónde vive?

El lacayo.

En la plaza Nueva.

Ducormier.

Esta otra carta para la señora condesa Mimeska, en el hotel de los Baños: no tiene contestacion. Marcha.

(Sale el lacayo y al mismo tiempo entra el secretario de la legacion.)

Ducormier, al secretario.

Os suplico, Mr. de Maisonfort, os vistais de uniforme para que vayais en mi coche al palacio Ducal, y entregueis á S. A. S. monseñor el gran duque este despacho de mi parte.

Mr. de Maisonfort.

Está bien, señor conde.

Ducormier.

¿Hay algun correo de regreso en palacio?

Mr. de Maisanfort.

Julien llegó esta mañana de Paris, y Dupont ayer tarde de Francfort.

Ducormier.

Dupont marchará dentro de dos horas para Paris con este despacho para el ministro de

de negocios extranjeros.

Mr. de Maisonfort.

Está bien, señor conde.

Ducormier.

Esta órden... para el otro correo... para Julien... haced que se la entreguen al momento con este despacho y que le digan que se atenga á lo que le ordeno. Esta tarde teníamos que ir á casa del ministro de Rusia; ireis solo, y me escusareis ante su escelencia.

Mr. de Maisonfort.

No faltaré á ninguna de vuestras órdenes; ¿y en el caso en que monseñor el gran Duque no se hallase en palacio cuando yo llegue, debo esperar á S. A. S. para entregarle este despacho?

Ducormier.

Si señor, deseo que lo entregueis al mismo gran Duque en persona.

Mr. de Maisonfort.

¿Volveré en seguida á daros cuenta de mi mision?

Ducormier.

No; hareis el favor de aguardar á que os llame. (Mostrando á Bonaquet con deferencia.) Tengo que hablar muy largo con ese

caballero... y quiero estar solo. Tened la bondad de decir al ugiér de servicio que no entre nadie absolutamente. (Mr. de Maisonfort saluda y sale).

(Ducormier dió las órdenes precedentes con voz breve y contenida y semblante impasible; pero cuando se vuelve á hallar solo con Bonaquet que de vez en cuando le mira, sus facciones espresan un abatimiento profundo cae como anonadado en un sillón haciendo un gesto con el que parece decir: Todo ha concluido; ya no hay esperanza alguna.)

Bonaquet.

¿No tiene Vd. mas ordenes que dar? ¿Ha concluido Vd? (Ducormier, absorto, le mira fijamente y no responde. El doctor se levanta se acerca á el y le repite en vos mas alta. He preguntado á Vd. si ha concluido.

Ducormier sobresaltado.

Si, he concluido (con amarga sonrisa). Si, todo ha concluido (silencio). Dispense Vd. si no le he dirigido una sola palabra desde que hemos llegado aquí; pero.. .

Bonaquet.

Eso no me corresponde; tenía Vd. que escribir muchas cartas y dar algunas órdenes y dejamos nuestra conversacion para cuan-

da Vd. concluyese. ¿Ha concluido Vd. del todo?

Ducormier.

Del todo.

Bonaquet.

¿No nos incomodará nadie?

Ducormier.

Acabo de prohibir absolutamente la entrada. (Largo silencio. Bonaquet está reflexivo y la fisonomía de Ducormier se manifiesta cada vez más sombría)

Bonaquet.

Al dar mi palabra al coronel de que no dejaría á usted ni un segundo hasta mañana, estaba cierto de antemano de cumplirla porque ya he dicho á usted al venir aquí, que en el caso de que usted rehuse...

Ducormier.

No hablemos mas de eso. Consentí espontáneamente la proposición de usted y repito que no tengo ni deseos ni intención de huir.

Bonaquet.

¿Sabe usted por qué he venido siguiendo los pasos al coronel Duval?

Ducormier.

Para arreglar conmigo una terrible cuenta, según usted dijo.

Bonaquet, amargamente.

Pasó el tiempo en que creia á vd. digno de oír las severas amonestaciones de la amistad.

Ducormier.

No hablemos de eso; eso me hace daño.

Bonaquet con tono glacial.

Dios me libre de pensar en tal cosa; hablemos del presente. He venido aquí en nombre de Clementa Duval.

Ducormier sorprendido.

¡De parte de Clementa Duval.

Bonaquet.

Su padre no la ha ocultado que venia á batirse con Vd.

Ducormier con viveza.

No hablemos mas (se levanta, se dirige á su escritorio, coge una de las cartas que acaba de escribir y se la entrega á Bonaquet.

Bonaquet.

¿Una carta para Clementa Duval?

Ducormier.

Sí, ábrala Vd. y leala.

Bonaquet.

En buen hora (la abre).

Ducormier.

Tomo á Vd. por testigo de que desde que

nos hemos separado del coronel Duval no hemos hablado una palabra ni acerca de él ni de su hija.

Bonaquet.

Es verdad.

Ducormier.

Pues lea Vd. esa carta.

(Bonaquet la lee, palidece, echa una mirada indescriptible á Ducormier y deja caer sus manos sobre las rodilla. En este largo silencio la fisonomía del doctor demuestra profunda angustia, y despues de haber levantado sus ojos al cielo varias veces, continúa la lectura.

Ducormier parece cada vez mas abatido de repente contrae sus labios una espantosa sonrisa y despues hace un movimiento brusco como el que acaba de tomar una resolucion extrema; pasa la mano por su frente, escribe rápidamente dos lineas que deja sobre la mesa, y se pone á mirar como si buscase una cosa Bonaquet que ha terminado la lectura de la carta mira con sorpresa y ansiedad los diversos movimientos de Anatalio Despues de algunos momentos de reflexion toma una silla, la lleva en medio del gabinete, se sube en ella y descuelga la lámpara. La fuerte

te cadena que la sostenía termina en un grande anillo. Ducormier agarra esta cadena con mano vigorosa y queda suspendido de la cadena, dejándose caer despues á tierra).

Ducormier, con voz ahogada.

Está bien... pero no es bastante.

Bonaquet, que ha seguido los diversos movimientos de Anatalio, cada vez con mayor sorpresa.

¿Se vuelve loco?

(Ducormier despues de haber mirado en derredor suyo fija su vista en las cortinas de unas de las ventanas y quita de ellas un grueso cordon de seda, dispone un nudo corredizo, se sube en una silla y sujeta uno de los extremos del cordon á la cabeza de la lámpara)-

Bonaquet, ocultando su rostro entre sus manos, da un grito terrible.

Ah!! (Se dirige hácia Anatalio y le hace bajar de la silla. Desdichado!

Ducormier, mostrándole una carta que ha caido á los pies del doctor.

Sin duda no ha leído Vd. esa carta.

Bonaquet asustado.

Si, pero..

Ducormier.

Compliré la palabra que doy á Clementa. Su padre no volverá á su lado manchado con mi sangre. ¿Quémas quiere Vd.? (Con amarga sonrisa). No sabia que n. uerte elegir y el fin de Mr. de Beaupertuis en su prision ha decidido mi eleccion.

Bonaquet.

Ah! Dios mio! Yo le amaba como á un hermano y verle.. eso es demasiado!

Ducormier echando los brazos al cuello de Bonaquet.

¡Tu me has amado como á un hermano, Gerónimo! Repíteme esas palabras y moriré contento.

Bonaquet, rechazándole.

Déjame; déjame!

Ducormier, con amarga sonrisa.

Dios es justo! Ese último adios no le merezco. He insultado tu santa amistad, Gerónimo; y en la última hora tú me rechazas. Dios es justo!

Bonaquet con indignacion.

¡Sí, te rechazo con aversion y con horror!
¡Sí, Dios es justo, porque hiere en la cima de esa fortuna á que habiais llegado empleando en el crimen los dones sagrados que el Criador te habia dispensado! ¡Sí, Dios es

justo, porque te mata con tu hipocresía, como á la serpiente con su veneno!... ¡Si, Dios es justo, porque vas á morir con la maldición de un hombre de bien, que hubiera dado en otro tiempo su vida por la tuya!... ¡Muere, muere! ¡Y maldito seas por los males espantosos que has causado!.... ¡Maldito el nombre de Diana de Beaupertuis, noble y orgullosa criatura, seducida y corrompida por tí, y que ha muerto envenenada!... ¡Maldito en nombre de su asesino, hombre que en otro tiempo inofensivo y sin ódio, y á quien la degradacion de su muger arrastó al crimen! Maldito el nombre de María Faveau que quizás no se ha librado del patíbulo mas que para morir en un espantoso delirio! ¡Maldito el nombre de José nuestro amigo de la niñez, corazón tierno é inocente, y á quien la desgracia volvió loco! ¡Maldito en nombre de tu hijo asesinado por su madre! ¡Maldito el nombre de Clementa Duval, manchada para siempre con la condena infamante! ¡Maldito en nombre de su padre, de ese soldado cuyo nombre era una de las glorias de la Francia y que no tiene ya mas remedio que ocultarle como ocultarla, la vergüenza de su hija! ¡Maldito,

en fin mil veces por haber pisoteado ese sentimiento que los mas odiosos criminales respetan siempre, la santidad de la amistad de los primeros años! Muere y yo te veré morir con serenidad!

(Ducormier escucha las maldiciones de Bonaquet con sombría resignacion. Por dos veces se lleva la mano á su frente, como si se sintiese confundido por el vehemente apóstrofe de su antiguo amigo. Cuando este dijo al concluir: «yo te veré morir con serenidad, la fisonomía de Ducormier espresa la desesperacion, y sin decir una palabra se acerca á la silla, se sube en ella y rodea el cordon á su cuello).

Bonaquet, corriendo hácia Ducormier, le coge de una mano y le hace bajar de la silla.

Bonaquet.

¡Anatalio!

Ducormier, con serenidad.

¿Qué haces? ¿No has dicho que me verás morir con serenidad?

Bonaquet, sin poder contener sus lágrimas.

Mi alma no es de bronce como la tuya, y á pesar mio me acuerdo de que tu corazón fué puro y bueno.

Ducormier, con abatimiento.

Si, porque yo no habia nacido para el mal; pero ¿qué quieres? mis maestros, los especuladores políticos me han perdido... (Profundo suspiro) Vamos, Gerónimo, sé misericordioso. He cometido malas acciones, mas bien por orgullo que por maldad; mi castigo ha sido terrible; tocaba al término de mi loca ambicion y héme aquí en un abismo de ignominia! Honores, riquezas, porvenir, todo se me concluye á un mismo tiempo! En fin, como última espiacion de los males que he causado, doy mi vida, esteril espiacion, me dirás tú, Gerónimo, porque la vida me seria insoportable... nadie sobrevive á tanta ignominia! ¡Y á demás, desgraciado de mí, mi muerte no extinguirá los ódios que he promovido! Mas, al menos, ¿no es uno digno de lástima cuando muere así? Gerónimo, mi buen Gerónimo, será tan cruel? ¿Quieres que muera condenado? ¡Oh! tú que me llamabas tu hermano! he podido ultrajar en tí esa amistad santa de los primeros años; pero no muere nunca en corazones como el tuyo. (Con ternura inesplicable y con lágrimas en los ojos.) Por piedad, Gerónimo, dame el último abrazo... los reostienen un sacerdote, y yo..

(con un suspiro desgarrador) y yo no tendré á nadie... á nadie!

(Bonaquet se arroja en los brazos de Ducormier y permanecen llorando abrazados por algunos instantes. Anatalio se separa el primero de los brazos de su amigo con el rostro casi radiante).

Ducormier.

Y ahora, adios; el calor de este último abrazo me sostendrá hasta el fin.

Bonaquet, deteniéndole.

Escucha, Anatalio, escucha.

Ducormier.

¡Es preciso que mueras... Tú lo has dicho.

Bonaquet.

¡Dios mio, Dios mio!

Ducormier.

¿Puedo ya soportar la vida, Gerónimo?

Bonaquet.

No, y sin embargo... ¡Oh! fatalidad, fatalidad!

Ducormier, empujándole con suavidad hacia la puerta.

Déjame así, buen Gerónimo, vete; cuando oigas caer esta silla, que yo empujaré con los pies en el momento de mi agonía, entonces podrás entrar.

Bonaquet, sollozando.

¡Qué muerte! ¡Qué fin!

Ducormier, mostrando un papel de la mesa

En ese papel confieso mi suicidio (cogiendo las manos á Bonaquet) Gerónimo, mi última súplica... estas manos fraternales cerrarán mis párpados ¿no es verdad?

Bonaquet esforzándose.

Sí... te lo ofrezco, cumpliré ese piadoso deber.

Ducormier.

¡Ahora, hermano mio, adios. adios para siempre!

Bonaquet, con voz ahogada.

Anatalio... adios!...

(Los dos continúan abrazados cerca de la puerta; Ducormier se separa con resolución de los brazos de Bonaquet que sale maquinalmente ocultando su rostro con las manos. Bonaquet se arrodilla á la puerta del gabinete. Es de noche el mas profundo silencio reina en el palacio. Los dos amigos se han dado el último adios).

Bonaquet.

¡Señor, señor! ¡Dios del justo y del inocente tened compasion de esa alma que va á lanzarse á la eternidad! ¡Bien lo sabeis, Dios

mio, en su juventud no habia un corazon mas amante, mas generoso, ni mas inclinado al bien! ¡Le hablais colmado de vuestros mas preciosos dones, pero los infames abusando de su juvenil candor y de su pobreza, pervirtieron aquel corazon que es vuestro, haciéndole instrumento de su venal é innoble política! Entonces el mal produjo el mal, y pervertido por ellos, pervirtió este desgraciado á otros, porque en el crimen, como en la virtud, hay cierta confraternidad ¡Que su muerte caiga sobre las cabezas de esos miserables que le arrastraron al mal, y del mal al suicidio! (llorando) Anatalio, tú á quien yo amaba como á un hermano... (Ruido de la caída de una silla en el gabinete; Bonaquet da un grito doloroso y queda anonadado). Todo ha concluido. ¡Ha muerto, y con que género de muerte! (Largo silencio interrumpido solamente por los sollozos de Bonaquet. Al fin se levanta, vacila y se ve obligado á apoyarse por un momento en la jamba de la puerta.) Vamos, valor... se lo he prometido y es preciso cumplir este piadoso deber. (Pone la mano en el picaporte pero se detiene). No, no puedo... me siento desfallecer... Verle de ese modo! Presenciar ese espectácu-

lo!... No puedo... Pero es preciso.

(Bonaquet abre la puerta y entra; una vela encendida sobre la mesa da luz al gabinete, y despues de haber dado Bonaquet dos ó tres pasos con la cabeza baja sin atreverse á levantar los ojos, los levanta al fin y ve el cordon de seda colgando de la cadena y que Anatalio habia desaparecido. Mira alrededor suyo con estupor y ve abierta una de las dos ventanas que dan al jardin).

Bonaquet, corriendo hacia la ventana.

El desgraciado se ha tirado sin duda por esta ventana!... ¡Pero qué veo!... Estas dos cortinas atadas al balcon... Se ha escapado y me ha burlado!...

(Nuevo silencio. La emocion de Bonaquet es tan fuerte que tiene que apoyarse sobre la mesa en que está la vela. Al pié del candelero vé un papel escrito recientemente con este sobre):

«A tí, mi buen Gerónimo»

(Bonaquet con el semblante alterado por una amarga sonrisa coje el papel y lee lo que sigue):

»Mi buen amigo, te habias comprometido bajo palabra de honor á no separarte de mi de aquí á mañana ni un segundo; y yo he te-

»nido que buscar medios de que lo hicieses
»por un instante.

»Me perdonarás á no dudarlo, el no haber-
»me ahorcado. Siempre te he oído declamar
»contra la pena de muerte, diciendo con ra-
»zon que nada hay tan esteril. Esta manco-
»munidad de ideas contigo, me impide asi
»mismo el ir mañana á que me mate esteril-
»mente el coronel Duval.

»Gracias á la órden que habia dado á uno
»de mis correos?tengo caballos preparados, y
»parto probablemente en cierta condosa. Mi-
»meska, muger de ingenio y de recursos, y
»que me ha jurado cien veces su ciega pasion.
»Tambien la he escrito delante de tí, que si
»me amaba, la era forzoso salir de Baden
»conmigo antes de una hora, y voy á ver si
»es muger de palabra. Dentro de dos dias
»habré dejado la Europa. Dí al coronel Du-
»val que no me busque, porque no podrá se-
»guir mis huellas, pues he tomado las pre-
»cauciones convenientes.

»A dios, mi buen Gerónimo, mis maestros
»los especuladores políticos me han enseña-
»do estas palabras de su evangelista Mr. de
Talleirand:

•En los casos desesperados los tontos •

»ahogan, los tunos sobrenadan.»

»Esto he hecho yo. Nadie se mata á los veinte y siete años por haber tenido dos queridas bonitas.

»Me encuentro lleno de vida, de inteligencia, de ardor y de esperanza y el mundo es grande.

»Tu, buen Gerónimo, serás siempre el mejor corazón que he conocido.

»Anatalio Ducormier.»

Bonaquet despues de un largo silencio.

¡Ah! ¡Dios es justo!

EPILOGO.

Capítulo LVIII.

Habian transcurrido cerca de cuatro años desde los últimos acontecimientos que acabamos de referir.

Una pequeña colonia vivia tranquila é ignorada en la preciosa residencia de Felmont, situada á la proximidad de un pueblecillo de la Auberoia.

Mad. de Felmont, parienta de Eloisa Bonaquet, le habia legado al morir esta modesta propiedad, á la cual se habia retirado el doctor Bonaquet con su esposa, cam-

biando con placer su posición de célebre médico de París, cuya vida tumultuosa le habia causado, por la de ejercer su facultad en el campo en beneficio de los pobres.

En una hacienda bastante considerable y dependiente de la casa estaban por dependientes José y María Faveau. Esta habia podido sobrevivir á su terrible agonía y por las confesiones y suicidio del duque de Beaupertuis habia obtenido su libertad.

En cuanto á José, su locura, tratada con pericia por Bonaquet, habia desaparecido casi del todo, dejándole solo algo desmemoriado, principalmente de los acontecimientos verificados desde que se entregó á la embriaguez, de cuya triste época no conservaba mas que un vago recuerdo, y le parecia, segun decia él cuando se completó su curacion, que habia pasado los cinco años durmiendo con un sueño agitado. El primer tiempo de su convalecencia lo pasó en este pequeño pueblo tan lejano de París, y por lo tanto fué muy fácil ocultarle lo que habia referencia á la causa formada á Maria. Amante del campo habia aceptado con placer el cargo de jefe de la hacienda de Felmont, y en menos de un año, gracias á

su actividad, á su órden y á su inteligencia, se habia hecho un buen administrador, ganando así su vida y la de su familia, sin ser gravoso á Bonaquet.

En el pueblecillo habia una casa de venta, y Bonaquet, que conservaba siempre hacia Clementa y su padre un tierno cariño, advirtió de ello al coronel Duval. Este y su hija que no trataban mas que de ocultar su vida á los ojos de todos, abrazaron con placer la proposicion del doctor y como hemos dicho ya, hacia casi cuatro años que vivian en aquella pequeña colonia, tan felices como podian serlo despues de los contratiempos por que habian pasados.

El recuerdo de sus infortunios hacia muchas veces que una palabra, una alusion ó la cita de una fecha causase un estremecimiento involuntario en Clementa ó en María, cuyos ojos se humedecian con una lágrima de dolor. El buen José no conservaba su franca alegría de otros tiempos, y el coronel Duval se quedaba muchas veces pensativo y sombrío en sus largos paseos por la montaña; y las fisonomias de todos ellos, tan alegres en otro tiempo y tan radiantes de amor, de inocencia y de felicidad, es-

presaban alguna melancolía. Pero comparando la dulce y triste calma de sus días con las terribles agitaciones de los pasados, cada uno de estos personajes tenía por las tardes una palabra de gratitud en sus labios para dar gracias á Dios y para bendecirle.

Solamente Bonaquet y su esposa conservaban su primitiva franqueza, pues no habían sufrido mas penas que las de sus amigos.

Un domingo del mes de junio y á eso de las cinco de la tarde, Bonaquet y su esposa se hallaban juntos en un pequeño salón de verano. Abiertas las puertas y las ventanas, se dejaba ver por ellas un hermoso jardín adornado de magníficos árboles y de olorosos arriates de flores. A lo lejos se veía la pendiente de altas montañas de boj de aspecto pintoresco.

Eloisa leía. El aire puro de los montes y la vida tranquila del campo habían restablecido hacia tiempo y completamente su quebrantada salud; su fisonomía expresaba como siempre la dulzura y la gravedad, y su sonrisa fina y benéfica y su conjunto de hermosura y dignidad que la hacían tan amable eran lo mismo. Gerónimo radiante de alegría, miraba á su muger; parecía que

se hallaba en un éstasis de felicidad celeste.

Eloisa, interrumpiendo por casualidad su lectura, levantó la vista y vió la inefable expresión de la fisonomía de su marido.

—Gerónimo, le dijo con voz vibrante y llena de gracia, tienes el semblante muy alegre.

—Es que estamos solos, le respondió Bonquet sonriendo con melancolía.—Cuando nuestros pobres amigos se hallan aquí, no me atrevo en su presencia á expresar la inefable dulzura de una dicha cada dia mas profunda, y que no ha turbado nunca pena alguna. Seria un contraste muy penoso con su vida tan cruelmente puesta á prueba.

—Solo tu corazon, querido amigo es susceptible de semejante delicadeza. Sí, tienes razon; á los que tanto han sufrido, y que á falta de una dicha perdida, han vuelto á hallar al menos la calma, no debemos recordarles una felicidad imposible ya para ellos.

—Sin embargo, hace algun tiempo que encuentro á María mas alegre; una ó dos veces la he visto reir con su niña de la manera tan alegre de otros tiempos.

—Tambien Mr. Faveau sale de vez en cuando de esa gravedad sombría que el vago recuerdo de su locura ha dejado impresa en él.

—Sí, ya lo habia yo notado, amiga mia. Solo Clementa es la que jamás se sonrie.

—¡Ay la muerte de su hijo pesa y pesará siempre sobre su tierno corazon tan torturado en otros tiempos.

—El coronel adivina los secretos pensamientos de su hija, pues siempre se le vé con profunda melancolia.

—Debemos esperar la obra del tiempo, amigo mio; pocas penas resisten á su lenta pero irresistible accion.

Una criada anciana, que traia los periódicos de Paris y la correspondencia de la alqueria, interrumpió la conversacion de los dos esposos.

—Señora, dijo la criada á Eloisa, ¿se pondrán, como todos losjueves y domingos, cubiertos para Mr, y Mad. Faveau, para el señor corenel Duval y la señorita Clementa?

—Sin duda, respondió Eloisa; ¿á qué viene esa pregunta?

—Es que... es que... la neñora ignora la sorpresa.

—¿Qué sorpresa?

—Es una cosa convenida con Mr. Faveau, su esposa y la señorita Duval.

—Vamos, ¿qué?

—Hoy se come en la hacienda, en casa de Mad. Faveau.

—¿De veras? dijo Mad. Bonaquet sonriendo; es una sorpresa muy agradable. Después dirigiéndose á Gerónimo que recorría su correspondencia

—¿Lo oyes, amigo mio? Maria nos sorprende con convidarnos á comer en la hacienda.

—Bien lo otro, respondió Bonaquet sonriéndose tambien.

—Mr. Favcau debe ir primero á buscar con su carruage al señor coronel y á la señorita, añadió la criada, y despues vendrá á buscar á los señores.

—Está bien pensado, respondió Eloisa, pues el caminar de ese modo por medio de los bosques seria encantador. Avisenos Vd. cuando llegue Mr. Faveau para que no nos espere.

—Bien señora, dijo la criada y salió del salon.

—¿Qué dices del pensamiento, amigo mio?

Me parece de buen agüero.

—Cierto, querida Eloisa... ¡Pobre José y pobre María! Creo muy bueno su pensamiento.

—Vamos, amigo mio leamos pronto nuestras cartas, pues no deben tardar en venir.

—¡Oh! ¡Oh! dijo Gerónimo mirando el sobre de una de sus cartas. He aquí una carta de Nueva-York.

—¿De Nueva-York?

—Si, de ese buen doctor Paterson, mi entendido y satírico corresponsal; me tiene al corriente de los adelantos de la ciencia en el otro lado del Océano.

Y Bonaquet se puso á leer la carta del doctor Paterson.

—Mi correspondencia está muy lejos de ser tan grave, repuso sonriendo. Eloisa, leyendo la carta que acababa de abrir mientras que su marido leía la suya.—Esta excelente Madame Monfleury me dice que se encarga ella de procurarme los libros que la he pedido y me habla del último baile de la Opera. ¡Un baile en la Opera!... Confiesa, amigo mio, que cuando uno vive en la sencillez de nuestros campos, parece muy extraño el oír hablar de un baile en la Opera... Pero ¿qué tienes?

amigo mio? añadió con viveza Eloisa, viendo oscurecerse las facciones de su marido.

—¡Ah! ¡desdichado! —esclamó Bonaquet continuando su lectura con ansiedad y sin contestar á su muger.

Despues murmuró con tono grave:

¡La justicia de Dios es algunas veces tardia, pero es terrible!

Mad. Bonaquet viendo la triste preocupacion de su marido, guardó silencio.

Al cabo de algunos instantes repuso Gerónimo:

—Perdon, amiga mia, pero lo que acabo de saber...

—¿De quién se trata?

—De Anatalio, —respondió Gerónimo suspirando.

—¡Ah! —repuso Eloisa con un gesto de disgusto y de horror. —¿Vive ó ha muerto? y si ha muerto ¿es de veras esta vez? —añadió con amargo desden, haciendo alusion á la sacrilega supercheria de que habia sido juguete en Baden su marido.

—¡Ay! tú puedes y debes no tener lástima alguna de él, Eloisa, repuso Gerónimo.

—Pero yo no puedo olvidar lo que jamás olvidé en medio de sus mas criminales estras-

vios. Le he amado como á un hermano, y en sus primeros años, su corazón era generoso y su alma pura y amante. Otros miserables le han perdido. Toma, amiga mia, lee este párrafo de la carta del doctor Paterson. Una vida como la suya no podía tener otro fin.

Mad. Bonaquet tomó la carta que el doctor Paterson dirigia desde America á su marido y leyó el pasage siguiente:

«¿Conociais, mi querido compañero, á cierto conde Anatalio Ducormier vuestro compatriota? Y digo conociais, en vez de conocéis, porque este personage ha pasado á mejor vida, habiendo dado su último y criminal suspiro entre mis brazos, en unas circunstancias bastante singulares, para que deje de mencionáros las. En ellas encontrareis un rasgo de nuestras costumbres «indias», que afortunadamente para nuestra gloriosa República de la Union se presentan raras veces.»

«Ducormier y su condesa venian de la América del Sur, donde este tuno habia sido por dos años ministro, de lo Interior de Rosas (¡qué buen ministro seria)! Y segun parece, Rosas estaba enbobado con las aventuras de Ducormier; pero lo que hay de

cierto es, que cierto día por orden del dictador, la apreciable pareja dió un salto desde el ministerio á un paquebot; que los condujo á Santiago de Cuba. Sin duda habian hecho buenos negocios, porque al llegar á esta abrieron una casa con gran lujo, donde se jugaba en grande. Segun cuentan, la condesa y Ducormier sabian arreglar divinamente una baraja; pero esto era pecata minuta para ellos. Entre los jugadores mas asiduos habia un jóven indio, que por lo menos tenia en sus venas tres cuartas partes de sangre «yankee». Su padre; rico propietario del otro lado de los «grandes lagos,» habia mandado á su pimpollo á Nueva York con un crédito considerable y buenas cartas de recomendacion, con el objeto de civilizar un poco su natural semi-salvage. Hizo el diablo que un amigo imprudente condujese á nuestro indio á casa de Ducormier. La condesa juzgó al primer golpe de vista que jamás se la presentaria ocasion de desplumar un pájaro mas hermoso, y puesta de acuerdo sobre el particular con Ducormier, comenzó á dirigirle sus miradas y sonrisas, haciendo que los pesos duros del jóven indio se empezasen á detretir con el fuego de los hermosos ojos de

su Circe, con la misma facilidad que los rayos del sol derriten la nieve. Todo iba bien, y los últimos mil duros del pobre indio iban á pasar ya al tesoro del garito, cuando no sé qué sospechas concibió nuestro buen indio de que era engañado; y que embolsados sus duros en el arca de Ducormier y de la condesa, le mandarian á pasear á los «grandes lagos.» Desde entonces espío la casa y sorprendió una conversacion confidencial, que le descubrió la burla. El indio no se dió por entendido; mas al dia siguiente, fingiéndose malo, suplicó á su amigo Ducormier que fuese á verle á su casa. Nuestro hombre no faltó á la cita. Un negro le hizo entrar en una habitacion completamente oscura. Sorprendido Ducormier, preguntó que significaba aquello, y la voz del indio contestó:—Querido, id derecho y hallareis en una mesa, un cuchillo y un par de pistolas de dos tiros; armaos con ellas que ya lo estoy yo, y vamos á batirnos á muerte y á oscuras, «porque vos me servisteis un plato á la francesa, y yo quiero daros un postre á lo yankee...» No pidais socorro porque será inútil. Mi esclavo está advertido y no entrará aqui hasta pasadas dos horas. Armaos, si quereis, y si no, peor

para vos.

«Prefiriendo Ducormier defenderse á ser asesinado desarmado, bramando de cólera aceptó este desatino á la americana. Por referencia del negro, que estaba detrás de la puerta, el combate duró cinco cuartos de hora con un encarnizamiento increíble, segun pudo juzgar por las detonaciones sucesivas de las pistolas y por los gritos de los combatientes. Despues nada oyó: pero fiel y exacto servidor y cumpliendo religiosamente las órdenes de su amo, no abrió la puerta hasta que trascurrieron las dos horas. El indio estaba muerto con dos balazos y nueve puñaladas; Ducormier respiraba aun El negro vino á buscarme y encontré á Ducormier con el muslo izquierdo roto de un balazo, el brazo y el pié derecho atravesados tambien de dos tiros, disparados á quema-ropa, porque con la oscuridad, furiosos los dos, solo descargaban cuando se encontraban: tenia además Ducormier diez y siete puñaladas, once en la cabeza y cara que le desfiguraban completamente. Al cabo de un cuarto de hora, en que hice cuanto pude por conservar á la sociedad este honrado caballero, que era uno de sus mejores adornos, espiró el buen hom-

bre, como os he dicho, entre mis brazos profiriendo horribles maldiciones!

«Tres dias despues la condesa, recogiendo el ajuar y los fondos de la caja comun, se marchó con otro bribon llamado Malmoe, capitan de barco y mulato de nacimiento, y se sospecha, con algunos visos de verdad, que ha sido pirata en las Antillas españolas.»

«Ahora bien, querido compañero, ¿qué decis de este cuadro de costumbres? Pero vamos á otra cosa y que el diablo cargue con el alma de Ducormier...»

—Lo confieso,—dijo Eloisa volviendo la carta á Bonaquet,—la muerte de ese hombre ha sido tan horribie como su vida. A pesar de la aversion que siempre le he tenido, digo como tú, que la justicia de Dios está satisfecha, y que me aflige la memoria de ese desgraciado, cuya alma estaba dispuesta para el bien. ¡Malditos los que le pervirtieron!

Despues de un momento de silencio, se puso Bonaquet pensativo:

—¿Que misterios hay en los juicios de la Providencia! Hace diez años que me separé de Anatalio, y su alma era leal y pura: ¿quién me habia de decir entonces que llega-

ria el día en que sabría su desastroso fin, rodeado de sus víctimas?

—Amigo mío, replicó Eloisa con aire no menos pensativo, mas misterioso es aun, y por cierto que ofusca mi razón, aquella predicción que hemos juzgado siempre como una locura, y que sin embargo se ha realizado... Mad. de Beaupertuis, Maria Faveau y Clementa Duval viven cumpliendo su fatal destino.

—¡Qué te he de decir yo Eloisa? Las profecías de los sonámbulos y de los que están sometidos á la influencia magnética se realizan algunas veces de una manera sorprendente. ¡Cuántos secretos tiene aun que penetrar la ciencia! Presenciando estos hechos, que ofuscan nuestra razón, ¿quién habrá que tenga una cosa por imposible y por absurda? No ha habido sarcasmo ni persecución de que no haya sido víctima la alquimia, y sin embargo, de ella proceden las maravillas de la química. Mas para una de esas profecías que se cumple por un encadenamiento fatal é incomprensible de ciertos hechos, ¿cuántos engaños y cuántas brujerías ridículas hay? Confiemos en la marcha progresiva de las ciencias humanas que son las que

pueden descubrir los mas estraños fenómenos de la naturaleza.

—¿Y qué será de aquella hechicera?

—No lo sé. Hace cuatro años, que según te he dicho ya, cuando ocurrieron aquellas fatales desgracias, tuve la curiosidad de ir á la calle de Saint-Avoye para ver aquella fatal muger; pero habia dejado la habitacion y no se sabia su paradero. Despues no he vuelto á oir hablar de ella; sin duda habrá muerto. Organizaciones como la suya duran poco. —Interrumpiéndose de pronto aplicó el oido al jardin y añadió:—Eloisa, ahí están nuestros amigos! Que no descubran en nuestro semblante nuestro secreto.

En este momento se oyó el ruido de un carruage y Bonaquet y su esposa vieron detenerse en el jardin uno conducido por José Faveau y tirado por un fuerte caballo.

María, Clementa y su padre bajaron de él y José confió el caballo á un criado.

Clementa pálida y melancólica, pero siempre hermosa, daba el brazo al coronel Duval, que habia encanecido prematuramente. María, aunque hermosa, no habia vuelto á recobrar aquella frescura y aquella gracia

que la hacian en otro tiempo tan seductora. Llevaba de una mano á su hija y en la otra su sombrero de paja cogido por las cintas, dejando de este modo ver su peinado á la romana, porque los numerosos bucles de sus hermosos cabellos negros no la llegaban aun á la espalda. ¡Ah! hacia cuatro años que habian sido cortados por el verdugo!

—Confieso, Mr. Faveau, que nos dá Vd. una sorpresa muy agradable, dijo alegremente Eloisa á José, ¡Qué excelente idea ha tenido Vd.!

—Señora; hé aquí el autor, respondió José señalando á María.—Es preciso dar al César lo que es del César.

—Debiendo añadir, dijo Clemente haciendo por sonreirse, que mi padre y yo hemos sido sus cómplices.

—Y cómplices de una discrecion extraordinaria, añadió el coronel, porque hace ocho dias que sabiamos el proyecto de nuestro amigo José.

—Hola! hola! añadió alegremente Bonquet dirigiéndose á María.—Pues espero que comeremos de aquella famosa crema que haceis tan admirablemente.

—Ciertamente, Mr. Bonaquet, contestó María no menos alegre, y también hay algo de reserva para Vd.

—Pues cargaré furiosamente á la «reserva,» contestó Bonaquet.

—Gerónimo, te recomiendo cierta torta de guindas, dijo José á Bonaquet en voz baja y en tono misterioso y confidencial.

—¿También eso, señora Faveau? ¿Cosas de pastelería hechas por sus lindas manos?

—Todo lo hace bien, replicó José; pero al decir todo, padezco una equivocación, porque hay una cosa que yo no lo perdono, y es la maldita idea de haberse cortado su hermoso pelo negro, y no porque no esté hermosa así con su nuevo peinado, pero...

Al observar que la fisonomía de su mujer, la de Clementa y la de Eloisa se entristecían, el pobre Faveau se detuvo y añadió:

—Vamos, he dicho algún disparate.

—Un disparate atroz, mi buen José, dijo Bonaquet cogiendo á Faveau del brazo y conduciéndole hacia el carruaje, nunca se debe decir á una mujer bonita que el peinado que lleva le sienta peor que el que antes tenía. Vamos, tú no dejarás nunca de ser un pobre hombre. Vamos, señoras, al

coche; tu, vete á tu puesto, famoso auto-medonte, y cuidado con volcarnos. No te ocupes mas de las señoras, mira adelante, y yo me pondré á tu lado para ayudarte con mis consejos.

María y Clementa se pusieron al momento y Maria dijo sonriendo al doctor:

—Mr. Bonaquet, tenga Vd. cuidado con José, no sea que nos vaya á dar un vuelco.

—Cállese Vd., miedosa, contestó Bonaquet volviéndose hácia los amigos que estaban sentados en sus puestos, ¿qué teneis que temer? ¿no estoy yo aquí?

—Es verdad, Mr. Bonaquet, dijo Maria cambiando con Clementa y con Eloisa una mirada y saltándosele las lágrimas.—Donde Vd. está, no hay nada que temer: es Vd. un angel bueno.

—José, replicó el doctor, ¿oyes cómo me adula tu muger? Me llama angel bueno para que mire con indulgencia su famosa torta de guindas. Vamos, arrea, cochero, pronto á tu hacienda.



7.00
5 tons 22 vol

- AN
- LVI
- SKIX



